ED. FUETER

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA

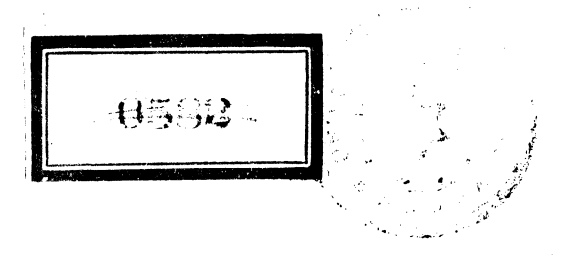
II



EDITORIAL NOVA - BUENOS AIRES

Título del original alemán:
GESCHICHTE DER NEUEREN HISTORIOGRAPHIE
Traducción de
ANA MARÍA RIPULLONE

Queda hecho el depósito que marca
la ley 11.723.







IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA



BIBLIOTECA HISTÓRICA

Dirigida por

LUIS AZNAR

LIBRO CUARTO

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ILUSTRACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES GENERALES

Relaciones de la historiografía iluminista con la Ilustración.

No entra en los propósitos de esta obra describir el movimiento que se designa en alemán con el nombre de *Aufklärung*. Tocaríamos un tema que no puede ser tratado más que en una historia general de la vida intelectual europea. Debemos suponer conocida la historia de la Ilustración en sí y limitarnos a la de los orígenes y desenvolvimiento de su historiografía. Sobre todo cuando esta historiografía ha seguido caminos independientes que no pueden ser mirados como totalmente paralelos a los de la Ilustración.

La historiografía humanista fué un producto normal, necesario por así decir, del movimiento humanista. La tentativa de renovar la literatura romano-alejandrina condujo naturalmente a imitar los anales retóricos romanos; pues la historia era considerada entonces como un género literario, del mismo modo que la epopeya o la elegía de los retóricos. Aunque modificada por el genio de Bruni y la situación política de Italia, la historiografía humanista lleva los signos distintivos de la nueva cultura; su historia concuerda en sus líneas fundamentales con la del Humanismo.

Otra cosa ocurre con la historiografía de la Ilustración.

La Ilustración, en el sentido propio del término, es decir, la tentativa de transformar las opiniones teológicas heredadas según el espíritu de las ciencias naturales. no incitaba de ningún modo al estudio de la historia. Los dos partidos se sirvieron, es cierto, de argumentos históricos; librepensadores aislados escribieron muchos tratados polémicos bajo la forma de disertación de historia eclesiástica o religiosa (como por ejemplo el libro un tanto impropiamente llamado *Histoire des oracles* de Fontenelle, 1687). Pero la Ilustración no atañe desde luego a la historia general y menos a la historia política.

Esto se debe en gran parte a la circunstancia de que la Ilustración tuvo al principio sus más celosos partidarios en Inglaterra y libra allí sus primeras grandes batallas.

La situación en Inglaterra no ofrecía ocasión a los iluministas para ocuparse de problemas políticos. Los resultados de la gloriosa revolución de 1688 satisfacían en el fondo a todos los partidos. No se sentía la necesidad de una reforma política, y una tentativa para cambiar el sistema de gobierno no hubiera tenido ninguna perspectiva de éxito. Los iluministas no tenían ningún motivo específico de queja. La iglesia oficial en Inglaterra y en Escocia había conservado gran parte de sus privilegios. Pero el principio de la tolerancia era generalmente reconocido, la prensa gozaba de una libertad ilimitada y la Iglesia usaba sus poderes con tanta moderación que la propaganda de los iluministas tenía las manos libres. Ellos no debieron, como en otras partes, comenzar por reformar la legislación antes de propagar eficazmente sus ideas. No tenían desde luego que acusar a un sistema eclesiástico que por su unión con el Estado parecía asegurar su protección contra los abusos políticos, económicos y sociales. Su guerra era esencialmente espiritual. Su fin era realmente esclarecer, poner las ideas religiosas del público en correspondencia con los resultados de las ciencias naturales. De ahí el carácter pacífico que el movimiento conservó en Inglaterra, el que tuvo la vivacidad de tono de las controversias literarias; en Inglaterra no se puso jamás en discusión ni la repartición tradicional de los poderes políticos ni la regulación de los intereses económicos. Por lo menos en las primeras décadas; sólo en el último cuarto de siglo que precedió a la Revolución Francesa, autores ingleses, bajo la influencia de la Ilustración francesa, se ponen a formular radicales proyectos de reformas políticas.

¿De dónde procedían las veleidades de modificar la historiografía tradicional? No había allí especulación política que hubiera alimentado la historia. Lo que se llamaba con ese nombre eran manifiestos partidistas salpicados de sentencias al uso. Cuando sus autores se abandonan a observaciones sobre acontecimientos políticos, no van más allá de epigramas ligeros propios de hombres de mundo o de generalizaciones superficiales.

Se sabe cuánto difiere, a este respecto, la situación en Francia. La crítica del régimen, que había comenzado en los últimos años de Luis XIV, resulta cada vez más tajante a medida que las desgracias de la política exterior y financiera, el mal estado de la marina y del ejército, ponen de relieve los defectos del gobierno absoluto. Vese despertar la especulación política, la diligencia para la reforma de las instituciones políticas. Conservadores y revolucionarios, creyentes e incrédulos, la aprobaron igualmente. No se podía hacer nada con la Ilustración religiosa. Pero en algunos se relaciona con ella de una manera curiosa.

El antiguo régimen había concertado con la Iglesia una estrecha alianza. No se la podía perturbar sin poner en peligro al mismo tiempo los privilegios del clero. Era claro que las reformas políticas podían obtenerse más fácilmente puesto que las autoridades pondrían en ello menos obstáculos por respeto a la Iglesia.

Los iluministas, pues, atacaron la legislación político-eclesiástica por la razón de que (contrariamente a Inglaterra) ella los obstaculizaba a cada paso. No querían solamente la libertad de pensar, acusaban a esa legislación porque veían en ella el mayor obstáculo a la reforma política y administrativa a la que aspiraban con muchos viejos creyentes, la reforma que debía permitir recobrar el avance tomado por el reino británico (tolerante y librepensador).

De este modo, dos corrientes totalmente diferentes se mezclaron en la historiografía de la Ilustración francesa. De un lado, ideas de política especulativa análogas a las que habían fecundado la obra histórica de los grandes florentinos; del otro, la lucha contra la superstición y la concepción teológica de la historia. Cuanto más dominan las tendencias del primer género, tantò más valor original tiene la historiografía de los iluministas. En eso se muestran verdaderamente creadores; ellos han dado un impulso que todavía obra en nuestros días. En cuanto a su crítica de la concepción religiosa de la historia, tiene menos importancia. Vuelven a poner de manifiesto principios establecidos ya por los historiadores humanistas italianos y aplican a la tradición criterios empleados, al menos para la historia profana, desde el siglo XVI, dentro de la Ilustración y fuera de ella. Lo hacen de una manera más consecuente que sus antecesores; ellos son los primeros que han osado laicizar de nuevo la historia comprendiendo la historia bíblica y la historia antigua.

La nueva orientación de la historia.

Todavía más importante fué otro carácter de la nueva historiografía que se puede mirar igualmente como una consecuencia del estado político de Francia.

Otros historiadores habían agregado al relato razonamientos políticos y considerado la historia ante todo como un conjunto de ejemplos para la instrucción política. No es de otro modo que la había concebido la escuela de los grandes florentinos. Pero todas esas tentativas que, por otra parte, desde el advenimiento del absolutismo no habían tenido imitadores, se distinguen en principio de la historiografía iluminista. Hasta entonces los historiadores que se arriesgaban a criticar los acontecimientos históricos y no se limitaban, como la escuela periodística formada por Giovio, a satisfacer la necesidad de información del público, se colocaban siempre para sus juicios en el punto de vista del gobierno.

La mayor parte de las veces, su posición oficial les dictaba esa actitud. Cuando se está al servicio de un potentado se debe necesariamente sostener sus opiniones. Pero hasta los grandes florentinos y sus discípulos, como Bacon por ejemplo, siendo totalmente independientes, no pensaba de otro modo. Ellos pertenecían a las clases dirigentes, habían tomado con frecuencia parte en la administración y destinaban sus obras a hombres de Estado. Va de suyo que la política fué para ellos la medida de todas las cosas y que ellos no estimaban más que lo que concurriera

directamente al poderío del Estado. Como particulares, ellos podían tener un contacto íntimo con el arte y la ciencia. Pero esas curiosidades de aficionado no tenían nada que hacer con los intereses del Estado. ¿Qué había ganado Florencia al contar con grandes artistas, grandes poetas, grandes escritores? No olvidarse completamente del pueblo. ¿Pero cómo se trabajaría mejor por el bienestar de los ciudadanos que ocupándose de la estabilidad y del buen funcionamiento de la administración?

Los historiadores iluministas realizaron un viraje completo. Los primeros consideraron la historia desde el punto de vista de los asuntos (en Francia, de la burguesía acomodada), que hasta entonces apenas habían contado para la historia eclesiástica. Expresaron en la historia política las vistas y las exigencias de las clases comerciantes, de la burguesía que no tenía participación alguna en el gobierno. Es evidente que eso sólo debía modificar sensiblemente la apreciación de los acontecimientos políticos. Los que no habían sido considerados dignos de una mención, aparecieron más importantes que otros, de los que los anales oficiales habían hablado frecuente y extensamente. Se atribuye un valor independiente a la historia del comercio, de la industria, de la civilización.

Los nuevos problemas históricos. La historiografía de la Ilustración fué creada en Francia por hombres colocados al margen de la política activa, que no tenían ninguna responsabilidad y frecuentemente ninguna competencia política. Además se puso a juzgar precipitada y obtusamente a soberanos y ministros. En compensación ella fué más independiente y se dirigió más al fondo de las cosas que los hombres prácticos que se hicieron escritores y casi siempre juzgaban los acontecimientos de acuerdo con sus consecuencias inmediatas. Promueve problemas históricos. Se ejercita en buscar las causas ocultas de grandes transformaciones históricas, como, entre los modernos, sólo Maquiavelo lo había hecho algunas veces. Trabaja frecuentemente con medios groseros. Pero, por primera vez, se libra de la teoría teológica, adopta un punto de vista filosófico y se esfuerza en separar lo accidental de lo que tiene un valor típico y universal. Los grandes florentinos sólo habían tratado un pequeño trozo de vida: ella somete a su crítica y a su análisis a casi todos los sectores de la sociedad humana. Funda el nuevo género de historia política que reina todavía en el siglo XIX: la historia escrita no por estadistas o militares para instrucción de sus cofrades, sino por burgueses, con intención de esclarecer los grandes problemas políticos de la actualidad. Al mismo tiempo, emancipan la historia de la tutela del Estado. Su libertad de acción fué trabada con frecuencia y cuidadosamente vigilada por los gobernantes. Pero no esperaron de ellos su dirección. Lo que había sido la regla se convirtió en excepción: en adelante grandes obras históricas son raramente editadas al servicio y bajo la dirección de las autoridades. Los notables trabajos que han abierto nuevas vías a la historiografía aparecen todos por iniciativa de sus autores.

Reproches hechos en el siglo XIX a la historiografía de la Ilustración.

Muy frecuentemente se la ha apreciado de acuerdo con la historiografía del siglo XIX. No se la comparó con las tendencias que la habían precedido, sino con las que la siguieron y pudieron aprovechar sus consejos y su crítica. Se han cotejado sus obras con trabajos que no pertenecen a la historia propiamente dicha. Se han opuesto, por ejemplo, las *Memorias* de Saint-Simón al *Siècle de Louis XIV* de Voltaire y hecho observar que en éste falta la vida que respiran las notas del duque. ¡Cómo si la historia seria no tuviera otro propósito que las memorias! Se ha reprochado a la historiografía de la Ilustración defectos que no le son particulares y que se encuentran en mayor cantidad en todas las historias antiguas que en las de Voltaire y su escuela. Los que así juzgan no conocen generalmente la historiografía del humanismo y del siglo XVII. Señalemos aquí algunos de los puntos sobre los que ha caído frecuentemente la censura.

Se reprocha primeramente a la historiografía de la Ilustración falta de juicio histórico; no se encuentra en ella el don de transportarse a otros tiempos, a otros individuos.

Este reproche es fundado. Los historiadores iluministas juzgan demasiado fácilmente los tiempos pasados según el de ellos. Habían visto monarcas absolutos fundar a fuerza de decretos ciudades e industrias. Habían visto la religión explotada como un medio por príncipes laicos y eclesiásticos. No habían podido observar cómo creaciones políticas nuevas e independientes se producían de abajo hacia arriba. Las corporaciones que habían conservado un resto de su antigua independencia no se aplicaban en su tiempo más que a mantener sus rancios privilegios a expensas de la prosperidad pública. Suponían que había sido lo mismo en otras épocas. ¿Encontraban en la historia una sabia medida constitucional?: ella debía haber sido decretada por un legislador o un déspota. Las religiones no podían ser más que invenciones de sacerdotes astutos en vista de su provecho personal. El pueblo, las masas, no les parecían activas en la historia; ellas no hacían sino lo que las clases dirigentes tenían a bien prescribir.

¿Es que la historiografía anterior estaba en un nivel más elevado?

Para pretenderlo hace falta admitir que la interpretación teológica de la historia revela una verdad muy profunda y que la vieja fe popular que hace repartir a los Estados, por un divino monarca, la prosperidad o el infortunio según su conducta religiosa o moral, explica la esencia del desarrollo histórico mejor que la Ilustración. Pero aunque eso fuera verdad, impide que la concepción teológica, en presencia de la materia histórica concreta no pueda demostrarse más que con ayuda de manipulaciones arbitrarias y violentas y dejando muchas cosas sin explicación. Ella encierra a las personalidades dirigentes en una esfera de acción más estrecha que el racionalismo fascinado por los beneficios del despotismo ilustrado. Pero impone a la historia un cuadro enteramente

extraño a la realidad y que el espectador sin prevenciones verá desvanecerse a la primer ojeada.

Además, ese cuadro no había sido empleado más que por historiadores con una educación teológica y en general para la historia eclesiástica. Los historiadores laicos, cuando abordaban esas cuestiones y buscaban relacionar los efectos con las causas, no pensaban de otra forma que los iluministas. Para los grandes florentinos, para Maquiavelo y Guicciardini, las constituciones y las religiones ¿tenían otro origen que hábiles cálculos? Un cerebro no educado sociológicamente concibe ingenuamente la idea antropológica de que las organizaciones políticas, en lugar de provenir de una lucha entre poderes y necesidades diversas, son fabricadas de acuerdo con un plan por sagaces legisladores.

Aun cuando los iluministas se hubieran contentado con perseguir sistemáticamente en la historia esta concepción popular, habían sido muy meritorias para la ciencia histórica. Los antiguos historiadores, a excepción de los florentinos y de sus discípulos, no habían casi fijado su atención en el encadenamiento de los hechos. Los analistas humanistas habían descompuesto la historia en una serie de relatos brillantes sin cohesión. Los anticuarios habían formado conjunto por un encadenamiento exterior de noticias eruditas. Muy raramente se habían preguntado hasta qué punto los acontecimientos que ellos relataban podían derivar de sucesos más antiguos y si no había alguna relación interna entre medidas totalmente dispares (por ejemplo una innovación en la legislación financiera y un cambio simultáneo en la política exterior). Los iluministas, buscando por primera vez establecer en la historia una correlación sistemática de causas y efectos, llamaron la atención sobre todos estos problemas. Frecuentemente formularon conclusiones con mucha precipitación y formaron un encadenamiento causal muy sumario y grosero. Pero pusieron decididamente fin a las compilaciones sin objeto y trataron de explicar la serie de los hechos históricos. Fueron los primeros que osaron criticar las imaginaciones simplistas de los teóricos de la historia. No es exacto decir que la explicación individualista haya alcanzado en sus obras su punto culminante. Esta teoría es, por el contrario, descartada en parte entre los historiadores notables de la Ilustración. Ellos fueron los primeros en discutir la cuestión de si el curso de la historia no está determinado también por fuerzas inconscientes ("el espíritu de los tiempos", "el carácter nacional", etc.). Sus predecesores, con algunas excepciones, habían ignorado este problema o lo habían transformado por un recurso en la hipótesis de un insondable designio divino. Los iluministas no estuvieron más, sino por el contrario menos faltos de sentido histórico que sus antecesores más distinguidos, los historiadores del Renacimiento: al menos aquéllos se esforzaron en reconocer otras potencias al lado de las que ellos veían dirigir en su tiempo el gobierno de los Estados. No sacaron del restringido círculo de la experiencia conclusiones históricas tan unilaterales como los florentinos del siglo XVI.

Y la época siguiente, que tan vivamente critica la falta de sentido histórico de la Ilustración, ¿estuvo exenta de este defecto? Algunos de los historiadores más grandes de la primera mitad del siglo XIX, que veían a su época agobiada por las luchas entre los conservadores y los liberales ¿no generalizaron indebidamente esta observación, convirtiendo toda la historia en una guerra entre principios opuestos?

Lo mismo para con el segundo reproche (que se confunde un poco con el primero), a saber, que los historiadores iluministas no hubieran establecido ninguna diferencia entre los hombres y colocado en un mismo pie de igualdad individuos de épocas y países diferentes, como si se tratara de magnitudes matemáticas.

Este defecto no es particular tampoco. Fueron, por el contrario, los primeros en combatirlo. Fueron los primeros en experimentar el sentimiento de que los pueblos primitivos no debían ser juzgados de acuerdo con los mismos principios que las naciones civilizadas. Sus tentativas para establecer detalladamente las distinciones etnográficas, no fueron, en general, muy felices en parte porque los materiales eran insuficientes, en parte porque se tenía la preocupación por oponer a la tesis de la influencia moral del cristianismo las virtudes de los pueblos paganos. Por su parte la Ilustración (en Francia), se aventuró por primera vez a restringir la proposición proveniente de la filosofía popular de la Antigüedad, de acuerdo con la cual todos los hombres pertenecerían a una misma especie.

Por otro lado, al admitirla, fué la primera en tomar esta tesis en serio. Los historiadores antiguos tenían ideas más ingenuas que los iluministas; pero con su falta de reflexión, no pensaban sacar de ellas siempre, consecuencias. Tratando de reconstruir la psicología de los personajes históricos habían utilizado los mismos medios que los iluministas y no habían dudado en imaginar el pasado de acuerdo con su época y su medio. Pero, a menudo, presentaban confusamente los acontecimientos que relataban. Tenían como verdaderas las historias extranjeras y las leyendas exóticas, que fueron, a veces equivocadamente, rechazadas por los iluministas como increíbles o imposibles. Mas no comprendían mejor que éstos lo que relataban. Sólo que no tenían el coraje de romper con la tradición tan osadamente como lo hicieran los iluministas y sobre todo, querían, más que instruir, divertir. Cuanto más curiosa era una relación, mayor era su valor: era el lector el único que debía captar el pensamiento verdadero. Los iluministas alejaron todos los relatos históricos donde los hombres parecían actuar por motivos ininteligibles para ellos. Así, junto a muchas cosas confusas, arrastraron con demasiada precipitación datos interesantes. Pero una nivelación semejante era necesaria. Es muy raro que una historia atacada por ellos pudiera pasar por verdadera (literalmente, no sólo como nucleo histórico). Así pues, las leyendas que desecharon habían sido consideradas como verdaderas en sí y no sólo como símbolos. Aún cuando rechazaban un relato por la razón

de que no lo comprendían, prestaban a la ciencia histórica mayor servicio que si lo hubieran pensado. ¡Qué de investigaciones fecundas tuvieron por estimulante su aseveración de que tal historia no podía ser verdadera porque chocaba al sentido común o a la experiencia diaria!

De la misma especie es el tercer reproche, concerniente al pragmatismo de los iluministas.

Esto también se justifica. La Ilustración gustaba atribuir los acontecimientos históricos a la acción consciente de los individuos aislados; naturalmente trataba de reconstruir los motivos que los habían determinado; y como se representaba a los estadistas del pasado según el término medio de los soberanos contemporáneos, no sorprende el que haya buscado preferentemente sus explicaciones en móviles mezquinos y utilitarios. Pero es preciso decir aquí: la Ilustración no inventó ese pragmatismo, sino que lo aplicó más honesta y francamente que los historiadores anteriores. La interpretación pragmática de la historia es obligada desde que se persigue un fin educativo. ¿No preside las obras de los grandes florentinos? Sin duda estaba latente cuando el historiador se limitaba a compilaciones y no trataba de hacer vivir a sus personajes. ¿No constituye un progreso el pragmatismo consecuente de los iluministas?

En todo caso, constituía por su sobriedad una reacción saludable contra la historiografía humanista y galante.

Los historiadores anteriores, exceptuados los grandes florentinos, habían aplicado a los relatos de las fuentes, muchos más adornos e interpretaciones arbitrarias que los iluministas. Los humanistas habían hecho de sus figuras históricas héroes de teatro de la antigua Roma, los historiadores galantes había hecho de ellas, intrigantes de comedia. Los iluministas partían por lo menos, de la realidad. Su escasa psicología no le servía cuando se trataba de explicar las naturalezas complicadas y las individualidades en que el corazón predominaba sobre la inteligencia. Pero violentaban menos las fuentes y la historia que las ficciones de la retórica clásica y las fantasías novelescas de los historiadores galantes. Además fueron los primeros en oponerse al empleo exclusivo del método pragmático. Únicamente los espíritus inferiores de entre ellos se sometieron a él sin reservas; los jefes le habían superado. Equivocadamente se ha reprochado a Voltaire gustar de asignar pequeñas causas a los grandes acontecimientos. Sin duda que pueden descubrirse en él pasajes que parecen confirmar esta opinión. Pero no debe olvidarse que la costumbre de explicar las grandes transformaciones históricas por fortuitos incidentes personales e intrigas de escaleras escusadas, lejos de ser propia de la Ilustración, es corriente en la antigua filosofía de la historia. Escépticos y creyentes habían tratado de mostrar, en todas las épocas, la fragilidad de la gran política y de los esfuerzos humanos, atribuyendo a futilezas las vicisitudes de la historia universal. Montaigne después de Bodin, había relacionado la caída de Carlos el Temerario con una disputa provocada por algunas pieles de carnero (Essais, III, 10; cf. P. Villey,

Les livres d'histoire moderne utilisés par Montaigne 1908, 68 s.). Pascal había dicho que la faz del universo hubiera cambiado si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta (*Pensées* 1ª parte, art. 9, § 46; cf. la nota análoga sobre Cromwell, art. 6, § 87). Esta teoría no es, pues, una invención de la Ilustración superficial. Por el contrario, Voltaire fué el primero en alzarse (en oposición a Bolingbroke por ejemplo) contra esta concepción y en conceder una gran participación, en el desarrollo histórico, a la influencia inconciente de las condiciones geográficas y de los caracteres nacionales.

En CUARTO lugar, los reproches se han dirigido a menudo a la crítica iluminista de las historias de milagros.

Y bien, no es exacto que ella haya inventado o practicado con ligereza la torpe corrección racional de las leyendas. Se distinguió precisamente de las antiguas escuelas porque rechazó completamente los relatos maravillosos y corrigió algunos detalles. La opinión corriente se debe a que se ha tomado como tipo de la historiografía iluminista en general la historia eclesiástica (protestante) de la *Aufklärung* alemana. Nada autorizaba esto.

Es un hecho característico el que ciertos teólogos osaron extender a la historia eclesiástica y aún a la historia bíblica el método de interpretación iluminista proveniente de la filosofía popular de los antiguos, aplicada desde hacía tiempo a la historia profana y constantemente por los humanistas italianos. Pero los jefes del movimiento iluminista no mantuvieron esa posición moderada. Fueron más que simples continuadores de los humanistas italianos. No sólo infundieron a su polémica contra los relatos maravillosos de la Iglesia con ironía anti-religiosa, sino que los rechazaron enteramente, sin distinguir si las leyendas que atribuían al engaño de los sacerdotes eran relatadas o no por un escritor canónico. No es preciso juzgar a la crítica radical de la Ilustración, tal como fué practicada en Francia sobre todo, según las tímidas transacciones de los teólogos de las universidades alemanas.

Como críticos, los iluministas tenían sobre los humanistas la ventaja de que las modernas ciencias de la naturaleza habían conmovido la fe en la autoridad de los antiguos. La crítica iluminista, en el sentido corriente de la palabra, tenía su apoyo más firme precisamente en los historiadores de la Antigüedad. Frente a las historias maravillosas el historiador romano clásico ¿no recurría voluntariamente, a ensayos de explicación racional? Autores antiguos de historia universal, como Diodoro y otros, ¿no acostumbraban a transformar los mitos en hechos vulgares y gestas dramáticas? Los estudios polihistóricos de los siglos XVI y XVII tienen pocas fallas que no puedan ampararse en la autoridad de los antiguos. Desde que ésta, mientras entraban en juego las ciencias naturales, se encontraba definitivamente anulada, los historiadores instruídos descartaban fríamente las historias sobre el origen de los pueblos modernos, parcialmente inventadas por analogía con las antiguas

historias de fundaciones. El humanista Buchanan interpretaba racionalmente las fábulas sobre la historia de los reyes de Escocia; el iluminista Robertson las descartaba por completo.

La teoría de las catástrofes. La historiografía de la Ilustración parece aventajar al pragmatismo de las antiguas tendencias, principalmente porque dirigió su atención, al mismo tiempo que a la historia política, a la historia del comercio, de la industria y al desarrollo de la civilización. Evidentemente, es más fácil en apariencia adjudicar a las sabias medidas de un soberano un progreso político, que un período de prosperidad general del comercio, de la industria o de florecimiento de las artes o de las ciencias, sobre todo cuando esos progresos de la civilización se producen al mismo tiempo en varios países (en los períodos para los cuales se ha elegido el nombre impreciso de siglo; por ejemplo "siglo de León X", "siglo de Luis XIV", porque no se quería hacer de un Estado el centro de la exposición). Casi no existía medio alguno de relacionar fenómenos semejantes con los caprichos de un déspota. Por más que se estimara la influencia de los estadistas sobre el espíritu mercantil y de principescos Mecenas, estaba demasiado claro que los movimientos internacionales podían ser favorecidos pero no provocados por los soberanos de un Estado particular. Allí donde el pragmatismo no servía, aparecieron los ensayos de explicación que pueden ser reunidos bajo el nombre de teoría histórica de las catástrofes.

Es la contraparte normal, en cierta forma, del sistema de filosofía de la historia que hacía surgir de la nada, por un solo acto de voluntad, religiones y constituciones. Como él, esta teoría desconoce el crecimiento lento y progresivo, y las secretas influencias internas provenientes de la educación, de la tradición, del género de vida, de la filosofía, etc. Hace intervenir a la providencia o al azar en el curso de la historia, de una manera tan abrupta como la de los déspotas instruídos en las instituciones de sus Estados. Es preciso que algún incidente sorprendente provocara fenómenos nuevos en la civilización. El humanismo y el Renacimiento (el nuevo florecimiento de las artes y de las ciencias) proceden de la conquista de Constantinopla y de la expulsión de los sabios griegos de Italia [1]; el feudalismo y el progreso de las ciudades italianas hacia el fin de la Edad Media, de las cruzadas, por las cuales se suponía que los pueblos europeos habían establecido contacto con la civilización oriental. Esas teorías no sólo pecan de imposibilidad cronológica, tienen sobre todo el defecto de no admitir las influencias de un pueblo sobre otro, de una civilización sobre otra, más que allí donde pueden señalarse violentos choques exteriores. Se

[1] Esta teoría, por lo demás, ya fué combatida por Voltaire (*Essai sur les moeurs*, cap. LXXXII).

imputaba a una catástrofe aislada, por ejemplo a una guerra devastadora, la baja (real o ficticia) de la población; no se pensaba que las calamidades súbitas, cuando golpean a un país sano, son generalmente más fáciles de curar, que las enfermedades en apariencia insignificantes, que lentamente, pero en forma continua, minan la prosperidad del Estado.

Tampoco en esto se es justo con la historiografía iluminista, cuando no se ve en esta teoría más que ese lado gastado y superficial. No hay que olvidar que fué ella la que se ocupó por primera vez de esos problemas de historia de la civilización y que ninguna ciencia, en sus comienzos, escapa a teorías no maduradas por la reflexión. La ciencia de la naturaleza de la misma época ¿no trató de resolver sus problemas por medios simplistas e insuficientes? Si muchas teorías iluministas tuvieron por largo tiempo un curso inmerecido y sobreviven aún en los libros de enseñanza y en las obras populares de historia, no es culpa de la Ilustración, sino que se debe a la pobreza del pensamiento de la época siguiente.

Retrocesos de los que es culpable la historiografía iluminista.

Hasta la teoría catastrófica señalaba un progreso en la concepción de la historia. Era insuficiente pero valía más que la que la precedió. En otros puntos la historiografía de la Ilustración es, por el contrario, muy inferior a la precedente.

En primer lugar por su falsa posición frente a la erudición. Esta posición era difícil. Los historiadores de la escuela humanista habían descuidado los trabajos preparatorios y habían levantado sus teorías sobre cimientos inseguros. Sus obras, basadas todavía en fuentes secundarias, no eran desde el punto de vista científico menos superiores que las complicaciones desprovistas de espíritu y de crítica de los autores de la Edad Media que reemplazaban. Estaban más sólidamente construídas que lo que solían estarlo, por lo general, las disertaciones eruditas. Aún los grandes florentinos, que tenían menos inclinación todavía que los clásicos por los estudios arqueológicos, trabajaban sus cuadros de historia contemporánea con la máxima conciencia que exigía la ciencia de entonces.

Además las pretensiones se habían elevado. La nueva escuela erudita de Mabillon y Tillemont había impuesto el principio de que sólo era permitido escribir historia cuando se estuviera en posesión de un material completo y capaz de ser pasado por la criba de la crítica. La historia se reservaba a las gentes del oficio que podían consagrar tranquilamente una parte de su vida al cultivo de un pequeño dominio. Recoger y catalogar conscientemente los materiales, parecía ser el fin supremo.

La Ilustración no se contentó con ello. Aspiraba a la síntesis, a las exposiciones históricas que dejaban de lado el detalle "inútil" y dando sólo lo necesario, es decir, lo que interesaba a sus proyectos de reforma.

No era un mal programa de historia. Pero, para realizarlo, habría sido necesario un trabajo paciente y asiduo, que la mayor parte de los historiadores iluministas no llevaban a cabo. No se preocupaban mucho. Algunos de ellos habían tomado una tarea tan grande, que nunca hubieran terminado siguiendo el método de los benedictinos. Y ellos preferían trabajar sobre el presente más que preparar los elementos a los futuros investigadores. Se redujeron, pues, a la forma de trabajar de los humanistas, prefiriendo apoyarse en las narraciones precedentes que recoger ellos mismos los hechos en las fuentes originales. Criticaron a los antiguos historiadores. Pero es de ellos de quienes extrajeron el material para su crítica, y no de los documentos dejados de lado por la tradición.

Sin embargo había pasado el tiempo del trabajo despreocupado y rápido. Los iluministas sintieron siempre una especie de resquemor frente a los trabajos de los benedictinos. Creían que sus investigaciones, sobre todo en lo que se refiere a la Edad Media, tocaban problemas complicados que no podían resolverse por apresurados juicios de diletantes. No es sin razón que evitaron deliberadamente la historia de la Edad Media. Cuando se aventuraron sobre ese terreno, calificaron sus trabajos de *Ensayos*, como Voltaire, o los ocultaron bajo una introducción, como Robertson, o trataron de disimular su inseguridad, como Jean de Muller, con salidas desdeñosas contra los sabios anteriores. Trabajaron con preferencia sobre los siglos XVI y XVII, donde se encontraban en terreno seguro y donde casi no tenían que temer la acción de la historiografía erudita. Como los grandes florentinos, las obras más sólidamente fundamentadas son las que sacaban su teoría del pasado más reciente y para las cuales la tradición oral podía suplir los eruditos estudios preparatorios: no es por azar que *Le siècle de Louis XIV* de Voltaire, con excepción de Möser y Winckelmann, representa la obra histórica de la Ilustración más digna de confianza por sus detalles.

La falta de método de los historiadores iluministas y su arbitraria elección de los materiales se advierte sobre todo allí donde ellos quedan reducidos a sus propias fuerzas.

En la historia de la civilización, en consecuencia, más que en la historia política. En aquella trataban ellos temas nuevos. Los historiadores anteriores no dedicaban a la historia del comercio, de la industria, de la cultura espiritual, más que noticias aisladas. A decir verdad, no se habían ocupado nunca de esos temas y sólo los habían mencionado cuando la narración de los hechos políticos los obligaba. La primera tarea a realizar había sido, pues, estudiar metódicamente las fuentes. La Ilustración esquivó generalmente ese trabajo. Se contentó a menudo con reunir los datos sobre la civilización que encontraba ocasionalmente en los historiadores políticos o en los de la Iglesia, sacando conclusiones generales. En ningún otro dominio se proveyó ella de tantos impulsos y de tan pocos resultados adquiridos como en la historia de la civiliza-

ción. Si ésta, aún en el siglo XIX, se detuvo por largo tiempo en los ensayos de aficionados, la falta se debe quizá a los ensayos brillantes, pero ligeros, de la Ilustración. Las faltas cometidas en la aplicación de la teoría catastrófica provienen en gran parte también de un estudio insuficiente de los materiales. La Ilustración no hizo, aquí tampoco, obra durable más que en el terreno de la *crítica*: anuló por lo menos la autoridad de una historia de la civilización fundada en la Biblia y en la Antigüedad.

La historiografía de la Ilustración acusa también otro retroceso: se la utilizó para la propaganda de ciertas *tendencias*.

Los historiadores eran libres frente al Estado y a la Iglesia. No escribían por orden y para la glorificación de un príncipe o de un partido. No dependían ya más que de su doctrina. Sus obras eran instrumentos de combate en la guerra por la verdadera fe. No querían sólo demostrar una tesis (política) como Maquiavelo y Commines; sus trabajos debían servir para divulgar las ideas de la Ilustración. Montesquieu, que pertenecía a los iluministas *políticos*, no temía decir que Voltaire, como historiador, escribía como un monje para su convento. Los iluministas no estimaban los acontecimientos del pasado de acuerdo con su valor histórico, sino de acuerdo al valor que les proporcionaba para la polémica. Y no sólo los franceses y los alemanes. También los ingleses usaban en sus obras una cierta ironía, sino contra el orden político establecido, por lo menos contra las ideas tradicionales de la religión y de la historia eclesiástica. Empleaban un estilo más medido que los otros, pero su actitud no es por ello menos hostil. No atacaban abiertamente la interpretación teológica de la historia, la pasaban en silencio, combatiéndola tan eficazmente como los franceses. Tampoco se engañaban los creyentes. Léanse las acotaciones que el jefe de los metodistas Wesley hace en su diario sobre las obras históricas de Robertson, y se verá en qué sentido los contemporáneos interpretaban las prudentes expresiones del historiador escocés.

No hay necesidad de demostrar detalladamente el mal que debían hacer esas tendencias transportadas a la historia. La mayor parte de los defectos de la historiografía iluminista provienen del abuso que se hizo de la historia utilizándola en casos que hubiera sido mejor dejarlos a la literatura periodística. Precisamente porque aplicaba por primera vez principios científicos y sociológicos, esta recaída en los hábitos de la historiografía teológica, era de mal augurio. ¡Qué de comentarios fuera de lugar, qué de juicios precipitados son debidos únicamente a intenciones polémicas!

Por otra parte no hay que olvidar que el carácter cosmopolita, es decir de política científica, de la historia iluminista, quedó asegurado precisamente por el predominio de las tendencias antirreligiosas. ¿Podía el historiador quedar en las fronteras de su patria cuando colaboraba en la lucha internacional contra la superstición y el engaño de los sa-



cerdotes? ¿No era toda la causa de la humanidad la que defendía? Ante todo lo inspiraron consideraciones patrióticas. Pero para que su propio país gozara de las nuevas luchas era preciso que la sana filosofía se extendiera. La oposición típica entre el sacerdote y el filósofo pareció en historia más importante que la distinción entre compatriotas y extranjeros. Bajo ese aspecto, como bajo muchos otros, la historiografía iluminista aparece como una continuación de la historiografía teológica de la Iglesia, que había puesto igualmente la confesión por encima de la nacionalidad.

LITERATURA. — Sobre el origen de la historiografía de la ilustración y sus relaciones con las antiguas escuelas, el testimonio personal que quedará siempre como el más importante son las dos cartas de Voltaire exponiendo su programa para el *Siècle de Louis XIV,* la carta del abate Dubos (ver p. 359 s.) del 30 de octubre de 1738 y la carta de lord Hervey del año 1740.

Las ideas sobre la influencia de la Ilustración inglesa sobre la historiografía francesa son muy confusas. Las notas que sobre filosofía de la historia se encuentran en los *Essays* de Hume y en Bolingbroke, no tienen mucho que ver con los nuevos principios de la historiografía volteriana. Además la obra principal de Bolingbroke, *Letters on the study and use of history* (1752) fué impresa después que el *Siècle de Louis XIV,* comenzado en 1735 y terminado en 1750, y sólo las insignificantes *Remarks on the history of England* habían sido publicadas en 1733 (Cf. la bibliografía de W. Sichel, *Bolingbroke and his time. The Sequel* [1902], 456 s.). Naturalmente, se podría pensar en un cambio oral de pensamientos entre los dos hombres; pero aparte del terreno común de la Ilustración, las analogías entre ellos son tan débiles que no se podría considerar a Voltaire historiador como un discípulo del librepensador inglés. Aunque se estime cuanto se quiera la influencia general de la Ilustración inglesa sobre Voltaire y los franceses, esto no da derecho para establecer una dependencia de la historiografía francesa.

Lo que mejor se ha dicho sobre la historiografía de la Ilustrción en general está en W. Dilthey, *Das 18. Jahrhundert und die geschichtliche Welt* (*Deutsche Rundschau,* 1901, III). Pero no da una historia ni tampoco compara los historiadores con sus antecesores. En compensación remitimos a él para los autores que no hemos podido nombrar, o que hemos mencionado brevemente porque no se especializaron como escritores de historia. Nuestro trabajo no podía entrar a considerar en la historia de la concepción histórica. La obra que mejor caracteriza la especulación política inglesa del siglo XVIII es L. Stephen, *History of English thought in the eighteenth century* (1876). Cf. además R. Fester, *Die Säkularisation der Historie* 1909, sacado del primer año de *Histor. Vierteljahrsschr.*) y P. Menzer, *Kants Lehere von der Entwicklung in Natur und Geschichte,* 1901.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CREACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA ILUMINISTA Y LA ESCUELA DE VOLTAIRE

I

VOLTAIRE

François Arouet, llamado M. DE VOLTAIRE (nacido el año 1694 en París, muerto en 1778), célebre publicista y poeta, figura en la historia de la historiografía principalmente por dos obras: 1º *Siècle de Louis XIV,* empezaba hacia 1735, concluída en su primera redacción en 1739. Continuada y modificada en Berlín el 1750, impresa allí en 1751 (datada en 1752). Edición con introducción de Burgeois, 1890; 2º *Essai sur les mœurs et l'espirit des nations et sur les principaux faits de l'historie depuis Charlemagne jusq'à Louis XIII.* Este título da el contenido del ensayo en su forma primitiva, del cual aparecieron ya fragmentos en 1745 y 1750 y que fué impreso por completo en 1754 en La Haya y en Berlín como *Abrégué de l'historie universelle.* La historia antigua falta en la primera redacción, porque Voltaire no quería al principio dar más que una continuación del *Discours sur l'historie universelle* de Bossuet. Esta laguna nunca fué colmada correctamente: Voltaire reemplazó más tarde el *Discours* de Bossuet, muy poco congruente con su *Essai,* con un cierto número de consideraciones aisladas sobre temas de la historia antigua, a lo que tituló *Philosophie de l'historie* (1756 y 1769). Además el *Siècle de Louis XIV* y el *Siècle de Louis XV* fueron agregados al ensayo que, por su extensión exterior, llegó finalmente a abarcar la historia universal hasta su tiempo. El título de *Essai sur le mœurs* fué empleado por primera vez en 1756. Voltaire lo escribió a instancias de su amiga Mme. du Châtelet, en cuyo castillo de Cirey residió Voltaire de 1734 a 1749.

Las otras obras (cf. la bibliografía en Bengesco: *Voltaire, Bigliographie de ses œuvres,* 1882 a 1890), aunque tengan mucho mérito, no pueden ser enumeradas aquí en su totalidad. Citaremos solamente su obra de juventud, *Histoire de Charles XII,* que señala la transición de la historiografía novelesca a la de la Ilustración (1ª edición, 1731), y el trabajo de historia constitucional *Histoire du Parlament de Paris* (1769). Estos son trabajos de encargo, como los *Annales de l'Empire* (hasta Carlos VI), escritos para la duquesa Luisa Dorotea de Saxe-

Ghota (Colmar 1754), el *Précis du siècle de Louis XV*, que Voltaire compone en calidad de historiógrafo real (1755 ss.; completa en 1769) y la *Histoire de l'Empire de Russie sous Pierre le Grande*, escrita para satisfacer un pedido de la emperatriz Isabel (1759 a 1763).

Todas estas obras no aportan en principio nada nuevo. Es diferente el caso de los numerosos escritos de apología o los programas que lanza Voltaire al margen de su actividad histórica propiamente dicha (*Le Pyrrhonisme historique* 1769. *Fragments sur l'histoire* 1773, etc.). Entre las pequeñas historias narrativas citaremos los *Fragments historiques sur l'Inde* (1773). A las disertaciones críticas impresas en su *Œuvres* (1ª edición completa, Kehl, 1785 a 1789) hay que añadir todavía las *Remarques autographes de Voltaire en marge d'un livre annonyme du P. Daniel.* A ellas pertenecen las observaciones de aquél sobre Mézeray publicadas en Bavoux, *Voltaire à Ferney*, 1880. Un esbozo anterior de las partes del Ensayo que tratan de la poesía, de las artes y de las ciencias ha sido publicado por F. Cussay en 1913 en la *Revue des Deux Mondes*, III, 103 ss.

LITERATURA. — Voltaire historiador no ha sido aun científicamente estudiado a fondo. No se han examinado sistemáticamente sus relaciones con sus antecesores, ni la extensión que adquiere en él la utilización de las fuentes. Sus opiniones sobre la historia de la filosofía han sido objeto de un buen trabajo de conjunto: *Voltaire-Studien* de Richard Mayr, en las actas de las sesiones de la Academia de Viena, 95 (1880); cf. además M. Ritter en la *Histor. Zeitschrifte*, 112 (1913), 54 ss. Hasta ahora no se ha estudiado a fondo más que la *Histoire de Charles XII*, que para nuestro objeto tiene poca importancia (cf. la conferencia en Helsingfors de J. R. Danichsen 1878 y Geoffroy *Le Charles XII de Voltaire et de Charles XII de l'histoire* en la *Revue de Deux Mondes*, 84 [1869] 378 ss. J.-G. Hadmann, *Uber V.: Essai sur les mœurs*, 1883, es insuficiente.

Artículos más breves: H. Mort, *Bossuet und V. als. Universalhistoriker* en la colección *Aus Dichtung und Sprache der Romanen* (1903); E. Fueter, *V. als historiker* en *Beilage zu All. Zeitung* del 12 y 13 de sept. de 1905; P. Sakmann, *Die Probleme der historischen Methodik und der Geschichtsphilosophie bei V.* (*Hist. Ztschr.* 97 [1906], 327 ss.) y otros trabajos (enumerados en Sakmann, *Voltaires Geistesart und Gedankennselt* [1910]). Además los capítulos especiales en las obras generales sobre Voltaire; cf. particularmente G. Lanson 1906. Una memoria de Roger sobre *Voltaire et Enrique IV, étude d'un chapitre de l'Essai sur les M.*, fué presentada en 1906 a la Facultad de Letras de París.

La historiografía de la Ilustración ha sido fundada por Voltaire. El gran publicista que empleó sus fuerzas en una reforma del Estado francés —una reforma desde arriba y limitada a lo que era accesible— fué también el hombre que dió vida a la historia concebida en el nuevo estilo.

El punto de partida: tendencias políticas y religiosas de Voltaire.

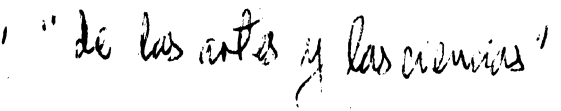
Con quien mejor se puede comparar Voltaire por su posición en la historia de la historiografía, es con Maquiavelo. Como el gran florentino, Voltaire aborda la historia con un programa de reformas (políticas); pide al pasado y al extranjero materiales y argumentos para sus teorías. Sin embargo, sus planes eran más amplios, su espíritu más vario, sus conocimientos más extensos.

Voltaire no se inquieta como Maquiavelo por el problema de cómo

asegurar para los mejores la existencia de un Estado. Francia no estaba como Florencia amenazada en su independencia. Lo que era el fin soñado para los *statisti* florentinos, era una realidad para Voltaire: una comunidad independiente y poderosa. No se necesitaba más que fortalecer interiormente esta comunidad, es decir, afirmarla financieramente ante todo. El gobierno debía considerar como su deber impulsar la población y la prosperidad del país mediante una administración racional. Inglaterra (que era el modelo contemplado por Voltaire, así como Fernando de Aragón y Luis XI por Maquiavelo), apenas era superior a Francia como organización militar. Pero, por su sistema moderno de administración, era tolerante, razonable, y no ponía trabas al espíritu comercial de sus ciudadanos. Apartar todos los obstáculos que hacían que Francia estuviera más atrasada que Inglaterra, tal era el objetivo de Voltaire; ése fué también el programa de su historiografía.

No exclusivamente. En Voltaire se unían dos tendencias distintas de una manera original. Por un lado era el representante típico de la burguesía francesa, laboriosa y sensata, del tercer estado comerciante que buscaba conquistar el poder por la revolución. Le sucedía expresarse como si el aliento infundido a la prosperidad material fuera el único deber del estadista, como si un rey del tipo del futuro Luis Felipe fuera el ideal de un soberano. Pero era un gozador intelectual, un epicúreo ávido de placeres estéticos para poder complacerse en un Estado de gentes comunes. Un gobierno que/no tiene cuidado no encuentra gracias a sus ojos. El grosero materialismo que hace consistir la dicha únicamente en el bienestar exterior y en un tipo de vida confortable, no le satisface. Sobre todo en su juventud. Su *Siècle de Louis XIV*, en su forma primitiva, parece haber tenido por objeto, sobre todo, oponer el mecenazgo del Rey Sol a la actitud poco amable que el gobierno de Luis XV adoptó hacia los poetas y los artistas de su tiempo. En su vejez, las condiciones cambiaron. No cultivó ya la poesía por sí misma: atribuye por lo tanto menos valor a la satisfacción de las necesidades estéticas que a la de los intereses sociales. Sus escritos-programas de los últimos años reclaman ante todo investigaciones de historia económica.

Las dos grandes obras de historia que en su madurez recibieron forma definitiva. tienen a este respecto una actitud fluctuante. En el *Siècle de Louis XIV*, las dos tendencias divergentes están casi equilibradas. En el *Essai sur les mœurs* hay palabras duras contra la costumbre de juzgar a los hombres y los siglos bajo el brillo de sus bellas artes. Voltaire encuentra que el título de "padre de los museos" dado a Lorenzo de Médicis no vale lo que el otro, el de "padre de la patria"; alaba como el hombre más meritorio de la Edad Media a un sacerdote, el papa Alejandro III; porque muchas ciudades conservaron su esplendor merced a este representante del sistema eclesiástico (que ciertamente no favoreció las artes), etc. Pero él no abandona por completo el punto de vista de esteta amigo del placer. Los períodos que coloca más altos



son aquellos donde las necesidades artísticas y materiales estaban igualmente satisfechas, como la época de la contrarreforma en Italia, donde la calma y la paz reinaban en el interior y donde la religión hizo erigir "templos dignos de la antigüedad".

Se ven bien los deseos que él pone en primer lugar. Antes soportar la dominación clerical, si el buen funcionamiento de su administración está asegurada y si ella no pone trabas a la cultura estética, que la plena libertad espiritual si ella debe pagarse con un estado político incierto y de costumbres bárbaras.

Voltaire ve en el despotismo ilustrado una panacea para los malestares políticos. Es necesario entender esta palabra en el sentido más amplio. Monarquía o república, en eso no hace diferencia alguna; Voltaire era muy práctico para conceder, como algunos contemporáneos, demasiado valor a la forma de las constituciones. Lo importante es que el gobierno no caiga en la manos del vulgo, que permanecerá siempre fanático (es decir, intolerante en religión), aunque pertenezca a las clases ilustradas. Estados atristocráticos como Holanda e Inglaterra, pueden realizar este ideal tan bien como los Estados absolutistas. La tarea del gobernante consiste ante todo en procurar la calma y la seguridad en las finanzas bien ordenadas, una buena justicia, etc. Debe también tener cuidado de las artes y de las ciencias; pero esto es menos importante. Para que el orden no sea alterado en el interior, es necesario que el gobierno practique la tolerancia religiosa y sofrene al clero y a las masas fanáticas.

Voltaire no predica la tolerancia en virtud de principios, sino por consideraciones políticas, prácticas. El Estado debe refrenar las disputas religiosas porque ellas producen fácilmente revueltas internas que conducen a la guerra civil, a la despoblación, a la ruina de la prosperidad material. Por eso la protección pública no se extiende a doctrinas que ofrecen un peligro para el Estado: éste no podría tolerar la predicación del ateísmo porque, sin la creencia en Dios, es imposible gobernar a las masas.

La teoría política de Voltaire no está, por lo tanto estrechamente ligada a su racionalismo filosófico. La fe de la Iglesia es, sin duda un absurdo. Pero el estadista debe contar con las circunstancias. Debe considerar que las masas están atadas a esa fe y que no se las convertirá. Que vele únicamente porque ella no puede hacer mal. Y eso a pesar de ser creyente. Como Erasmo, Voltaire se dirige a las clases dirigentes. No quiere emancipar intelectualmente al pueblo y llegar por ahí a la revolución.

La aplicación de esas teorías a la historia. El "Siècle de Louis XIV".

Lo qué para nosotros da importancia a esta teoría, es que Voltaire la hizo producir todos sus frutos para la historia.

Muchos contemporáneos pensaban quizá como Voltaire. Pero él fué el primero en sacar consecuencias en la historiografía. La materia histórica y la forma de la exposición fueron modificadas profundamente. ¿Qué importan al lector los detalles de campañas y de intrigas políticas que habían constituído hasta entonces casi todo el contenido de los libros de historia? ¿Qué es lo que este montón de noticias deshilvanadas podía enseñar a un amigo de las reformas? ¿Por qué los historiadores le negaban lo que más desearía saber, la historia de la administración interior, de las finanzas, de los asuntos eclesiásticos, de la civilización? ¿Por qué los historiadores recurrían a vulgares invenciones sensacionales antes que a referir sobria y verídicamente las cosas, de manera que sus relatos puedan enseñar alguna cosa al estadista? ¿Por qué hasta ponían la narración en primer plano y no trataban de analizar los hechos y de revelar los rasgos fundamentales?

Voltaire profesó toda su vida esos principios; es en su *Siècle de Louis XIV* que los siguió con la mayor consecuencia.

Se inaugura en la historia con una obra que pertenece aún, en esencia, a la historiografía galante. Su *Histoire de Charles XII* ya está más sólidamente fundada que los trabajos de un Saint-Réal y había juzgado necesario, antes de redactarla, informarse exactamente de la situación económica de Suecia. También por el estilo y la composición, su trabajo es superior a todos los precedentes. Pero el interés novelesco predomina todavía sobre el interés histórico y político. Esta obra de juventud no tuvo en el fondo más mérito para Voltaire que el de hacerle ver la insuficiencia de la historiografía anterior. Él había visto por sus estudios preliminares que, hasta un historiador autorizado como Pufendorf, era inútil para un investigador que deseara estar informado de los recursos financieros de un país.

Lo que le había faltado en otros, se lo proporciona a sí mismo en su *Siècle de Louis XIV*.

Es el primer libro de historia moderna; Voltaire es el primero que rompe resueltamente con la forma clásica de los anales, que había nacido casi accidentalmente de la historia de una guerra (por Tucídides y Jenofonte) y con Tito Livio se había convertido en canónica para los tiempos modernos. Su *Siècle* es la primera obra que abandona la ordenación por anales y hasta el plan cronológico por entero. Por primera vez ensaya ordenar los acontecimientos históricos según su encadenamiento interno y no según el momento en que ellos transcurrieron. Por primera vez es descripta la vida entera de un Estado.

La nueva forma empleada por Voltaire ha sido con frecuencia censurada severamente. Se la ha abrumado con el apodo de "sistema de los cajones". Las partes de que se compone la vida pública, se dice (polí-

tica exterior, finanzas, religión, arte, etc.), están muy exactamente distribuídas en anaqueles; pero Voltaire estaba obligado a mostrar las relaciones orgánicas y, al desdeñar el orden cronológico, ha tratado de las causas de muchos acontecimientos después que de ese mismo acontecimiento: de la política comercial de Colbert, por ejemplo, después de las guerras a las que ella dió lugar.

Estos reproches no carecen de justicia, pero son muy exagerados. Como todos los iluministas, Voltaire no siguió más que las conexiones inmediatas que aparecen exterior y materialmente. Pero la influencia de la situación financiera y del sistema comercial de Colbert sobre la política de Luis XIV está tratado con mucha claridad y si en los primeros capítulos consagrados a las guerras del Rey, Voltaire debe dejar para después las razones que las hicieron estallar, apenas hay en ello falta. ¿No es una limitación de la historiografía el no poder relatar sino uno después de otro acontecimientos que se han desarrollado simultáneamente? Es necesario reconocer también que Voltaire no ha sondeado nunca las relaciones íntimas que existen entre el estado político y la civilización. No se preguntó jamás si la arquitectura de los jardines de Versalles o la de las tragedias clásicas y el régimen de gobierno del Rey Sol no procedían del mismo espíritu. Y tal vez no tenga tanta culpa: su cerebro lúcido, al menos, no se perdía en las construcciones imaginativas de las que el siglo XIX no se libró del todo sino después de su progreso.

Otros dos puntos son más importantes. Primeramente era de la más alta importancia que la administración del Estado fuera concebida como un todo y que la política exterior ya no estuviera separada de la interior, de las finanzas, del comercio y de la industria. Es necesario remontarse a Maquiavelo para encontrar algo semejante. Y todavía la *Istorie fiorentine* no da más que indicaciones ocasionales. En segundo lugar, el desarrollo ulterior de la historiografía ha mostrado que no es tan fácil, a pesar de los defectos del plan de Voltaire, sustituirlo por otro. Una de las más grandes obras históricas del siglo XIX, la *Historia romana* de Mommsen, ¿no adoptó enteramente el plan ideado por Voltaire?

Se puede censurar con más severidad las concesiones hechas por el autor, en la ordenación del asunto, a las tendencias iluministas.

La obra, en su primera forma (1739), ya manifestaba en su disposición su programa histórico y político. Después de una introducción que ilustra con el ejemplo de la Fronda el estado de anarquía feudal del reino antes del régimen absoluto, describe luego las guerras y el régimen interior de Luis XIV, la historia del comercio, de las finanzas y de los asuntos eclesiásticos. Presenta, en cierto modo como consecuencia de ese régimen absoluto, un brillante cuadro del estado floreciente en que se hallaban las letras y las artes bajo Luis XIV. Se insertaban capítulos referentes a la vida privada del rey, a las costumbres, a las modas,

etc. La teoría de Voltaire era expuesta de una manera ejemplar: el principio muestra la reforma del Estado por el déspota; el final, los felices resultados.

No obstante, doce años más tarde él depura su obra de las tendencias antirreligiosas implícitas en ella. Los capítulos sobre artes y las ciencias fueron abreviados, los de los asuntos eclesiásticos aumentados. Las disputas religiosas fueron colocadas al final. Ellas debían mostrar que Luis XIV no era el tipo del déspota ilustrado; él era intolerante y creyente; no obra como el emperador de la China, "el mejor de los príncipes", que destierra a los misioneros cristianos como autores de rebeliones, tal como lo relata en el extraño capítulo final. La estructura orgánica de la obra fué destruída por interés polémico: el *Siècle de Louis XIV* debía prestar desde entonces los servicios que constituyeron más tarde la tarea casi exclusiva del *Essai sur les mœurs.*

Imparcialidad nacional y política de Voltaire.

Pocas obras históricas, por lo demás, están libres de prejuicios nacionales y políticos como el *Siècle de Louis XIV*. Extranjeros contemporáneos, como Chesterfield le han reconocido este mérito. Voltaire no alaba a Luis XIV y a sus ministros sino en tanto que ellos responden por sus actos al ideal del despotismo ilustrado. En ningúna parte el deseo de favorecer a su país se mezcla en él con la causa de la justicia y de la civilización. A propósito de las pretensiones jurídicas en las que Luis XIV apoyaba sus informaciones, el francófobo más envenenado no habría podido expresarse más sarcásticamente que Voltaire. Reconocía lo bueno, es decir lo que estaba conforme con sus aspiraciones políticas, en cualquier parte donde lo encontraba. Su príncipe ideal es menos el Rey Sol que el duque de Lorena, Leopoldo, que repuebla y enriquece su país (cap. XVII) ¡Y cómo alaba en burgués bien acomodado el orden de las finanzas holandesas! Se cuida deliberadamente de generalizaciones odiosas, ese pecado venial de los historiadores. Evita el hacer responsable a toda un nación de los excesos de una clase determinada de la población, que por otra parte son producidos en un momento de sobreexcitación. El populacho es el mismo en todas partes, los desórdenes que puede cometer no dan derecho de tachar a un pueblo de barbarie.

Voltaire no es cortesano. Nos engañaríamos mucho tomando su libro, de acuerdo con su título, por un panegírico de Luis XIV. Es verdad que, por oposición a las novedades alarmantes y a las oscuridades inverosímiles de panfletistas ignorantes, ha empleado en su pintura toques más ligeros de lo que permite la verdad histórica. Se sentía muy obligado al gobierno de Luis XIV a causa de la protección dispensada a las artes y a las ciencias, para servirse del pincel realista de un Saint-Simon. Pero no ha imitado a los escribas oficiosos que aplastan los méritos de los subordinados bajo los del monarca. Sabía cuidar, aun frente a Luis XIV, los derechos de una libre crítica. Hizo resaltar con fuerza todo

lo que Francia debía exclusivamente a los ministros y a los generales del rey, a Colbert, a Vauban, Louvois y a Turena. No rechaza tan resueltamente como en sus obras ulteriores la ficción que exige que la historia no sea relatada más que en estilo sostenido y en la lengua de una retórica pomposa. Pero se abstiene al menos de la ornamentación convencional del clasicismo. No inserta discursos ni lugares comunes de moral. No intenta calcar su estilo sobre el de la Antigüedad.

Si Voltaire evitó generalizaciones odiosas de incidentes aislados, eso se debe en gran parte a que es el primero que trata de librar de circunstancias accidentales que ocultan en los acontecimientos históricos, lo que éstos contienen de típico. El *Siècle de Louis XIV* no es únicamente el primer libro de historia que trata de señalar en la masa de la tradición los rasgos importantes para la historia; es también el primero cuyo autor busca discernir en cada informe si el hecho que expone es nuevo o se aparta del curso ordinario de las cosas. Si se exceptuan algunos historiadores del Renacimiento, tales como Guicciardini y Nerli, se puede afirmar que la obra de Voltaire es la primera que haya descartado por completo el método de compilación.

El "Essai sur les mœurs".

El *Siècle de Louis XIV* es la obra histórica clásica de Voltaire. El plan y la ejecución concuerdan perfectamente. Conoce a fondo su asunto y puede tomar en él a manos llenas. El material está distribuído equilibradamente, las secciones bien proporcionadas. Las miras universalistas de la Ilustración francesa están sostenidas hasta el final.

En la historia universal intitulada *Essai sur les mœurs* hay un abismo entre los propósitos y la realización. Voltaire, desde luego, no tenía más que un conocimiento insuficiente del asunto. Principalmente de la historia de la civilización, sobre la que el título de su obra lo obligaba a llevar ante todo su atención. No había hecho de ello el objeto de un estudio personal; no sabía lo que le enseñaban las noticias dadas aquí y allá por la historiografía tradicional. Con frecuencia las criticó con gran sagacidad y las utilizó con intención. Pero no las completó, resultando que sus datos sobre la historia de la civilización carecen de cohesión. Los capítulos sobre l a s a r t e s y l a s c i e n c i a s o sobre l a s c o s t u m b r e s y l o s u s o s no forman más cuerpo entre sí que con la historia política. Carece de partes esenciales. La escolástica, por ejemplo, no está tratada del todo; su método, sin que Voltaire se de cuenta, está mencionado a propósito de Pico de la Mirándola. El origen y la expansión de las órdenes monásticas no están relatadas sino cuando llega a hablar del monje agustino Lutero, es decir, cuando la historia política también conducía a ocuparse de los monjes mendicantes.

En segundo lugar, el *Essai sur les mœurs* está llamado a servir la propaganda iluminista en mucha mayor medida que el *Siècle de Louis XIV*. Escrito para una amiga incrédula y versada en las ciencias na-

turales (la marquesa de Châtelet), concebido como una réplica del *Discours* de Bossuet (véase I, p. 317), tiene por objeto, más que dar una exposición nueva y científica de la historia, mostrar lo absurdo de la concepción teológica, de la idea de que una Providencia divina conduce hacia el bien los destinos de los hombres. El *Essai sur les mœurs* debía ser un arma en la lucha contra el fanatismo y no debía servir precisamente para un conocimiento desprevenido de la historia.

Pero sera injusto negarle todo valor histórico. Del mismo modo si se quiere hacer abstracción de los inmensos servicios que Voltaire ha prestado por su crítica de la tradición.

El *Essai sur les mœurs* es, además de la primera historia universal, el primer libro de historia que haya tomado en serio el punto de vista universal en la historia. Voltaire no solamente ha descartado la interpretación teológica, sino también la concepción europeocéntrica que le sirve de base. Sin duda, la historia europea ocupa todavía el lugar más importante. Pero es porque la información de Voltaire era mayor sobre los pueblos de Europa, no porque le reconociera una preeminencia, sobre todo respecto de los pueblos del Asia Oriental. No teme comparar las naciones exóticas a las europeas, ni menos ponerlas delante de éstas. No como lo hizo más tarde Rousseau. Tenía demasiado ingenio para creer en las representaciones que podían hacerse de inocentes niños de la naturaleza. No opone el noble salvaje al hijo corrompido de la civilización, pero no tiene escrúpulo en herir a los europeos en lo que ellos tienen de más suceptibles, en su orgullo de civilizados. Fué el primero quizás en señalar lo que debe a los árabes la cultura de la Edad Media. No vacila en comparar las ejecuciónes numerosas que tuvieron lugar en Inglaterra bajo Enrique VIII a las inmolaciones en los templos mexicanos. Se atreve a decir que nos parecemos en la Edad Media a los chinos en que nos creíamos el único pueblo razonable. La India, según él, estaba gobernada en siglo XVII como Europa en los tiempos de los grandes estados feudales. Una sublevación contra el Gran Mogol tiene analogías manifiestas con las luchas entre Luis el Bondadoso y sus hijos. La historia del siglo XVII está por completo dividida geográficamente y la mirada de Voltaire se extiende de Francia hasta la China y el Japón.

La misma historia de Europa le debe mucho. Es el primero que intenta resumir la historia de la Edad Media, de resumirla en sus grandes lineamientos. Trata asimismo de poner la historia política en relación con la historia económica y financiera. De una manera ligera y muy poco satisfactoria, es verdad. Pero ha emitido una cantidad de ideas en las que se inspiraron ya los historiadores de la Ilustración. Su obra, como lo indica el título, es un simple ensayo, frecuentemente prematuro, con más frecuencia enteramente insuficiente. Pero aplica por primera vez principios que, cuidadosa y prudentemente aplicados, han hecho hacer a la historia enormes progresos.

La crítica histórica de Voltaire. Como narrador, Voltaire ha sido frecuentemente aventajado por sus sucesores. Si bien su estilo no se parece al de ninguno de los historiadores de la Ilustración, por la composición y el equilibrio en la ordenación del asunto, las obras de los tres grandes historiadores ingleses son superiores, por ejemplo, al *Essai sur les mœurs*. Pero como crítico deja a todos muy detrás suyo.

Una cualidad que Voltaire aporta a la crítica es una carencia absoluta, increíble, de respeto. Ninguna autoridad lo impresiona. Era hombre moderno de parte a parte. El nimbo de la Antigüedad y de la erudición no ejerce sobre él ninguna sugestión; por el contrario se complace en despojarlo con sus sarcasmos de la pátina de los siglos que lo embellece. Sin embargo tenía un conocimiento práctico del mundo más amplio que casi todos los historiadores precedentes. Conocía la diplomacia y la política por su comercio íntimo con estadistas y hasta tomó parte en ello personalmente; las conocía tan bien como los políticos de profesión y tenía sobre ellos la ventaja de que conocía algo más que los negocios de Estado. Disponía de un stock sólido de conocimientos en economía política. De cuestiones literarias y, en parte, de cuestiones de ciencia, hablaba como conocedor. Sobre todo tenía conocimientos técnicos muy extensos (la Ilustración francesa tenía un gusto particular por las cuestiones de este género). En consecuencia, estaba en condiciones de criticar de una manera totalmente nueva los testimonios históricos.

En la crítica de las fuentes propiamente dicha, se muestra más radical que cualquier historiador precedente. Se sabía bien en general que algunos historiógrafos oficiosos eran poco seguros y cuando se trataba de un punto litigioso actual, se lamentaba su parcialidad. Pero los historiadores no sacaban las consecuencias. Borraban bien las adulaciones demasiado evidentes, pero no atacaban la manera de ver oficiosa. Voltaire hace una oposición de principio a esta costumbre. Conoce los escritos partidistas de *whigs* y *tories* y sus alteraciones de la historia y no veía por qué estaría, en el pasado, mejor respetada la verdad. En una deliciosa parodia, muestra cuál habría sido el juicio de los historiadores si Enrique V de Inglaterra hubiera conservado el poder en Francia en lugar de los Valois. Sabía también cómo periodista y panfletistas contemporáneos se procuraban materiales para sus obras de historia, cómo acogían simples rumores y el poco crédito que merecían en general las Memorias. Él trata en consecuencia las noticias de los escritores. Fué quizás el primero que no tomó como dinero legítimo las historietas tendenciosas sobre la vida privada de los emperadores romanos que nos han conservado Tácito y Suetonio. Todas esas anécdotas, según él, no eran más que rumores. No creía, como los clásicos modernos, que por no se sabe qué misterioso motivo, los datos de un historiador antiguo fuesen más seguros que los que los de un moderno. La *Ciropedia* de Jenofonte, que la historiografía erudita había querido hasta entonces utilizar como fuente histórica,

es llamada por él una una novela moral "más o menos semejante a nuestro *Télémaque*."

Voltaire usa más espontáneamente aún la crítica realista. Es el primer historiador después de Giustiniani que se plantea en todo y por todo la cuestión: esas cosas que relata la tradición ¿son posibles? Aquí sus conocimientos técnicos le servían mucho. Criticaba inteligentemente las cifras fantásticas de la población y de los ejércitos que se encuentran en los historiadores antiguos. A veces se engañaba porque sus conocimietos etnográficos eran muy limitados y porque indentificaba las disposiciones naturales de los pueblos que él conocía con la naturaleza humana en general. Pero su crítica muy aventurada ha hecho hasta ahora más bien que mal. Ella ha puesto fin a las compilaciones ineptas de historias maravillosas y habría sido más benéfica aún si la escuela crítico-filológica, para su mal, no hubiera descuidado casi por completo el dominio de la crítica histórica.

Su concepción realista de la historia.

La concepción de la historia en general se encuentra modificada por eso. Hasta entonces, la historia antigua y la historia bíblica sobre todo se habían mantenido en una venerable penumbra; inconscientemente se había contemplado la historia greco-romana con los ojos de la tradición retórica de la Antigüedad, y la historia bíblica con los ojos de los escritores eclesiásticos. Sobre la historia de la Edad Media los humanistas oficiosos habían proyectado un falso reflejo de sentimentalismo patriótico. La sobriedad incolora de la escuela erudita había sido una reacción saludable. Pero ella había sublimado excesivamente la historia. Por primera vez, Voltaire saca todo el pasado a plena luz. Su crítica objetiva, que muestra cuan poco son de fíar los datos técnicos y estadísticos de los historiadores de la Antigüedad, coloca a éstos, como autoridades, por debajo de los contemporáneos. Sin vacilar, Voltaire arroja por la borda los héroes y los Estados de la Antigüedad cuando ellos están descartados del ideal del despotismo ilustrado. Naturalmente, trata con especial dureza a los griegos, a quienes se estaba habituado, según Plutarco, a considerar como hábiles y virtuosos estadistas. Las audaces comparaciones con situaciones modernas debían servir para despojar a la historia de una falsa pátina idealista. Voltaire abrió el camino que luego siguieron Mommsen y Renán. "Se los miraba (a los judíos, en Roma) con los mismos ojos que nosotros vemos a los negros" (*Essai,* cap. VIII). "Sus asambleas secretas (de los cristianos) se dirigían como las de los primitivos o cuáqueros de hoy" (*ibid.*). No olvida nunca hacer resaltar cuán pequeños eran algunos territorios, cuán insignificantes los acontecimientos que las historias tradicionales colocan en el centro de la historia universal. Gustaba sobre todo comparar la extensión de Palestina a la de los Estados modernos; concepción grosera, pero superior al antiguo método que no situaba los sucesos en su cuadro geográfico.

Voltaire podía hacer valer tanto más esa nueva concepción realista, cuanto que su estilo también estaba liberado por completo del clasicismo. Diferente en eso de los historiadores florentinos del Renacimiento, rompe enteramente con el estilo antiguo. Lo hemos indicado ya a propósito del *Siècle de Louis XIV*. En el *Essai sur les mœurs* y en las demás obras va más lejos aún. En el *Siècle* todavía mantiene sofrenada su maravillosa naturaleza de azogue. Más tarde, da rienda suelta a su temperamento. El *Essai* está lleno de chanzas y picardías, que convendrían más a un folletín que a una obra científica.

Se puede censurar a Voltaire. Pero no se deberá olvidar, a pesar de todo, que él tomaba en serio sus trabajos históricos y que éstos reposaban, sino en una erudición muy extensa, al menos sobre un respetable trabajo de reflexión. A su manera era más consciente que muchos eruditos que no hacían más que copiar sus fuentes o dar a la tradición una forma literaria. Pesaba cuidadosamente todas las cosas. No se conforma, por ejemplo, con repetir simplemente la noticia de que en la batalla de Crécy se emplearon por primera vez cañones; él se dice: si este dato es exacto se debe poder descubrir en las batallas siguientes el uso de esta invención. Como eso no ocurre, hay sin duda error en la tradición; razonamiento que tiene su importancia para llegar a una idea más exacta de la poca influencia de la pólvora de cañón sobre el arte de la guerra en campaña, hacia el final de la Edad Media.

La filosofía de la historia de Voltaire.

Los capítulos menos satisfactorios de las obras históricas de Voltaire son los que contienen los gérmenes de una filosofía de la historia.

Voltaire no era un gran metafísico y su especulación histórica está en proporción. Forja él mismo la expresión filosofía de la historia y la coloca a la cabeza de sus esbozos sobre la historia antigua que sirven de introducción a su *Essai sur les mœurs*. Pero no entiende con esta palabra lo que ha hecho más tarde la especulación alemana; no tiene casi otro sentido que éste: historia desde el punto de vista de la filosofía (iluminista). Sus opiniones sobre la esencia del desarrollo histórico son notablemente oscuras y contradictorias. No era consecuente más que en su repudio del sistema teológico, es decir, de la idea de que un plan divino de salvación preside la historia. Pero en lo restante, nunca estuvo de acuerdo consigo mismo para saber a qué potencias debía atribuir la influencia decisiva sobre el curso de la historia. Unas veces hace proceder las transformaciones más importantes de la voluntad de un solo déspota y deja suponer que los pueblos no forman más que una masa totalmente pasiva; otra habla del espíritu del tiempo que dirige los grandes acontecimientos; otras atribuye todos los progresos, como más tarde Buckle, al desarrollo de las ciencias naturales. La teoría de la que se vale con más frecuencia, sin duda por primera vez entre los historia-

dores, es aquella que ha tenido en el siglo XIX partidarios entre los autores de estudios sobre las razas: explica los acontecimientos históricos por el g e n i o de cada pueblo.

Manifiesta tanto candor como sus discípulos. Tenía clara conciencia de las diferencias características entre las naciones europeas modernas particularmente entre los ingleses y los franceses y se imaginaba que esas particularidades nacionales podían ser consideradas como permanentes en historia. Su fe era tan robusta a este respecto, que lo arrastra hasta la profecía. Por otra parte, con tan poca fortuna como los demás: atribuye la quiebra del sistema de Law a la idea de que la diferencia establecida p o r l a n a t u r a l e z a entre los franceses y los ingleses hacía imposible la institución en Francia de un banco de Estado; un cuarto de siglo después de su muerte, recibía un desmentido. Pero él no sistematizó propiamente esta doctrina.

En general se atiene sobre todo a explicaciones más accesibles. Escribe en hombre práctico, para gentes prácticas, y las deducciones filosóficas sobre las causas profundas de los acontecimientos no le reportan grandes servicios. En la práctica es necesario tomar la situación tal como es y acomodarse tan bien como sea posible. Esto es más importante que saber qué fuerzas misteriosas han concurrido acaso a producir esa situación. Ahora bien, Voltaire quería escribir para los estadistas. No hacía tanto caso de la influencia de las acciones individuales como los cortesanos y los literatos a sueldo. Toma resueltamente posición contra el razonamiento político muy sutil que supone fuera de lugar un plan secreto a todo suceso inesperado. El hombre no puede creer cosa alguna sino en los límites de una cierta esfera. Pero si la historia quiere realmente enseñar, no debe dejar que sus miradas vayan más allá del punto en que puede ser cuestión de responsabilidad personal. Más allá comienza el azar.

Vemos sin pena que una historiografía de este género sólo puede tener una débil inclinación hacia las búsquedas de filosofía histórica. Se puede decir que Voltaire no ha sido llevado a los problemas históricos generales sino por su oposición a la teoría eclesiástica. Busca refutar la concepción trascendente indicando las fuerzas inmanentes que pueden haber determinado el curso de la historia; en cuanto a levantar con esas ideas críticas un sistema, no era su intención; tal vez eso superaría sus fuerzas.

Las tragedias de Voltaire, pese a su insuficiencia, no encontraron en la Francia del siglo XVIII rivales serios: ocurrió lo mismo que con sus obras históricas. Ninguno de los historiadores franceses de la Ilustración merecen ser nombrados al lado de él. Menos que ningún otro el abate RAYNAL (Guillaume-Thomas Raynal, nacido en 1713 en Saint-Geniez, algún tiempo jesuíta, muerto en 1796 en Chaillot) cuya *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (Amsterdam 1771, anónimo) gozó mucho

tiempo de una gloria inmerecida. Raynal era un hábil periodista que sabía acomodarse a las corrientes del día. En su obra superficial se encuentran noticias sobre la historia del comercio como las apetecía la época de las teorías económicas, mezcladas sin fundirse con tiradas sobre el despotismo y el estado de naturaleza, al estilo de Rousseau. De los asuntos religiosos habla con el tono de un grosero desprecio. Plagios descarados o disimulados son el menor defecto del libro. Raynal no carece de talento, pero no pasa de ser un escritorzuelo frívolo.

II

LA ESCUELA DE VOLTAIRE EN INGLATERRA

1. OBSERVACIONES GENERALES

En Inglaterra es donde la Ilustración da sus frutos más sazonados.

Eso proviene sobre todo de que los ingleses no persiguen en sus obras históricas ningún fin de política práctica. No aspiraban a una reforma de la constitución del Estado o de la Iglesia. Lo que los franceses esperaban obtener, ellos lo poseían ya. Por eso sus obras no tienen un carácter polémico. Un incrédulo como Gibbon habla con tibieza, pero sin animosidad, del nacimiento del cristianismo. ¿Por qué enfurecerse ante una institución que le era indiferente? Raramente la narración histórica es interrumpida por epigramas fuera del tema y por prematuras aplicaciones prácticas. Los adversarios del iluminismo volteriano, tales como Herder, tenían razón, según sus puntos de vista, al preferir los historiadores ingleses a los francesas.

Hoy juzgamos en forma muy diferente. El deseo de una reforma general que movía a Voltaire y a Montesquieu llevó a los franceses a buscar las causas profundas de los fenómenos históricos. Planteaban problemas de historia científica. Mientras que su aprobación, que complacía a los ingleses, no veía habitualmente en los hechos históricos más que cosas naturales, los franceses simpatizaban con los oprimidos. Buscaban en la historia materiales para instruir y esclarecer; los ingleses se creían ya en plena posesión de la verdad. Únicamente Robertson, que se alió directa y voluntariamente con Voltaire, sacó provecho de las ideas que sobre la filosofía de la historia inspiraban los franceses; ni Hume, ni Gibbon, ni sus discípulos, sobre todo (Watson, Roscoe, etc.) no mostraron tanta inteligencia, en los grandes problemas históricos o de libertad de espíritu en política, como Voltaire. Las obras de los ingleses son más uniformes, a veces (Gibbon) más sólidamente trabajadas que las de los franceses. Hacen menos concesiones a las tendencias de la época,

pero sus razonamientos son más superficiales. Emplean en gran medida el método pragmático. Están menos libres que los franceses de los preceptos humanistas. La narración tiene más importancia que el análisis. Las definiciones realistas de Voltaire están reemplazadas por expresiones de una elegancia incolora. Se cultiva de nuevo con preferencia las anécdotas, buenas o malas, adornadas con giros retóricos. Se quiere que la exposición proporcione satisfacción estética. Sólo se limita parcialmente la extensión del terreno histórico; los ingleses se atienen en general a su limitación antigua (la de Tucídides). Los partidarios del clasicismo los prefieren naturalmente a los franceses. Porque eran menos modernos, encontraban mejor recibimiento por parte de lectores a quienes Tito Livio había formado el gusto histórico.

El Romanticismo únicamente echó sombra sobre Hume y Robertson. En Inglaterra menos que en otras partes. La historiografía puramente empírica del liberalismo inglés no negó sus orígenes en Hume y Gibbon. Pero los liberales franceses, por más autoridad que la política dogmática anglosajona hubiera tenido sobre ellos, no renunciaron nunca a la síntesis histórica. Nunca olvidaron las inspiraciones provenientes de Montesquieu y de Voltaire.

2. HUME

David HUME, el célebre filósofo (nacido el 1711 en Edimburgo, muerto *ibid.* en 1776) escribió *The history of England the invasion of Julius Cæsar to the revolution of 1688.* La historia de Inglaterra bajo los Estuardo, que constituye la última parte de la obra, fué la primera que apareció (Edimburgo y Londres. 1754-1757) con el título de *The history of Great-Britain.* Después se publicó la parte intermedia que trata la historia inglesa bajo los Tudor (*The history of England,* 1759). Finalmente apareció la parte correspondiente a la Edad Media (1761). La obra entera fué publicada por primera vez en 1763. Continuada luego por T. Smollet hasta 1760. Hume comenzó la redacción de su obra en 1752, es decir después de la aparición del *Siglo de Luis XIV.*

La literatura sobre Hume filósofo contiene sobre el historiador poco que valga la pena señalar. Especialmente de la historia de Inglaterra se ocupan H. Göbel *Das philosophische in Hs. Geschichte von England* 1897 (Disc. de Goettingue), J. Godstein, *Die empiristische Geschichtsauffassung D. Humes,* 1903, Dasches, *Das Verhältniss der Geschichtschrubung Humes zu seiner praktischen Philosophie* 1903 (Disc.).

Relaciones entre Hume y Voltaire. No es fácil determinar la posición de Hume frente a Voltaire.

Apenas cabe duda de que la incitación a escribir historia le llegó a Hume del *Siècle de Louis XIV.* La cronología lleva a admitirlo. Mas es difícil establecer el grado en el cual el autor francés influenció al inglés. Hume apenas era más joven que Voltaire, y cuando apareció el *Siècle,* su sistema escéptico ya se había afirmado. Por otra parte era un pensador demasiado independiente para subordinarse sin reserva a un rival. Si como historiador coincide con Voltaire, ello se



explica por sus premisas comunes. Mas puede considerarse como cierto el que deba a Voltaire la iniciativa de su obra. La analogía de ésta con su modelo salta a la vista al considerar que no trataba originariamente más que el siglo XVII, completando así, en cierta forma, el *Siècle de Louis XIV* del lado inglés.

Como historiador, Hume es un representante típico de la antigua Ilustración inglesa. (Cf. más arriba p. 10). La historia, según él, no ofrece una enseñanza, sino, ante todo, un entretenimiento para el espíritu inclinado a la filosofía que quiere recrearse en el espectáculo cambiante de la ambición y de las pasiones humanas. La historia carece de importancia política y sociológica. Hume nunca pensó, como Montesquieu, buscar en el pasado materiales para la mejor forma de constitución o de la legislación. ¿Para qué habría deseado seriamente cambios esenciales en el sistema de gobierno inglés? El poder de un déspota ilustrado le era simpático del mismo modo que a los franceses, más simpático quizá que el gobierno de sectas fanáticas. Pero en las condiciones de entonces, un triunfo del puritanismo no era de temer y además parecía asegurada la dominación de una aristocracia esclarecida.

La elección del tema es significativa. Voltaire escribió una historia universal y su pensamiento abrazaba la universalidad de la historia. Hume se ocupó del tema que más llega al corazón del lector ordinario, la historia (moderna) de su propio país. No tenía, como el francés, la intención de dar una contribución más a la historia de la humanidad.

No se encuentran en Hume los rastros de todas las profundas consideraciones históricas que se encuentran en Voltaire. Desconoce esas fuerzas mudas que, junto con los personajes de primer plano, pueden determinar la marcha de la historia. No se informa sobre la influencia del comercio, de la industria o de la situación geográfica. Queda más atrás de Guicciardini; no sólo hacer actuar a los individuos de acuerdo con sus bien calculados intereses, sino que no da importancia a los cambios en las relaciones de las fuerzas que pueden por sí solas hacer comprender la conducta de los estadistas. No se interesa por la cultura artística; le es completamente indiferente lo que otras épocas hicieron por las artes o las ciencias.

Su manera de tratar la historia de Inglaterra.

Las tres partes de que se compone su historia de Inglaterra son de valor muy diferente. La historia medieval es la parte más débil. Abandonar en bloque la Edad Media como una época de desorden y de ilegalidad se justificaba desde el punto de vista del despotismo ilustrado. Pero Hume procedió más sumaria y ligeramente que su contemporáneo francés. Voltaire no desmentía aquí su carácter de pensador independiente: hace calurosos elogios de estadistas eclesiásticos de la Edad Media cuyas aspiraciones se acercaban a su ideal político: Hume queda en la caricatura trazada por la historiografía humanista de los protestantes. Sólo

hace una reproducción muy superficial de la tradición, pigmentada con salidas monótonas contra el clero y la barbarie. Sus tiradas contra el monarquismo podrían muy bien ser colocadas entre las *Centurias*. Nunca practicó, como Voltaire, la crítica de las fuentes.

Una natural simpatía lo atraía hacia los Tudor, sin embargo, la sección que trata la historia del siglo XVI no es muy original. Sólo vuela con sus propias alas al combatir la leyenda parlamentaria de las libertades seculares del pueblo inglés; trata de demostrar que esas pretendidas libertades no existían bajo los Tudor.

Hume sólo se encuentra en su ambiente cuando trata la historia de los Estuardos. Esta parte, después de su publicación, provocó entre los *whigs* y los *torys* una tormenta de indignación. Ningún partido estaba satisfecho. Se comprende. Pero sería falso decir que la narración de Hume está libre de toda tendencia. Lo que la distingue de las otras, es que él autor no juzgaba según el programa de un partido parlamentario, sino exclusivamente según su punto de vista personal.

No era ni absolutista ni constitucionalista. Pero en su calidad de librepensador y de filósofo escéptico, odiaba el fanatismo y la intolerancia, inclinándose por esta razón a tomar el partido de Carlos I contra el espíritu sectario y limitado de los puritanos. Naturalmente que siempre que el rey respondiera a su ideal; cuando lo vió hacer causa común con el sistema espiscopal no pudo aprobarlo. Toma su propio punto de vistá lejos de la fraseología oficial y de las consignas partidistas. Ya había tratado en la historia de la Edad Media de escapar al estilo formal y jurídico habitual y de penetrar la esencia de la historia constitucional. Pero se quedó a mitad de camino, mezclando a sus propias consideraciones realistas una cantidad de frases vacías de periodista (libertad y exceso de la libertad, tiranía, y anarquía, etc.). No avanzó más que en su historia del siglo XVII. Hizo casi una completa abstracción de los litigios de forma, alrededor de los cuales, según los legistas, se había desarrollado la lucha entre la corona y el parlamento. En oposición a Clarendon, que había permanecido encerrado en el sistema del derecho constitucional, trató de entresacar las razones políticas que podían justificar la conducta de Carlos I. Se preguntó si, frente a estas circunstancias, la normal preponderancia de la corona podía ser mantenida sin descuidar la antigua legislación, que ya no tenía sentido. De esta forma y por primera vez, trató la historia de la Revolución de Inglaterra, sino imparcialmente (Rapin Thoyras había sido mucho más imparcial que Hume) al menos históricamente; fué el primero en pasar por encima de las deducciones de los publicistas de partido para ir más al fondo de las cosas.

Como se ve, la historiografía de Hume, en oposición a la de Voltaire, no tiene más que una importancia insular. Voltaire pensaba como cosmopolita; Hume sólo trajo innovaciones con respecto a las opiniones sobre la historia de Inglaterra. Evitó por completo sacar consecuencias

históricas generales. Sus sentencias a menudo insignificantes tocan la mayoría de las veces el dominio de la conducta privada. Como historiador psicólogo tiene sobre Voltaire la ventaja de que sus giros son menos fácilmente convertidos en simples tipos; sus retratos son trazados con más amor que los del francés y degeneran menos fácilmente en antítesis maliciosas. Pero por otro lado, era más intelectualista que Voltaire. Contaba menos que él con las ciegas pasiones. Le parecía imposible que los estadistas se dejaran dirigir por motivos religiosos.

Por la forma, Hume mantiene con más fuerza que Voltaire el esquema humanista. Divide su historia de acuerdo con la duración de los reinos. La historia política exterior, la historia de príncipes y ministros, de guerras e intrigas diplomáticas, se confunden de nuevo con la historia en general. Solamente un apéndice encierra las digresiones sobre la constitución, la legislación y las costumbres en las diferentes épocas. Se ven reaparecer las anécdotas muy bien ilustradas.

3. ROBERTSON

William Robertson, nació en 1721, en Borthwick, Escocia, en 1743 pastor en Gladsmuir, en 1759 capellán del castillo de Stirling, en 1761 *Principal* de la Universidad de Edimburgo, en 1763 historiógrafo de Escocia, como jefe del partido moderado tuvo una posición influyente en la General Assembly; muerto en 1793 en Edimburgo. Sus obras son:

1º *The History of Scotland* (hasta 1603), Londres 1759.

2º *History of the Reign of the Emperor Charles V,* con un resumen de la historia de Europa desde la caída del Imperio Romano hasta el comienzo del siglo XV, Londres 1759.

3º *History of America.* La 1ª edición (Londres 1777) no trata más que la historia de las colonias españolas y portuguesas; solamente en la edición de 1794 está expuesta también la historia de Virginia (hasta 1688) y de Nueva Inglaterra (hasta 1652).

4º *Historical Disquisition concerning the Knowledge which the Ancients had of India,* 1791.

Cf. para la bibliografía Lord Brougham en *English Men of Letters.*

Si es difícil poner en evidencia las relaciones de Hume con Voltaire, con respecto a Robertson la cosa es muy simple. Robertson se declara francamente discípulo del francés (en la última nota de la Introducción a la *Historia de Carlos V*) y sigue sus huellas tan fielmente como le era posible a un profesor presbiteriano de teología en el siglo XVIII.

Su obra maestra, y quizás, por la ejecución, la obra más notable de análisis histórico de la Ilustración, es la introducción a la *Historia de Carlos V*: La obra en sí no es más que una reproducción corriente y superficial de las fuentes, y en el conocimiento de los hombres, el juicio político y la crítica de la tradición, está muy por debajo de Voltaire, su modelo. En cambio, la introducción —resumen de la historia de Europa en la Edad Media— sobrepasa sin discusión los ensayos de Voltaire en

este género. Su criterio histórico y político, el método que mide todas las organizaciones políticas por la administración bien ordenada y racional del despotismo ilustrado, es tomado enteramente de Voltaire. Pero Robertson es el primero que ha fundido a este respecto la materia histórica medieval y expuesto metódicamente el desarrollo progresivo de la anarquía feudal al orden político de la monarquía territorial moderna. Ha intentado describir por primera vez en sus grandes lineamientos concordantes, la historia constitucional de los Estados europeos en la Edad Media, y ha sabido mejor que muchos de sus sucesores señalar al mismo tiempo las transformaciones generales y particulares del desarrollo de cada uno de los grandes Estados. Donde Voltaire sólo había visto caprichos, modas, arbitrariedades, él hizo ver una trabazón, una acción continua y consciente. Los investigadores que le siguieron no siempre han estado felices al alejarse de su ejemplo.

Robertson abandona completamente el punto de vista insular de Hume. Como Voltaire, tenía espíritu cosmopolita. En su introducción, Inglaterra desaparece por completo. Elige como asunto la historia de Carlos V porque "desde su tiempo las potencias europeas forman un sistema político" (Prefacio), es decir, a causa de su importancia para la totalidad de Europa. Y hasta lo que es más, superó los prejuicios de la concepción protestante de la historia. Había aprendido de Voltaire a estimar la Iglesia de la Edad Media como potencia civilizadora; es quizás el primer historiador protestante que se siente liberado del espíritu tendencioso de los centuriadores. Chateaubriand (*Génie du Christianisme* p. IV, lib. 6 cap. II) tiene plena razón de oponer a las tiradas de los discípulos de Rousseau contra los sacerdotes instrumentos del despotismo, el protestante escocés que, en su *Historia de América* (lib. VIII) había señalado elogiosamente los esfuerzos filantrópicos del clero español en favor de los indígenas. Robertson, por otra parte, no fué alcanzado por las ideas de Rousseau. Colma de elogios a Guicciardini y se abstiene de practicar la moral patética. En las luchas de la nobleza medieval contra la corona, él no vió sino un conflicto entre la libertad y el despotismo. Por lo demás, Robertson es un discípulo bien dotado antes que un pensamiento original. Sus obras históricas no tienen con frecuencia otro mérito que el de transportar a un tema nuevo el método de la historiografía de la Ilustración. En la crítica de fuentes no alcanza a Voltaire, su modelo. No carece tanto como él de respeto por la tradición y no estaba en estado de hacer como él una crítica objetiva. No se le puede adjudicar como un gran mérito haber hecho algunas concesiones a la escuela erudita y citar en general sus testimonios con exactitud.

Robertson es el representante quizás más importante de la teoría catastrófica (ver p. 18 s.). Parece que procede de él la costumbre mantenida durante mucho tiempo de exaltar las cruzadas. Ya su introducción a la *Historia de Carlos V* hace entrar en contacto, por conducto solamente de ellas, a los europeos con la civilización bizantina y árabe. In-

vestigando más tarde las relaciones comerciales que existían en la Antigüedad y en la Edad Media entre Europa y las Indias, atribuye también a las cruzadas, en una visión muy unilateral, la prosperidad de las ciudades italianas. Por eso reduce a sistema algunas observaciones hechas al pasar por Voltaire.

4. GIBBON

Eduard GIBBON nacido el 1737 en Putney, Surrey, muerto el 1794 en Londres, relata que concibió estando en Roma en 1764 el plan de su *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (hasta 1453), 1ª edición, Londres 1776-1788. De sus otros escritos no citaremos más que la autobiografía, porque esta obra extremadamente característica no era conocida hasta hace poco sino en la forma mutilada que le impuso la familia del editor, Lord Sheffield (en *Miscellaneous Works de Gibbon,* 1796). Los siete bosquejos originales no fueron publicados hasta 1896, bajo el título de *The Autobiographie of E. G. Printed from hitherts unpublished Manuscripts, edited by John Murray.* Cf. además la edición de la biografía de Birkbeck Hill, 1901 y el artículo de Fr. Harrison en su *Tennyson, Ruskin, Mill,* etc. (1899) p. 199 ss. Sheffield, por lo demás, había dispuesto también arbitrariamente de las cartas de Gibbon: cf. *Private Letters of E. G. edited by R. E. Prothero,* 1896. Buena semblanza de Gibbon en el libro de J. C. Morrison, *English Men of Letters* 1878. *Proceeding of the Gibbon Commemoration,* 1792-1894 (Royal Histor. Soc.) 1895; M. Read, *Historic Studies in Vaud, Berne and Savoy* 1897. M. Ritter en la *Histor. Zeitschrift* CXII (1914), 118 ss.

Robertson se apropia completamente los principios inspiradores de la historiografía de Voltaire; Gibbon no toma de la Ilustración francesa más que sus tendencias anticclesiásticas y anticristianas. No tiene ni el interés despierto hacia todos rumbos de su contemporáneo escocés, ni su golpe de vista histórico. Si tuvo más éxito no hay que concluir que haya sido el más distinguido de los dos. Es el caso contrario.

Gibbon se sorprende mucho de haber tenido buena mano en la elección del asunto. La historia de la antigua Roma había sido en todo tiempo un tema favorito del humanismo y describiendo la declinación y la caída del imperio romano despierta por el sonido mismo de estas palabras asociaciones de ideas pujantes. El lector veía levantarse delante suyo la imagen de una grandeza majestuosa. Por otra parte la narración se mueve en los límites geográficos conocidos; no era, como en el *Essai sur les mœurs,* arrastrado hasta las Indias y a la China. El lector reconoce, al menos de vez en cuando, nombres conocidos. Cosa más importante todavía: uno de los más graves problemas de la Ilustración, la cuestión de las circunstancias que favorecieron y acompañaron el nacimiento y la propagación del cristianismo, fué tratada por Gibbon por primera vez, no de corrido y por epigramas, sino en detalle y *ex-oficio.* Y se sabe que son esos capítulos los que han forjado la celebridad de Gibbon.

Su manera de ver no era profunda y no se debe pretender que estuvo especialmente capacitado para los problemas de psicología religiosa. Pero

importa a la historiografía científica que el hacha penetró hasta la raíz y que la historia de los orígenes del cristianismo, dejada hasta entonces en la sombra, fué esclarecida por una mano escéptica más bien que hostil, como una cuestión de historia profana. Tanto más cuanto que los adversarios no podían reprochar a Gibbon, como a su maestro, la futilidad de los estudios ni una aversión declarada.

Muy al contrario que Voltaire, Gibbon supo guardar las apariencias de imparcialidad. Voltaire pedía reformas prácticas y su temperamento lo arrastraba a desear que el *¡Ecrasez l'infâme!* fuera pronto ejecutado. Gibbon era un sabio bien dotado, vivía en un agradable retiro y no aspiraba a otro éxito que a la gloria literaria. Eso le hace más fácil el ser justo o al menos parecerlo; era una naturaleza fría y sin pasión y casi no se dejaba llevar de juicios sumarios y denigrantes. Supo también deslindar sagazmente su tema. No era demasiado vasto para que, dadas las exigencias de entonces, no lo pudiera dominar. Pudo leer una buena parte de las fuentes en el original. Dispuso de todo su tiempo; dedicó a su trabajo el ocio que siempre había faltado a Voltaire en medio de sus ocupaciones de publicista. Su obra puede, hasta cierto punto, ser considerada como trabajo de erudición benedictina.

De todo eso no se debe concluir que Gibbon haya estado en sus planes históricos más allá de Voltaire. Por el contrario, limitó considerablemente el método histórico del iluminismo francés. La historia económica y financiera es olvidada completamente por él. Su conocimiento del mundo es mucho más restringido. Su sentido crítico está menos desarrollado.

Bien puede criticar con un excepticismo de hombre de mundo, leyendas y autores eclesiásticos; pero frente a la historia profana de la Antigüedad, su crítica es casi tan enredada como la de Tillemont. Su estilo es más unido, más uniformemente trabajado que el de Voltaire, menos inclinado a las invectivas y a las agudezas fuera de lugar. Pero sus exposiciones son pálidas, sus reflexiones con frecuencia banales, su psicología superficial. No está libertado sino a medias de la manera clasicista. Intenta un compromiso entre el estilo epigramático de la retórica antigua y el estilo ligero y epigramático de Voltaire. Satisfizo así perfectamente el gusto del gran público: pero cualquiera que aprecie la originalidad de la expresión, encontrará poco placer en este estilo sin vigor, de una claridad excesiva, que no es francés ni inglés, antiguo ni moderno.

III

LA ESCUELA DE VOLTAIRE EN ALEMANIA

1. OBSERVACIONES GENERALES

La historiografía alemana de la Ilustración sólo ofrece pocas obras comparables a las de los franceses e ingleses. Eso se debe en gran parte a que los historiadores alemanes pertenecían casi totalmente a la casta académica.

No solamente eran profesores sino que escribieron como profesores (es decir, para estudiantes y en vista de la enseñanza académica) la mayor parte de sus obras. Se dirigen más raramente que sus colegas de Francia e Inglaterra al gran público culto. Muy pocos hicieron como Robertson, que separa completamente su actividad de historiador de sus ocupaciones académicas. En consecuencia, los autores se sienten pedagogos antes que historiadores. Se entregan a un eclecticismo inepto. Maestros concienzudos, prefieren hacer conocer a sus oyentes el pensamiento de los historiadores ingleses y franceses, que imponerles sus propias ideas. ¡Cuántos entre ellos no trataron tales temas históricos porque hubieran tenido que proponer una nueva concepción, sino sólo porque se hacía necesario poner de acuerdo los viejos manuales con la opinión de la época!

Muchas fuerzas fueron así sustraídas a la ciencia o al arte histórico libre. No es por azar que Winckelmann y Möser, los dos más grandes y originales de los historiadores iluministas de Alemania, permanecieron ajenos a la carrera académica.

Por otra parte, este estado de cosas tuvo como consecuencia que la ruptura con la escuela erudita no fuera tan radical en Alemania como, por ejemplo, en Francia. La erudición de la mayor parte de los historiadores alemanes no era muy profunda. Se limitaba a una compilación de polihistoria y de buenas lecturas de historiadores franceses e ingleses. Pero no desdeñaban, por lo menos al principio, los trabajos de erudición. Pretendían ser tomados en serio, no sólo como escritores sino como investigadores. Eran partidarios del conocimiento de las lenguas anticipándose a los franceses y a los ingleses. La separación entre la historia erudita y la historia de la gente cultivada no era tan terminante como en Francia.

Gracias a las necesidades de la enseñanza académica, la Ilustración alemana cultivó la historia eclesiástica junto a la historia profana. Las universidades alemanas habían trabajado desde el siglo XVI, más asi-

duamente que las instituciones de los otros países, la historia universal y la historia eclesiástica. Resultó de esto que los profesores iluministas debieron ocuparse de temas de los cuales se habían desembarazado con cierto sarcasmo. Agréguese que los teólogos, por lo menos en ciertas universidades de Estados protestantes, gozaban frente al gobierno eclesiástico de una libertad relativamente grande. Podían, sin pecar de imprudentes, hacer pasar muchas opiniones de la Ilustración en la materia de su enseñanza y, por consecuencia, también en la historia eclesiástica.

Schlözer y Schmidt son quienes, en Alemania, se aliaron más estrechamente a Voltaire. Schlözer fué el teorizador que hizo la propaganda de las ideas históricas de Voltaire tal como él las entendía, y trató de resolver en lo posible la enseñanza académica de acuerdo al programa del *Essai sur les mœurs*. Schmidt puso en acción las inspiraciones de Voltaire y escribió la primera historia de Alemania en el espíritu de la Ilustración francesa.

2. SCHLÖZER

Augusto Ludwig Schlözer, nació en 1736 en Gaggstadt, principado de Hohenlohe, hizo primero estudios teológicos y orientalistas, fué preceptor en 1755 en Estocolmo, llevó después una vida errante, de 1761 a 1769, en San Petersburgo, de 1769 a 1809 fué profesor de historia en Gotinga. Numerosos escritos, la mayor parte de escasa extensión. Para nuestro tema lo más importante es *Vorstellung seiner Universalhistorie* (Goettingue 1772; siguió una segunda parte en 1773 que no es más que una respuesta a una reseña de Herder en las *Frankfurter Gelehrte Anzeigen* 1772, 60. Stück). Schlözer trató más tarde de realizar el programa que había enunciado en ese escrito, pero su *Weltgeschichte nach ihren Haupttilen im Auszuge und Zusammenhange* (1785 a 1789) se interrumpe en el año 500 de nuestra era.

Entre sus otras obras, las que se refieren a la historia de Rusia merecen ser mencionadas. Schlözer había recibido de Catalina II la orden de trabajar sobre la historia (antigua) de Rusia. Los frutos de esa tarea son: *Neuverändertes Russland*, Leipzig 1766 a 1772; *Geschichte von Russland*, 1709, la edición de *Nestor*, Goettingue 1802 a 1809, etc.; puede agregarse *Allgemeine nordische Geschichte* (Halle 1771). Schlözer publicó además *Summarische Geschichte von Nord-Afrika* (Goettingue 1775); algunas contribuciones a la historia de los osmanes y mongoles bajo el título de *Kritisch-historische Nebenstunden* (Goettingue 1797), etc. No podemos ocuparnos en este lugar de la actividad de Schlözer como publicista, famosa en su época (*Staatsanzeigen* 1782 ss.).

Sobre Shlözer como historiador no existe más que el libro de H. Wesendock, *Die Begründung der neueren deutschen Geschichtschreibung durch Gatterer und Schlözer* (1876), que sólo tiene valor como colección de materiales. A los trabajos biográficos sobre Schlözer (enumerados en *Allgemeine deutsche Biographie*) se agregó recientemente F. Frensdorff, *Von und über Schl.*, en los *Abhandlungen der Goetting. Gesellschaft der Wissenschaften* Phil.-hist. Kl., N. F. XI (1909).

Schlözer fué quien adoptó íntegramente en Alemania los principios volterianos de historia universal y de política histórica.

Es verdad que los aplicó en forma más estrecha y grosera. Schlözer era, como Voltaire, partidario del despotismo ilustrado. Como él colo-

caba el orden y la seguridad por encima de la libertad desenfrenada. Como él despreciaba a los griegos a causa de su incapacidad política. Como él veía en la propiedad material y en la densidad de la población los principales síntomas de un buen gobierno. Pero comprendía esas ideas de una manera más externa que Voltaire y no admitía ninguna otra al lado de aquéllas. El convencimiento de la superioridad de un fuerte Estado despótico sobre las pequeñas repúblicas turbulentas se materializaba en él en una admiración por los sultanatos asiáticos o los imperios mongoles. Voltaire como adversario de la historia europeocéntrica de los teólogos, había comparado desdeñosamente la débil extensión geográfica del Estado judío y aún del Imperio Romano, con la extensión de los grandes Estados de la Europa y del Asia orientales. Schlözer hizo un culto de las grandes extensiones territoriales por sí mismas. No otorgaba ningún valor a la cultura artística. Careciendo del sentimiento del arte y de la poesía. (Cf. Wesendonck, p. 89) sólo reconocía para el Estado deberes políticos: la educación del pueblo, incapaz por sí solo de progreso, en vista del orden impuesto por un despotismo inteligente, tal es el único fin hacia el cual debe tender un soberano. Los que desobedecen esta regla, como por ejmplo los antiguos griegos o los Estados Unidos de América, se colocan a la zaga de los osmanes o los mongoles. Como se ve, no es sin provecho que Schlözer pasó en la Rusia de Catalina II los años decisivos de la edad madura.

En la crítica, Schlözer está muy lejos de alcanzar a su modelo. Amplió el campo de la historia universal tradicional, pero generalmente toma los hechos de la tradición tal como los encontraba. Para la historia bíblica y la antigua, sobre todo, su crítica es nula. Para practicar la crítica objetiva tan felizmente inaugurada por Voltaire, no le faltaban conocimientos, sino el coraje. Voltaire había demostrado que las fantásticas cifras de población de los libros históricos de la Biblia no pueden ser exactos. Schlözer no se atreve a tocar los datos bíblicos. Le era necesario, por otra parte, si quería conservar a los antiguos hebreos en su historia universal; si no hubiera creído que ese "pueblo poderoso en la época de su grandeza no le iba en zaga al Estado actual prusiano por el número de sus ciudadanos" (*Vorstellung seiner Universalhist.* 123), no habría podido mencionar la historia judía junto a las expediciones de los tártaros, por ejemplo. También conserva imperturbablemente la notación de los años transcurridos desde la creación del mundo. Únicamente en la historia del norte deja de lado, como los otros iluministas, las fábulas de los últimos años de la Edad Media.

En un solo punto Schlözer es superior a Voltaire: en su conocimiento de las lenguas. Como la mayor parte de los alemanes, triunfa cuando se dedica a la filología. No se contenta con rechazar, como Voltaire, las arbitrarias etimologías del nombre de los pueblos, sino que asienta el principio de que "las letras cambian según las leyes" (cf. Wesendock p. 257). Formula la tesis de que el parentesco de los pueblos no se esta-

blece sobre los datos surgidos de las fuentes literarias, sino de acuerdo con las familias lingüísticas; regla peligrosa pero que vale más que el antiguo método.

No puede decirse que Schlözer haya sido un gran pensador en historia. Nunca dió trascendencia a las consideraciones de Voltaire sobre la filosofía de la historia; se contentaba con registrar y reseñar los hechos históricos. Sus analogías son groseras y completamente exteriores.

Estaba poco dotado para escribir historia. La imaginación histórica le hacía mucha falta. No cuidaba la manera de expresarse. Creía hacer la historia popular introduciendo en ella un lenguaje trivial.

Por muchas de sus obras se comprende que la negligencia de la forma está de acuerdo con su naturaleza. Un libro destinado a servir de guía en los cursos universitarios, no puede tener al mismo tiempo pretensiones de artístico. Pero en las obras destinadas al gran público, Schlözer no se cuidaba de los lectores cultos. No pensaba más que en sus estudiantes. Estaba satisfecho cuando había ordenado la materia en borrador y tratado de facilitar la memoria con toda la clase de medios (por ejemplo, dar las fechas en cifras redondas). Efusiones de una moral muy chata reemplazan al razonamiento político.

3. GATTERER

Se tiene la mala costumbre de unir al nombre de Schlözer el de su colega Gatterer. Estos dos hombres sólo tenían de común que enseñaban historia al mismo tiempo en Gotinga.

Juan Cristóbal Gatterer nació en 1727 en Lichtenau, distrito de Nuremberg, fué llamado en 1759 a Gotinga, falleció en 1799. pertenecía todavía profundamente a la escuela erudita: comenzó también como los monjes de Saint-Maur su carrera de historiador con trabajos de diplomática, genealogía y cronología. Hizo algunas concesiones a la Ilustración. Cono ía a Voltaire y trató de explicar algunas de sus ideas en la enseñanza académica. Como él, puso al lado de la historia (política) de los pueblos, una historia (de la civilización) de los hombres (en *Versuch einer allgemeinen Weltgeschichte bis zur Entdeckung Amerikas,* Goettingue 1792). Mas el espíritu de la historiografía iluminista le fué siempre extraño. Era el hombre de los compromisos tímidos. Como los autores de la gran *Historia Universal* inglesa (véase tomo I, págs. 353 ss.) no se deshizo de la vieja concepción teológica, ni tampoco del clasicismo. Renuncia, es verdad, al cuadro de las cuatro monarquías; pero su *Historia Universal* comienza con Adán y el primer período de mil ochocientos años comprende la "época de Adán y de Noé" o la "Creación y el Diluvio". Utiliza íntegramente las fábulas de los retóricos griegos y romanos; cuando una historia le parece demasiado inverosímil, da una explicación de un chato racionalismo. Extrae

sus noticias sobre la historia de la civilización y del comercio de los mitos del Antiguo Testamento; con ayuda del Libro del Job traza la historia de la jardinería desde la creación hasta Moisés. Como los ingleses, se atreve en una historia universal a hablar de China. Pero el centro de la historia quedó en Europa y Asia Menor. Al igual que Voltaire y Schlözer, no intentó pensar realmente como historiador mundial. En su *Handbuch der Universalhistorie* (Goettingue 1761 ss.) trata a China frente a la historia moderna de Europa, sólo porque las dificultades en Asia oriental habrían traído, según él, la destrucción del imperio de Oriente y la forma actual de los Estados europeos (II, 5). En el libro más reciente, *Versuch einer allgemeinen Weltgeschichte,* habla brevemente de la historia de China; pues "es a partir del año 200 d. J. C. que el conocimiento del Estado chino adquiere importancia para nosotros los europeos" (p. 407).

Más aun que Schlözer, Gatterer no quería ser más que pedagogo. Sus méritos encontrarían un lugar mejor en una historia de la pedagogía. No puede hacerse justicia a sus manuales de historia universal (es preciso agregar a las nombradas, la otra no terminada *Weltgeschichte in ihrem ganzen Umfange* 1785-1787) mas que pensando que estaban destinados a reemplazar las obras de Sleidan y sus sucesores. Carecen de valor para la historia de la historiografía.

Como los antiguos compendios, están dispuestos en columnas; algunos de ellos, como el *Essai d' una histoire universelle,* sólo encierran palabras sorprendentes. En las manos de Gatterer, la historia universal se reduce a la colección tradicional de notas desprovistas de espíritu y de cohesión; solamente la materia ha sido un poco aumentada. Schlözer, con todas sus fallas, tenía un verdadero talento de historiador y estaba en condiciones de desarrollar por sí mismo los principios historiográficos de Voltaire; todo lo que puede decirse en alabanza de Gatterer, es que prestó ciertos servicios a la enseñanza histórica (fundación del *Historisches Institut*, 1764-1766).

En suma, apenas hay derecho de una escuela histórica de Gotinga. Lo que ocurrió es que el último cuarto del siglo XVIII se encontraron reunidos en Gotinga numerosos historiadores de nombre y que la gran mayoría de ellos pertenecía a la Ilustración. Pero eran diferentes en cuanto a sus opiniones y a su método, y no formaban frente a los demás historiadores de la Ilustración un grupo aparte. Si se publicaron en Gotinga obras históricas de valor se debió, primero a que la universidad, recientemente fundada y perfectamente administrada, supo atraer a los hombres distinguidos, y sobre todo a que los profesores estaban exentos de la censura para sus libros. Gracias a esta independencia es que la historiografía florece en Gotinga.

4. SCHMIDT

Michael Ignaz Schmidt nació en 1736 en Arnstein, obispado de Wüzburgo, sacerdote secular, en 1771 bibliotecario de la universidad y profesor de historia del derecho germánico en Würzburgo, luego en 1780 en Viena, murió en 1774 siendo director de los archivos imperiales privados. Compuso una *Geschichte der Deutschen*. La historia antigua (Ulm 1778 ss.) llega hasta el estallido de la guerra de Smalkalda (1544), la historia moderna (1785 ss.) hasta 1660. Fué continuada por otros.

Schlözer y Gatterer escribían para la juventud académica; Schmidt distinguido autor de la *Geschichte der Deutschen* que por mucho tiempo fué popular, es el primer historiador alemán de la Ilustración que se haya dirigido al público. Quiso hacer por Alemania casi lo mismo que Robertson había hecho por Escocia, y emplear para la historia de su patria las inspiraciones de los historiadores muy leídos de Francia e Inglaterra.

Es muy considerado por ello. No porque tuviera una gran originalidad de pensamiento (en sus conceptos históricos está subordinado a Voltaire y a sus discípulos, particularmente a Robertson), pero era un hombre inteligente, capaz de un juicio sobrio y objetivo. Sus consideraciones no son profundas; no puede decirse que sean inferiores a las de sus modelos. Expone con calma; los epigramas son relativamente raros en la narración; solamente en la historia de la Edad Media este josefino convencido se deja a menudo arrastrar a maliciosas salidas anticlericales. Su manera de tratar la Reforma, que fué vivamente atacada por sus contemporáneos protestantes, merece particularmente la aprobación del investigador moderno; Schmidt es el primero en aventurarse a juzgar la Reforma desapasionada e imparcialmente, en el grado en que la imparcialidad era posible a un autor que participaba completamente de los principios de la Ilustración.

Schmidt estaba guiado por un instinto seguro hacia las buenas fuentes. Buscaba también los testimonios no literarios y sabía hacer uso de ellos hábilmente. Rechazaba con el silencio las anécdotas novelescas; no cita ni siquiera con intención polémica, la leyenda de Tell (lib. VII, cap. III). Carecía como Voltaire y Robertson de prevención nacional. Frente a los juicios desfavorables del extranjero le gustaba defender las circunstancias atenuantes; pero estaba lejos de querer glorificar su patria por medio de la historia, no tratándose de alteraciones voluntarias de hechos.

En la disposición de su obra se acerca a Voltaire. Según el modelo del *Essai sur les mœurs,* intercala de vez en cuando en la narración de acontecimientos exteriores, capítulos sobre las costumbres y la civilización, la ciencia y la educación, la constitución y la legislación, etc. Como el francés, dirigió su atención hacia el estado de las finanzas públicas.

5. SPITTLER

Ludwig Timotheus SPITTLER, nació en 1752 en Stuttgart, fué primero repetidor en el *Stift* (seminario), en 1779 fué profesor en Gotinga (después en 1783 de historia cívica), en 1797 fué consejero íntimo en la administración wütemburguesa, en 1806 fué ministro y director de estudios, murió en 1810 en Tubinga. Junto a muchos pequeños escritores históricos (cf. *Sämmtliche Werke* 1827 a 1837) escribió como historiador político: *Geschichte Württembergs unter der Regierung der Grafen und Herzoge* (hasta 1733) Gottingue, 1783; *Geschichte der Fürstentums Hannover seit den Zeiten der Reformation bis zu Ende des 17. Jahrhunderts* Goettingue 1786; y *Entwurf der Geschichte der europaïschen Staaten,* Berlín 1793 s. Como historiador eclesiástico: *Geschichte des kanonischen Rechts bis auf die Zeiten des falschen Isidor,* Halle 1778 y *Grundriss der Geschichte der christlichen Kirche,* Goettingue 1782, que más tarde fué continuada (alrededor del año 1785) por Plank (ver más adelante p. 52).

Sobre las obras de historia eclesiástica, cf. Chr. F. Baur *Die Epochen der kirchlichen Geschichtschreibung* (1852), 162 ss.

Relaciones con Voltaire. Spittler llevó las ideas políticas e históricas de Voltaire a la historia de los medianos y pequeños Estados de Alemania. También él, cuando sus obras no eran simples manuales para la enseñanza académica, perseguía fines prácticos; también quería hacer propaganda de las ideas políticas. Pero sus tendencias son menos universalistas que las de Voltaire. También el francés había escrito como burgués, pero sin olvidar nunca que pertenecía a un grande y poderoso Estado. No había tomado partido en favor del tercer estado comerciante contra la nobleza militar. Experimentaba una fuerte repulsión contra las inútiles guerras de conquista; pero sabía apreciar la fuerza que dan los ejércitos. Spittler demuestra en sus obras históricas la antipatía que alimentaba contra los poseedores de bienes nobles el burgués trabajador de las pequeñas ciudades alemanas. Sus aspiraciones políticas se veían satisfechas cuando el burgués laborioso podía aplicarse en paz a su trabajo. Su ideal era el pacífico estado medio de la Alemania en el siglo XVIII, cuyo príncipe, con la posible ayuda de la burguesía culta, piensa en una administración ordenada, en la que el burgués de las ciudades está protegido contra las usurpasiones de la nobleza. "Esta feliz grandeza media, que aprovecha al individuo, al mismo tiempo que asegura de nuevo la calma y la libertad del cuerpo de los Estados alemanes" (*Gesch. des Fürstentums Hannover* I. 147). Nada le agrada más en un príncipe que cuando éste "experimenta placer ante un tranquilo gobierno indígena" (*ibid.* I. 261; cf. también 331). Se ve que no piensa como Voltaire en todo el mundo europeo, sino sólo en la situación en que se encontraba la Alemania de su época.

Como narrador, Spittler sobrepasa a todos los otros discípulos de Voltaire. Se acerca a su maestro más que los ingleses. No se esforzaba como éstos en rivalizar con la elegancia exterior del clasicismo. Evitaba

el eufemismo. Tomaba el tono despreocupado del hombre de mundo. Su relato es simple y pleno de gusto. La materia está trabajada con reflexión e independencia: Spittler pertenece al número de historiadores que no juzgan un acontecimiento importante porque está señalado como tal por las fuentes. Sus observaciones son dictadas por un juicio sano; ellas hacen ver que el autor conoció el funcionamiento de un gobierno.

Era por otra parte un trabajador consciente. Sus datos surgían casi siempre de actas. En la utilización y en la crítica de sus materiales ponía mucho más cuidado y precaución que Voltaire. Es verdad que se construyó un pequeño dominio. Limitando su horizonte tenía por lo menos la ventaja de poder especializarse en sus estudios.

No se siente en su elemento más que cuando trata la historia de los siglos XVII y XVIII. Los capítulos sobre la Edad Media no pueden compararse con los de Voltaire y Robertson, para no hablar de Möser, junto a quien no sólo Spittler, sino otros iluministas parecen superficiales. Ningún otro construyó su obra sobre un fundamento tan poco histórico ni sobre una experiencia tan limitada. Proyectaba en el pasado, idealizándolo, la vida idílica de un pequeño Estado alemán tal como lo había conocido en Hannover y Wutemberg y dando a ese cuadro de fantasía el nombre de Edad Media. Voltaire y los ingleses no olvidaron que en la historia de la Edad Media se trataba también de cuestión de poderío. Spittler no lo comprendió nunca. Hizo de la historia de la Edad Media alemana una insípida comedia con espadachines, buenos bebedores y trovadores, es decir, que inventó la concepción *gemütlich* de la Edad Media que dominó por mucho tiempo la poesía popular en Alemania. En la Edad Media, como lo dice también para la época de Enrique el León (Hann. Gesch. I, 123) veía "todo el estado social todavía en la inocencia alemana y la simplicidad de la naturaleza". No es necesario desterrar la ironía de la historia —sobre todo en un autor tan dueño de sus expresiones como Spittler. Pero no se trata sólo de una cuestión de estilo. Su Edad Media de ópera perjudicó también a los conocimientos históricos.

Spittler historiador de la Iglesia. En esto es menos original y tiene menos importancia. Puede reivindicar el mérito de haber aplicado por primera vez los principios iluministas a toda la historia de la Iglesia (con excepción de los primeros tiempos, es decir, de la vida de Jesús y los apóstoles). Es también el primer historiador protestante de la Iglesia que haya renegado en parte no sólo de la tendencia ortodoxa, sino, lo que es más, de la tendencia anti-católica. Aprendió de Voltaire a moderar sus juicios sobre el clero medieval y a ver en el papado y en el monaquismo otra cosa que obstáculos para la doctrina pura. Mas estaba en una falsa posición con respecto a su tema. Cuando juzgaba los problemas políticos, su juicio era a menudo unilateral y estrecho, aunque sus criterios respondan a una doctrina política. En cuanto a los héroes

y a los acontecimientos de la historia eclesiástica los apreciaba de acuerdo a *desiderata* que nada tenían que ver con la esencia de la religión y de la Iglesia. Mosheim no tenía ideas más precisas que Spittler sobre las necesidades religiosas del hombre; pero por lo menos consideraba a la Iglesia como una institución para el progreso moral. Spittler cree que la Iglesia tiene como tarea principal favorecer el racionalismo. Los que trabajaron en ese sentido obtienen una buena nota; los que se opusieron, como Calvino —"ejemplo instructivo de un teólogo apasionado"— son atacados, aún cuando hayan prestado a la Iglesia eminentes servicios. Como se ve, Spittler tomaba su punto de vista fuera de la Iglesia, y no estaba en condiciones de tratar su tema desde el punto de vista de la psicología religiosa o de la ciencia; asignaba arbitrariamente a la Iglesia un fin enteramente extraño a su historia.

Spittler se muestra todavía en sus trabajos de historia eclesiástica como escritor lleno de gusto. Igualaba a Voltaire en el arte de animar el relato con epigramas, al menos en la medida en que esto era posible en alemán. No contento con abandonar, como Schröckh lo había hecho ya, la ordenación por siglos, introdujo en la historia eclesiástica una nueva división, de acuerdo al carácter de cada período.

La mayor parte de esos períodos, sin duda, están designados por individuos; con Gregorio VII por ejemplo comienza una nueva y gran sección.

Spittler profesaba, como la mayor parte de los *Aufklärer,* la teoría catastrófica, y creía que los grandes cambios históricos se producían casi exclusivamente por la aparición accidental y súbita de ciertos personajes. Los reformadores, para él, intervienen en el desarrollo de la *Aufklärung* con el mismo poder personal que los monarcas absolutos en la legislación de su país.

6. PLANCK

Gottlieb Jacob Planck, nació en 1751 en Nürtinguen en Würtemberg, en 1784 fué profesor en Gotinga, donde murió en 1833; era discípulo de Spittler. Su mérito se debe a haber aplicado a la historia del dogma el método de explicación pragmática. Spittler había escrito sobre todo historias de personalidades. Había atribuído a motivos mezquinos la conducta de príncipes de la Iglesia y de reformadores religiosos; pero no había descripto la manera en que circunstancias exteriores habían determinado las transformaciones de la doctrina cristiana. Planck llenó esta laguna.

Planck trató temas de historia de las ideas, del género preferido más tarde por la escuela de Hegel (ver más adelante pág. 108 ss.). Es muy importante darse cuenta de las diferencias que lo separan de los teólogos de la época romántica. En primer lugar se propuso una tarea

más restringida. Su primer gran obra, *Geschichte der Entstehung, der Veränderungen und der Bildung unseres protestantischen Lehrbegriffs* (1ª edición, anónima, Leipzig 1781 a 1800; apareció en 1831 una continuación incluyendo la historia de la teología protestante desde la Fórmula de Concordia hasta el siglo XVIII), no expone el desarrollo del protestantismo o de la idea protestante, sino la historia de la enseñanza doctrinal (*Lehrbegriff*) en la forma seca del iluminismo, es decir, del dogma protestante consignado en la confesiones de fe bien determinadas. Existe otra diferencia mucho más importante. Baur y los otros discípulos de Hegel consideraban las ideas históricas como organismos que se desarrollaban por sí mismos de acuerdo con sus propias leyes. Planck es todo lo contrario. Insistía exclusivamente en las circunstancias irracionales dependientes de las personas o del azar; relacionaba el desarrollo de los dogmas con combinaciones arbitrarias, la mayor parte de naturaleza política. No es que fuera menos creyente que los eruditos que le sucedieron. Al contrario, por su manera pragmática de tratar la historia de la Reforma, quiere presentarla "muy visiblemente como una obra de Dios. realizada por los hombres que no sabían a menudo que trabajaban para él, o por lo menos, no sabían que trabajaban para él con un fin determinado hacia el cual sabía dirigir sus destinos" (Prefacio p. XIII). Quiere decir que, precisamente porque la Reforma, según él, fué el resultado de una cantidad de accidentes, lo atribuía sin vacilar a los decretos insondables de la Providencia.

Una vez admitido el método pragmático, no puede negarse que Planck no lo haya aplicado hábilmente. Si sólo se pide una narración inteligente de los acontecimientos exteriores que influyeron sobre la formación de dogmática luterana, su narración bastará. Trata de aclarar las fases de una negociación evitando los razonamientos demasiado refinados. Sus consideraciones psicológicas no son ni profundas ni imparciales (Planck pertenece al partido protestante); pero se esfuerza por no condenar injustamente a los adversarios. Es verdad que él también juzgaba a los hombres del pasado únicamente de acuerdo a este criterio: ¿obedecían al sentido común, extendían el *Aufklärung* o no? Pero no se refería a los que se habían alejado de esta regla tan duramente como Spittler. Un poco quizá porque su inteligencia menos fina no distinguía netamente el abismo que separaba a los iluministas de los reformadores. Planck estaba mucho más atemorizado, mucho más impresionado por las ideas tradicionales que Spittler. Éste era un hombre de mundo, Planck era un teólogo protestante. Sus sentimientos conservadores en materia de fe surgen sobre todo en su segunda gran obra, *Geschichte der christlich-kirchlichen Gesellschaftsverfassung* (Hannover 1803 ss.). Apenas excede el nivel de los centuriadores. Como ellos ve en la organización de la Iglesia católica el producto de una política consciente y metódica de los papas. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, quiere que a cada transformación en la constitución haya precedido una intención determinada; todo lo

que ocurría entonces no tenía otro fin que el de facilitar a Inocencio III y a Bonifacio VIII sus planes de acción. Cf. Baur, *Epochen der kirchlicen Geschichtschreinbung* (1852) 174 ss.

7. FEDERICO EL GRANDE

Federico II, el célebre rey (nacido en 1712 y muerto en 1786, rey de Prusia desde 1740) escribió: 1º *Memoires pour servir á l'histoire de la maison de Brandebourg* (1415 a 1740), Berlín 1751. 2º *Histoire di mon temps* (1740 a 1745), considerada al principio como 2ª y 3ª parte de las *Memoires* (1ª parte). Dos redacciones: la primera (pub. por M. Posner, 1879, en las *Publikationen aus den preussischen Staatsarchiven* v. cf. H. Droysen, *Beiträge zu einer Bibliographie der prosaischen Schriften Fr. des Gr.* 1905, Programm des Königstädter Gymnasiums) fué terminada en 1746, la segunda en 1775. Primera edición en las *Œuvres posthumes* 1788. Son continuación de la *Histoire de mon temps*: la *Histoire de la guerre Sept ans* (escrita en 1763-64) y las *Memoires depuis la paix de Huberstsbourg jusq'à la fin du partage de la Pologne* (más tarde hasta la paz de Teschen 1799), escritas en 1775 y 1779: ambas editadas por primera vez en 1788. Nueva edición en las *Œuvres de Federic le Grand* 1 a 7 (1846 ss.). Pequeños escritos no citados aquí. Ver Max Lehmann en *Hist. Zschr.* 60 (1888) 255 ss.

Cf. W. Wiegand, *Die Vorreden zur historie de mon temps* 1875 (*Quellen und Forschungen* V); Ranke en *Abhandlungen und Versuche* I (1877) 115 ss.; M. Posner, *Miscelaneen zur Geschichte Fr. d. Gr. 1878;* H. Disselnkötter, *Beiträge zur Kritik der hist. de mon temps* 1885 (en las *Histor. Studien*); Meusel en *Hist. Ztschr.* 96 (1906) 434, 98, (1907) 560 ss. (donde se encuentra el resto de la literatura) y en *Histor. Vierteljahrschrift XVIII*, I. Arthur Ritter, *Über die Zuverlässigkeit der Ortsz, ahl-u. Zeitangaben in der Kriegsgeschichtlichen Werken Friedrichs Grossen* (disert. de Berlín 1911). Para la *Dissertation sur les raisons d'etablir ou d'abréger les lois* (1748-49), comp. E. v. Möller en *Forschungen zur brandenburg. und preuss. Gesch. XXI*, 2.

Federico el Grande está completamente aparte de los otros discípulos de Voltaire. Sus obras históricas han sido inspiradas por Voltaire y no se las podría imaginar sin el *Siècle de Louis XIV* (que fué acabado en 1739 en la primera redacción, cf. más arriba p. 27). Pero Federico historiador alimentaba intenciones muy diferentes de las de su maestro, que al fin de cuentas se acerca a él sólo exteriormente. Lo que da valor a sus obras históricas se produjo independientemente de Voltaire.

Para la historiografía propiamente dicha, el rey de Prusia carecía de saber y también de interés primordial. No tenía de la materia un conocimiento tan completo como Voltaire. Como escritor militar era naturalmente muy superior al publicista francés; apenas se encontrarán mencionados en Voltaire los problemas técnicos de táctica y de estrategia que Federico trata preferentemente. Pero si éste se especializó en un terreno, es tanto menos diestro en los otros. Cuando habla de los grandes encadenamientos, no sólo es menos cuidadoso sino más superficial que Voltaire; simplifica la historia mucho más que él; sus sentencias son más perentorias pero también más unilaterales y menos reflexivas. Los ca-

pítulos que se refieren a la filosofía de la historia no tienen nada de notable ni de original.

Se puede hablar casi únicamente de las partes que tienen el carácter de memorias, que además ocupan el mayor lugar. Federico se relaciona con un género de historiografía francesa, el de los memorialistas (véase tomo I, p. 167 ss.). Si se toma la *Histoire de mon temps* y la *Histoire de la guerre de Sept Ans* como representantes del género semihistórico de las memorias iniciado por Commines, no se les puede negar los más grandes elogios.

Tiene los defectos naturales del género: la materia está desigualmente tratada, el relato tiene un giro apologético, el juicio está turbado por las pasiones personales (Federico no tenía ningún escrúpulo en cambiar el texto de las cartas y de los discursos que intercalaba, ni en retocar ventajosamente la cuenta de sus pérdidas). Pero junto a esto aparecen cualidades de las que pocos otros pueden gloriarse. Las situaciones son expuestas con mano maestra, los factores importantes del punto de vista militar y político son excelentementes destacados, las consideraciones morales están ausentes. Son, como las memorias de Commines, libros de un estadista para estadistas. Los razonamientos del autor sólo tienen valor cuando se aplican a un caso determinado.

Si Federico no asimiló sino en parte los principios de la historiografía iluminista, se debió mucho a su posición. Un rey no podía consentir en contemplar la historia desde el punto de vista del tercer estado. Se encuentran en sus obras históricas observaciones que pueden interpretarse en el sentido de la nueva tendencia. Mas esos adornos sacados de Voltaire quedaron sin influencia sobre su juicio histórico. Como los antiguos historiógrafos, habla desde el punto de vista de los gobernantes. Los gobiernos son nuevamente en él casi los únicos actores del drama histórico. Es también más pragmático que Voltaire. Las pequeñas causas producen grandes efectos, es la divisa característica de su historia. Y esto es muy natural. El hombre de acción tiene en general problemas con personas concretas y con pasiones mezquinas; no está dispuesto a reconocer una gran influencia a los pricipios generales. a las potencias inconscientes. Ve las cosas más cercanas: pero es incapaz de descubrir las causas históricas profundas.

En la disposición de sus obras, Federico sigue en general la antigua escuela. Lo único que le pertenece es su estilo. Puede atribuirse a Voltaire la abundancia de epigramas para asesorar su narración. Pero es más mordaz que el francés. El alegre sarcasmo volteriano no excluye una cierta simpatía humana por su víctima. Federico es frío y sin corazón. Superó el cinismo de Voltaire. Frecuentemente cae a pique. Pero muchos de los juicios inclementes fueron inspirados más que por la razón por recelos personales.

CAPITULO TERCERO

LA ESCUELA DE MONTESQUIEU

1. CONSIDERACIONES GENERALES

Los escritos de Montequieu no pueden ser colocados en una historia de la historiografía, como tampoco el *Discorsi* de Maquiavelo sobre Tito Livio. Pertenecen a la historia de las ciencias políticas. Se puede sin embargo designar por su nombre a una tendencia de la historiografía. El *Esprit des lois* (1748) tuvo sobre todo en muchos historiadores una influencia tan grande que borró casi la de los principios de Voltaire.

No es este el lugar para bosquejar las teorías políticas e históricas de Montesquieu. Es preciso limitarnos a señalar los rasgos por los cuales su doctrina se distingue más netamente de la volteriana.

Teorías políticas e históricas de Montesquieu. La teoría del clima es una originalidad de Montesquieu. De las transformaciones que un pueblo experimenta en el curso de su historia, Voltaire concluía que la naturaleza del suelo no tiene más que una débil influencia sobre el carácter de los Estados y de las naciones: ponía como ejemplos típicos a Grecia y a Italia. Montesquieu así como la mayor parte de los teorizadores griegos, establecía entre el clima y la constitución política una estrecha relación. Una segunda diferencia existe en que contribuye a la eficacia de las leyes y de las constituciones. Voltaire evitaba, en todo lo posible, los clichés tradicionales de los publicistas clásicos. Se preocupaba poco por la forma exterior del organismo político; daba más importancia a la ciencia, a la repartición efectiva del poder político. Jurisconsulto, Montesquieu creía en el efecto de disposiciones legislativas artificialmente calculadas de constituciones sabiamente redactadas. Consideraba las categorías de la política de Aristóteles como fuerzas independientes. Sostenía en teoría, la tesis de que las leyes debían estar en armonía con el clima, las costumbres, la situación comercial, etc. Pero creía, también, que un legislador podía dar arbitra-

riamente otra dirección al desarrollo de un país. Pensaba que las fuerzas naturales de los hombres, los grupos fuertemente organizados podían ser controlados severamente por leyes hábilmente combinadas.

Como se ve, Montesquieu pertenecía más que Voltaire a la vieja escuela. Su doctrina del clima es de fuente antigua: su optimismo político proviene en gran parte de la filosofía popular de la Antigüedad que, desde el advenimiento del humanismo, había sido colocado en la base de la enseñanza superior. Los llamados que dirigía a la Antigüedad son del estilo clásico que Voltaire evitaba. Y lo que es más grave aún, era considerado por la crítica desde el punto de vista de los benedictinos.

Su falta de crítica. Montesquieu carecía de sentido crítico. Leía sus autores como los juristas sus códigos; sólo buscaba en ellos un texto que pudiera aplicarse a la cosa. Los libros de historia y las descripciones de viajes que conocía, formaban para él como un código cuyas partes tenían todas la misma fuerza de ley. Procedía como el juez, que no critica los textos sino que los invoca y los interpreta exactamente. Voltaire miraba en principio con desconfianza los datos procedentes de épocas oscuras y de países exóticos: Montesquieu aceptaba las fábulas más extravagantes por el sólo hecho de haber sido impresas en alguna parte. Sus *Considerations sur la grandeur et la décadence des romains* (1734) se basan sobre la hipótesis de que los relatos de Tito Livio representarían la verdad histórica. Muchos capítulos del *Esprit des lois* no tienen otro fundamento que una frívola relación de viaje.

Esa falta de crítica tuvo un efecto tanto más enojoso cuanto que Montesquieu utilizaba sus materiales fragmentarios para sacar arriesgadas consecuencias y rápidas generalizaciones. Era capaz de construir una teoría general sobre un hecho que, aún suponiéndolo verdadero, sólo constituiría un caso excepcional.

Su influencia sobre la historiografía. No representó una gran ventaja para los historiadores pertenecer a su escuela. La idea de que ciertos conceptos morales serían inherentes a las diferentes formas de gobierno perturbó particularmente la historiografía. Sus fantasías sobre el efecto del clima eran de una peligrosa comodidad para los espíritus perezosos; la ignorancia de la meteorología acompañaba frecuentemente a la de historia.

Sería injusto no apreciar la influencia de Montesquieu sobre la historiografía más que por el mal que causó. En primer lugar, no fué poco el apoyo dado por su nombre a muchas innovaciones iluministas traídas por Voltaire a la historia. Tal la ampliación del horizonte histórico a todo el mundo. Tal sobre todo el abandono de la concepción teológica en todas sus formas. Montesquieu y Voltaire se separaron en muchos puntos, mas estuvieron de acuerdo para explicar los acontecimientos exclusivamente por causas naturales.

Esto no es todo. Lo que sólo existía débilmente en Voltaire, Montesquieu lo poseía plenamente: la aptitud para las especulaciones del pensamiento. Estaba más expuesto al error que Voltaire porque tendía a construir un sistema sociológico, mientras que el otro se contentaba con notas aisladas. Su síntesis reposaba a menudo en informaciones inexactas o superficiales, sus deducciones se contradicen entre sí, sus juicios son brillantes más que justos; pero por lo menos tentó una síntesis. Sus instigaciones eran extremadamente peligrosas para las cabezas débiles, pero podían conducir a los espíritus sólidos a resultados que el método correcto de Voltaire no hubiera permitido alcanzar nunca. En el fondo la escuela de Voltaire no sobrepasó nunca al maestro; los historiadores que pueden designarse como discípulos de Montesquieu realizaron un trabajo mejor que el autor del *Esprit des lois*. Una indicación fecunda para la historiografía fué la idea de la importancia del comercio para la propiedad de los Estados. El burgués que había en Voltaire prestó una gran atención a los asuntos comerciales. Montesquieu se dedicó a los detalles; sin duda gracias a su educación jurídica, expuso ampliamente la correlación entre las relaciones comerciales y políticas, entre el comercio y la legislación.

Agreguemos que en algunos aspectos Montesquieu tenía menos prevención que Voltaire. Era tan incrédulo como él, pero no tan hostil a la Iglesia. No tenía nada de revolucionario; si la Iglesia lo dejaba tranquilo no se oponía a su existencia. La doctrina cristiana no había llegado todavía; no la combatía. En este aspecto pertenecía todavía más al humanismo que al iluminismo. Es justamente lo que asegura a sus relatos su autoridad y su boga en el público serio y cultivado. Aún su ironía conservaba una áspera dignidad; no atacaba de frente a las personas respetables, sabias o ignorantes, por una polémica antirreligiosa desplazada.

La influencia de Montesquieu sobre la historiografía se combinó a menudo, sobre todo en Alemania, con la de Voltaire y más tarde con la de Rousseau de manera que no se puede considerar más que a un pequeño número de historiadores como sus discípulos. El más auténtico fué el genovés Juan Luis DELOLME (c. 1740 a 1807) quien en su *Constitution de l'Angleterre* (Amsterdam 1771; edición inglesa aumentada en Londres, 1775) trató brevemente la historia de esta constitución modelo. Los discípulos ingleses se contentaron, en general, con investigaciones teóricas: Adam FERGUSON (1723 a 1810), *Essay on the history of civil society* 1767 e *History of the progress and termination of the Roman Republique* 1782; José PRIESTLEY 1733 a 1804) *Essay on the first principles of governement* 1768, etc. Sólo los profesores alemanes que se aliaron a Montesquieu se lanzaron preferentemente a la historia; evitaban así tocar directamente los problemas políticos actuales. La mayor parte cultivaron al mismo tiempo, como Voltaire, la historia de la civilización en el sentido de la *Aufklärung* y la historia de los eruditos en el espíritu de la polihistoria muy practicada en Alemania en el siglo

XVIII. El tipo de esos vulgarizadores poco originales es el polígrafo Cristóbal MEINERS (1747 a 1810), profesor de filosofía en Gotinga, quien compuso, entre otras, una *Geschichte der Ungleichheit der Stäande unter den wornehmsten europaïschen Völkern* (Hannover 1792). Y una *Historische Vergleichung der Sitten und Verfassungen, der Gesetze und Gewerbe, des Handels und der Religion der Wissenschaften und Lehranbstalten des Mittelalters mit denen unseres Jahrhunderts in Rücksicht auf die Vortei le und Nachteile der Aufklärung* (Hannover 1793 ss.).

Los historiadores de la escuela de Rousseau tales como Herder que agrupamos más adelante, deben mucho también a Montesquieu. Pero es Heeren quien mejor aprovechó sus inspiraciones.

2. HEEREN

Arnaldo Hermann Ludwig HEEREN, nació el 1760 en Arbergen cerca de Bremen, inauguró en 1784 su enseñanza en la Universidad de Gotinga, en 1794 fué profesor de filosofía, en 1800 de historia; murió en Gotinga en 1842. Sus principales obras son:

1º *Ideen über die Politik, den Verkehr und den Handel der vornehmsten Völker der alten Welt* (es decir persas, fenicios, babilonios, escitas, indúes, cartagineneses, etíopes, egipcios y griegos) primera edición Goettingue 1793 ss., muy retocada más tarde.

2º *Geschichte der klassischen Literatur im Mittelalter* (hasta el final del siglo XV, es decir, comprendiendo los humanistas italianos) 1797 a 1801, comienzos de una historia sin terminar: *Geschichte des Studiums der klassischen Literatur.*

3º *Handbuch der Geschichte der Staaten des Altertums mit besonderer Rücksicht auf ihre Verfassungen, ihren Handel und ihre Kolonien 1799.*

4º *Handbuch der Geschichte des europaïschen, Staatensystems und seiner Kolonien* (de 1492 hasta su tiempo), Goettingue 1809.

Relaciones con Adam Smith y Montesquieu. Heeren es el historiador más notable de la escuela de Montesquieu. No sólo iguala a su maestro, sino que lo sobrepasa como historiador. Sus *Ideas sobre la política, las relaciones y el comercio de los pueblos del antiguo mundo* dejan muy atrás los esbozos de historia comercial del *Esprit des lois.*

Heeren tenía una ventaja sobre Montesquieu. Entre el *Esprit des lois* y sus *Ideen* había aparecido la gran obra de Adam Smith (1796). La economía política había sido constituída en ciencias. Se había encontrado un sistema y un conjunto de naciones; el historiador podía resumir en algunas fórmulas varios grupos de fenómenos económicos. Por primera vez se había demostrado claramente el encadenamiento íntimo entre las diferentes esferas de la vida económica.

Hay una circunstancia característica que muestra la dependencia de Heeren con respecto a Adam Smith. Éste había querido, como se sabe y como lo indica el título de su libro, investigar sobre todo cómo las naciones llegan a enriquecerse; había tratado de darse claramente

cuenta de la influencia que las medidas de política comercial y la legislación ejercen sobre la posteridad de un pueblo. En cuanto a la mejor forma de repartir entre los individuos la riqueza nacional adquirida por el comercio y la industria, apenas había tocado ese problema; nunca se había preguntado, por ejemplo, si un crecimiento de la población provocado por el progreso del comercio no podía hacer ilusoria en el individuo el aumento de la fortuna nacional. No se ocupaba ni del problema de la población ni de lo que luego se llamó la cuestión social. No es por casualidad que Heeren redujo sus investigaciones de historia económica. Él también dirigió su atención exclusivamente al comercio de exportación, a las relaciones comerciales de los pueblos entre sí. Su interés estaba mucho más estrechamente limitado que el de Voltaire. Puso más orden y cuidado en su trabajo; pero descuidó las observaciones del francés sobre las cifras y los problemas de población. Leyendo las *Ideas* se observa, que le faltó una guía teórica. El célebre *Ensayo* de Malthus apareció cinco años más tarde (1798); y por otra parte no fué consultado por Heeren.

Pero lo importante es que gracias a Adam Smith, Heeren se libró definitivamente de las ideas poco claras y de las falsas analogías de Montesquieu. Sólo en lo que concierne a la historia del comercio. Como pensador político es menos original. Sus opiniones políticas depeden del *Esprit des lois* y los clichés de despotismo y estado de naturaleza se encuentran a menudo en sus trabajos. Sus cuadros de la historia de los Estados son notables en lo que se refiere a la aclaración de la importancia general de las relaciones comerciales y de las posesiones coloniales; en cuanto a los problemas de política pura, evidencia golpe de vista menos penetrante.

La historia del comercio tratada por Heeren.

Heeren sólo está en su elemento cuando aplica (algunas veces reproduciendo palabra por palabra) los desarrollos de Montesquieu sobre la historia del intercambio internacional de mercaderías. Sobrepasa al francés al aferrarse a los hechos concretos e interpretar las fuentes con juicio crítico. Se cuidó de las generalizaciones hechas a la ligera y de las grandes construcciones edificadas con materiales accidentales. Evitó sembrar los estudios históricos de alusiones a la actualidad y explotar la historia como publicista. Heeren creía aun firmemente que la antigüedad era la escuela de la política. Mas de ese viejo dogma humanista no sacó las mismas consecuencias que los historiadores retóricos o los declamadores de la escuela de Rousseau. Quería aclarar las condiciones de existencia de los pueblos antiguos más bien que tomar lecciones de política en las invenciones de los maestros de escuela griegos o romanos. Gracias a la *Wealth of Nations* estuvo en mejores condiciones que los historiadores anteriores para resolver ese problema.

Como Adam Smith, Heeren partió exclusivamente de las necesida-

des materiales el hombre en el exacto sentido de la palabra. Quería establecer la manera cómo los pueblos que trataba buscaban su comida, sus vestidos, sus moradas. Quería saber cómo se procuraban sus alimentos, sus géneros para vestir, sus materias tintóreas, sus máquinas. En su obra principal, que a pesar de su título de *Ideen* contiene algo más que simples esbozos, trató por ejemplo de reconstruir los caminos comerciales de la antigüedad por medio de las rutas modernas de las caravanas y de los datos de los autores antiguos. Con la ayuda de los testimonios esparcidos y a menudo confusos de los antiguos narradores, que combinaba con los datos sobre la situación comercial del Oriente contemporáneo, emprendió, con una sagacidad extraordinaria, la tarea de sacar a luz las funciones materiales de los Estados antiguos. Nadie antes que él había dirigido su atención sobre la importancia para la historia del intercambio de las mercaderías y mostrado que ciertos pueblos no deben su lugar en la historia más que al monopolio que poseían de la producción o la exportación de materias primas o de telas indispensables. Los historiadores ideólogos de la escuela de Rousseau admitían que el hombre es capaz de vivir como quiera que sea, inquietándose solamente por saber cómo los hombres podían defender su dignidad y su libertad civil: Heeren escrutó esta hipótesis.

Método y estilo. Habitualmente los románticos han atacado con violencia a Heeren. Muchos de sus reproches eran exagerados. Heeren no basaba sus ideas fantásticas de la unidad y de la indestructibilidad de las nacionalidades apoyándose preferentemente en los fenómenos concretos del comercio y de la política: se le haría hoy un justo reconocimiento. Los románticos tenían razón en un punto, que Heeren no sabía ver los encadenamientos orgánicos; como ningún otro racionalista —inclusive Voltaire— era capaz de establecer una relación íntima entre los diferentes dominios de la vida pública. La historia comercial, la historia política, la misma historia social, marchan una al lado de la otra, más bien que unidas. Y lo que es peor, Heeren exageró voluntariamente su principio y motiva acontecimientos históricos únicamente por cambios en el comercio y en la técnica. Como Adam Smith, no negaba en principio que la conducta de los hombres no estuviera determinada por otros móviles que las necesidades materiales; pero dirigía a menudo sus investigaciones de modo de dar razón a esta hipótesis. Ante todo no comprendía que junto a las necesidades materiales del espíritu pueden existir también necesidades independientes. Permanecía ajeno a la universalidad de Voltaire. Si se quiere tener una imagen plena de sus opiniones no hay más que leer su *Historia de la literatura clásica en la Edad Media.* La existencia de una cultura intelectual depende aquí, casi exclusivamente, del hecho de que existieran o no bibliotecas o establecimientos de instrucción; perfeccionamientos técnicos en la fabricación del papel tienen como consecuencia un progreso en la civiliza-

ción, etc. La sobriedad de la Ilustración ha prestado a menudo buenos servicios como remedio contra las opiniones exaltadas, pero se ve aquí una extraña confusión de causa y efecto.

Heeren es, entre los historiadores, uno de los más grandes escritores de la *Aufklärung*. Precisamente porque se abstenía de usar adornos retóricos y no buscaba imponerse con artificios de estilo político. Si sus escritos tienen una atracción estética, la deben a sus cualidades de fondo. Escribía como pensaba y trabajaba: clara y exactamente. Una composición agradable, un lenguaje transparente, una inteligente elección de términos, reflejan perfectamente sus serias tendencias científicas.

Además trabajaba, más que con corrección, con un gran cuidado. El método crítico y filológico (ver más adelante, p. 137 ss.) le era todavía desconocido. Mas sus conocimientos de economía política y de técnica sobrepasaban en mucho a los de la mayor parte de los historiadores de la época. Recogía de edición en edición los resultados de las últimas investigaciones; aún cuando éstas no sirvieran al iluminismo (como era el caso de los datos recientes sobre la India). Eduardo Meyer (*Geschichte des Altertums*, 2ª ed. I [1907] p. 248) señaló el *Manual de historia de los Estados antiguos* como el libro más importante del género, "al cual la posteridad no ha podido oponer otro trabajo de igual valor". Y el *Manual de historia de los Estados modernos* fué llamado por Hintze "una solución del problema, perfecta para su época". Cf. *Forsch, zur brandenburgischen und preuss.* Geschichte 19 [1906], 286.

CAPÍTULO CUARTO

TENDENCIAS INDEPENDIENTES EN ALEMANIA

(WINCKELMANN Y MÖSER)

La historiografía alemana del *Aufklärung* depende, como la inglesa, de las inspiraciones que llegaban de Francia. Solamente dos de sus representantes ocupan un lugar aparte. Tanto Winckelmann como Möser experimentaron la influencia de Montesquieu. Pero lo poco que recibieron de él desaparece al lado de lo que deben a sus propios esfuerzos. No pertenecen al *Aufklärung* más que en su aspecto negativo, por así decir: ellos rompieron, como los iluministas, con las antiguas doctrinas; pero lo que ponen en su lugar está completamente fuera de las miras habituales del pensamiento iluminista.

El porvenir les pertenecía en muy distinta medida que a los iluministas. Sus ideas fueron poco comprendidas en su tiempo. Ellas no se realizaron hasta el siglo XIX. Es a Winckelmann que remonta la historia del arte tal como fué entendida en el siglo XIX y a Möser la historia del derecho y de las instituciones.

1. WINCKELMANN

Johann Joachin WINCKELMANN, nació en 1717 en Stendal, luego co-rector en Seehanssen, en 1748 al servicio del conde Bünau (cf. I, 349) al que ayuda en la preparación de las partes no publicadas de la *Reichsgeschichte*, se traslada al cabo de siete años a Dresden, obtiene en 1755 por intermedio del nuncio Archinto una misión que lo lleva a Roma, donde pasa el resto de su vida; asesinado en 1767 en Trieste. Ha escrito *Geschichte der Kunts des Altertums*, Dresde 1794 (*Ammerkungen* 1767). Se encuentra también en *Sammtliche Werke*, edición Fernow y otros, 1808 y ss. y edición Eiselein 1825 y ss. Nos bastará citar aquí sobre Winckelmann el libro clásico de C. Justi (1ª ed. 1866 a 1872; 2ª, 1848).

Su oposición al Iluminismo y a la historia arqueológica del arte.

Pocos historiadores están tan aislados en su tiempo como Winckelmann. Él conoce bien a los grandes historiadores franceses de la Ilustración. Pero lo que toma de ellos no tiene nada de común con el fondo general de su obra. Sin Montesquieu, quizás no hubiera escrito sus observaciones a propósito de la influencia del clima sobre el arte griego. Pero nos engañaríamos queriendo ver en sus reflexiones el valor de la *Kunstgeschichte*. Winckelmann ha dado allí más que una imitación de Montesquieu. Ha afinado considerablemente el método del maestro. Pero sus observaciones iniciales no tienen más que una débil relación con la historia misma. Si su *Historia del arte en la Antigüedad* ha provocado en una de las ramas de la historiografía una verdadera revolución, la causa está en otra parte.

La diferencia entre la nueva tendencia y la antigua no puede estar mejor señalada que por los propios términos de Winckelmann. En el prefacio de su obra dice que él quiere escribir una historia del arte, pues hasta entonces no se había dado más que la historia de los artistas[1].

Era algo completamente nuevo. Hemos expuesto en el tomo 1º p. 105. que la historiografía humanista sólo concebía la historia del arte, de las letras y de las ciencias bajo la forma de una serie de biografías. Los períodos siguientes no habían abandonado ese punto de vista. Hasta allí donde, por razones naturales, se extienden sobre las obras más que sobre la biografía de sus autores, como en la historia de la dogmática o de la filosofía, se limitan a poner, uno al lado del otro, extractos de los diferentes sistemas. Winckelmann fué el primero que hizo de un asunto abstracto el tema de la historia.

Los historiadores anteriores no habían considerado el arte, la literatura, etc. sino en sus manifestaciones peculiares y concretas. Winckelmann escribe una historia del arte mismo, de un concepto. Puso a continuación de una abstracción un desarrollo regular. Muestra al arte modificándose a sí mismo, sin que los artistas creadores tuviesen conciencia de esas transformaciones. No se había dicho cosa parecida más que del Estado; se puede pensar en Maquiavelo que había hablado de un círculo de formas políticas. Pero hasta entonces los pensadores no tenían en cuenta más que organizaciones concretas, no simples cambios (de estilo) que le están reservados descubrir a la especulación. Semejantes teorías no habían tenido acceso jamás a la historia; nunca la idea de que también en las cosas del espíritu se podía hablar de un desarrollo regular, había sido realizada por un historiador a propósito de un material determinado de hechos.

[1] La expresión *Kunstgeschichte* ha sido creada por Winckelmann. Cf. Geiger, *Der wort Geschichte und seine Zusammensetzungen* (conferencia de Friburgo, 1908), p. 57.

Es lo que no había hecho tampoco la vieja y grosera concepción antropomórfica representando a la literatura y a las lenguas como debiendo atravesar, al igual que los hombres, la edad de la infancia, el florecimiento de la juventud y la declinación de la vejez. Se había empleado esta fórmula en las historias de la literatura y del arte (ver I, p. 109 s.) pero sin tomarlas nunca en serio.

Se comprende, pues, cuánto se apartaban los planes de Wincklemann, no solamente de la antigua concepción, sino de la Ilustración. En una época en que se atribuían ordinariamente transformaciones históricas a actos conscientes de la voluntad, él hace ver un desarrollo insconsciente del arte. En una época que echaba altivas miradas sobre el pasado y en su optimismo creía en la posibilidad de un proceso indefinido, Winckelmann muestra que las artes plásticas, en la Antigüedad y en los tiempos modernos, se desarrollan con marcha regular, cuya meta no es de ningún modo la perfección sino la decadencia. En una época en que el arte en general pasaba por un simple atractivo de la vida, un hombre habla de él con el fervor de un creyente. No es asombroso que su influencia fuera más sensible en el siglo XIX que en su tiempo; sus inspiraciones no han sido verdaderamente recogidas más que por los estetas de la época siguiente, para quienes el arte estaba llamado a reemplazar a la religión.

Su concepción de la historia del arte.

Winckelmann, como historiador, ha cometido numerosos errores. Las investigaciones modernas han dejado poco de sus construcciones en pie. Pero cualquier cosa que se le pueda reprochar, comparada con sus precursores, señala bajo todos los aspectos un progreso. Desde luego en erudición y crítica.

No solamente igualó a los benedictinos (Montfancon) por el sentido de su trabajo —elogio que se podría hacer de Gibbon— sino que los superó. Los derrota con sus propias armas. Él se remonta más severamente a los documentos y se muestra más crítico frente a las falsificaciones y a las restauraciones contrarias a la historia. En lugar de un trabajo hecho según fuentes escritas y literarias o sobre reproducciones, pone la contemplación directa; en lugar de vagos juicios estéticos, descripciones exactas; en lugar de datos imprecisos sobre la edad y la época, explicaciones precisas sobre los caracteres del estilo.

Progreso que alcanzó al método general. Nos hallamos actualmente en una época de reacción contra las construcciones históricas que pretenden explicar con una fórmula simple transformaciones históricas complicadas. Estamos menos dispuestos que antes a elogiar sin restricción la empresa llevada a cabo por Winckelmann, de trazar el desarrollo del arte antiguo y moderno de acuerdo con un plan dirigido casi lógicamente. Muchas circunstancias, señaladamente la individualidad, tan importante en materia de arte, nos parecen insuficientemente tenidos en cuenta.

Pero no debemos olvidar qué progreso señala a pesar de Winckelmann (parecido al de Hegel más tarde) frente a la antigua manera. Es el primero que ha buscado establecer una relación genética entre los siglos de arte y las escuelas de artistas. Las épocas artísticas no se suceden al azar; más de una constituye una reacción contra tendencias unilaterales anteriores; la cadena de la tradición puede romperse y hay un retorno posible al antiguo estilo (arcaismo): he aquí ideas que, con Winckelmann, aparecen por primera vez en la historia. La Ilustración tenía sobre la esencia de la continuidad histórica nociones demasiado toscas. Winckelmann las ha proscripto completamente, por ejemplo la teoría catastrófica.

Su concepción, llevada hasta el fin, tenía la ventaja de excluir en absoluto preconceptos didácticos. Ver en la historia del arte una marcha regulada por leyes, era admitir la impotencia del individuo. No se puede ya pensar, como Vasari, en dar lecciones al artista aislado. Winckelmann es culpable de esta inconsecuencia; quiso guiar el arte en su detrimento por nuevas vías: pero eso no perjudica sus principios.

El arte de escribir de Winckelmann. ¿Hasta qué punto el arte antiguo ha respondido al ideal de simplicidad y de grandeza tranquila celebrado por Winckelmann? Puede discutirse en seguida. Pero una cosa está fuera de duda, es que él ha realizado como escritor lo que ha ensalzado en el arte antiguo. La *Geschichte der Kunst des Altertums* es la más grande obra maestra de la Ilustración. Es una obra de estilo griego tal como la preconiza el clasicismo. Nada recuerda más la retórica florida de la historiografía romana. Winckelmann no buscaba ya alcanzar la belleza del estilo por adornos exteriores y por una forma pulida, a expensas del contenido. No dice nada que no sea de su asunto. Pero expresa tan perfectamente lo que siente y piensa que arroja a la sombra los miserables artificios estilísticos de los humanistas. Supo comunicar al lector su entusiasmo por el arte sin caer en frases huecas. Sus descripciones de estatuas están hechas con una finura y un relieve admirables; ellas describen al mismo tiempo la obra y la impresión que ella causa en el autor. La exposición está sistemáticamente ordenada y tratada, no obstante, como una obra poética libremente concebida. Es precisamente porque Winckelmann no quiere rivalizar con los medios de expresión de la poesía. No tiene necesidad de esas muletas. El fuego interior que lo anima da vida hasta a detalles de anticuario. Es un sacerdote que habla de su Dios.

Winckelmann ha influído de diversas maneras sobre la historiografía general; pero no ha tenido más que un pequeño número de verdaderos continuadores. Hasta la historia de la literatura no asimiló sino en parte sus propósitos. Después de él todavía prefiere hacer la historia de los poetas y de sus obras, que la de los períodos literarios y de sus caracteres estilísticos. Todavía hoy, la historia del arte está más rigurosamente ordenada por escuelas y por estilos, que la historia general.

2. MÖSER

Justus MÖSER nació en 1720 en Osnabrück, murió en 1794; fué funcionario; ocupó diversos puestos judiciales en su obispado natal. Su *Osnabrückische Geschichte* está sin terminar. La *Allgemeine Einleitung* apareció en *Osnabrück 1768;* en una edición nueva y aumentada, como primera y segunda parte, Berlín 1780. La tercera parte (1193 a 1256) fué publicada después de la muerte del autor por C. Stuve, 1824; pero muchos fragmentos habían aparecido en vida del autor en las *Westphälische Beiträge.* Möser escribió además nuemerosos artículos históricos, en su mayor parte publicados en los *Patriotische Phantasien* (Berlín 1774 a 1778). Cf. *Sämmtliche Werke* (Berlín y Stettin, 1798y 1842 s.).

Cf. J. Kreyssig *J. Möser 1857;* también *J. M. als Staatsmann und Publizist* 1909 (*Quellen und Darstellungen zur Geschichte Niedersachsens* Bd. 27). M. Ritter en la *Histor. Zeitschrift,* CXII (1914), 109 ss. Naturalmente, no puedo hablar aquí más que de Möser historiador, autor de la *Osnabrückische Geschichte.* Möser publicista siguió a menudo otros caminos. La importancia de la historiografía de Möser reside en su mayor parte en el hecho de que ha sido fecundada pero no gobernada por su carrera de publicista.

Oposición a la historiografía de Voltaire.

Winckelmann se encontraba fuera de las corrientes intelectuales de su época; Möser en oposición a ellas.

Estaba de acuerdo con Voltaire y otros iluministas al querer que su historia velara por el bien del Estado indicando los mejores medios para alcanzarlo. Mas es en los medios propuestos en los que se separaba de ellos. Voltaire y su escuela veían la salvación del Estado en el despotismo ilustrado. El pueblo era para ellos una multitud condenada para siempre a la ignorancia y al fanatismo. Los derechos particulares eran el refugio de aspiraciones y de opiniones muertas; debían caer frente al rasero del absolutismo para dar lugar a sus reformas. Möser abrazó el punto de vista diametralmente opuesto. La prosperidad del Estado, según él, no se basa en la existencia de un gobierno fuertemente centralizado, sino sobre la libertad y la seguridad de los propietarios ordinarios del suelo (*Gemeine Landeigentümer*). No se imagina como discípulo suyo al déspota ilustrado sino al hombre rico del pueblo; quiere, como lo dice en el prefacio de la segunda edición de la primera parte del *Osnabrückische Geschichte;* "enseñar al burgués y al paisano cómo pueden conservar su libertad y su propiedad con la mayor seguridad bajo las diversas formas de gobierno y en medio de sus tensiones siempre renovadas".

Alcanzado ese fin, el Estado prosperará. Pues el pueblo reconoce mejor que los burócratas lo que le es útil. Las innovaciones valederas las acepta por sí mismas; las inútiles le son impuestas desde arriba. Hago notar —dice en una ocasión (2. Abschnitt, § 4)— que el paisano capta rápidamente las innovaciones útiles y que no se le puede acusar cuando prefiere las experiencias consagradas por los años a inciertas proposiciones. La útil papa se extendió más rápidamente que la mora: y mientras el cultivo del lino le provea de pan, no deseará cultivar la seda para

comer castañas." La aparición de la soberanía territorial era simpática a los iluministas porque veían en ella la garantía de una administración racional. Möser veía en cambio una decadencia de la antigua libertad, odiaba las ciudades y lamentaba la época en que los gobiernos no habían establecido aun impuestos y vivían únicamente del producto de sus regalías. (Cf. sus declaraciones de la vida del obispo Conrado I° [1227 a 1238], *Osnabrückische Geschichte*). Su ideal era la vieja administración autónoma, fundada en el principio de la comunidad paisana.

No es éste el lugar para criticar esas teorías. Nuestra historia no tiene por qué preguntarse qué partido sacó Möser de sus ideas para la historia. Si su *Osnabrückische Geschichte* no hubiese tenido otro fin que el de combatir la doctrina de los beneficios del despotismo ilustrado, no valdría la pena de ser mencionada aquí.

La originalidad de Möser se debe a que su obra era más que un tratado polémico contra las tendencias políticas de la *Aufklärung*. Creó algo nuevo. Sus juicios eran tan unilaterales en su historia como en sus escritos de publicista. Mas la doctrina no había molestado la claridad de su visión acerca de las realidades de la vida. Describía acontecimientos como el desarrollo de la soberanía territorial con la misma calma y la misma objetividad que si le fuera simpático. Se ve claramente que sus opiniones no se habían formado siguiendo el camino de la especulación, sino en la actividad práctica, donde él había aprendido a conocer la manera de pensar de los dos partidos. Juzgaba las medidas administrativas de acuerdo con el provecho que aportaban al propietario rural; pero el mismo había sido demasiado funcionario para poder exponer con conocimiento de causa los motivos de los gobernantes. No hacía ni caricaturas ni castillos en el aire. Era un conservador pero no un romántico, ni en el sentido general ni en el sentido especial de la palabra. Quería que se conservaran en las uniones forestales (*Markgenossenschaften*) los restos de su autonomía administrativa, no en virtud del derecho histórico sino porque creía que los paisanos entendían mejor sus problemas que los burócratas. Era utilitario como los iluministas, pero de otra manera. No glorificó la Edad Media como fué más tarde la moda; la alta Edad Media representaba ya para él una época de decadencia. El aspecto religioso de la historia medioeval no le interesaba. No sentía ninguna veneración por las formas pintorescas del viejo derecho consuetudinario. No pensaba entusiasmarse con la época noble y piadosa de la caballería. Era un frío realista que no experimentaba ningún respeto por los hombres del pasado; los señores eclesiásticos y laicos de la Edad Media son políticos egoístas y despreocupados.

Möser y la historia social.

Möser escribió la primera historia constitucional y administrativa merecedora de tal nombre. Fué el primero que realizó algo más que una colección de precedentes jurídicos y de antigüedades sobre la historia del derecho, el primero en establecer un encadenamiento fijo de causa a efecto. Hizo más; incorporó a la historiografía una parte completamente nueva: la historia social. El mismo Voltaire, el más universal de los historiadores anteriores, había tratado las finanzas públicas, el comercio y la industria, pero no había abordado las divisiones sociales de la población. Möser fué el primero en mostrar en la historia las relaciones entre la organización económica y la organización política de un pueblo. Y no sólo entre ellas. Möser carecía de la universalidad de los otros iluministas, pues no atribuía a la cultura intelectual ningún valor independiente. La historia de las artes y de las ciencias —en marcada oposición con Voltaire— no tenía para él ninguna importancia más que por la influencia inmediata que podía tener sobre el desarrollo de la constitución. Mas como historiador político, ningún otro, ni anterior ni posterior a él, posee un horizonte tan vasto. Los problemas económicos no le hacen perder de vista los asuntos militares. Jamás aisló su tema, nunca olvidó que no debía escribir una historia general del imperio y, sin embargo, acudió a ella cuando le era indispensable para la comprensión de la suya. Conoce las necesidades técnicas de la administración pública; pero conoce también las necesidades generales de la población, que se encuentran a menudo en contradicción con la exigencia de una pronta resolución de los asuntos.

Möser tuvo muchos sucesores en el siglo XIX. Pero, comparados con él, son todos especialistas. Niebuhr es quizá quien aprendió más de él. Los otros sólo sacaron de él consideraciones particulares que aislaron y materializaron arbitrariamente. ¡Qué estrecho parece el horizonte político e histórico de Riehl, que pretendía sin embargo ser discípulo de Möser, al comparar sus obras con la *Osnabrückische Geschichte*! Möser es el Voltaire de la historia constitucional y administrativa; algunas de sus tesis han sido destruídas; cosas sólo entrevistas por él han sido examinadas y criticadas más a fondo por otros; pero nadie mostró la misma amplitud de espíritu. Ninguno dividió tan exactamente su atención entre los problemas políticos, militares y sociales.

Será preciso admirar siempre la forma en que Möser supo reunir la historia individual a la historia colectiva. No hace nacer y crecer por sí mismas, de acuerdo a una fórmula, las organizaciones políticas y militares, como Winckelmann lo hizo para el arte antiguo. Pero tampoco hace salir de la nada a las instituciones, al llamado de sabios legisladores y de déspotas ilustrados. Mantiene el derecho de los individuos; pero éstos actuan en él de acuerdo con los límites impuestos por la situación general; modifican el desarrollo pero no lo crean. Para apreciar mejor a Möser es preciso recordar las soluciones poco satisfactorias dadas por los historiados anteriores a ese problema; ¡Cuánto había costado a Ma-

quiavelo, en su *Historia florentina,* triunfar de la concepción individualista, y en qué estilo oscuro y contradictorio Voltaire había respondido al problema de si pequeñas causas personales pueden producir grandes efectos! Möser se mantuvo igualmente alejado de las exageraciones de la doctrina política del clasicismo y de las especulaciones sobre la filosofía de la historia. No era indiferente que partiera de la ciencia social. Las instituciones, el comercio, la industria, podían ser concebidos como provocadas por un déspota (piénsese en la actividad de Colbert, glorificado por Voltaire en su *Siglo de Luis XIV*) : pero una vez que se han reconocido las relaciones de la economía con la política, hay poca inclinación a considerar las formas del gobierno y de la administración como provenientes de los decretos arbitrarios de un monarca absoluto. Pues el estado económico y social que determinó el desarrollo político ha sido manifiestamente constituído por fuerzas que un sólo individuo era impotente para dirigir.

Método de trabajo y exposición. Como Winckelmann, Möser era superior a los *Aufklärer* no sólo por sus principios históricos, sino también por su método de trabajo.

Ya los benedictinos y los publicistas imperiales habían usado ampliamente los documentos para aclarar y confirmar la historia. Pero nadie como Möser había escrito la historia a base de documentos. Fué el primer historiador para quien los documentos fueron algo más que pruebas de apoyo de una investigación genealógica o arqueológica. Eran para él un trozo de historia viviente. Supo con su única ayuda reconstruir personalidades y luchas sociales precisamente por no admitir tan dócilmente como los benedictinos su testimonio. Los benedictinos se habían preguntado únicamente: tal documento ¿es auténtico o falso? Möser recurrió a la crítica interna sin caer en la ligereza de los iluministas. Estos últimos por ejemplo (como los antiguos historiadores protestantes) habrían tomado por legítimo un documento que hablara de la reforma moral que un príncipe eclesiástico o laico de la Edad Media quería introducir en su clero; ¿Podía ser demostrada más palmariamente la corrupción del clero medieval que por tales testimonios oficiales? Möser, por su experiencia práctica, era ya inmune a esa argumentación cómoda. Cuenta en cierto lugar que el obispo Gerhard reformó el convento de Herssebrock (1208) ya sea por un motivo o por otro, o también "porque la disciplina del convento, como se decía, como se dice siempre que se quiere reformar algo, era realmente baja" (§ 7 de la vida del obispo [1193 a 1216]).

Por la forma de la exposición Möser es original. No pacta más que Winckelmann con la concepción estética de la historia. Escribía una obra científica y no ocultaba al lector sus estudios preliminares y sus puntos de apoyo. Dispuso su narración exclusivamente de acuerdo con principios objetivos. Evitó en todo lo posible los razonamientos directos: la historia debe hablar por sí misma. Se preocupaba más en com-

prender los acontecimientos que en criticarlos. Y menos todavía en sacar una moraleja. La proporción entre la historia exterior e interior, contrariamente a Voltaire, se vuelve en provecho de la última: el relato de los hechos políticos exteriores no es más que una introducción a la historia de las instituciones y de la administración. Sólo exponía la historia de un pequeño país sin tratar de presentarlo como modelo. Pero su narración, al acentuar los grandes rasgos del desarrollo, resulta por sí misma un tipo de historia de la Edad Media. Su libro se apoya sobre una tesis. Pero parece que, durante su trabajo, las tendencias del publicista político hubieran cedido al puro interés histórico. Trabaja al fin como erudito; el tema lo ha subyugado; sólo desea saber cómo ha ocurrido tal hecho.

Es injusto criticar a Möser a causa de sus ensayos de explicación etimológica. Sus incursiones en el terreno de la filología tienen, en verdad, poco éxito. Se ocupaba de una materia que no entendía. Pero compartía esta debilidad con la de un gran pensador, y su ausencia de crítica *in philologicis* no caracteriza del todo su método histórico.

CAPÍTULO QUINTO

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ILUSTRACIÓN EN ALEMANIA BAJO LA INFLUENCIA DE ROUSSEAU

1. CONSIDERACIONES GENERALES

Se conoce la poderosa influencia que ejerció Rousseau sobre las bellas letras clásicas alemanas. Lo mismo ocurrió en la historiografía. La joven generación de historiadores iluministas abrevó en la fuente rusoniana. Se separó de la antigua tendencia tanto como los poetas del *Sturm und Drang* se separaron de Lessing y de Nicolai.

Rousseau. La escuela de Voltaire había sostenido los principios del despotismo ilustrado. Había tratado de mirar el mundo con los ojos del estadista. Había recomendado reformas en el sentido de la Ilustración, porque esperaba elevar de esta manera la prosperidad, la población, la fuerza militar del Estado. Se había colocado en el punto de vista de la burguesía adinerada; la existencia de un tercer estado industrial le parecía la condición más importante para el bienestar del Estado, y consideraba al populacho como incapaz de gobernar. Se sabe que Rousseau rompió completamente con esas opiniones. Consideró al Estado desde el punto de vista del pueblo, de los hombres oprimidos, partió de la idea de que el "hombre nació libre y sin embargo está encadenado". El despotismo le pareció que despreciaba los derechos del hombre, que destruía la dignidad humana, a la que una buena constitución debía ante todo proteger.

Las duras necesidades de la organización política parecen, es verdad, contradecir ese juicio. Lo parecen solamente. Rousseau se acomoda a ellas gracias a su optimismo. Según él hay que dejar actuar a los hombres libremente para que actúen bien: si esto no ocurre es porque han sido corrompidos por una educación artificial (la sociedad). Una vez reformada la educación, los hombres volverían al estado del hombre natural no corrompido.

Es fácil ver en qué esas proposiciones bien conocidas, que sólo bosquejamos aquí, se distinguen de las doctrinas de Voltaire y de Montesquieu. Parten de un punto de vista completamente diferente, Voltaire y su escuela querían apartar el abuso que se oponía a una administración racional del Estado. En Rousseau, el móvil es el sentimiento de dignidad herido del hombre, es la cólera exasperada contra la dominación de personas disolutas, es la compasión por las víctimas de la injusticia. Rousseau no se pregunta si los sufrimientos de los que se quejan son inseparables de la naturaleza del Estado. Si la naturaleza es buena ¿por qué un pueblo naturalmente libre no podría llevar una vida paradisíaca?

Rousseau manifestaba sentimientos que no podían encontrar ninguna satisfacción bajo el antiguo régimen. Sentimientos que, a decir verdad, hacían completa abstracción de las condiciones reales de las organizaciones humanas. Los partidarios del despotismo ilustrado tenían muy poco en cuenta el tiempo y la resistencia natural de la tradición. Iban demasiado rápido. Los discípulos de Rousseau eran utopistas. En sus obras la declamación ocupa un lugar mayor que el razonamiento.

Es precisamente por eso que su influencia fué mayor. Recurrían a la pasión y no a la reflexión. Encontraron adherentes sobre todo en las clases mantenidas alejadas del gobierno y que sufrían los caprichos del despotismo. No sólo el propio Voltaire, sino algunos de sus discípulos alemanes como Spittler, estaban en estrecho contacto con los círculos gubernamentales. El bohemio Rousseau se mantenía alejado de los déspotas a quienes combatía. No encontró entre los soberanos de su época ningún partidario sincero. Pudo despertar en grandes damas una piedad sentimental por las víctimas de la injusticia social. Pero esas emociones no tuvieron serias consecuencias. No ganó verdaderos discípulos más que en la pequeña burguesía y entre los profesionales liberales, sobre todo en la gente que estaba a un nivel social demasiado bajo (modestos abogados, médicos de campaña, proletarios instruídos, etc.).

Rousseau y la historiografía alemana.

No sorprende que la influencia de sus ideas sociales se haya hecho sentir primeramente en Alemania por la *literatura.* La pequeña burguesía francesa estaba entonces, como lo demuestra Mme. Roland, conquistada por las ideas rusonianas como la clase correspondiente en Alemania. Pero en Francia la literatura dependía de los salones aristocráticos; en Alemania, la producción literaria se encontraba casi exclusivamente en manos de la pequeña burguesía y de los universitarios. Agréguese además que el lado sombrío del despotismo se hizo sentir particularmente en los pequeños Estados alemanes. Al lado bueno del despotismo ilustrado le faltaba la acción en masa que podía conciliarse con las durezas del sistema. La burguesía podía fácilmente indignarse contra los tiranos, pues tenía menos ocasiones de procurarse satisfacciones tomando parte en las grandes tareas

del Estado. El burgués alemán tampoco poseía, por otra parte, la igualdad social de que gozaban sus semejantes en Inglaterra y Francia. La diferencia de *Werther* y la *Nouvelle Héloïse* es característica a este respecto. La burguesía, ávida de igualdad, consciente de su dignidad, chocaba en Alemania con barreras muy fuertes, con privilegios más fuertes que en los dos grandes Estados. Se siente la ausencia de una gran capital con su inflencia niveladora. No es por azar que en Berlín la burguesía tenía socialmente libertades más grandes que en otras partes. Pero Berlín no era más que la capital de uno de los Estados, no era el centro intelectual de todo el imperio.

He aquí porque Rousseau no encontró entre los historiadores franceses un solo sucesor notable, mientras que hizo escuela entre los alemanes. Es preciso agregar que la falta de fines políticos positivos llevó a los partidarios de Rousseau en Alemania a volverse hacia la historia. Este era para ellos el medio de agitación más cómodo. En cuanto a hacer programas de reformas prácticas, no se les daba ocasión para ello. ¿Dónde hubieran podido mejor que en la historia versar sus efusiones sentimentales? Eligieron pues temas favorables a sus tendencias; la historia de una lucha por la libertad o bien la historia de un régimen corrompido de sultán, en cuyos vicios hacían resaltar con brillo inmaculado las virtudes de la burguesía.

2. SCHILLER

Friedrich SCHILLER, el célebre poeta, nacido en 1759 en Marbach, muerto en 1865 en Weimar, compuso:

1º *Geschichte des Abfalls der Vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung, erster Teil* (hasta 1567). El comienzo apareció primero en el *Deustscher Merkur* 1788, la obra entera el mismo año, aparte, en Leipzig. La segunda edición (1801) está sensiblemente modificada. Más tarde fué continuada por otros.

2º *Geschichte des Dreissigjährigen Krieges.* Primero en los años 1791 y 1793 del *Historischer Kalender für Damen,* luego aparte en Leipzig 1793. Esta obra fué también corregida en la edición más reciente (1802).

3º *Was heisst man und zu welchem Ende studiert man Universalgeschichte?* Lección de apertura dictada en Jena 1789, impresa en el *Deutscher Merkur.*

4º Pequeños escritos históricos. Ver las ediciones de *Werke.*

LITERATURA. Lo que tenemos mejor sobre Schiller historiador se encuentra en los diversos trabajos de R. Fester; *Rosseau und die deutsche Geschichtsphilosophie* (1890), 87 ss.; Prefacio de los escritos históricos en la edición del centenario de las obras de Schiller XIII (1905); *Euphorion* XII, 78 ss. y XV 456 ss.; *Deutsche Rundschau* XXXV (1909) 48 ss. Cf. además O. Lorenz en K. Tomaschek, *Schiller in seinem Verhältnisse zur Wissenschaft* (1862), y *Zum Gedächtnisvon Schillers historischem Lehramt* (1889); G. Schmoller. *Uber Schillers ethischen und kulturgeschichtlichen Standpunkt* (1863) editado en el libro *Zur Literatur geschichte der Staats-und Sozialwissenschaften* (1888); F. Überweg *Sch. als Historiker und Philosoph* (1884): J. Jansen *Sch. als Historiker* (1883; cf. la disertación de Restock por J. Moll, que lleva el mismo título, hacia 1875); R. Boxberger en *Archiv fü Literaturgeschichte II* (1872), 159 ss.; Kükelhaus en la edición de Bellermann de las obras de Schiller VI, VII y XIV; P. Kluckhohn, *Zur Textgeschichte von Schillen historischen Schriften* en *Euphorion* XVIII, 692

ss. y XIX (1912) 136 ss.; E. F. Kossmann, *Schillers Geschichte der merkürdigsten Rebellionen und Abfall der Niederlande*, en *Euphorion* VI (1899), 511 ss.

Schiller y Rousseau. Schiller fué entre los historiadores alemanes el discípulo más grande de Rousseau y el que al mismo tiempo se desprendió mejor de la sentimentalidad exclusiva del maestro.

Como se sabe, los eruditos no forman en la obra de Schiller más que un intermedio que no era enteramente voluntario. Tienen una forma fragmentaria y fueron realizados con mayor rapidez que la que exige un trabajo científico profundo. Permiten sin embargo constatar un desarrollo que se aleja de Rousseau mostrando cierta analogía con el desarrollo de la dramaturgia de Schiller.

Schiller historiador debutó como discípulo absoluto de Rousseau. Al final, su fe en la doctrina del ciudadano de Génova se había conmovido. Quedó siempre hipnotizado por los problemas presentados por Rousseau. Su fraseología recordaba hasta el fin el *Contrato social.* Pero cuanto más maduras son sus opiniones menos se detiene en la forma oscura y exaltada que el maestro había dado a las nuevas doctrinas políticas. Era un pensador demasiado profundo para no sobrepasar a Rousseau. No alcanzaba ni su originalidad ni la extensión universal de su acción, pero era superior como pensador político y como artista creador.

Schiller fué el primero que aplicó los principios de Rousseau a la historiografía en el sentido exacto de la palabra. Transformó la historia, como Rousseau la novela. Puede decirse, empleando su terminología, que de un género ingenuo hizo un género sentimental. Los historiadores políticos anteriores, mientras no se referían a sus aventuras, habían concebido fríamente el tema. Los humanistas habían utilizado la historia en elocuentes tiradas; los grandes florentinos y los iluministas de la escuela de Voltaire y de Montesquieu, la habían considerado como un material de demostración; ellos habían hecho su autopsia. Con Schiller, el hombre sensible toma el lugar del analista que había operado con los Estados y los pueblos como si se tratara de masas inertes. Un sentimiento caluroso por la humanidad y la dignidad del hombre sustituyó la malicia volteriana. Schiller acompañó cada frase de su relato de un interés simpático. Su exposición atrae como una novela; la conclusión emociona como el fin de una tragedia.

Es evidente que este método se aleja más que el sistema de Voltaire de una concepción científica de la historia. Induce fácilmente al historiador a descuidar, en medio de sus declamaciones patéticas y de sus efusiones sentimentales, las realidades de la vida. Schiller, sobre todo al principio, no pudo evitar esta falla. Su introducción a la *Historia del levantamiento de los Países Bajos* es un mal trozo de retórica revolucionaria, y cuando sus obras ponen en primer plano los destinos perso-

nales de ciertos héroes, es índice que la historia tiende más a la emoción poética que a la instrucción. Pero Schiller poseía mucho espíritu para permanecer fiel al optimismo utópico de Rousseau. Tenía una concepción más profunda y más neta de la realidad de las fuerzas en juego que el bohemio de Génova. Sus reflexiones políticas, contrariamente a Voltaire, ponen el acento principal sobre la felicidad del pueblo: un príncipe que trata humanamente a sus súbditos está más alto en su estimación que aquel que se preocupa por la prosperidad de la burguesía. Pero tal es su inteligencia de las necesidades políticas, tal es la claridad con la cual capta las circunstancias particulares de situaciones políticas difíciles, que muchas de sus observaciones podrían casi estar escritas por Voltaire. Fester señaló, no sin razón, que pueden encontrarse en Schiller razonamientos a lo Maquiavelo (*Werke* 1905, XV, 454).

Principios históricos y métodos. La historia era para Schiller una función demasiado accesoria para que haya podido desplegar allí todo su talento de historiador. El poeta dificultó a menudo el camino al historiador. ¡Qué lleno de promesas está en comienzo de la *Historia de la guerra de treinta años,* su obra maestra! Una exposición clara e imparcial con datos sobre la situación general, a la que la historiografía de la Ilustración no tiene nada comparable. Mas pronto la suerte y la psicología de los principales héroes, de los individuos, absorbe la atención del dramaturgo neto. No hay derecho a pesar las palabras por las cuales Schiller trató de excusar la brevedad desproporcionada de su conclusión. Quizá sólo pensaba en el público al escribirla: *Gustav Adolph und Wallenstein, die Helden dieses kriegerischen Dramas, sind von der Bühne verschwunden, und mit ihnen verlässt uns die Einheit der Handlung, welche die Übersicht der Begebenheiten bisher erleichterte.* (Cf. *Werke* edición del centenario XV, 461). No es menos característico que Schiller tome aquí el tono del autor dramático y provoque la desproporción del último libro por una circunstancia que puede valer para el artista, pero no significa nada para el historiador.

Además, Schiller fué obligado a apurarse. Se le podría perdonar el haber leído a los autores a la ligera y no haber recogido sistemáticamente los testimonios, tanto más cuanto que no está a ese respecto tan por debajo como se ha pretendido del término medio de los historiadores iluministas. Una falta más grave es no haberse tomado tiempo para meditar y elaborar mentalmente sus temas históricos, tan concienzudamente como lo hacía con sus proyectos dramáticos. Aportaba a su tarea cualidades extremadamente preciosas: una inteligencia penetrante y la ausencia de toda prevención confesional. Pero sólo sacó un pequeño partido de esas disposiciones.

Schiller escritor. Por la forma de su exposición, Schiller volvía en apariencia al estilo humanista. Como los clásicos, ponía a los individuos en primer plano. En sus obras narrativas, a diferencia de Voltaire, no hablaba más que de guerra y de política. Pero en sus manos la forma pseudopoética de la historiografía humanista se elevó a un nivel superior. Es un verdadero artista y no un retórico abordando la historia. Y un artista moderno; sólo algunos detalles recuerdan directamente la forma antigua. Todavía inserta discursos; pero no los inventa completamente ni los conduce tan metódicamente como acostumbraban los clásicos. Más empleo de anales. Utilizaba los recursos del estilo humanista; pero lo que para otros eran preceptos de escuela, para él era expresión natural y viviente. La narración está construída con una seguridad admirable. La mano experta del dramaturgo introdujo gradaciones y tendió a la variedad; los hilos principales son mantenidos con mano firme, sin hacer en general violencia a la materia. La lengua es viva, vigorosa y plena de un hálito poético, raramente cae en una hueca retórica. Schiller realizó lo que la antigua tendencia quiso realizar, y lo que su contemporáneo Juan de Muller trató en vano. Una historia política era contada de modo que satisfaciera igualmente las necesidades históricas y estéticas.

Schiller fué, es verdad, más independiente frente a su tema que la mayor parte de los historiadores anteriores. No escribía la historia, como la mayor parte de los humanistas, como un publicista a sueldo. Era libre de tratarla como artista, sin ninguna otra preocupación.

3. MÜLLER

Johannes Müller (ennoblecido en 1793), nació el año 1752 en Schaffhause donde fué profesor de griego de 1771 a 1773, vivió luego en casa de amigos en la suiza francesa, a partir de 1780 en Alemania (con interrupciones), en 1782 fué bibliotecario en Cassel, 1786 a 1793 estuvo al servicio del electorado de Maguncia, luego, después de la toma de Maguncia por los franceses, al servicio del emperador en Viena, en 1804 al de Prusia (1806, Historiografía de la casa de Brandeburgo), pasa en 1807 al servicio de Napoleón, nombrado por el rey Jerónimo consejero de Estado y director general de los estudios del reino de Westfalia, muere en 1809 en Cassel. Desde temprana edad comenzó a trabajar en su obra principal, *Geschichten der Schweizerischen Eidgenossenschaft.* Un primer volumen apareció en 1780 en Berna (*Boston*) bajo el título de *Die Geschichten der Schweizer* (hasta la batalla de Naefels, 1388). Pero este primer esbozo no fué continuado; Müller retomó más tarde la materia tratada bajo una forma enteramente nueva y muy agrandada en los primeros volúmenes de sus *Geschichten schweizerischer Eidgenossenschaft* (hasta 1489) que fueron impresos primeramente en Leipzig, 1786 a 1808.

La *Schweizergeschichte* fué acompañada de numerosos pequeños escritos históricos: *Essais historiques* (1781), *Reisen der Päpste* (1782), *Darstellung des Fürstenbundes* (1787), etc. Cf. *Sämmtliche Werke* 1810 a 1819 y 1831 a 1835. La segunda gran obra de Müller, los *24 Bücher allgemeiner Geschichten, besonders der europäischen Menschheit,* que tuvo por origen las conferencias dadas en Génova en

1779, fué publicada después de su muerte en 1811 por su hermano J. G. Müller. La narración llega al año 1783.

Comp. para la literatura antigua la bibliografía en G. v. Wyss, *Historiographie in der Scheweiz* (1895) y las observaciones críticas de E. Guglia en *Euphorion* XVII (1910), 396 ss. Después, independientemente de algunas cartas publicadas de nuevo, apareció el primer volumen de una biografía: K. Henking, *J. v. M.*, 1909. Hay poco para sacar en los *Studien über John. v. Müller* de Karl Schück 1912 (disert. de Friburgo).

La historia de Suiza fué continuada por U. R. Gluz-Blotzheim hasta 1516 (1876), por J. J. Hottingen hasta 1531 (1825 a 1829), por L. Vulliemin hasta 1718 (1840 a 1842) y por Ch. Monnard hasta 1815 (1844 a 1851), Estos dos últimos escribieron en francés.

En pocos historiadores hay un contraste tan grande como en Müller entre la autoridad que ejercieron entre sus contemporáneos y su verdadero valor. Por mucho tiempo pasó por el historiador alemán más grande y era tan popular como ninguno de sus rivales: la ciencia actual apenas puede considerarlo en serio como historiador.

No es fácil aclarar su valor historiográfico. El lector de la *Schwizergeschichte* se cree en presencia no sólo de un gran sabio, sino también de un espíritu vasto, de un gran pensador en el terreno de la historia. Basta un poco de atención para darse cuenta de que el autor no es ni una cosa ni la otra.

Naturaleza receptiva de Müller.

No era más que esto. Pero tenía una receptividad y una memoria incomparables. No existe autor o documento que Müller no haya leído y citado; ninguna idea de la historiografía iluminista francesa e inglesa que no haya dejado rastros en él. Mas la materia recogida en innumerables fuentes no fué pasada por cedazo ni metódicamente trabajada; los pensamientos de los más diferentes géneros tomados a historiadores anteriores, no fueron madurados ni aún seguidos hasta el final; fueron reproducidos con el falso brillo retórico, sin que las contradicciones fueran resueltas.

Müller había oído y leído mucho (sus amigos le reprochaban ya su ansia de engullir todo; cf. Henking I, 218); había conocido todas las corrientes de la *Aufklärung*; pero no había reflexionado seriamente sobre ellas. No se tomaba el trabajo de escrutar los fundamentos de su concepción histórica. Tenía a veces ideas espirituales, pero no se conformaba con ello. Como todas las naturalezas receptivas, estaba bajo la dependencia de lo que lo rodeaba y de las impresiones del momento. Era en general discípulo de Rousseau, enceguecido como él de libertad y de igualdad; —glorificaba en alguna parte, a despecho de la historia, "*die schweizerischen Grundsätze der Gleichheit*" (*Gesch. schweiz. Eidg.* lib. II, c. 7); su entusiasmo por la constitución de Berna, que sus amigos aristócratas de dicha ciudad le habían sugerido, concordaba con lo anterior como puñetazo en el ojo. Unía sin dificultad el sentido común de Schlözer (del que había seguido los cursos como estudiante) al en-

tusiasmo declamatorio de Rousseau por la libertad. Su vida ofrece sorprendentes contrastes entre la teoría y la práctica; hay en sus cartas tiradas revolucionarias junto a efusiones serviles. Sus escritos históricos ofrecen también muchas contradicciones chocantes. Le falta la unidad interior mucho más todavía que a Voltaire; sólo el estilo brillante sirve de unión a la *Schweizergeschichte.*

MÜLLER Y ROUSSEAU. Müller dice en alguna parte (*Gesch. Schweiz. Eidg*, lib. I, cap. 9 *in fine*) que para el historiador la crítica histórica no basta, *"so wenig als historische Kunst, es muss eine Seele in ihm sein"*: hubiera demostrado más su convicción diciendo que el historiador no necesita más que de un alma. Hubiera así expresado la calidad que distinguía sus obras históricas de las precedentes y que le valió partidarios sobre todo en Alemania y en otras partes entre la joven generación conquistada por Rousseau.

Los lectores que lo consideraban como un gran historiador, no pensaban en el valor histórico que podía tener su historia de Suiza. Eran arrastrados por el tono sentimental en el que Müller, como Schiller al mismo tiempo que él, escribía. Müller introdujo más completamente que este último, aunque con menos talento artístico, el estilo del *Contrato Social* en la historia. Si no se pierde esto de vista se comprenderá que, con un tema tan ingrato en apariencia, encontró lectores más allá del público de su patria. ¿Tenía el historiador una ocasión mejor para vestir a las figuras históricas con el estilo de los campeones de la libertad de Rousseau, que cuando contaba los orígenes de la Confederación Helvética? La leyenda patriótica le había preparado el camino desde hacía varios siglos; no tenía más que modificar ligeramente los términos, incomprensibles para los modernos, los privilegios medievales, para dar a la historia antigua de los suizos la apariencia de una lucha por los eternos derechos del hombre.

Müller no dejó de hacerlo. Sus conocimientos jurídicos eran escasos. Imaginó sin escrúpulo a los antiguos suizos de acuerdo al ideal rusonino del hombre natural no corrompido. "Los actos deshonestos —dice por ejemplo (lib. II, cap. 7,) al comienzo— están rodeados ordinariamente por las tinieblas del secreto de Estado. Pero los suizos por la aplicación de sus leyes tradicionales y el mantenimiento de su tranquila y justa libertad, no tenían necesidad de secretos; toda Europa podía conocer el resumen de su política: vivir y morir libre con honor".

Un poderoso soplo de amor por la libertad recorre toda la narración. Despierta como Schiller, la simpatía del lector. Müller acompaña cada frase con reflexiones patéticas y sentimentales. No es sorprendente que, para su último drama, el autor de *Guillermo Tell* haya buscado inspiración en el historiador animado de su mismo espíritu.

Estilo y método. Aún el estilo amanerado sienta a la obra, gracias al gusto "imperio" que reinaba entonces. Müller no había nacido artista como Schiller. Su estilo es producto de su voluntad. Quería, como los humanistas, imitar el eufemismo de los historiadores romanos. Como Bembo o Mendoza, se esforzó en elevar su lengua a la altura de estilo de Tito Livio. Schiller oponía a los períodos del latino su estilo alemán pujante: Müller trataba como un escolar de reproducir el *color latinus*. Su alemán se lee a menudo como una mala traducción de Salustio o de Tácito. Era necesaria toda la exagerada admiración de la época por la d i g n i d a d a n t i g u a, para haber encontrado belleza artística en el estilo de la *Historia de Suiza*. Es una característica de Müller no tener el don de la narración. Éste no se adquiere por la fuerza.

Si como estilista Müller se acercaba a los humanistas, como erudito trató de acercarse a los benedictinos de San Mauro. Comenzaba por reunir todos sus materiales, mezclando los documentos a las narraciones de los autores. Mas le faltaba paciencia y conciencia. Quería ser más que los Muratori o los Tiraboschi, es por esta razón que fué inferior a ellos. Reúne las relaciones de las fuentes, pero no hace la clasificación crítica de las mismas. Relatos antiguos o modernos, documentos y tradición (por ejemplo los llamados cantos populares muy antiguos) tienen para él un mismo valor.

No los emplea con imparcialidad. Ni rechaza ninguna de las leyendas patrióticas, aún cuando estén en contradicción directa con la tradición verdadera. Es un índice poco favorable para su honestidad que haya, en la primera redacción de su *Historia de Suiza*, omitido la leyenda del sombrero de Gessler y de la manzana, y que la haya recogido más tarde, evidentemente para contentar al público (Cf. Henking I, 245).

Los *Geschichten Schweizerischer Eidgenossenchaft* quedarán, a pesar de todo, como la obra principal de Müller, al lado de los cuales los *24 Bücher allgemeiner Geschichten* sólo ocupan un lugar modesto. Se ha dicho algunas veces en su honor que habían rehabilitado la Edad Media. Bajo una forma general, la aseveración es inexacta. Como los humanistas italianos, Müller eligió su tema en la historia de la Edad Media solamente porque la historia de su patria, que quería glorificar, pertenece por azar a la Edad Media. No opuso la historia medieval a la moderna en la misma forma que Bruni o Merula no la opusieron a la historia antigua. La verdad es que expuso la historia medieval de una manera desconocida hasta entonces. Se alejó sino de sus modelos antiguos, por lo menos de los humanistas, haciendo a un mismo tiempo arcaísmo vocacional y arcaísmo suizo. Creía haber descubierto en las crónicas suizas una lengua ingenua y sin arreglos, y como discípulo de Rousseau trató de hacer hablar a los antiguos confederados el pretendido lenguaje sincero de la naturaleza. Antes que los románticos, Müller tendía al c o l o r l o c a l. Era guiado para ello por motivos diferentes a los de la escuela de Cha-

teaubriand y de Walter Scott. Pero su honesta Edad Media en estampas conservó por largo tiempo su influencia al lado de la nueva escuela (y junto a Spittler).

No precisamente con ventaja para los conocimientos históricos. Expresiones a las cuales el correr del tiempo ha dado un aire venerable o poético, hacen más difícil, cuando se las emplea sin otra explicación, la comprensión de la realidad. Sólo revelan su verdadero sentido una vez traducidas al irrespetuoso lenguaje del presente. Voltaire había dado ejemplos brillantes de ello, y en Alemania sus discípulos también lo habían seguido. Müller produjo una reacción en contra del falso pathos humanista. Quería rodear la historia de su patria de una nube de patriotismo; para ello encontró a su disposición expresiones de una anticuada solemnidad, que no respondían a ninguna idea precisa. Leyendo su historia se cree tener delante figuras de una talla que no puede producir la raza degenerada de hoy. Müller dió a la historia antigua de Suiza el mismo falso brillo poético que Tito Livio dió a la historia romana.

La cualidad más admirable de Müller es su inquebrantable e n e r g í a. No experimentaba en el fondo un gran interés por los problemas históricos. Pero estaba animado por un ardiente deseo de gloria. Quería como los humanistas, convertirse en un gran historiador por la única fuerza de la voluntad, crear una obra que, como la de los antiguos, hiciera vivir todavía su nombre al cabo de dos mil años. Sus esfuerzos no fueron vanos. Desde su juventud supo sugestionar a los que le rodeaban. Para la posteridad también el nombre del historiador (no el del hombre) guardó algo de la aureola monumental que sólo adornaba a los escritores de la antiguedad clásica.

4. HERDER

Johann Gottfried Herder, el célebre teólogo y escritor, nacido el año 1744 en Mohrungen, Prusia oriental, muerto en 1803 en Weimar, no pertenece a la historiografía más que por sus *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (Riga 1784 a 1791; no terminada y llevada sólo hasta mediados del siglo XIII). Las reflexiones siguientes no se ocuparán más que de esta obra. No es este el lugar para insistir sobre las variaciones en los conceptos de Herder con respecto a la filosofía de la historia que marcan sus obras anteriores: *Versuch einer Geschichte der Dichtkunst* (escrito en 1765); impreso primero en Herders Lebensbild (1846); *Von Entstehung und Fortpflanzung der ersten Religionsbegriffe* (1768); *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit* (1774); *Die älteste Urkunde des Menschengeschlechts* (1774 a 1776); *Von Geist der ebräischen Poesie* (1782 s.), etc. Cf. también *Adrastea und das 18 Jahrhundert* (1801). Comp. sobre ese desarrollo de la filosofía de la historia de Herder, ante todo R. Fester, *Rousseau und die deutsche Geschichtesphilosophie* (1890), 45 ss.; H. Stephan, *H. in Bückeburg und seine Bedeutung für die Kirchengeschichte* (1905), 157 ss.; Buchholz, *Ursprung und Wesen der modernen Geschichtsauffassung*, en *Quiddes Zeitschrift* II (1889) 17 ss.; J. Grundmann, *Die geographischen und völkerkundlichen Quellen und Anschauungen in Herders "Ideen"* 1900 (Dis. de Leipzig); Th. Genthe, *Der Kulturbegriff bei H.* 1902 (Dis. de Jena); F. M. Bruntsch, *Die Idee der Entwicklung H.* 1904 (Disc. de Leipzig); G. E. Burckhandt *Die Anfänge*

einer geschichtlichen Fundamentierung der Religionsphilosophie (1908); A. Farinelli, *L'umanità di H. e il concetto della "razza" nella storia evolutiva del spirito* (1908) (*Studi di filologia moderna*); Otto Braun in der *Histor. Zeitschrift*, CX (1913), 292 ff.; Ritter, *ibid*, CXII (1914), 90 ff. Y además las obras generales sobre Herder: R. Haym, *H. nach seinem Leben und seinen Werken dargestellt* 1877 a 1885; L. Kühnemann, *Herders Leben*, 1895 (2ª edición 1912); R. Bürkner, *H.* 1903, etc.

Relaciones de Herder con Rousseau; la idea de humanidad.

La historiografía y la especulación histórica de Herder estaban bajo la influencia de Rousseau y de los problemas presentados por él. El teólogo alemán sacó del ginebrino el entusiasmo por el estado de naturaleza y su odio al despotismo. Como él, quería oponer el inocente salvaje al europeo corrompido."¡Mirad esas tribus salvajes cómo no viven salvajemente entre sí! En ellas nada de envidia de unos contra otros; cada uno adquiere y gusta sus bienes en paz. —El salvaje es un ser más verdadero que el civilizado, esta sombra.— No es la guerra sino la paz, que es el estado de naturaleza del género humano abandonado a sí mismo." (*Ideen*, lib. VIII, cap. IV, § 2 s. y cap. V, § 3). Herder se adelantó a Rouseau en que, frente a un presente degenerado, no predicó un simple regreso a la naturaleza, sino una marcha hacia adelante en el camino de la humanidad. Nutrió además la especulación ideológica de Rousseau de ideas históricas positivas que sacaba de Montesquieu y de Voltaire. Desarrolló la doctrina del *Esprit des lois* bajo la influencia del clima, se interesó por la configuración del suelo e insistió, como Voltaire, sobre la invariabilidad del carácter nacional.

Herder no podría ser colocado en realidad entre los historiadores. Su obra principal, las *Ideas sobre las filosofía de la historia de la humanidad*, no es historia sino que hace consideraciones sobre la historia. Sin embargo no podemos pasarlo completamente por alto aquí. Podríamos hacerlo con el *Discurso sobre Tito Livio*, porque éste no tuvo una gran influencia sobre la historiografía. Herder gravitó poderosamente sobre las especulaciones históricas y sobre la historiografía del romanticismo para que no apreciemos su sistema en pocas palabras.

Las premisas sobre las cuales Herder construyó sus teorías son a menudo oscuras y contradictorias. El rasgo principal de su especulación es un optimismo racionalista pronunciado, que aparta deliberadamente sus miradas de las necesidades reales del hombre y se complace en el sueño de que el género humano está destinado a ser humano verdaderamente. Y por lo tanto no puede decirse que, como historiador, haya hecho completamente abstracción de las condiciones geográficas y fisiológicas de la vida de los grupos humanos. Mezcla las observaciones a lo Montesquieu y Voltaire con las fantasías al estilo de Rousseau.

Influencia de su educación teológica.

Es ella sobre todo a la que se debe el carácter contradictorio de las *Ideas*. Herder era eclesiástico muy avanzado. Llegaba hasta a defender a Gibbon contra la crítica inglesa y a encontrar que el historiador inglés había tratado al cristianismo dulcemente (*Ideen,* lib. XVII, cap. III). Estaba familiarizado con el iluminismo enemigo de la Iglesia y no retrocedía ante el sacrificio de las obras exteriores cuando se trataba de salvar la esencia de la religión. Pero ante todo Herder no se libró nunca de la teología cristiana. La desembarazó de las fórmulas dogmáticas tradicionales, la modernizó, pero no liberó de ella su espíritu. El plan mismo de las *Ideas* remonta a los modelos teológicos y es una contradicción consigo misma. Herder ve en la historia una educación del género humano, conducida por una potencia superior. En otros términos, le da como base un plan divino de salvación. Esta concepción se justifica perfectamente desde el antiguo punto de vista teológico. Mientras se tenían en cuenta únicamente los datos de una religión, única salvadora, y se identificaba la historia universal con la historia de los creyentes, es decir, de los pueblos cristianos de Asia Menor y de Europa, se tenía derecho a orientar la historia universal hacia el cristianismo. Pero hacia fines del siglo XVIII ¿cómo podía un historiador que se ocupaba de China y de Japón, que tenía como antecesores a Voltaire y Schlözer, partir de la ficción de que el género humano cumplía una evolución colectiva? Herder estaba en una alternativa. Ya quiere reconocer a cada nación un valor independiente y habla de leyes naturales de la historia política, es decir de encadenamientos de causas que intervienen siempre bajo ciertas condiciones, ya (sobre todo en los últimos libros) no piensa más que en Europa y abandona la idea de la humanidad. Su reflexión histórica está orientada teológicamente. Su hombre ideal, en quien se encarna la humanidad, es una creación de la especulación abstracta, como también el hombre sin pecado (antes de la caída) de los teólogos. Su apología de la Providencia y su hábito de referirse a sus motivos insondables para el hombre, es una nueva edición de la apología de Dios para los teólogos. La historia bíblica de la creación (que racionaliza y moderniza todo lo posible), no es defendida por él en nombre del dogma de la inspiración; pero quiere que *die mosaische Urkunde* represente la más antigua tradición de la humanidad. Se extiende sobre el parentesco físico de los hombres con los animales, pero traza una separación tan arbitrariamente marcada entre los monos y los hombres como el primer teólogo aparecido. Voltaire, en su *Essai sur mœurs,* contraparte histórica de *Candide,* había mostrado a cada instante cuantos acontecimientos históricos son debidos al azar; a un error o a la tontería humana y qué insostenible es la creencia de que la historia está dirigida por una Providencia divina: Herder realiza una apología en regla de la Providencia, que en ocasiónes se acerca al tono bastante desagradable de una polémica oficiosa. Herder trata muchos problemas más profundamente que Voltaire. Se contenta menos fácilmente con las llanas

explicaciones. Pero su llamado a los decretos insondables de la Providencia es, desde el punto de vista del método, un retroceso.

La doctrina del carácter nacional invariable. Se reconocen fácilmente los hilos que de la filosofía de la historia de Herder llevan a la de Hegel. Herder ejerció desde otro punto una gran influencia sobre el Romanticismo. Por sus ideas sobre la indestructibilidad de los caracteres espirituales de las razas, fué el primero en concebir la civilización de un pueblo como una unidad orgánica. Sostenía que las costumbres, las formas artísticas, las reglas del derecho, no podían ser simplemente transplantadas de un pueblo al otro, sino que sólo se desarrollan allí donde son *genetisch* u *organisch*, según sus dos expresiones favoritas. Hacía resaltar que, al lado de las producciones notables en un dominio, debían mostrarse disposiciones inferiores en otro. Eran esas ciertamente ideas fecundas e inspiradoras. Herder excede en mucho a Voltaire, que había sido el primero en establecer las cualidades nacionales invariables. Pero Herder formuló esta teoría tan confusamente y la sostuvo con tan poca consecuencia como la mayor parte de sus otras ideas. Sabe por una parte qué circunstancias exteriores, tales como la situación insular, las relaciones con las fuerzas vecinas, etc., pueden actuar sobre la formación de un carácter nacional, y por otra parte habla como si ese carácter nacional debiera subsistir eternamente igual. Emitió por ejemplo esta sentencia imprudente, que "los chinos siempre quedarán chinos".

No sabe lo que es el desarrollo del carácter de un pueblo. Cayó también en ese círculo vicioso, consistente en sacar de las particularidades de una literatura o de un sistema de derecho (que no son quizá más que características de ciertas situaciones sociales o de ciertos grados de cultura), la consecuencia de un carácter nacional particular, y además explicar por éste la literatura y el derecho de la nación. Llegado el momento, y con una sagacidad extraordinaria, derivó de un carácter nacional supuesto las costumbres y la historia de un pueblo. Pero nunca trató de mostrar detalladamente cómo se formó y modificó ese carácter nacional. Trabajaba aquí todavía con ideas preconcebidas e invariables, como cuando atribuía al hombre primitivo sentimientos humanitarios.

Por otra parte, Herder no tiene la imparcialidad que se le ha atribuído a menudo, de reconocer a cada civilización su lugar legítimo. Eleva muchas veces, como Rousseau, al tranquilo salvaje por encima del europeo moderno, "de corazón deformado por el ocio cosmopolita" (*Ideen,* VIII, 5 § 3). Es todavía exacto que no acuerda a la civilización antigua el mismo valor canónico que muchos de sus contemporáneos alemanes. Pero en general toma como modelo histórico un ideal bien determinado. Juzga las costumbres de los pueblos extranjeros desde el punto de vista humanitario de un pequeño burgués de Weimar (odia las guerras de conquista y los gobiernos despóticos), y su ideal de belleza le es dado en general por la literatura y el arte de la antigua Grecia. No comprende una civi-

lización como la de China. Se esforzó por franquear los límites de la historiografía iluminista y tuvo varias iniciativas felices; pero no se podría decir que se haya librado de la *Aufklärung* ni que haya provocado un progreso positivo en la historia.

Eichhorn. Es en un sentido análogo, pero apoyándose en una erudición mucho más profunda, que trabajó un contemporáneo menos célebre, el teólogo y orientalista Johann Gottfried EICHHORN, nacido el 1752 en Dörrenzimmern, fallecido el 1827 en Gotinga, en 1775 fué profesor de lenguas orientales en Jena, en 1788 en Gotinga. Persiguió, como Herder, un fin apologético al tratar de neutralizar los ataques del iluminismo francés contra el antiguo Testamento, abandonando el carácter sobrenatural del *mosaischen Urkunde* (del documento mosaico) y salvando el canon del Antiguo Testamento como "una colección de auténticos poemas naturales, de leyendas puras sobre la infancia de la humanidad, los más preciosos documentos para la historia del desarrollo humano".

No se le puede quitar que haya sido el primer teólogo erudito que secularizó la introducción a la Biblia, renunció (para el Antiguo Testamento por lo menos) a su origen inspirado, y por comparaciones con la historia profana y pagana, inició el camino para la explicación natural de la historia hebraica. Es preciso confesar además que, en detalle, su crítica es muy conservadora. Guarda la serie cronológica tradicional de la ley mosaica. Concede que hay en el Génesis dos relatos diferentes superpuestos; pero no estaba dispuesto a abandonar ni el relato jehovista ni el elohista en su núcleo histórico. Frente a Michaelis, consideraba histórico el relato del libro de Esther. Quería obrar, como Herder, con cómodas hipótesis apologéticas (*erhitzte Phantasie der Morgenländer, Kindheitszustand der Menschheit*: imaginación tropical de los orientales, infancia de la humanidad, etc.). Sus relaciones con Herder merecen ser objeto de un estudio profundo. No podemos extendernos aquí sobre Eichhorn ya que no puede ser colocado, aún en el sentido estricto en que se coloca a Herder, entre los historiadores. Su obra principal, *Einleitung in das Alte Testament* (Leipzig, 1780 a 1783) entra en la categoría de los manuales teológicos.

5. SCHLOSSER

Friedrich Chistoph SCHLOSSER, nació el año 1776 en Jever, Frisa Oriental, en 1812 fué profesor en el liceo de Francfort-sur-le Mein, después bibliotecario, en 1817 fué llamado para una cátedra de historia a la Universidad de Heidelberg, donde murió en 1861. Se inició con trabajos de historia eclesiástica (*Abälard und Dulcin* 1807; *Theodor Beza Peter Vermigli* 1809; *Geschichte der bilderstürmenden Kaiser des oströmischen Reichs* (1812) volviéndose luego hacia la historia profana: *Weltgeschichte in zusammenhängender Darstellung* 1816 a 1824. Esta obra quedó sin terminar; el primer volumen recibió en la corrección el título de

Universalhistorische Übersichte der Geschichte der Alten Welt und ihrer Kultur (1826 a 1834). La *Weltgeschichte für das deutsche Volk* (1844 a 1856) publicada en colaboración con Kriegk, tiene un carácter popular. Su obra principal fué *Geschichte 18. Jahrhunderts in gedrängter Übersicht* (1823), más tarde corregida y continuada, bajo el título de *Geschichte des 18. Jahrhunderts und des 19. bis zum Sturz des französischen Kaiserreichs, mit besonderer Rüchsicht auf geistige Bildung* (1836 a 1849).

Para la biografía, la mejor obra es G. Weber, *Fr. Ch. Schl.*, 1876 (donde está reimpresa la autobiografía de Schlosser, primero publicada en las *Zeitgenossen* 1826). El mejor retrato ha sido hecho por O. Lorenz en *Die Geschichtswissenschaft* (1886, arreglo de un artículo aparecido en las *Sitzungsberichten der philosophisch-historischen Klasse der Wiener Academie* 1877). Cf. además B. Erdmansdörffer, S. 1876 (discurso de solemnidad) ; E. Marcks en los *Heidelberger Professoren* I, 1903, 287, ss.

Críticos superficiales colocaron por largo tiempo a Schlosser entre los historiadores de tendencia liberal. Es mérito de Lorenz haber disipado esta opinión. Mostró que, cronológicamente, los escritos de Schlosser caen en la época del liberalismo y del romanticismo, pero por su espíritu son auténticos productos de la *Aufklärung* alemana bajo la influencia de Rousseau. Sus valoraciones no provienen del dogmatismo liberal, sino del sistema moral de Kant que, como se sabe, se inspiró grandemente en Rousseau.

Schlosser, en oposición a los historiadores liberales, no perseguía la publicidad. No defendía un sistema político, quería trabajar por la elevación moral del género humano. No predicaba una moral política, sino una moral individual. Partía de la aseveración rusoniana y optimista de Kant, que la severa regla filosófica del deber debe ser normativa en la vida pública y debe ser obedecida. La vieja ley moral de la teología era simplemente presentada bajo otra forma. El historiador no averiguó si ciertas situaciones políticas no dejan a un estadista otro camino que el de colocarse por encima de los mandamientos de la moral privada. Pues sólo hay una y única ley moral, contenida en las reglas de conducta *des wahren und rechtschaffenen Mannes* = del hombre verdadero y honesto, como Schlosser decía, es decir del honorable habitante de una pequeña ciudad alemana a fines del siglo XVIII. Es un hecho extremadamente característico que Schlosser viera en la *Divina Comedia* un modelo eterno para la historia (Lorenz I, 49). El historiador, así como el poeta de cultura teológica no emite su juicio de acuerdo a la importancia política e histórica de una acción, no tiene más que decir si es, o no, un pecado individual. No existen problemas históricos, es decir sociológicos. Schlosser, es preciso reconocerle este mérito, realizó su programa como raramente lo hiciera otro historiador. Si sacaba de Dante la imparcialidad, tenía el derecho de considerarse como su sucesor. Aplicaba los principios del imperativo categórico a los grandes y a los pequeños, a los amigos y a los enemigos, sin más preocupación que el gran poeta florentino explicando los principios éticos de San Tomás de Aquino.

No era demócrata; sus sentencias morales golpeaban las clases inferiores con la misma vehemencia que las superiores. Se ha considerado a Schlosser opuesto a Ranke: en ningún historiador las fallas de la antigua escuela, que el autor de *Römischen Päpste* trataba de evitar desde su primer obra, son tan notorias como en el autor de la *Historia del siglo XVIII.* Juicios precipitados de acuerdo a principios generales, psicología esquemática, obediencia a prejuicios de clase: esas fallas comunes a la historiografía iluminista alemana son llevadas por Schlosser hasta la caricatura. Su concepción de la historia depende todavía, en suma, de la *Aufklärung* del siglo XVIII. En un solo aspecto, la Revolución Francesa tuvo influencia sobre él.

Schlosser no tenía la amplitud de concepción de Voltaire. Apenas si se refiere a la historia de las finanzas públicas, del comercio y de las ciencias. No hace más, en suma, que historia política exterior. Pero sobre un punto sobrepasa a Voltaire. Éste no había apreciado la historia de las bellas letras desde el punto de vista estético. Schlosser veía en la literatura una fuerza política. Creía poder sacar de la historia de la Revolución Francesa esta lección, que los trastornos políticos podían ser provocados por obras literarias. Trató pues de examinar la literatura del pasado de acuerdo con su alcance político. No profundizó el tema, reduciéndose muy a menudo a lugares comunes de moral bien intencionada. Su juicio quedó siempre orientado hacia el lado estético. Pero por lo menos estableció entre dos dominios hasta entonces tratados separadamente una unión interior, casi como Villemain (más adelante p. 107) lo hacía al mismo tiempo en Francia.

Sin duda el tema, en Alemania como en Francia, estaba hábilmente elegido. No es difícil mostrar una relación entre la bella literatura del siglo XVIII y el iluminismo contemporáneo; para otros períodos el problema es mucho más complicado.

Desgraciadamente, Schlosser pertenece por su método a la historiografía iluminista. Despreciaba el método filológico de Niebuhr y desdeñaba escribir como Ranke la historia política de acuerdo con correspondencias diplomáticas. La ciencia moderna no lo consideró. Para el gran público, ese defecto no le molestó. Mientras las gentes cultas de Alemania permanecieron fieles al espíritu de la filosofía idealista, conservaron su estimación por el severo kantiano. Sólo el realismo lo destronó.

Sismondi. La escuela de Rousseau, que produjo en Alemania frutos tan magníficos, no cuenta en los países de lengua francesa más que un solo historiador de valor, el genovés Juan-Carlos-Leonardo Sismonde de Sismondi, nacido en 1773 en Génova, donde murió en 1842. Su obra principal, la *Histoire des repúbliques italiennes au moyen âge* (1807 a 1818) está compuesta todavía enteramente con la fraseología del *Contrato Social.* Sólo con un barniz suizo. Sismondi pregonaba el sistema federal contra el absolutismo centralizador; no re-

lacionaba el aniquilamiento de la libertad italiana hacia fines del siglo XV con la ausencia de un Estado unitario —¿no pereció España precisamente por la centralización?— sino que su opinión era que Italia habría encontrado su salvación en una república federal (c. XCI).

Es curioso que de sus especulaciones en economía política, Sismondi no haya sacado ningún provecho para la historia. No se trataba de un economista insignificante, y sus *Nouveaux principes d'economie politique* (1819) encierran muchas ideas fecundas, a las que el predominio de la doctrina clásica en esta época no permitió una acción profunda. Pero el historiador no sacó nada del economista. Sus observaciones sobre los asuntos económicos y comerciales de las repúblicas italianas tienen una precisión técnica poco común. Pero nunca pensó examinar las luchas políticas en esas ciudades en sus fundamentos económicos y sociales. Además la historia militar, por su extensión, ocupa el primer plano.

Sismondi es uno de los mejores escritores entre los historiadores de la Ilustración. Habla en su libro con mucha consideración de Gibbon; pero felizmente no tomó como modelo su estilo patético. Su narración es viva, clara, sobria e inteligente. No fué alcanzado por el gusto romántico del color local. Su última obra, la *Histoire des Français* (1821 a 1844, con la continuación de Renée alcanza al año 1789) casi hizo el efecto, en el momento en que apareció, de un anacronismo.

LIBRO QUINTO

LA HISTORIOGRAFÍA DEL ROMANTICISMO Y DEL LIBERALISMO

CAPÍTULO PRIMERO

LA REACCIÓN CONTRA EL ILUMINISMO BAJO LA INFLUENCIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LA ESCUELA ROMÁNTICA

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Nuevas opiniones acerca del valor político de la historia.

La Revolución Francesa y sus consecuencias inmediatas produjeron una transformación completa en la manera de considerar el valor y la tarea específica de la historia.

La Revolución Francesa había hecho una experiencia al estilo del despotismo ilustrado. Apoyándose en una teoría había ensayado mediante una amplia y violenta reforma, levantar un edificio completamente nuevo en lugar de la construcción lentamente erigida por los siglos. Esta experiencia no tuvo éxito.

Por lo menos así lo parecía. En Francia, a despecho de la Restauración, una gran parte del programa revolucionario había sido definitivamente cumplido. Pero en los países vecinos no había casi nada de las instituciones políticas establecidas por los partidarios de la revolución. Las fuerzas históricas, los viejos poderes que los teóricos de la Ilustración habían tachado fácilmente de irrazonables, se mostraban, por el momento al menos, más fuertes que las creaciones políticas diseñadas según normas doctrinarias.

Esto condujo, en los países que habían soportado tales vicisitudes, a una apreciación totalmente nueva de la historia.

La disminución de fundaciones de Estados revolucionarios parecía proporcionar la prueba de que era imposible crear instituciones políticas vivas mediante concepciones teóricas y con intenciones conscientes. Se pensó poder obtener de ello la lección de que sólo eran estables las organizaciones que se habían formado insconcientemente en el curso del

desarrollo histórico. Se creyó que en la historia residía una sabiduría oculta muy superior a toda perspicacia humana. Se admitió que el individuo no tenía derecho a poner su mano audaz sobre el curso de los acontecimientos, como lo habían sostenido los iluministas inspirándose en la práctica de los déspotas ilustrados; no correspondía, por el contrario, sino encerrarse humildemente en la situación creada por la historia y que, en consecuencia, era buena.

La historia tuvo así un magisterio de naturaleza completamente distinta de la que había tenido hasta entonces.

Antiguos historiadores creyeron poder sacar de los hechos históricos que parecían tener alguna analogía con los sucesos actuales, lecciones para la conducta de los estadistas en actividad. La historiografía romántica rompió completamente con ese punto de vista. Según ella, la historia de un país no debe enseñar al estadista más que los límites inmutables de su poder de acción. Debe aprender de ella hasta dónde puede ir sin chocar con el orden de las cosas históricas dispuesto por Dios, debe buscar allí instrucciones para saber cómo reparar los errores que hayan podido cometerse contra la tradición indígena.

La consecuencia natural fué que, en oposición directa con la historiografía del Iluminismo, la historia nacional fué considerada poco menos que la única digna de atención y dentro de ella el período medieval. La Edad Media pasó —extraña idea— por haber sido especialmente la época del desarrollo nacional independiente. El horizonte histórico se encontró así considerablemente reducido. Los iluministas habían tenido espíritu cosmopolita, habían insistido sobre la unidad de las razas humanas. Se pensaba que las creaciones políticas de la revolución habían fracasado fuera de Francia por la incompatibilidad del temperamento francés con el carácter nacional de Alemania, de España, etc. En conclusión, no convenía intervenir en el desarrollo orgánico de su propio pueblo incorporándole elementos extraños. No se podía confiar en crear cosa durable más que manteniéndose fiel a su nacionalidad, y no se podía conocer ésta sino por la historia autóctona. Como la historiografía liberal, aunque por otras razones, la historiografía romántica se especializó en lo europeo. Aún historiadores como Ranke, que rechazaban el dogma romántico, no se arriesgaban de buen grado fuera del territorio de los pueblos *germánicos y romanos*, es decir, que se limitaban al grupo de pueblos unidos por la tradición cristiana y germánica (simple ampliación de la nacional).

La protección oficial de los estudios históricos.

Estas consideraciones inclinaron al Estado, sobre todo en Alemania, a favorecer los estudios históricos con una intensidad desconocida hasta entonces. Los estadistas no los habían favorecido en otro tiempo más que cuando los historiadores se hacían publicistas y ponían todas sus fuerzas al servicio del gobierno o de un partido. Esta explotación de la

historia perduró hasta el siglo XIX: la historiografía oficiosa no morirá más que con la prensa oficiosa. Pero su importancia disminuye mucho en presencia de la protección oficial de la historia, en cuanto al interés del sentimiento nacional y conservador.

La doctrina romántica, en un comienzo, pareció el mejor medio de oposición a la propaganda revolucionaria. No mostraba la historia claramente que por el camino de un violento desorden, a imitación de ejemplos extranjeros no había nada que obtener. La historia parecía, por otra parte, poder solamente vigorizar los conocimientos indispensables para una actividad bienhechora en el servicio del Estado. Una vez admitido que el derecho y la constitución no podían ser convenientemente desarrollados sino haciéndolos depender "orgánicamente" de la tradición nacional, se deducía que estadistas, legisladores que no conocían a fondo la historia de su país, no podían llenar su cargo más que de una manera insuficiente. Se sabe que esta consecuencia fué sacada en efecto. Pareció también casi más importante para el jurista, el estar orientado en la historia del derecho (nacional) que el conocer la legislación existente y las ideas modernas sobre el derecho.

Cualidades y defectos de la teoría histórica del romanticismo.

Se advierte, la concepción romántica de la historia se apoyaba también estrechamente, si no más que el racionalismo, sobre la experiencia restringida del pasado más reciente y del tiempo presente. Se puede dudar que, en suma, significara un progreso.

Precisamente por su estrechez sirvió para apartar más de una idea, de un intelectualismo excesivo, que el racionalismo había recibido del clasicismo. Después del romanticismo no se puede sostener ya la concepción mecanicista que consideraba constitución, derecho, religión, arte y lengua como otras tantas máquinas artificialmente construídas. Se vió desaparecer lo que era en general un legado de la especulación antigua, los prudentes legisladores que crean una constitución, los astutos sacerdotes que inventan una religión. Se comprende que no era posible atribuir creaciones históricas a la intención consciente de un individuo. El romanticismo enseñó también sin tener plena conciencia de ello, que era necesario respetar la tradición como fuerza histórica. La especulación racionalista había separado al hombre de su contorno y tratado a los miembros de diferentes razas como a magnitudes matemáticas iguales. El romanticismo, avisado por la resistencia que las instituciones francesas habían encontrado fuera de Francia, rechazó por completo esta teoría y desarrolló la doctrina de las diversidades fundamentales de las naciones.

La crítica romántica, aunque frecuentemente exagerada, era pues en general bien justificada y saludable. Lo que fué nocivo es lo que el romanticismo puso de nuevo en lugar del racionalismo. Su teoría histórica asentada como un dogma se fundaba en una serie de hipótesis no demostradas y generalizaciones prematuras.

Si los románticos se hubieran contentado con pretender que el estadista debía tener respeto por la tradición y no podía destruir de golpe las ideas hereditarias, no hubiera habido nada que objetar. En lugar de eso, dogmatizaron tomando como base un caso único, insuficientemente observado y juzgado con precipitación. No habían visto más que la primera fase, los reveses provisionales del movimiento revolucionario y creían poder elevar esta experiencia parcial a la altura de ley histórica. ¡Cuántas cosas que los románticos consideraban como quiméricas, como inconciliables con la situación histórica y el carácter nacional, han sido desde entonces realizadas con éxito! ¡Cuántas han fracasado en el comienzo porque habían sido propuestas demasiado temprano y sin preparación! Y sin embargo, los románticos pretendían sacar de lo que habían visto la conclusión de que el estadista debía abstenerse de toda intención violenta en el estado de cosas existentes. Porque una experiencia política había fracasado a la primera tentativa, y porque a las ideas sensatas se habían mezclado fantasías utópicas, pensaban haber encontrado la mejor norma de gobierno en un estatismo político.

Esta manera de ver ha dañado mucho la ciencia histórica. Se ha mostrado incapaz de apreciar la historia del absolutismo en los siglos XVII y XVIII (época que comprendió tan mal como los iluministas a la Edad Media); y después ha desfigurado los períodos por los cuales sentía preferencia.

Elimina los hombres que tratan de crear, y pone en su lugar fuerzas espirituales que operan misteriosamente. Personifica conceptos tales como la nacionalidad, el derecho nacional, el arte nacional, la fe religiosa y les hace producir por sí mismos la historia. No contento con rechazar de plano todas las creaciones históricas que manifiestamente tenían por origen una intención consciente, él rehusa reconocer un plan deliberado allí donde la tradición no lo menciona. Los románticos tenían evidentemente el derecho de recordar que las transformaciones históricas se cumplen la mayor parte de las veces sin que sus autores directos tengan conciencia de las consecuencias lejanas de sus actos. Ellos estaban en su derecho también, cuando observaban no solamente a las masas populares sino a dirigentes, no solamente a los fieles sino a los fundadores de religiones, como empujados por sentimientos inconscientes. Pero en lugar de analizar friamente estos sentimientos y preferirlos a las necesidades sociales, psicológicas o espirituales, los hacían objeto de un culto ingenuo, cerrándose así el camino o la comprensión histórica (sociológica). En lugar de investigar por qué ciertas necesidades buscaban allí y no en otra parte su satisfacción, veían en el nacimiento y el desarrollo de una religión o de una constitución, por ejemplo, un evento místico, que sucedía lejos de las luchas reales por el poder y de los conflictos entre las necesidades contradictorias de la humanidad.

Es un hecho característico, sobre todo, el obstáculo de la filosofía de la historia romántica frente a la historia de Inglaterra. El primer gran

teórico de la teoría romántica de la prescripción (Burke) era oriundo de Inglaterra y hasta estos últimos tiempos los partidarios de la doctrina romántica han señalado a Inglaterra como un país modelo (H. Taine). Se podía creer que siendo así, hubieran hecho un estudio profundo de la historia de Inglaterra y hubieran buscado robustecer su tesis con este ejemplo. Nada de esto sucedió. Jamás han averiguado seriamente por qué Inglaterra, a diferencia de otros estados europeos de los siglos XVII y XVIII, no ha llegado a ser un estado con gobierno absoluto y de centralización militar. No han considerado ni las consecuencias de la conquista normanda (el aniquilamiento del particularismo territorial) ni aquellas de la situación insular (cuya importancia militar aparece sobre todo desde la reunión de Inglaterra y de Escocia). Gustaban más bien soñar con un espíritu popular anglo-sajón, considerado enemigo de las revoluciones violentas y de las construcciones especulativas. Los Anglo-Sajones que desde entonces, en Australia, en Nueva Zelandia y en los EE. UU. han arriesgado más frecuentemente que cualquier raza europea experiencias políticas inspiradas en teorías, han llegado a ser a sus ojos los representantes del conservatorismo político, en tanto que los franceses, cuya historia es un verdadero modelo de continuidad política, pasaban por revolucionarios natos.

La reacción contra la historia iluminista; el dogma de la nacionalidad.

La reacción contra la *Aufklarung* condujo a negaciones que iban más allá de su objeto. Tal era la adversión de los románticos por la Ilustración que no querían supeditarse a Voltaire, a Montesquieu y a sus discípulos, allí donde aquellos habían roto ya con las explicaciones individualistas. Su repugnancia contra la política utilitaria y por demás prudente del despotismo ilustrado, y su veneración por las fuerzas misteriosas que obran en la historia iban tan lejos, que toda interpretación de hechos históricos que reconocía poderes distintos de los morales les causaba horror. ¿No habían resultado falsas las teorías materialistas de la Ilustración francesa? Fuerzas espirituales que los iluministas habían puesto desdeñosamente a un lado como cosas imaginarias y supersticiones, ¿no se habían mostrado más fuertes que los medios materiales que el despotismo ilustrado tenía por objeto llevar a la práctica? Voltaire y sus discípulos habían buscado relacionar la historia política con la historia del comercio y de la economía; no fueron seguidos por los verdaderos románticos. Éstos desdeñaron seguir a su iniciador en una explicación realista de la historia. No gustaban de los estudios económicos. Preferían buscar el fundamento de los sucesos históricos en la fuerza mística a la que denominaban genio del pueblo.

Tomaban las comunidades lingüísticas modernas, que llamaban nacionalidades, por magnitudes independientes que habían existido siempre y que habían influído en el desarrollo histórico. El genio del pueblo, pensaban, había hecho nacer constitución, derecho, arte y literatura,

por lo mismo que en aquél había fuerzas vitales. Querer oponerse y crear algo por sus propias fuerzas era condenarse a la esterilidad. Faltaba a creaciones semejantes el movimiento de la vida; no tenía más verdad interior que los Estados fundados por la Revolución Francesa o que la poesía artificial del siglo XVIII.

No es este el lugar para criticar esta teoría. Haremos algunas anotaciones acerca de los autores que la profesaron. La historia misma ha mostrado luego con superabundancia sobre qué fundamento incierto reposa la doctrina de la invariabilidad de las cualidades propias de las razas. Se ha visto claramente que su derivación de un hipotético genio del pueblo oculta en muchas ocasiones el desconocimiento de la historia o de la sociología. Por otra parte la doctrina de un espíritu nacional ha tenido algo de bueno. Ha forzado a los historiadores a llevar su atención sobre el conjunto. No fué ya posible tratar de la religión, del derecho, del arte de un pueblo sin considerar las circunstancias generales en medio de las cuales se habían producido. Se reconoció que instituciones que, según la antigua opinión, habían existido extrañas la una a la otra, podían estar unidas por un lazo interior.

Lo que ya Voltaire, y sobre todo Herder, no habían hecho más que señalar, fué sistemáticamente deducido. con la diferencia de que lo que ellos habían presentado como una simple observación, fué elevado a la categoría de precepto. Los historiadores anteriores habían podido hacer notar que el espíritu de un pueblo excluía ciertas instituciones. Los románticos pretendieron dogmáticamente que solamente era provechoso lo que había nacido del espíritu nacional. Doctrina que, desde un comienzo, es formulada muy claramente (¿en qué puede reconocerse el espíritu de un pueblo?) y que, si se le quiere hacer decir que las imitaciones de modelos extranjeros son siempre dañosas, está en contradicción absoluta con la historia.

Esta concepción tuvo numerosos adeptos en Francia, pero sobre todo se extendió por Alemania. No fué por casualidad. En Alemania, en la época de la Restauración, la lengua y la civilización eran los únicos lazos comunes. En armonía con ellas, la filología había tomado gran desarrollo, junto con la filosofía. Era propio extender a la historia en general las nuevas apreciaciones sobre el desarrollo independiente de las lenguas. La tesis de que las lenguas no se transforman sino de acuerdo con sus leyes propias e intrínsecas, no era completamente exacta; pero era tan superior a la grosera concepción de antaño, que se podía confiar haber encontrado con ella la clave de los enigmas de la historia.

Muchos historiadores alemanes se entregaron entonces con provecho a los estudios filológicos. Construyeron la historia del derecho, por analogía con la historia de las lenguas. Exageraron la importancia de la comunidad lingüística. Creyeron que la historia de las instituciones y de la civilización de los diferentes pueblos era susceptible de una distinción tan marcada como la historia de las lenguas. El presente ¿no

parecía acaso apoyar esta opinión? ¿No existía acaso en Alemania un sentimiento común que apoyaba ante todo en la comunidad de idioma? Los románticos no se preguntaban si ese sentimiento sería tan vivo sin el recuerdo de un lazo político en el pasado. No se tomaban la molestia de buscar, si en el pasado, y en otros pueblos, la comunidad de idioma había obrado siempre como lazo político eficaz.

La teoría romántica y la historiografía. Como toda filosofía dogmática de la historia, la teoría romántica se concilia mal con la historiografía. Ella fué desarrollada sobre todo por hombres que se ocupaban poco de historia. Su principal fundador, el inglés Edmond Burke, no era historiador sino escritor político. Los autores que en el continente dieron la última mano al sistema del viejo whig y lo acrecentaron con el principio de nacionalidad, eran estadistas que buscaban sacar provecho del sistema o filósofos especulativos. Pasó mucho tiempo antes de que un verdadero historiador buscara unir la teoría política del romanticismo con el método empírico de la ciencia (H. Taine). Por el contrario, los antiguos historiadores de la escuela romántica no aplicaron la doctrina nacionalista, por lo menos en las obras propiamente históricas, sino con modificaciones, cuando no renegaron casi de ella. La concepción de sus obras, así como muchos de sus juicios, reposa sobre ella y aún cuando la combatían, seguían razonamientos dominados por los dogmas políticos del Romanticismo.

Algunos investigadores. El más notable de los investigadores que, bajo la influencia de las ideas románticas, crearon la historia del derecho (que no existía antes como género histórico independiente) es Karl Friedrich EICHHORN, hijo del teólogo Johann Gottfried (ver p. 445). Nacido en 1781 en Jena, inaugura en 1803 sus lecciones en la Facultad de derecho de Gotinga, en 1805 profesor en Francfort-sur-l'Oder, llamado en 1811 a Berlín, en 1817 a Gotinga donde permaneció hasta 1829, nombrado en 1838 consejero de Estado en Berlín, murió en 1854 en Colonia. Su *Deutsche Staats-und Rechtsgeschichte* (1808 a 1823) funda verdaderamente la nueva disciplina. Su maestro Gustavo HUGO (1764 a 1844), a quien se le ha dispensado erróneamente ese error, había quedado enredado en las ideas de la escuela empírica de Gotinga: había reunido los datos y la literatura de la historia del derecho (romano) pero no había intentado mostrar el génesis y la evolución del derecho (nacional). Eichhorn fué el primero en considerar el derecho (alemán) como "un todo coherente formado en el pueblo", en señalar su carácter nacional y en utilizar sus historia para reconocer el espíritu del derecho vigente, con la intención "de trabajar en la continuidad razonable del desarrollo del derecho que se ha formado en el pueblo". (Cf. J. F. Schulte, *K. F. E.* 1884, especialmente

102 ss.).Por desgracia Eichhorn era demasido poco escritor para merecer aquí algo más que una breve cita.

Justamente lo contrario sucede con Friedrich Karl V. SAVIGNY, nacido el 1779 en Francfort-sur-le-Mein, en 1803 profesor en Marburgo, en 1808 en Landshut, en 1810 en Berlín, en 1842 ministro en Prusia, muerto en 1861, quien fué uno de los mejores escritores de la escuela romántica.

Como historiador ocupa un curioso lugar. Se sabe que, como publicista, en su escrito *über den Beruf unserer Zeit zur Gesetzgebung und Rechtswissenschaft* (1814) emitió más dogmáticamente que nadie las opiniones románticas sobre el origen del derecho en el genio nacional. Su actividad en historia no se atiene en absoluto a este programa. Su obra principal, *Geschichte des römischen Rechts im Mittelalter* (1815 a 1831), toma enérgica posición contra la teoría iluminista del poder creador del despotismo ilustrado. Subraya que el estudio del derecho en Bolonia fué "provocado, no por la voluntad de un gobierno, sino por una necesidad interior", y que no debía invocarse para explicarlo "el favor de los emperadores suavos" (III, 76 y 80). Pero es notable que, como historiador, no intente probar con un ejemplo que el origen del derecho es seguramente el espíritu nacional, Savigny reemplaza solamente por la tradición, la creación *ex nihilo.* No describe un fenómeno místico sino la supervivencia de un derecho completamente concreto y codificado. No es romántico salvo en que, por reacción contra el pragmatismo, separaba demasiado la historia del derecho de la historia política: la situación jurídica moderna arranca para él del estado del imperio romano de Occidente por una simple evolución. (Cf. esespecialmente el Prefacio, p. V).

Savigny preservó su estilo del encandilamiento romántico. Era un espíritu claro, un pensador serio y gustaba expresarse con precisión. No tenía ninguna veneración por las fábulas y los cuentos. Alababa a Nieburh como a su modelo. Será siempre lamentable que su historia, que hubiera podido llegar a ser una obra maestra de la literatura historiográfica alemana, se haya desviado de manera inorgánica, a partir del tercer volumen, hacia la historia de la literatura de los romanistas, de suerte que la historia del derecho romano no está tratada sino a medias. Cf. Müller, *F. K. v. S.*, 1906. Las mejores referencias sobre todos estos historiadores del derecho las dió E. Landsberg *Gesch. der deutschen Rechtswissenschaft,* III, 2 1910). En las *Notas* del segundo medio tomo se encuentra reunida la literatura de la filosofía del derecho romántico. Aparecieron desde entonces: Rexius, *Studien zur Staatslehre der historischen Schule* en la *Histor. Zeitschrift* CVIII (1911) 496 ss. y H. U. Kantorowicz, *Volksgeist u. historische Rechtsschule, ibid.,* CVIII (1912) 295 ss.

Apertura de los archivos. La Revolución Francesa no solamente ha obrado sobre la concepción de la historia. Ha facilitado también enormemente el e s t u d i o de la historia. Un hecho de gran importancia es el de que, a consecuencia de las radicales conmociones que trajo, un gran número de documentos históricos perdió su valor jurídico. Antes casi no los había que no tuviesen, junto a su interés histórico, una importancia práctica. El derecho público no estaba ordinariamente basado sobre principios jurídicos o constitucionales generales, sino sobre numerosos privilegios y contratos particulares. Lo mismo ocurre aun hoy día en Inglaterra, series enteras de documentos no habían dejado de estar en vigor. La historiografía se encontraba embarazada a cada paso: pues podía entrañar enojosas consecuencias el que una persona no autorizada penetrara en los secretos de los archivos, aunque no quisiera hacer más que investigaciones arqueológicas sobre un pasado lejano.

Este peligro fué conjurado en muchos casos por la Revolución Francesa. Numerosos Estados como las grandes repúblicas italianas, desaparecieron completamente. Clases enteras perdieron de golpe todos sus privilegios, como la nobleza francesa el 4 de agosto. Muchas pretensiones jurídicas fueron desechadas en principio. Una enorme masa de papeles de gobierno se encontró así prescripta y pudo ser puesta a entera disposición de la historiografía. Ya durante la revolución, los archivos en Francia fueron franqueados a todos. No hay que subestimar esta ventaja exterior porque no parezca servir para hacer comprender el espíritu de la historia. Imaginemos lo que hubiera podido hacer Ranke si los archivos venecianos no le hubieran sido franqueados.

Poco a poco el ejemplo de Francia obró sobre los Estados que no se habían alejado tan violentamente de su pasado. Aquellos también fueron paulatinamente librando sus archivos a las búsquedas históricas, salvo naturalmente las partes que tenían importancia política actual. Hecho notable: Inglaterra que dejaba a sus historiadores mayor libertad que otros países, se resistió a la apertura de sus archivos más tiempo que los Estados del continente transformados por la revolución. Es que en Inglaterra se podía en el siglo XIX alegar como derechos en vigor, precedentes sacados de la Edad Media, porque la legislación nunca había sido codificada.

Sucede más o menos lo mismo en muchos puntos de derecho de la Iglesia católica. Numerosas instituciones poseían privilegios particulares que nunca fueron formalmente abolidos. La Curia ha abierto muy recientemente sus archivos, ahora que como consecuencia de las modificaciones modernas de la situación política, gran parte de la antigua legislación eclesiástica ha caducado prácticamente.

2. LA IDEOLOGÍA HISTÓRICA

Orígenes de la Ideología histórica.

Esta teoría formulada por primera vez por Guillermo de Humboldt, estaba también en estrecha dependencia con las experiencias suministradas por la Revolución Francesa. Sin embargo su valor científico era superior al de la teoría propiamente romántica. También ella generalizaba de manera inaceptable a partir de un caso especial. Pero salía de una observación más profunda y más exacta, y se abstenía de valoraciones dogmáticas demasiado fáciles de llevar. No pretendía prescribir nada a la historia. Buscaba comprenderla, reconocer las ideas que la dominaban, pero no para censurarlas.

No hay que confundir la Ideología histórica, cuyo partidario más destacado fué, como se sabe, Ranke, con la Ideología teológica de Hegel, con la cual no tiene de común más que el nombre. No reposa como aquella sobre hipótesis teológicas poco claras. Tiene su origen en relaciones reales, en una observación bien hecha, aunque unilateral.

La historiografía política apenas había dudado hasta entonces de que los poderes puramente espirituales pudiesen obrar sobre la constitución de los Estados. Había creído no necesitar de la especulación política. No había tratado los sistemas políticos y religiosos sino cuando habían tomado forma concreta, cuando se habían formado partidos bien delimitados de las iglesias dogmáticamente organizadas. Lucubraciones especulativas que no se habían materializado de esa manera habían sido dejadas de lado por ella como sin alcance político. Este método fracasaba manifiestamente desde que el historiador se encontraba en presencia de los sucesos de la Revolución Francesa y más todavía de las luchas de la época de la Restauración en los estados no constitucionales.

Ninguna revolución, en apariencia por lo menos, era tan dependiente de las especulaciones anteriores como la Revolución Francesa. Ninguna había profesado tan conscientemente un sistema de filosofía política. Ninguna había sido sostenida como ella por ideas dotadas de vida autónoma y resistente. Ninguna había sido de un alcance tan universal y había sembrado principios que, a despecho de reveses y locuras, parecía en todo, positiva o negativamente, dominar la vida política.

Y todo aquello sin que el nuevo movimiento (en el tiempo de la Restauración por lo menos) fuera fijado por una fuerte organización exterior, sin que representara una fuerza acabada. Si no ha habido error al llamar a los principios de la revolución una religión, no nos equivocaríamos al agregar que no fundaron iglesia. Sus adeptos no estaban unidos, en general, más que por el lazo de la Idea, la misma, se pensaba, que había determinado el curso de la revolución.

La Ideología histórica consiste en la generalización de esta observación. Se pone a actualizar pretéritos movimientos de ideas, se pone

a describir el fondo espiritual, las raíces teóricas de grandes transformaciones históricas. Se complació sobre todo en derivar de ciertas ideas los cambios en la esencia de la Iglesia cristiana. La historia de la Reforma luterana, es cierto, ofrece muchas analogías con la Revolución Francesa, y el cristianismo concebido como religión dogmática parecía ofrecer a la difusión de ideas un terreno tan favorable, que hubiera sido sorprendente que no se hubiera concentrado la atención sobre esa materia. La lengua se enriqueció con numerosas expresiones nuevas. La palabra protestantismo circuló desde ese momento. Los períodos anteriores habían hablado de luteranismo o de calvinismo, es decir de los sistemas dogmáticos concretos de las iglesias luterana y calvinista. La expresión Contrarreforma, entonces apenas conocida en inglés o en francés, no tomó en Alemania sino bajo la influencia del término muy usado de contrarrevolución, la significación moderna que ella encierra. Reunía de golpe en una doctrina, en una idea, los esfuerzos convergentes de la reacción católica.

La Ideología histórica y el Romanticismo.

Se ve fácilmente que esta doctrina es más científica que la teoría política del Romanticismo. Reconocía en principio la legitimidad de todas las ideas. El historiador no tenía que buscar si su acción había sido, según él, bienhechora o no. Debía limitarse a reconocerlas como fuerzas históricas. Las ideas de la Revolución Francesa no eran nada simpáticas a la mayoría de los historiadores de esa tendencia, pero no se proponían negar su influencia. Resta todavía algo por considerar.

Los partidarios de la Ideología histórica se aproximaban más que los verdaderos románticos a un método científico, en que admitían conscientemente el punto de vista de la Inmanencia. No reconocían fuerzas místicas indemostrables, tales como el genio nacional, el genio de la espcie, que dirigieran desde afuera los destinos de los estadistas. Sus ideas no eran creaciones supraterrenales, sino instintos concretos de la acción, de los cuales los hombres tenían consciencia. "La idea no puede ser reconocida más que en y por los acontecimientos mismos". Cf. Haym, *W. v. Humboldt* 465 s.

Los partidarios de la ideología histórica tenían muchas cosas en común con los románticos. Como éstos, hacían poco caso de la influencia de los individuos. Medían las personalidades por su valor típico en la historia de las ideas. Ponían en primer plano las figuras que parecían encarnar más puramente las tendencias dominantes de una época. Creían que las ideas de una época podían tener tal fuerza que el individuo resultara impotente frente a ellas. Pero buscaban considerar objetivamente estas ideas que eran tan dogmáticas en sus juicios como los románticos. No condenaban sin más al individuo que se oponía a las tendencias reinantes, mientras que los románticos señalaban como un pecado contra el espíritu de la historia, una intervención violenta

en el desarrollo que se juzgaba a cumplirse por sí mismo. Aquello los instaba igualmente a apreciar el despotismo ilustrado. No tomaban partido contra él cuando, sin respeto por la sacrosanta tradición, ponían fin a instituciones apolilladas, en nombre de la idea moderna del Estado.

La Ideología histórica nació y adquirió su mayor desarrollo en Prusia, es decir, en el país donde hasta cerca de 1840 la lucha entre el principio conservador y el principio liberal o revolucionario no fué empeñada más que en el dominio espiritual. Llegó a predominar menos en los Estados constitucionales de Europa occidental, donde combatían entre sí dos partidos organizados, y no solamente publicistas y profesores.

Defectos de la Ideología histórica.

Hay, sobre todo, dos reproches para hacerle.

PRIMERAMENTE, generalizaba una conexión causal que estaba lejos de ser tan segura como entonces se la imaginaba. El problema de la Revolución Francesa no es tan simple de resolver como lo creían los historiadores de esta escuela. Hay relación, sin lugar a dudas, entre los sistemas políticos de la Ilustración y las fundaciones de Estados de la revolución. Pero hasta qué grado la filosofía iluminista influyó en el curso de la revolución, es hasta hoy todavía cuestión de controversias. Para examinarla, los historiadores de la época de la Restauración no tenían los recursos necesarios. Antes de hablar de la influencia de las ideas en la historia habrían debido establecer previamente, si acaso las ideas de la Revolución Francesa no eran producto de las mismas circunstancias que provocaron la revolución, si en consecuencia, no eran un síntoma más que una causa. Era también su obligación buscar lo que, en las ideas constitucionales de su tiempo, merecía el nombre de idea, y lo que, por el contrario, más o menos inconscientemente, sólo servía para disfrazar cuestiones de poder y de interés.

Si los adeptos de la Ideología histórica han descuidado esta cuestión previa, aquello se relaciona estrechamente con el SEGUNDO defecto que puede censurárseles. No buscaron cómo podían haber nacido las ideas que consideraban como las fuerzas motrices de la historia. Las hacían entrar misteriosamente en la historia por causas insondables. Que hayan empleado para ello fórmulas que se apoyan en la teología, como Ranke, o las de un fatalismo incrédulo, poco importa. El historiador, según ellos, debe reconocer las ideas que obran en la historia, seguir su desarrollo y sus relaciones mutuas. No hay que preguntarse cómo y por qué han nacido, se han modificado y se han extendido. Debe venerar con fe los favores del poder superior que se manifiesta en la historia. No hay por qué informarse de sus intenciones.

Los historiadores de la escuela ideológica tomaban en general las ideas ya formadas, de los escritores y de los estadistas. No descendían de buen grado a las clases del pueblo que no dan a sus tendencias una

expresión literaria, pero que, con frecuencia, son de mayor importancia para el desarrollo histórico. Tenían, por otra parte, un conocimiento insuficiente en economía política. No eran capaces de advertir las desventajas económicas de un movimiento político, apenas las desventajas militares. En principio no desechaban las investigaciones de historia financiera, pero no sabían convertirlas en fecundas para la historia de las ideas. No procuraron más que los románticos utilizar las indicaciones económicas que les proporcionaba la historiografía iluminista. ¡Qué no habría sacado Heeren de las enseñanzas de Adam Smith! Leyendo a los historiadores ideólogos, no se presiente lo que después escribirían Malthus y Ricardo. Ranke, por ejemplo, trataba los datos de las fuentes sobre los movimientos de la población con menos crítica y más ingenuidad que Voltaire. En otros terrenos su actitud era semejante.

A pesar de todo, es necesario no desconocer el inmenso progreso que la Ideología ha proporcionado a los conocimientos históricos. Es la primera escuela que agrupó grandes movimientos espirituales en unidades. Ella desterró de su campo las expresiones oscuras y demasiado cómodas de carácter de la época y aún la de genio del pueblo. Frecuentemente ha dado de esas ideas definiciones unilaterales y ha exagerado su importancia práctica. Pero no ha hecho derivar el curso de la historia de construcciones que no existían más que en la imaginación de pensadores modernos. Sus ideas realmente habían existido alguna vez y habían servido de expresión a necesidades reales. Actualmente hay cierta inclinación a dejar que los defectos de esta escuela oscurezcan sus méritos. Es necesario, para estimarla en su valor, confrontarla con los románticos.

El artículo de Guillermo de Humboldt *über die Aufgabe des Geschistchreibers* (1821) apareció primeramente en 1822 en las Memorias de la Academia de Berlín y a menudo desde entonces, en la edición académica de las *Obras I,* 4 (1905) 35 ss. edición Leitzmann. Cf. arriba L. Erhardt en *Hist. Ztsch.* 55 (1886) y E. Spranger *ibid.* 100 (1908) 541 ss. y la literatura allí citada (particularmente R. Fester, *Humboldts und Rankes Ideenlehre* en *Deutsche Zeitchrift für Geschichtswissenschaft* VI). Cf. además O. Kittel, *W. v. Humboldts geschichtliche Weltanschauung* 1901 (Leipziger Studien aus dem Gebiete der Geschichte VII,3); Meinecke *Weltbürgertum und Nationalstaat* (1908), 43 ss. L. Ehlen *Die Entwicklung der Geschichtsphilosophie W. v. Humboldts* en *Archiv für Geschichte der Philophie* XXIV, I. La ideología en general ha sido tratada ampliamente, pero no de manera muy satisfactoria, por J. Goldfridrich: *Die historische Ideenlehre in Deutschland* 1902. E. Spranger *W. v. H., und die Humanitätsidee* 1909.

3. LAS NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE LA IMPORTANCIA NACIONAL Y POLÍTICA DE LA LITERATURA

Importancia política de la literatura.

Las nuevas ideas en esta materia están emparentadas por su origen con la Ideología histórica. Como ésta fueron sacadas de las experiencias de la literatura francesa. Sólo se distinguen de ella en que tienen un fundamento filosófico más débil y en desquite acentúan con más fuerza el dogma romántico de la nacionalidad. Voltaire fué el primero en tomar en cuenta la literatura en su obra de historia. Pero sólo veía en ella un medio de placer estético. No había reconocido su fuerza política y nacional. No la había relacionado con la vida espiritual y menos todavía con la vida política.

Aún aquí la experiencia del siglo XVIII aportaba otras enseñanzas. La literatura francesa de la época estaba en tal forma dominada por las tendencias iluministas y había sacrificado tan a menudo la poesía a la propaganda filosófica, que casi no era posible juzgarla desde el punto de vista del arte puro.

Admitido que la Ilustración había producido la Revolución Francesa, era obligatorio reconocer importancia política a la literatura que había ayudado a su difusión.

Tal cosa podía sostenerse si no se hubiera generalizado desmesuradamente este caso particular, por lo demás mal observado. La concepción de Voltaire era notoriamente insuficiente. Para él, la literatura estaba desligada de sus lazos naturales con el estado social y político así como de las ideas religiosas. Pero si la nueva escuela reparaba en parte esas negligencias, se inclinaba demasiado a construir encadenamientos arbitrarios y a exagerar demasiado la influencia de la literatura en la vida pública, particularmente la influencia moral. Se quería que la literatura frívola del siglo XVIII hubiera tenido no solamente una acción política disolvente, sino que hubiera introducido en el gobierno y en el pueblo una corrupción moral. No se detenía a analizar el estado de las épocas anteriores; se contentaba con sacar de la literatura conclusiones para ésta.

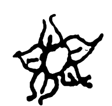
Es cierto que no se tenía más que un conocimiento muy fragmentario de la literatura antigua de los pueblos europeos. Sucedió a críticos románticos alemanes juzgar el drama clásico español únicamente por el poeta cortesano Calderón, sin conocer una sola pieza de Lope de Vega. También se descuidó comparar metódicamente la literatura popular del siglo XVIII, que se conocía, con la literatura popular de otras épocas que no se conocía. Se atrevían a ciertas obras clásicas y se sacaban conclusiones tranquilamente. De la excelencia de algunas obras antiguas se

llegaba a consideraciones morales elevadas. Se confundía cualidades artísticas con virtudes morales.

Los románticos trataban la historia literaria de manera más atrayente y fecunda para la filosofía de la historia que los iluministas, quienes aún como historiadores juzgaban de acuerdo con el canon de la estética clásica. Pero su método era más flojo; trabajaban con un material demasiado pobre y construcciones filosóficas arbitrarias. Generalmente, frente a valores puramente artísticos no sabían qué decir. Buscaban resolver el delicado problema de las relaciones entre literatura y sociedad con medios externos y desmañados.

La literatura, creación nacional. Muchos de ellos unían a estas ideas sobre la importancia universal de la literatura, el dogma de la nacionalidad. Hemos indicado en el primer capítulo cómo, bajo el influjo de la oposición contra la Revolución Francesa, comenzó la resistencia al cosmopolitismo (francés) del siglo XVIII y nació el sentimiento moderno de la nacionalidad. Hemos mostrado cómo se formó, en contradicción con toda experiencia histórica, la singular opinión de que la intervención desde afuera en el desarrollo nacional era siempre dañosa. Esta doctrina se extendió a la historia de la literatura y del arte. Desde la introducción del arte del Renacimiento por lo menos, no podía haber más problema de una tradición nacional en el sentido justo de la palabra. Se adoptó la palabra orden nada más que cuando el artista que rechazaba las inspiraciones del extranjero y se atenía únicamente a los modelos nacionales podía hacer grandes cosas. Lo mismo con los modelos cristianos pues se estimaba que el arte del Renacimiento, rompiendo con la tradición cristiana (medieval) en favor de un ideal extranjero (el antiguo), se había equivocado de camino. Se acordó pues a la literatura y al arte nacionales, o dichos tales, de la Edad Media, una atención particular. Cuando eruditos del siglo XVIII publicaban monumentos de la literatura medieval, lo hacían con un ingenuo placer patriótico. Querían demostrar que su propio pueblo, y no solamente los italianos, habían producido obras de arte en el pasado. Los románticos, por el contrario, cultivaron el estudio de la antigua literatura nacional con la idea de que el arte moderno no podía encontrar su salvación más que ateniéndose estrictamente a ésta.

No es este el lugar para llamar la atención sobre los extraños malentendidos históricos cuyas víctimas fueron los autores románticos que hicieron la filosofía del arte. Corresponde a la historia moderna de la literatura mostrar la falsedad de las hipótesis de la estética nacionalista de los románticos. Los que, en Alemania, por oposición a la poesía de imitación clásica de los siglos XVII y XVIII (que ellos tenían erróneamente por un producto especialmente francés), se volvían hacia la literatura y el arte clásicos de la Edad Media, ponían en primer



plano creaciones que todavía estaban más bajo la dependencia del arte francés que las obras contra las cuales se ponían a la defensiva. La literatura y el arte de la Edad Media no pueden pasar por exclusivamente cristianos y europeos ni aún en general, sino en un sentido restringido. Hemos debido mencionar aquí las apreciaciones del Romanticismo sobre la literatura y el arte porque, más aún que las teorías políticas, dejaron hondas huellas en la historiografía. No se puede tampoco dejar de anotar aquí cómo todas esas teorías románticas dependen de Rousseau. El optimismo de Rousseau, según el cual el hombre abandonado a sus instintos naturales hace espontáneamente el bien, está tácitamente supuesto por la doctrina romántica de que sólo el desarrollo natural librado a sí mismo, conduce al bien en la vida de la política y del derecho. Solamente los románticos limitaron a la nación las ideas de Rousseau: nada está bien más que lo que proviene de la nación y está de acuerdo con su naturaleza.

Obras particulares. Las apreciaciones románticas sobre los nexos entre la nación, la religión y la literatura encontraron su principal expresión en la historiografía francesa. Es sin duda CHATEAUBRIAND (pág. 120) quien por primera vez ha buscado establecer en detalle la influencia de las ideas religiosas sobre el carácter de una literatura Su *Génie du christianisme* (1802) no es un libro de historia, es una obra tendenciosa. Pero las notas que allí se encuentran sobre la diferencia entre el arte antiguo y el moderno abren, por lo menos, una época de la crítica histórica y estética.

Chateubriand rompió con el dogmatismo de la estética clásica. No solamente puso la literatura moderna por encima de la antigua, sino que se esforzó por fundamentar históricamente las diferencias de principio que las separan. Según él, los modernos sobrepasan a los antiguos en la pintura de caracteres porque, contrariamente al politeísmo, el cristianismo es al mismo tiempo una religión y una moral, que penetra los secretos de las pasiones y posee una parte dogmática moral deconocida por la Antigüedad (p. II, l. II, cap. I). La mitología antigua empequeñecía la naturaleza e impedía trazar grandes cuadros de esta naturaleza. (l. IV, cap.. I, *ibid.*).

De esta opinión a la regla de que el poeta moderno no debe tratar más que materias cristianas, no había más que un paso.

MADAME DE STAËL (1766 a 1817) trató por primera vez de demostrar mediante la exposición de un ejemplo, las relaciones de la literatura con la nacionalidad. Su famoso libro *De l' Allemagne* (1813) estaba también al servicio de una tendencia, pero la manera de establecer las relaciones entre la literatura y el estado social en Alemania era de un alcance histórico general. Por otra parte, Madame de Staël había expuesto mucho antes su programa en su escrito *De la litérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales,* (an. VIII, 1800).

A ella se liga Abel-Francisco Villemain (1790 a 1870), nombrado en 1815 profesor de elocuencia francesa; bajo Luis Felipe diputado y par de Francia; dos veces ministro de instrucción pública, elegido (1834) secretario perpetuo de la Academia Francesa. Su principal obra de historia literaria, el *Tableau du XVIII siècle* (curso dictado en los años 1827 a 1829) tuvo por objeto, sobre todo, exponer la influencia de la Ilustración y del estado político sobre la literatura del siglo XVIII en Inglaterra, en Francia y en Italia. Su trabajo es subestimado porque muchas cosas, que entonces decía por primera vez, llegaron a ser lugares comunes. Y es necesario confesar que no profundiza hasta las raíces más hondas de la Ilustración. Perc se le hará justicia si se le compara con sus predecesores. Hizo el primer ensayo de una verdadera historia de la literatura en el siglo XVIII. En él, las obras literarias no están aisladas; en lo posible, ellas están relacionadas entre sí y con la situación política del lugar donde han sido publicadas.

Desgraciadamente, como Guizot, destruyó el buen efecto de sus ideas con alusiones políticas y concesiones sacadas de la retórica universitaria. Estaba demasiado cerca de las celebridades del siglo XVIII para poder aplicarles ya una crítica imparcial. Frecuentemente aportó correcciones decisivas a los juicios tradicionales; pero no se atrevió a desaprobarlos completamente.

Villemain había elegido muy hábilmente su tema. Se lo pudo apreciar bien, cuando más tarde (1830) ensayó tratar según su método *Litterature du Moyen Âge.* Frente a este tema el elegante orador fué impotente. Para situar la literatura medieval en la historia se necesita una cultura filosófica e histórica completamente distinta que para reconocer las relaciones entre la literatura y la filosofía en el siglo XVIII. Cf. Brunetière, *L' evolution de la critique* 1890. G. Vauthier, *Villemain. Essai sur sa vie, son rôle et ses ouvrages* 1913.

El sucesor más notable de Villemain fué Gervinus.

Por otra parte, los tres escritores nombrados no están mencionados aquí —anotémoslo expresamente— como los representantes del punto de vista estrictamente romántico y nacional en la historia de la literatura. Los hemos citado justamente porque participaron menos que otros contemporáneos de las ideas dogmáticas preconcebidas, y por esta razón escribieron cosas más valiosas.

II

LA INTERPRETACIÓN ESPIRITUALISTA DE LA HISTORIA BAJO LA INFLUENCIA DE HEGEL

1. LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y LA IDEOLOGÍA DE HEGEL

La doctrina histórico-política del Romanticismo en su forma pura, no podía casi prestar servicio a la historia. Una escuela que proclamaba su respeto absoluto por el d e r e c h o h i s t ó r i c o, tomaba por lema la legitimidad y ensayaba llevar a la práctica una r e s t a u r a c i ó n de las ciencias políticas y de las instituciones políticas, si bien podía emplear las palabras desarrollo, formación progresiva, no era capaz de tomar esas nociones seriamente. Era esencialmente dogmática. No podía negar naturalmente que no lo hubiera sido, que no produjera todavía infracciones a la ortodoxia; pero estas herejías eran pecado para ella. Trabajaba con magnitudes invariables tales como el carácter nacional y no explicaba por qué había debido modificarse en el curso de los años el orden de las cosas querido por Dios. Toda la historia moderna se representaba como una caída.

El mago que se propuso conciliar las teorías románticas del genio nacional y del desarrollo orgánico inconciente con las variedades de la vida histórica, fué Hegel.

Hegel se sirvió de una manera original de la vieja teoría teológica de la historia. La racionalizó y la modernizó tanto que volvió a ser aceptable para la ciencia, y bajo esta forma la aplicó a todos los dominios de la historia.

La Ilustración alemana, por oposición a la francesa y la inglesa, había conservado siempre un fuerte sello teológico. No había descartado en absoluto, sino transformado a su modo, la antigua doctrina cristiana según la cual la h i s t o r i a u n i v e r s a l se desenvolvía de acuerdo con un plan divino de salvación. Había rechazado las ideas bíblicas y dogmáticas, pero había mantenido la ficción de una e d u c a c i ó n d e l g é n e r o h u m a n o y de la unidad orgánica de la historia universal. Fué Herder quien mas había acariciado esta teoría; solamente había reemplazado la noción de salvación por la de h u m a n i d a d (ver pág. 81 ss.). Hegel se adhirió a él. Supuso, como sus predecesores que el desarrollo histórico siempre mostraba un progreso hacia lo mejor. Fué más lejos que aquellos en que esquematizó este desarrollo y quiso encontrar al mismo tiempo una marcha regular, no solamente en la historia del mundo, sino también

en los diferentes dominios de la historia, sobre todo en la historia del espíritu humano.

Hegel satisfizo también a los dos partidos: a los románticos adoptando su dogma del desarrollo orgánico, a los adversarios del quietismo extraño a la verdadera historia, mostrando que de este lado de los límites trazados por el genio nacional, no solamente podían sino que debían tener lugar transformaciones históricas, según las disposiciones tomadas por el espíritu del mundo. Era una cuestión previa para los piadosos románticos restaurar, exteriormente por lo menos, en su *Geschichtsphilosophie,* una parte de la dogmática cristiana; una prevención para los racionalistas evitar las fórmulas teológicas y poner en su lugar formas de porte moderno y científico. Parecía haber triunfado, en la historia también, el desacuerdo entre la fe y la ciencia, entre las creencia de poderes morales en la historia, en un desarrallo de la humanidad dirigido por un espíritu superior y la comprobación de que allí sólo se mostraba una multitud de fenómenos contradictorios y de fuerzas irracionales.

Hegel adptó todas las hipótesis del Romanticismo contrarias a la historia y las extremó. Exageró el dogma del desarrollo orgánico, excluyendo violentas intervenciones irracionales en la marcha de la historia y la influencia del azar no solamente en general, sino hasta en los detalles, hasta en la formación de encadenamientos de ideas individuales (por ejemplo muchos sistemas filosóficos). Para él, el individuo es más impotente todavía que para los románticos. Para éstos, el individuo puede desplegar por lo menos alguna actividad fuera de los límites trazados por la nacionalidad y las fuerzas históricas; para Hegel, se funde íntegramente en el espíritu del universo.

El presente, punto de llegada de la filosofía de la historia.

Hegel procede peor, y comete un verdadero pecado contra toda especulación histórica, tomando siempre el presente como punto final y objeto del desarrollo. Se puede decir que, a pesar de su gran inteligencia, está, para los principios de filosofía de la historia, por debajo de la teoría cristiana, aún por debajo de Herder. La doctrina de los antiguos teorizadores reposaba sobre un fundamento imaginario, sobre la indentificación con la historia universal del pequeño trozo que de ella se conocía. Pero una vez que se tenía por cierta la fe de la Iglesia cristiana, esta tesis formaba un sistema bien cerrado, de espíritu universalista. Su comienzo y su fin estaban impuestos y siempre mantenían su validez: el paraíso y el juicio final limitaban en todo momento los destinos del hombre. Una filosofía de la historia que se apoyaba sobre estas hipótesis era digna de este nombre. Los mismos iluministas no habían abandonado este pensamiento fundamental que se acomodaba a su idiosincrasia. Cuando Herder colocaba la humanidad a la cabeza

del desarrollo, cuando Lessing y otros hablaban de una educación del género humano, querían hablar de un término en el porvenir, uno de cuyos grados constituía el presente, pero el cual no podía ser concebido todavía como el fin.

Hegel es el primero que introduce en la filosofía de la historia la idea antifilosófica que pone al presente accidental como meta de la historia. Fué el primero que tuvo audacia de imaginar un sistema que somete todo el pasado a ley del desenvolvimiento; pero contrariamente a toda experiencia considera el porvenir como una masa inmóvil. Hizo a la ciencia histórica moderna, es cierto, la concepción de separar completamente el paraíso inicial (concepción que sobrevive todavía en Herder bajo la forma del pacífico salvaje lleno de sentimientos humanitarios). Pero Hegel está a la zaga de sus predecesores en que buscó explicar no la historia sino únicamente el presente.

Las nuevas ideas sobre la importancia de la tradición.

El mérito inmenso de Hegel consiste en haber reconocido muy claramente y haber mostrado, con más perspicacia que los románticos, la importancia de la tradición (espiritual).

Los románticos, en oposición a los iluministas, llamaron la atención sobre el valor de la tradición. Pero habían divinizado ciertas opiniones tradicionales, y con un espíritu contrario a la historia habían postulado la invariabilidad de las grandezas tradicionales. Hegel desechó esos asertos arbitrarios y superficiales. Fué más imparcial que los románticos. No rechazó la época del absolutismo en favor de la Edad Media (mal comprendida) ni ensalzó las épocas de fe religiosas a expensas de los períodos de racionalismo. Obró de una forma mucho más hábil y más moderna que los políticos románticos. Ante todo fué el primer pensador capaz de poner mano en la influencia de la tradición aún cuando los lemas y las fórmulas habían cambiado, aún cuando las tendencias parecían oponerse abiertamente una a otra. Vió la tradición no solamente donde había relación evidente de discípulo a maestro, donde un sistema aceptado en principio era perfeccionado y continuado, sino aun allí donde la estrechez de una teoría daba lugar a restricciones en el sentido opuesto a "imitaciones en el cambio de frente" y donde dos sistemas hostiles se combinaban en un nuevo sistema *superior*. Ciertamente, el hombre que sabía amalgamar conjuntos de ideas antiguas y nuevas, la teología y el racionalismo, en brillante síntesis, no tenía que buscar lejos el modelo de su teoría histórica. Transportó su propio método a la historia e hizo obrar al espíritu del mundo de acuerdo con sus reglas. Lo que Winckelmann había presentido y aplicado solamente a la historia de los estilos artísticos, Hegel lo extendió a un sistema general de filosofía de la historia.

Las construcciones de Hegel. Las apreciaciones de Hegel sobre la importancia de la tradición espiritual constituyen casi todo el fruto que la ciencia histórica debe a sus inspiraciones. Desgraciadamente no se contentó con construir una fórmula con sus ideas de desenvolvimiento, que en circunstancias normales debía reglamentar el curso de la historia; quiso ver realizado en la historia, en todo sentido y siempre, su plan ideal. El progreso del pensamiento filosófico que lleva a la síntesis por la tesis y la antítesis, debía cumplirse siempre también en la realidad empírica.

Hegel cayó así en construcciones completamente fuera de la historia. Su mismo esquema no está demostrado, es falso. Aún en el caso inconcebible de que un desarrollo espiritual se cumpla aislado en el espacio —sin choques externos, sea por consecuencia de cambios políticos y sociales imprevistos, sea por el efecto de ideas extranjeras nacidas alrededor— de acuerdo con la ley de la persistencia, habría en circunstancias normales no un desarrollo sino un estancamiento. Puede haber allí personalidades distinguidas que avancen por caminos nuevos. La gran masa, que sin embargo históricamente y sobre todo para la filosofía de la historia, entra sóla en consideración, está firmemente ligada a las opiniones tradicionales, cuando circunstancias exteriores no la fuerzan a cambiar. Pero aunque fuera cierta esta hipótesis de Hegel, no sería admisible que el desarrollo de conceptos del espíritu se cumpliera siempre de acuerdo con su esquema dialéctico. El espíritu del mundo no procede de una manera tan simple, tan lógica. De las brillantes construcciones de Hegel no hay más que llevar rápidamente la mirada sobre la historia empírica, para que su teoría, como ley, se derrumbe. Aún si se quisiera excluir el azar en el sentido corriente de la palabra, y la influencia imprevisible de ciertas personalidades, subsistiría el hecho de que todas las relaciones humanas (fisiológicas, políticas, intelectuales, económicas, etc.), son demasiado independientes y se cruzan muy frecuentemente en sus efectos, para que se pueda admitir la validez normativa de una fórmula cualquiera de desarrollo, que toma su punto de partida en una sola necesidad y reúne en lema los esfuerzos para satisfacerlo.

2. HEGEL HISTORIADOR

Otros pensadores que especularon sobre la historia, tales como Bodin y Vico, no se ocuparon concretamente de la historiografía y no ejercieron influencia sobre la de su tiempo. Es por esto que no hemos hablado de ellos en la presente obra. Otra cosa sucede con Hegel. Como su sistema quería reducir a una fórmula la realidad misma, se ejercitó en exposiciones históricas y dejó tras él una gran escuela histórica.

La historia de la filosofía. Hegel había sacado de su método filosófico su esquema dialéctico de filosofía de la historia. No debe sorprender, pues, que en ningún terreno su sistema haya producido frutos tan ricos como en el de la historia de la filosofía. Aquí sus cualidades resultan mejor y sus defectos parecen menos que en otra parte.

Concebir como una unidad la historia de la filosofía desde Tales hasta nuestros días (sólo hace en la introducción una breve mención de la filosofía de los hindúes y de los chinos) no era por lo menos una violencia hecha a la materia. El autor hacía abstracción de todas las influencias exteriores no filosóficas e imponía a la historia un cuadro extraño a la realidad. Pero trataba una parte donde la tradición universal frecuentemente había tenido un peso extraordinario a expensas de la individualidad y donde podía presentarse más a menudo que en otra parte el caso de un desarrollo por antítesis y síntesis. Es más fácil crear nuevos sistemas que nuevos estados sociales. Precisamente porque la filosofía responde a una necesidad artística tanto como a una necesidad científica, el gusto por el cambio está muy acentuado en ella. Y porque sólo vive en el espíritu de un pequeño número de hombres que tienen disposición por la especulación y sienten un placer en pensar, la inclinación natural a la estabilidad es menos fuerte en ellos que en los hombres que hacen historia.

Entre Winckelmann, que podría ser llamado precursor, y Hegel, estaban Kant y la crítica de la idea de tiempo. Winckelmann se representaba el desarrollo del arte como una modificación que sobrevenía en le curso del tiempo. Hegel buscó liberarse de la idea del tiempo dada empíricamente. La filosofía no ha culminado un día dado; no ha sido verdadera de golpe, como el arte, según Winckelmann, fué bello un día dado; sus etapas antiguas y recientes forman una unidad. La filosofía no es completa en ningún momento; su idea sólo llega a la eclosión en su desarrollo histórico. "El estudio de la historia de la filosofía es el estudio de la historia de la filosofía misma". (*Gesch. der Philos.* 1 Aufl. I, 43).

Porque el contenido de la idea se desarrolla en las diferentes filosofías como en sus formas. "La diversidad de principios que aquí aparece no es indeterminada sino necesaria; las formas se integran en la forma completa. Son las determinaciones de la forma primitiva; su imagen constituye el todo" (*ibid.* I, 48). Aparentemente no es más que una filosofía refutada por otra. "Esta refutación se presenta en todos los desarrollos. El desarrollo del árbol es la refutación del germen, la flor refuta a las hojas mostrando que no son la existencia suprema y verdadera del árbol. La flor es por fin refutada por el fruto, pero éste no puede llegar a la realización sin los grados que lo han precedido" (*ibid.* I, 51). El historiador de la filosofía no tiene que razonar ni juzgar, sino comprender y justificar cada sistema en su lugar. Aquí

reina también "la gran presunción de que el mundo ha marchado según la razón" (I, 49).

Esta razón se expresa como "la sucesión de sistemas en la historia es lo mismo que la sucesión en la derivación lógica de las determinaciones de la idea" (I, 43) y como "lo que dirige el desarrollo es la dialéctica interna de las formaciones sucesivas" (I, 50).

Se advierte qué violencia impuso Hegel a los hechos, y la historia ha demostrado luego suficientemente cuán poco responde su sistema a la realidad. Pero hay dos cosas que es necesario no olvidar.

Primeramente, de acuerdo con la concepción romántica de la historia, Hegel puso fin decididamente a las explicaciones individuales y pragmáticas en el terreno de la historia del espíritu. Educó así el método que consistía en derivar sistemas filosóficos de mezquinas intrigas personales.

En segundo lugar, se intentó por primera vez componer una historia de la filosofía en la que se estableciera una conexión íntima entre los diferentes sistemas. Antes de Hegel no existían más que historias de filósofos, lo mismo que antes de Winckelmann no se habían escrito más que historias de artistas. Si Hegel llevó al extremo sus consideraciones sobre las relaciones de dependencia de los sistemas filosóficos recientes frente a los antiguos, si los comprimió en su desgraciado cuadro dialéctico, esto disminuye su mérito pero no lo borra. Fué el primero que emprendió una historia genética de la filosofía.

Ninguno de sus otros escritos históricos ha producido en la historiografía efectos tan marcados como esta obra que era su curso favorito. Bien se puede decir que sin su *Historia de la filosofía,* toda la historia moderna de la filosofía y de los dogmas habría tomado otro aspecto.

Y esto a pesar de los defectos que tiene la obra, abstracción hecha del error especulativo inicial. No es un libro, es un cuaderno de notas que no puede pasar por un trabajo acabado. Los estudios preliminares, como no se podía esperar otra cosa de un escritor enciclopédico, no son muy profundos. La repugnancia por el nuevo método de crítica filológica tuvo frecuentemente efectos enojosos. Pero todas estas eran imperfecciones que los discípulos especializados fácilmente podían corregir y que han sido bien pronto corregidas. Ellas no afectaban al meollo de su concepción.

La "Filosofía de la historia".

La *Historia de la filosofía* parte de una hipótesis no demostrada. Reemplaza las contingencias imprevisibles en el curso de la historia por construcciones dialécticas. Espiritualiza demasiado la historia de la filosofía, desligando los sistemas filosóficos de todas sus raíces no filosóficas, aislándolos aún de su atmósfera espiritual, por ejemplo de las creencias positivas de las masas contemporáneas. Pero, por lo menos, trataba un tema que tenía real continuidad interna y que pertenecía a la historia del espíritu.

La *Filosofía de la historia* de Hegel representa, por el contrario, un ensayo sobre una materia inadecuada. Ya la suposición de que hay una historia universal con un desarrollo de conjunto, no es sostenible. La doctrina de San Agustín y de Bossuet, que agrupaba la historia universal alrededor del cristianismo, era estrecha, pero formaba un sistema cerrado y consecuente. La idea de la educación del mundo por el cristianismo, una vez traducida en lenguaje laico y metafísico, ya no era posible, en todo caso era poco filosófico conservar el punto de vista centroeuropeo, que no puede sostenerse sino presuponiendo una religión fuera de la cual no hay salvación posible. Se perdona a un filósofo el considerar su sistema como la conclusión de todo el desarrollo filosófico, y el hacer converger la especulación anterior hacia ese objeto final. Pero un pensador que ve en el estado político del presente el objeto de la historia universal, desciende a la categoría de publicista. Y cuando identifica ese objeto con la constitución accidental del país, la cual intenta erigir como el resultado razonable de la historia frente a movimientos de oposición reformadora, esa filosofía toma el desagradable aspecto de una apología oficiosa.

Fué el caso de Hegel. Para él la historia universal era "el progreso (necesario) en la conciencia de la libertad", desarrollo que sólo podía construir colocando "el Oriente" al comienzo, continuándolo con los griegos y los romanos y terminando con los pueblos germano-cristianos. Esta serie bien puede servir de base cuando se quiere dar una historia de la civilización europea. Pero cuando, como Hegel, se coloca decididamente al Estado en el centro de la historia universal, no se tiene el derecho de cambiar arbitrariamente el escenario geográfico e imaginar un encadenamiento entre formas estatales que apenas tenían entre sí algún contacto. ¡Y de dónde sacaba él la competencia necesaria para inferir de la tendencia a una más grande libertad política que se había manifestado en Europa en los últimos siglos, un plan de historia universal del espíritu del mundo? ¿No habría podido partir del Oriente actual, por ejemplo del Estado chino (puesto que no reconocía la historia de pueblos que no habían formado Estados, tales como los indios)? Ponía como objeto final del mundo "la conciencia que tiene el espíritu de su libertad y por eso mismo la realización de su libertad": y bien, ese mundo, aun cuando se supriman todos los pueblos no dotados políticamente y sin cultura independiente, no coincide más que con una débil parte del mundo real.

La *Philosophie der Geschichte* encierra una multitud de inteligentes anotaciones. La polémica contra la escuela pragmática está muy espiritualmente conducida. Pero la historia universal está comprimida en un esquema insostenible aunque brillante. La especulación de Hegel es demasiado dependiente de la teoría teológica y de la tradición literaria en historia. No era culpa suya si sectores enteros de la historia antigua, por ejemplo la antigua historia de Babilonia y Egipto, eran todavía

desconocidos. Pero no hay más que un conocimiento mediocre de las naciones no europeas. Es verdad que buscaba llenar las lagunas de su saber con una rápida lectura. Pero ya había puesto los fundamentos de su sistema de filosofía de la historia inspirado en el constitucionalismo moderado del presente, cuando volvió su mirada más allá de Europa y Asia Menor. Opuso todavía enérgica resistencia a la crítica moderna que amenazaba quebrar sus construcciones hipotéticas. Gustaba más especular partiendo de un conocimiento insuficiente de la realidad, que examinar ésta a la luz de la crítica empírica. Rechazaba el método de crítica filológica en general, y en particular la historia romana de Niebuhr. Pretendía (en el capítulo sobre el mundo romano) "que se acomoda mejor aun a los historiadores" (por oposición a los filólogos y a los juristas) porque ellos "se atienen a los grandes rasgos y respetan la historia como tal", y en consecuencia "hacen lugar a los acontecimientos decisivos." Singular método. La cuestión es, justamente, saber si los sucesos decisivos relatados por Tito Livio reposan sobre la verdad.

G. W. F. Hegel, nacido el 1770 en Stuttgart, fallecido el 1831 en Berlín donde, desde 1818, era profesor de filosofía, dictó por primera vez en 1805-1806 su curso de *Historia de la filosofía*, que fué impreso entre 1830 y 1836 como ts. XIII a XV de las *Werke* (pub. por Michelet). Una nueva edición, a cargo de Bolland, apareció entre otras en 1908.

La *Filosofía de la historia* fué enseñada por vez primera entre 1822-23; impresa primeramente en 1837 como t. IX de las *Werke* (pub. por E. Gans); segunda edición por el hijo de Hegel, Carlos, en 1840, muchas veces reimpresa luego.

Es imposible citar aquí toda la literatura sobre Hegel, acrecentada considerablemente en estos últimos tiempos y que presta atención, principalmente, a la filosofía de la historia. Citaremos solamente algunas obras: F. Barth, *De Geschichtsphilosophie Hegels und der Hegelianer bis auf Marx und Hartmann* 1890; K. Mayer-Moreau, *Hegels Sozialphilosophie* 1910; H. Reese, *H. über das Auftreten des christlichen Religion in der Weltgeschichte* 1909. Cf. también W. Köhler: *Idee und Persönlichkeit in der Kirchengeschichte* 1910 y la literatura que allí se cita.

3. LA ESCUELA DE HEGEL

El sistema de filosofía de la historia de Hegel ha tenido una poderosa influencia sobre la historiografía. Pero sólo ha sido fecunda realmente en la historia del espíritu. Su espiritualización de la historia general y de la historia política, su tentativa para presentar la historia del mundo como el progreso dialéctico de una idea que sería idéntica a la realidad. se halla en contradicción demasiado flagrante con los hechos reales para que los historiadores políticos hayan podido permanecerles fieles. Pero ella dominó la historia de la teología dogmática y de la filosofía, sobre todo cuando los historiadores provenían de la teología y estaban predispuestos, por ello, a admitir un plan de la Providencia dirigiendo la marcha de la historia.

a) BAUR

Ferdinand Christian BAUR, nacido el 1792 en Schwiden cerca de Kannstadt, teólogo, en 1817 profesor en la Klosterschule de Blaubeuren, llamado en 1826 a la Universidad de Tubingue, donde murió en 1860. De sus numerosos escritos sobre la historia de la Iglesia y sus dogmas sólo nombraremos los principales:

1º *Das manischaische Religionssystem*, 1831.

2º *Die christtiche Gnosis oder die christliche Religionsphilosophie in ihrer geschichtlichen Entwicklung*, 1835.

3º *Lehrbuch der christlichen Dogmengeschichte*, 1847.

4º *Paulus der Apostel Jesu Christi*, 1845.

5º *Kritische Untersuchungen über die kanonischen Evangelien*, 1847.

6º *Kirchengeschichte*, 1853 a 1863; los dos primeros volúmenes publicados por él mismo (el primero bajo el título de *Das Christentum und die christliche Kirche der drei ersten Jahrhunderte*), el tercero preparado por él, los dos últimos según los cuadernos de clase que dejó.

7º *Die Epochen der kirchlichen Geschichtschreibung*, 1852.

Cf. O. Pfleiderer, *Die Entwicklung der protestantischen Theologie*, 1891; K. Weizsäcker, *F. Chr. B.*, 1892 (discursos); G. Frädrich *F. Chr. B... als Theologe, Schriftsteller und Charakter* 1909; E. Schneider, *F. Ch. B. in seiner Bedeutung für die Theologie*, 1909.

Baur discípulo de Hegel.

El discípulo más grande y más influyente del historiador Hegel fué el teólogo wurtembergués Baur.

Baur tomó en su totalidad las ideas de Hegel sobre la filosofía de la historia. Sus trabajos de historia eclesiástica no hacen sino aplicar a la historia del cristianismo, o más bien del dogma cristiano, el método de la historia de la filosofía. Si el maestro había visto en la historia de la filosofía la expansión de la idea de la filosofía, Baur miraba la historia de la Iglesia como la expansión de la idea cristiana. Como Hegel, creía que el proceso dialéctico con cuya ayuda el constructor de un sistema desarrolla una idea, era también la forma real del desarrollo histórico.

Tenía sobre Hegel la ventaja de tratar una materia cuya continuidad interna estaba mucho mejor establecida que la unidad de la filosofía moderna y de la antigua. Estaba en inferioridad de condiciones porque la concepción ideológica era mucho menos apropiada a la historia de la Iglesia y de la doctrina cristiana que a la historia de la filosofía.

Baur sólo trata, por así decir, la filosofía de la religión o de la teología. Sólo toma por artículo de fe las ideas que habían sido formuladas y propagadas en círculos de educación filosófica. Sus ideas no tienen punto de contacto con la realidad. Descuidaba el elemento personal e irracional (sus grandes hombres, como los de Hegel, sólo obran porque personifican una forma de la idea). Colocaba las transformaciones de los dogmas fuera de las circunstancias políticas, sociales y geográficas, aún fuera de los cambios esenciales en la organización eclesiástica; todavía los desligaba más de sus relaciones con las ideas reales de las

masas. Seguía bien aquí y allá la acción de los sistemas filosóficos sobre la doctrina cristiana, pero se quedaba ahí.

Los historiadores políticos contemporáneos no analizaban de buen grado más que las ideas de las personalidades dirigentes y no se representaban como poderes activos nada más que los gobiernos y los parlamentos: del mismo modo, para Baur, el pueblo, los laicos y las comunidades, desaparecían tras los teólogos creadores del dogma. Todo lo que hoy se califica de superstición, todas las fantasías populares que son de importancia capital para la historia de la religión, todo eso no existe para él. No hay historia de las prácticas religiosas ni historia de la piedad cristiana. Se puede excusar que haya omitido la historia de la administración eclesiástica, la del derecho eclesiástico, etc., diciendo que su único objeto era exponer la historia de los dogmas. Pero esta última también la ha colocado en el aire, dejando completamente en la oscuridad la fe real y que obra en favor de las fórmulas por las cuales los teólogos habían buscado reconciliar las ideas cristianas con las lecciones de la filosofía antigua.

Baur adelantó grandemente la comprensión de la historia eclesiástica. Infligió al pragmatismo, siguiendo a Hegel, una derrota definitiva. Mostró relaciones orgánicas allí donde no se había visto hasta entonces más que una yuxtaposición arbitraria. Creó la historia de los dogmas del mismo modo que Hegel la historia de la filosofía. Pero independientemente del esquematismo de su fórmula de desarrollo, en lugar de resolverlo, dió vuelta al problema que había provocado el pragmatismo.

Los pragmatistas habían derivado las variaciones de la dogmática exclusivamente de contingencias personales y de cálculos políticos. Baur cayó en el otro extremo: sus ideas tienen existencia independiente como seres supraterrenales. No busca vencer a los pragmatistas siguiendo su investigación y combatiéndolos con sus propias armas. Hubiera tenido derecho de insistir frente a ellos sobre el valor *independiente* de la tradición religiosa. En lugar de eso la dejó como estaba y descuidó buscar la acción de los elementos políticos, sociales y económicos sobre la Iglesia y la religión.

Baur y la crítica filológica. En un solo punto superaba Baur a Hegel. Contrariamente a su maestro acepta plenamente el método de crítica filológica (ver p. 137 ss.). Se puede decir que su posición en la historiografía está caracterizada ante todo por la unión de las ideas especulativas de Hegel con la crítica de las fuentes de Ranke. No fué el primer teólogo que buscó referir libros a sus fuentes (cf. por ejemplo, p. 85 s.), pero aplica por primera vez sistemáticametne los principios críticos de Ranke a los escritos del Nuevo Testamento. Con la ayuda de investigaciones plenas de sagacidad, quiso establecer detalladamente en qué circunstancias se habían producido las fuentes y a qué tendencias habían debido obedecer. En ese difícil terreno fre-

cuentemente se equivocó. Sobre todo se dejó desviar en cuestiones cronológicas por ideas preconcebidas, es decir, por su fe en la fórmula de desarrollo de Hegel. Pero la importancia de su innovación no está amenguada. La ciencia ha debido corregirla después frecuentemente: jamás puso en duda el principio de que todo estudio fructífero de la historia antigua eclesiástica debía tener por base la crítica filológica e histórica de las fuentes.

Desgraciadamente Baur no poseía el talento artístico de Ranke. No pone aparte los estudios preliminares, sino que los comunica, como Niebhur, con el texto. No se encuentran en él, trazas de ese placer por la vida real que da a las obras juveniles de Ranke un encanto incomparable. La historia, para Baur, está filosóficamente deducida más que narrada. Escribe para un público esotérico, de educación filosófica y teológica. Aún sin la confrontación con un artista nato como Renán, los trabajos de Baur habrían dejado de ser considerados como obras de historia desde hace mucho tiempo.

b) ZELLER

Eduard ZELLER, nacido el 1814 en Kleinbottwar, Wurttemberg, en 1840 *privatdozent* de teología en Tubingue, de 1847 a 1849 profesor de teología en Berna, 1849 en Marburgo; pasa allí a la Facultad de Filosofía, en 1862 llamado a Heidelberg, en 1872 a Berlín; se retiró en 1895, falleciendo en 1908 en Stuttgart. Tiene un lugar en nuestra historia por su *Geschichte der griechischen Philosophie* (1844 a 1852) y su *Geschichte der Deutschen Philosophie seit Leibnis* 1872. Cf. Diels en *Abhandlungen der Berliner Akademie* phil.-hist. Klasse 1908.

Eduardo Zeller es, con Baur, uno de los representantes más distinguidos de la escuela de Hegel. Marca la reacción que se produjera en el seno mismo de la escuela contra el esquematismo del maestro. En su obra principal, la *Historia de la filosofía griega en su desarrollo histórico,* dedicada a Baur, quería, como lo dijo en su prefacio, "conservar el equilibrio entre las investigaciones eruditas y las consideraciones especulativas sobre la historia". Rechazaba tan resueltamente como Hegel el viejo método de pura compilación; pero no sentenciaba que la historia debía ser construída lógicamente. Veía con mayor claridad que otros discípulos de Hegel que la historia no ofrece jamás un caso empíricamente aislado. Empleó la crítica filológica, pues, con más independencia todavía que Baur. No rechazó radicalmente la filosofía de la historia de Hegel, pero la modificó en provecho de la realidad objetiva.

No es una casualidad que la escuela de Hegel tenga su mayor éxito en la historia de la filosofía griega. Ninguna materia soporta relativamente tan bien como ésta, construcciones a la manera de Hegel. En efecto, la filosofía helénica se ha desarrollado con una gran independencia respecto del Estado y de la Iglesia. En la exposición de la filosofía griega, Hegel había dado ya su mejor contribución a la historia.

De Hegel procede también, como se sabe, la concepción materialista de la historia, de la cual no podemos ocuparnos aquí, aunque ha sido bien formulada teóricamente en nuestro tiempo (quizá por primera vez en la *Miseria de la filosofía* de Karl Marx 1841), pero sin servir todavía de fundamento a obras históricas. Cf. I. Plege, *Marx und Hegel* 1911. Sobre los precursores véase W. Sulzbach, *Die Aufäuge der materialistischen Geschichtsauffassung* 1911.

III

LA NARRACIÓN ROMÁNTICA Y LA DOCTRINA DE COLOR LOCAL

1. OBSERVACIONES GENERALES

El color local en los escritores de otras escuelas y en los románticos.

Por sus ideas estéticas e históricas, el Romanticismo aportó también una revolución en la forma de la historiografía.

Los historiadores de la Edad Media no habían tenido escrúpulo en representar los sucesos del pasado con el aspecto del tiempo presente. Coloreando las narraciones de sus fuentes, habían partido siempre de la suposición de que las condiciones de vida en las épocas antiguas eran idénticas a las de los tiempos modernos.

El humanismo había descartado esta ingenua manera de escribir, pero poniendo en su lugar algo que no era menos extraño a la realidad histórica. Abolió el ropaje medieval sólo para introducir las suntuosas vestimentas de la retórica romana. Expuso la historia de la Edad Media y la historia moderna como si hubieran tenido por teatro la escena artificial que suponen, por ejemplo, las tragedias de Séneca.

La Ilustración había roto por primera vez con este falso disfraz. Su jefe, Voltaire, por lo menos había destruído, en sus últimas obras, hasta los últimos restos del estilo de la antigua retórica.

Pero esos historiadores todavía no habían pensado buscar sistemáticamente el color de la época. Ya no presentaban sus héroes como antiguos romanos, pero hacían tipos generosos de la humanidad. Pidiendo pruebas a la historia e instigaciones para sus estudios históricos y sociológicos, ponían la narración en segundo plano y no concentraban su atención más que sobre lo esencial, sobre los rasgos principales que se prestaban a conclusiones por analogía. Gustaban más analizar que describir. La historiografía humanista había mostrado lo que sucedía ante

las candilejas, la Ilustración buscó proyectar luz sobre la maquinaria tras la escena. Le parecía indiferente saber con qué disfraz se vestía a las marionetas y se llevaban ante el público. Descartó la toga del romano y puso en su lugar un ropaje no abiertamente moderno, pero sin época determinada. Era cosmopolita hasta en el estilo.

Lo que faltaba a los románticos en ese estilo era primeramente el respeto de la historia. Desde que se había reconocido a la historia como tal un valor íntegramente ignorado, debía evitarse resumirla irrespetuosamente a la manera de los iluministas. Por otra parte, la historiografía de estos últimos carecía de vida a los ojos de los románticos. Éstos partían (como la escuela de Rousseau y el humanismo) de la suposición curiosa de que la historia no tenía que analizar fríamente, sino emocionar, arrebatar como la poesía. Como la historia en general no puede alcanzar ese objeto más que relatando ampliamente, los románticos pusieron la narración en primer plano. Los exagerados hasta pretendían que la historia resucite el pasado, es decir, que exponga los sucesos de tal manera que el lector crea verlos presentes ante él. La historia, sin embargo, debía precisamente hacer posible discernir encadenamientos más profundos que el que es visible a la experiencia restringida de una sola generación (la de los contemporáneos). Pero querían de tal modo acercar el pasado que la perspectiva histórica desaparecía.

Es característico que el modelo de los historiadores románticos haya sido un novelista, Walter Scott. Las novelas históricas de este encantador del norte fueron, hasta mediados del siglo XIX, el ideal sobre el cual autores y lectores medían, conscientemente o no, las producciones históricas. No sólo la novela histórica en general, como se ha dicho. Ella existía desde tiempo atrás (se la puede hacer comenzar con las *Guerras civiles de Granada*, de Hita, 1595). Es desde Walter Scott solamente que influyó sobre la historiografía. Es a él, es a las novelas del autor de *Waverly* a quien la historiografía romántica debe su lema: el color local.

Influencia de Chateaubriand y de Walter Scott. El nuevo estilo, sin embargo, no fué inventado por el poeta escocés. Fué creado por el más grande teórico de la estética romántica, por Chateaubriand.

No es por casualidad que el color local fué buscado preferentemente en las exposiciones de historia medieval. En esta materia resaltaba más el contraste con las imitaciones de la Antigüedad que se habían preferido hasta entonces. La exigencia del color local formaba parte de la reacción romántica y cristiana de la cultura moderna contra el paganismo de los humanistas, reacción que caracteriza toda la obra de Chateaubriand.

La estética del clasicismo no había conocido un arte cristiano. Había establecido reglas dogmáticas, generalmente prestadas por la Antigüedad y que debían ser valederas para el arte de todos los pueblos y de to-

das las religiones. Sus legisladores habían desterrado (como Boileau) del arte serio los temas cristianos o bien no los habían tolerado sino revestidos con la forma antigua. Habían pedido también que la historia medieval y moderna fuera expuesta de acuerdo con el canon antiguo.

Aparece Chateaubriand. Busca demostrar en su *Génie du christianisme* (1802) que el arte cristiano, el culto cristiano, la fe cristiana, etc., podían tender a la belleza como el arte y la mitología antiguos, y aún que ellos tenían bellezas desconocidas por la Antigüedad. Según él, el arte está relacionado estrechamente con la religión, y el artista moderno obtendría efectos poderosos haciendo un llamado a las ideas vivas, cristianas y modernas, en lugar de atender a las ideas muertas de la Antigüedad. Los historiadores sacaban de esto, naturalmente, la conclusión de que la historia moderna, particularmente la de la piadosa Edad Media, debía ser expuesta en las formas del arte cristiano, es decir, en sus propias formas.

Se rechazaron entonces las exposiciones de la Edad Media cuyo estilo recordaba a Tito Livio o aun a Virgilio. La narración no podía pasar por verídica sino resucitaba el estilo de las crónicas medievales. Alcanzaba su objeto más alto cuando el lector creía leer no a un autor moderno sino una vieja leyenda o un romance. Admitido esto, sólo había que dar un paso para pedir que cada época fuera descripta de acuerdo con su carácter, es decir, en el estilo de su literatura.

Se advierten las raíces de donde salió la doctrina de color local. Por una parte, es el sentimiento nuevo de la unidad orgánica del arte, de la religión y de la nacionalidad; por la otra, la nueva religiosidad estética. Esta última sobre todo. Pueblos y países sólo tienen un atractivo novelesco contemplados a distancia. No se siente la bella pátina de los siglos nada más que cuando se es ajeno a las fuerzas vivas del presente.

Chateaubriand no sólo formuló teóricamente la doctrina del color local, fué el primero en dar el más brillante ejemplo de su aplicación. Los *Martyrs* (1807) es la primera narración histórica donde el contraste de las dos civilizaciones es concebido, no desde el punto de vista moral, político o sociológico, sino desde el punto de vista del arte. La célebre descripción de una batalla entre los romanos y los francos, en el libro VI, es el primer cuadro de una acción histórica donde la fidelidad de las vestimentas es el punto principal. Se puede decir que los *Récits des temps mérovingiens* de Augustín Thierry están contenidos en germen en estas páginas.

Sin embargo este medio de expresión sólo se popularizó por las novelas de Walter Scott. Scott desarrolló sistemáticamente las indicaciones del romántico francés. Entró abundantemente en detalles. No se contentó con oponer grandes épocas entre sí, se sumergió gustosamente en las particularidades nacionales y locales. Las figuras del pasado que habían sido consagradas por los nacionalistas en fórmulas incoloras, parecían revivir con vida rica y brillante. ¿Qué historiador había es-

bozado una imagen tan vigorosa de los puritanos ingleses y sabido marcar con una impresión tan pintoresca la oposición política y religiosa entre los "caballeros" y los "cabezas-redondas", como Walter Scott en *Peveril of the Peak?* ¡Cómo para no aniquilar los razonamientos políticos de Clarendon y los fríos epigramas de Hume!

El éxito clamoroso de las novelas del autor de *Weverly* arrastró a todos los historiadores. Se sabe lo que Ranke debe —positiva o negativamente— a Walter Scott (ver p. 125) y es algo más que una hipótesis afirmar que sin *Ivanhoe* (1820) la *Conquête de l'Anglaterre par las Normands* de Augustín Thierry (1825) no hubiera sido escrita o hubiera tomado una forma completamente distinta.

La doctrina del color local fué elevada a la categoría de dogma. Guardar fielmente las vestimentas fué el primer deber del historiador. No se hizo más pesado reproche a la antigua escuela que el de haber descuidado el color local. Es casi exclusivamente desde ese punto de vista que Thierry, en sus *Lettres sur l'histoire de France,* critica a los historiadores antiguos. Contra la introducción a la *Historia de Carlos Quinto* de Robertson, quizá la obra maestra de la historiografía iluminista, Villemain lanzó la objeción de que ella contrariaba "la verdad local y pintoresca"; porque había excluído de la narración los detalles originales y característicos, relegándolos a las notas. (*Tableau du XVIII.e siècle,* 2ª parte, 4ª lección).

Defectos de la doctrina del color local.

La doctrina del color local tenía sus ventajas. Subrayaba la dependencia de lugar y de tiempo en que se encuentran los hombres. Disminuía la tendencia a hacer personajes históricos de tipos sin fecha. Pero tenía inconvenientes graves.

La atención fué trasladada de los grandes problemas históricos a los detalles externos. Los historiadores descuidaron buscar las necesidades reales de los organismos políticos; les bastó con la mascarada de candilejas. Volvieron a poner a la historia sus vestimentas de la infancia. La gran mayoría de los antiguos cronistas, por incapacidad o partidismo, no habían descripto más que los aspectos exteriores de los sucesos: se procedió ahora como si ellos solos tuvieran importancia.

Por otra parte, con frecuencia los historiadores entendían mal el color local. Detalles de vestimenta, formas originales del derecho, expresiones populares, etc., pueden ser de gran valor histórico como síntomas de ciertas situaciones económicas, de ciertos estados de civilización. El deber del historiador es descubrir qué necesidades las hicieron nacer y extenderse. Pero precisamente los historiadores románticos esquivaron ese deber. Se abandonaron ingenuamente a las asociaciones de sentimiento que despierta en los hombres modernos la observación de las viejas instituciones. Al encontrar poéticas expresiones arcaicas y exóticas, imaginaron que habían debido producir el mismo efecto sobre los contem-

poráneos. No reflexionaban que las instituciones que les hacían sentir el estremecimiento de la veneración, no parecían en el tiempo en que nacieron, ni extrañas ni solemnes.

A este defecto se unía otro que tuvo consecuencias todavía peores. Los historiadores románticos renegaron del esquema fecundo que había trazado Voltaire en su *Siècle de Louis XIV*. Desdeñaron seguir a la Ilustración por el camino del análisis y se convirtieron en meros narradores. Omitieron casi por completo la historia de la administración, del comercio y de las finanzas. Era, precisamente descartar las partes de la historia que hubieran podido atenuar el empleo exclusivo del color local.

Sus partidarios. Esta doctrina asocia a todas las tendencias de la historiografía. Es cierto que fué creada por dos románticos y cultivada particularmente por los historiadores románticos; pero fué acogida también por los historiadores cuyas opiniones políticas los colocan bajo el nombre de liberales. Es en Francia donde ella estuvo más en boga, tanto en la literatura como en la historiografía. En Alemania, el carácter especulativo de la historiografía fué obstáculo para su desarrollo; en Inglaterra fué el sello de la política de partido. También, en Francia, se mezcló sin duda a tendencias políticas y especulativas; pero éstas eran menos acusadoras que en los sucesores de Walter Scott en otros países.

Los historiadores de quienes vamos a ocuparnos pertenecen al número de aquellos que presentan el carácter romántico en su mayor pureza. Remitimos a otro grupo los que como Ranke, Macaulay, etc., se han inspirado en la doctrina del color local, pero la han subordinado a otras tendencias.

2. LA ESCUELA NARRATIVA

a) BARANTE

Prosper Brugière, barón de Barante, nacido el 1782 en Riom, muerto en 1866, diplomático publicista, consejero de Estado bajo el Imperio y bajo la Restauración, sólo cuenta en la historiografía por su obra principal, la *Histoire des ducs de Bourgogne* (1364 a 1483), 1ª edición 1824 a 1826.

El barón de Barante fué el verdadero clásico de la nueva escuela romántica inspirada por Walter Scott. Nadie ha representado con mayor pureza la doctrina del color local. Thierry unía, sin compaginarla, la forma de Chateaubriand a teorías tomadas de Saint-Simon y de otros: Barantes sólo ofrece una narración. No en vano pone por lema a su historia la frase de Quintiliano: *Scribitur ad narrandum, non ad probandum.* Declaró su intención formal de comunicar a la historia el en-

canto de la novela histórica (Prefacio, p. XL). No siguió ninguna tendencia, ni siquiera la de una rehabilitación de la piadosa y caballeresca Edad Media. Se abstuvo de toda reflexión. Su narración debía obrar a la manera de una antigua crónica, únicamente por su ingenuidad.

Su éxito fué debido en gran parte a que supo encontrar para su objeto la materia más apropiada. Ninguna escuela historiográfica ha tratado los aspectos exteriores y variados de la vida con tanta complacencia y abundancia como las crónicas del Flandes francés de los siglos XIV y XV. El estilo de Rubens, que empleaban Froissart y sus cofrades, había colmado de tal manera las necesidades de los románticos que ya no quedaba casi nada por hacer para el narrador ávido de color local. De este modo, en tanto la moda literaria quedó fiel al gusto romántico, casi no hubo obra que pudiera rivalizar en popularidad con la *Historia de los duques de Borgoña* de Barante. Su hábil imitación, aunque en el fondo vacía, estuvo en boga como novela histórica. Su ocaso fué igualmente rápido. La ciencia actual no le reprocha solamente la falta de crítica de las fuentes sino que se ofendió porque Barante no abordó siquiera los problemas históricos.

b) THIERRY

Augustin THIERRY nacido el 1795 en Blois, de 1814 a 1817 secretario de Saint-Simon, después escritor libre, nombrado en 1835 por el duque de Orleans bibliotecario del Palacio Real, muerto en 1856 en París, desde 1826 ciego y paralítico. Sus obras históricas son principalmente la *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands* (1825; ampliamente modificada en las ediciones posteriores a 1830) y los *Récits des temps mérovingiens* (1840; antes de 1033 ss. en la *Revue des Deux-Mondes*). Desarrolló su programa histórico en las *Vingt-cinq lettres sur l'histoire de France,* diez de las cuales aparecieron primero en 1820 en el *Courrier français* (el conjunto apareció en forma de libro en 1827). Artículos programáticos del mismo género y ensayos críticos de los años 1817 a 1827 fueron reunidos en *Dix ans d'études historiques* (1834). Los dos libros han sido grandemente modificados en las ediciones siguientes. *Essai sur l'histoire de la formation et des progrés du Tiers- État,* 1853.

Cf. junto a los historiadores de la literatura francesa: C. Jullian, *Aug. Thierry et le mouvement historique sous la Restauration,* en la *Revue de synthèse historique* 13 (1906) 129 ss. L. Aubineau, *M. A. Thierry et son système historique,* 2ª edición 1879 (crítica hecha desde el punto de vista ultramontano).

No confundir con Augustin Thierry a su hermano Amédée THIERRY (1797-1873), igualmente historiador, autor de la *Histoire des gaulois* (1828).

Thierry y Ranke: diferencia de sus métodos. Augustín Thierry era una naturaleza menos simple. Su obra principal, la *Histoire de la conquête de l' Angleterre par les Normands* (1825) apareció casi al mismo tiempo que *Germanische und romanische Völher* de Ranke (1824). Se puede fechar una nueva era en la historiografía de sus respectivos países desde las dos obras. Los dos introdujeron la

forma romántica en la historia erudita. Los dos buscaron el color local y en oposición al análisis frío e incoloro de los discípulos de Voltaire, quisieron poner de relieve los detalles concretos y vivientes. Los dos pretendían hacer hablar y obrar a los personajes históricos como convenía a los hábitos de su tiempo y trataron de atraer por medios de exposiciones en estilo clásico a los aspectos variados de la realidad.[1]

A pesar de eso las dos obras difieren profundamente entre si. No solamente por la personalidad de sus autores, lo que es natural, sino por su método. Esta diferencia merece ser considerada desde más cerca; es característica por la dirección seguida durante más de medio siglo por la historiografía francesa en oposición a la alemana.

Ranke acompañaba su narración de un volumen de investigaciones donde era examinado desde muy cerca el grado de confianza que merecían las fuentes utilizadas. Mostraba que el historiador no debía atenerse a las exposiciones de segunda mano de historiadores modernos, sino remontarse a las fuentes, a los relatos de primera mano. Se informaba del carácter particular de cada testigo y mostraba con el ejemplo que el historiador no debía comenzar su trabajo sino después de haber puesto en claro la validez de cada uno.

Nada semejante encontramos en Thierry. No carecía totalmente de crítica; rechazaba los relatos modernos (humanistas) con la misma firmeza que su contemporáneo alemán. Pero no iba más lejos. Frente a las fuentes medievales tomaba casi la misma actitud que los humanistas frente a las fuentes antiguas. Éstos descartaban las fábulas de la Edad Media, pero no hacían ninguna distinción entre los autores antiguos en sí mismos: igualmente Thierry colocaba todos los testimonios de la Edad Media en el mismo plano. Lo mismo es para él que una fuente sea contemporánea o compuesta algunos siglos después, que sea oficiosa o independiente, que consigne una fábula de reciente creación o que reproduzca los buenos informes de un autor más antiguo. No había estudiado a Niebhur, como Ranke, antes de ponerse a trabajar.

Formó así su color local con la ayuda de los más variados materiales. Bagatelas edificantes de una crónica de convento, conversaciones imaginarias de una leyenda de santos, anécdotas de poemas épicos populares

[1] Si se creyera a Ranke, no se trataría en este caso de una simple coincidencia, sino de una dependencia. En el discurso que pronunció en la celebración de su 90º aniversario, se lee: "Declaro que los primeros libros de A. Thierry excitaron mi admiración por su forma. Yo decía: No somos capaces de hacer otro tanto". (*Leop. v. R. an seinem 90 Geburstag,* 1886, p. 26, y también en el volumen de sus obras *Zur eigenen Lebensgeschichte*). Según el contexto, se debería admitir que Ranke había tenido conocimiento de Thierry antes de escribir su primera obra. Pero eso es casi imposible. Las fechas están un poco confusas en la memoria del anciano. El primer libro de Thierry apareció un año después de los *Germanische und romanische Völher.* Con anterioridad Thierry no había publicado más que artículos periodísticos y fragmentos que no podían pasar por modelos desde el punto de vista de la forma. Las semejanzas entre las dos historias se explica más que nada por el hecho de que los dos dependían de Walter Scott (Cf. Ranke en el mismo pasaje).

quizá muy recientes, invenciones tendenciosas de analistas de partidos, todo lo recogía cuando ello podía proporcionarle el color local. No inventó nuevos discursos, pero reprodujo sin dificultad los que habían sido inventados. Trató las leyendas con el respeto de la fe. Era un progreso no buscar racionalizarlas; pero en desquite, partía de la ingenua suposición de que narraciones de corte legendario encerraban siempre una tradición popular y, en consecuencia, un núcleo histórico.

Tendencias políticas de Thierry. La falta de crítica en el empleo de las fuentes no provenía únicamente de la aspiración a una narración pintoresca. Estaba dirigida por la tesis política que sostenía Thierry. También en eso se distinguía de Ranke. El historiador alemán quería simplemente mostrar *wie es eigentlich gewesen.* Thierry representaba las opiniones de un burgués liberal del tiempo de la Restauración. Con sus libros de historia quería vengarse de la nobleza por la opresión secular de sus antepasados. Lo hizo buscando demostrar que el poder del primer estado no reposaba más que sobre la violencia ilegítima y brutal. Como estilista era romántico; como político no tenía el menor entusiasmo por la Edad Media. Derivaba todos los agravios que había tenido y todavía debía sufrir la plebe del hecho de que las poblaciones indígenas habían sido despojadas de su independencia por conquistadores extranjeros, la nobleza del porvenir.

Es por esta teoría sorprendentemente simplista, y por otra parte original, que Thierry pretendía explicar el origen del feudalismo y del conflicto de su propio tiempo entre la nobleza del antiguo régimen y la burguesía. No es por casualidad que se consagra su trabajo a la historia de la conquista normanda. La historia de Guillermo el Conquistador podía servir de ejemplo clásico para mostrar que la denominación de una raza extranjera se establecía sobre la población autóctona. Conscientemente adoptaba Thierry el punto de vista de los oprimidos (Cf. *Introductión* p. 14: *Dès qu' un peuple est oprimé, sa causa deviendra la bonne cause,* II al final. No sentía como Ranke un placer artístico ante el despliegue de la fuerza como tal: no solamente odiaba la violencia militar y el despotismo sino que(como otros liberales) establecía una correlación íntima entre el gobierno absoluto y la debilidad militar.

El estilo. Thierry estaba en voluntaria reacción contra la historiografía de la Ilustración. No sorprende que la haya criticado demasiado ásperamente y que haya sido ciego para sus méritos. No utilizó las grandes lecciones de la escuela de Voltaire. La narración, y la narración a la manera de Rousseau, que se dirige sobre todo al sentimiento, es del todo nueva para él. No habla ni de las finanzas ni de la legislación; no emplea casi documentos. Del *Domesday Book* mismo, documento único, no sacó partido; ¡Cómo habría osado aburrir con estadísticas financieras a lectores que deseaban una novela pintoresca! ¡Qué

mal soporta la comparación con un historiador como Robertson! ¡Qué falsamente concibe la oposición de las ciudades, cuya lucha por los privilegios presenta en el estilo de las aspiraciones modernas de libertad! ¡Qué negras noticias en las *Lettres sur l' histoire de France,* acerca de los historiadores franceses antiguos! No intenta analizarlos desde el punto de vista historiográfico; se limita a establecer extensamente que olvidaron el color local. Los nombres de los reyes merovingios, aclimatados hacía tiempo, no los cita nada más que en su forma francesa. ¡Cómo si por tales detalles se prestara servicio a los conocimientos históricos! A menos que, como él, se piense que la exacta observación de la vestimenta histórica es lo más importante para dar la cabal realidad (ver la conclusión de la Introducción a la *Histoire de la conquête*).

Por otra parte, Thierry no era un gran escritor. A pesar de los numerosos retoques dados a sus libros, no hizo obras maestras. La lengua queda pálida y floja, la narración carece de encanto. Las partes de la composición se desligan una de otra. Los personajes no tienen vida. Thierry no poseía nada de la psicología penetrante de Ranke. Sabía describir las armas y las ropas de los héroes; no sabía penetrar su ser íntimo. En la mejor de sus obras quizás, *Récites des temps mérovingiens,* la mezcla de barbarie y de civilización no está mal dada; pero el estado social no está reconstruído. No se hace más que asistir a escenas emocionantes y a espectáculos de gusto romántico. Fué popular por mucho tiempo; pero lo debió menos a méritos de arte que a la predilección exagerada del público de entonces por el estilo romántico y la falta de competidores más distinguidos.

c) LEO

Heinrich Leo, nacido el 1799 en Rudolstadt, en 1820 *privatdocent* en historia en Erlangen, después profesor en Berlín, desde 1878 en Halle, nos interesa sobre todo por su *Geschichte der italienischen Staaten* (1829 s.), de la cual su *Verffassung der freien lombardischen Städte im Mittelalter* (1820) y su *Entwicklung der Verfassung der lombardischen Städte* (1824) son como estudios preliminares. Citemos entre sus otras obras, que pertenecen a la escuela romántica no sólo por el estilo sino por sus tendencias políticas y religiosas: *Vorlesungen über die Geschichte des jüdischen Staates* 1818, los *Zwölf Bücher niederländischer Geschichte* 1832-35 y *Lehrbuch der Universalgeschichte,* 1835-1844.

Cf. sus propios recuerdos que alcanzan hasta 1822 (*Aus meiner Jugendzeit* 1880); P. Krägelin, *H. L.* I, 1908 (*Beiträge zur Kultur-und Universalgeschichte,* edición Lamprecht 7 Heft.) G. v. Below en el *Archiv für Kulturgeschichte* IX (1911), 199 ss. y la literatura que da Varrentrap en la *Hist. Ztschr.* 92 (1904), 73 (allí, p. 72 ss. están impresas también algunas cartas de Leo).

Entre los historiadores alemanes, Leo es quien mejor puede ser ubicado en la escuela narrativa. Contó en su mejor obra, siguiendo la doctrina del color local, la historia de los Estados italianos de la Edad Media, siguiendo el estilo de las crónicas contemporáneas. Fué bien calificado por eso. Empleó sus fuentes sin crítica y frecuentemente extrajo datos

de autores de segunda mano; pero era un acierto el que trajera en lugar de la seriedad tradicional y helada del norte, una cálida simpatía para la naturaleza indómita del mediodía. Y además no era mal escritor. Sabía contar vivamente aunque cayera con facilidad en un tono vulgar. Desgraciadamente este hombre espiritual y lleno de fogocidad no tenía la comprensión de los problemas propiamente históricos. Como verdadero historiador romántico sólo ofreció una portada coloreada.

3. LA ESCUELA DEL LIRISMO SUBJETIVO; LA HISTORIA-RESURRECCIÓN Y EL CUADRO SENTIMENTAL

La tendencia subjetiva y lírica está emparentada con la escuela narrativa. Ésta se apoyaba sobre la novela histórica del romanticismo, la otra sobre el apasionado lirismo subjetivo que había surgido en tiempos del romanticismo en oposición a la poesía artificial, galante y didáctica del siglo XVIII.

La escuela lírica apenas comprende más que la escuela narrativa los problemas específicamente históricos. Acercaba todavía más la historia al arte. Quería que la emoción del lector no derivara solamente de la exposición objetiva de los sucesos, sino que el lector entrara en contacto directo con las sensaciones del autor, que sintiera directamente las impresiones que se habían apoderado de éste ante la contemplación de la historia.

Creía producir su mejor efecto cuando el lector se imaginaba revivir los sucesos contados. Es decir, que renunciaba a la perspectiva histórica, que es, sin embargo, lo único que puede dar su valor propio a la historia, al análisis de los hechos pasados frente a la contemplación del presente.

a) MICHELET

Jules Michelet, nacido el 1798 en París, en 1817 pasante en un pensionado, en 1822 profesor en el Colegio de Sainte-Barbe, en 1827 maestro de conferencias en la escuela normal; en 1833 sucesor de Guizot en la Sorbona; en 1838 profesor de moral y de historia en el Colegio de Francia, destituído en 1850 a causa de su propaganda democrática; muerto en 1874 en Hyeres. Su principal obra es la *Histoire de France*; la parte correspondiente a la Edad Media apareció de 1833 a 1843, la Revolución de 1847 a 1853, el Renacimiento y los tiempos modernos de 1855 a 1862. Quedó inconclusa una *Histoire du XIXe. siècle* (hasta 1815; publ. de 1872 a 1875). Entre sus otros escritos nombraremos su *Précis de l'histoire moderne* (1828), y su *Histoire romaine, République* (1831). *Œuvres complètes* 1893 ss. y 1897 ss.

Cf. sobre Michelet en primer lugar sus escritos autobiográficos: *Ma jeunesse* 1884; *Mon Journal* (1820 a 1823) 1888; *Un hiver en Italie* 1879; *Sur les chemins de l'Europe* 1893. El más activo de sus biógrafos es G. Monod, quien, como muchos franceses, lo sobrestima: *J. M.* 1875; *Les maîtres de l'histoire, Renan, Taine et. M.* 1894; *J. M.* 1905; *M. de 1843 a 1852* en la *Revue de synthèse historique* 17 (1908), 261 ss.; *Les débuts d'Alphonse Peyrat dans la critique hist.*, en *Revue hist.* 96

(vol. suplementario), 1 ss. (1908); *La place de M. parmi les historiens du XIXe. siècle* en la *Bibliothèque Universelle* LXII (1911), 449 ss. Cf. además: Mad. Quinet, *Cinquante ans d'amitié*; *M., Quinet* (1899); J. Simon, *Mignet, M. Henri Martin* 1899; J. Brunhes, *Étude sur Michelet* 1898; A. Ferey, *J. Michelet et Hippolyte Taine* (1910); G. Lanson sobre el *Tableau de la France* de Michelet en las *Mélanges de philologie romane et d'histoire littéraire offerts à MM. Willmotte* (1910), 267 ss.

La primera condición previa de la historiografía lírica es que el autor tenga una personalidad notable, que sea un poeta decidido. Michelet llenaba cumplidamente esta condición.

Escribió en abierta oposición a la escuela doctrinaria. Sentía por Guizot una enemistad casi personal y le reprochaba haber odiado siempre la vida. Encontraba que sus predecesores carecían de corazón. No se interesaba por analizar la historia. Donde los otros veían principios e instituciones en lucha, él percibía la plenitud de la vida, la intensidad de las pasiones humanas.

Tal manera de escribir la historia, como todo arte lírico, sólo produce efectos si puede hacer vibrar en el lector cuerdas análogas. Para gustar a Michelet es necesario renunciar a todo juicio crítico y abandonarse gustosamente a la poderosa corriente de sus impresiones. Es necesario aceptar una subjetividad desenfrenada, un temperamento que no se justifica más que por sí mismo. No se puede esperar una tranquila reflexión allí donde solamente habla la naturaleza apasionada del autor. Este autor, como los discípulos de Rousseau, sólo puede producir grandes cosas cuando trata un tema hacia el cual se siente atraído. Solamente cuando el corazón entra en juego puede desplegar su talento.

Del mismo modo Carlyle tenía razón, desde su punto de vista, al reducir la historia a cuadros de sensaciones. Michelet, que se había propuesto un problema más difícil y quería resolverlo como historiador, no se atrevió a ir tan lejos. La consecuencia fué que su obra sucumbió a la contradicción entre el método y el tema.

Quizá ninguna otra obra de historia tiene partes tan desiguales como su *Historia de Francia*. Allí donde el sentimiento de Michelet, está comprometido pinta cuadros jamás sobrepasados en su género. Al lado de ellos aparecen rarezas, chanzas, vanas expansiones líricas. Michelet no era lo que se llama un trabajador frívolo. Recogía materiales auténticos con increíble aplicación. Fué el primero en consultar para la historia de la revolución, una masa considerable de piezas de archivo. La sed de manifestaciones de vida originales lo llevaba a las fuente prístinas, así como la necesidad de un análisis psicológico fino y penetrante desviaba a Ranke de las exposiciones prestadas. Pero de lo que había encontrado hacía un uso completamente arbitrario. Apreciaba los documentos históricos en lo que ellos podían inflamar su sentimiento patriótico.

En consecuencia, su obra maestra fué la *Histoire de la Révolution française*. Más que un libro de historia es una epopeya nacional. Es

parcial, unilateral, se abstiene completamente de dilucidar problemas políticos y sociales. Las fuentes son utilizadas sin ninguna crítica. Pero el espíritu de época de la revolución está dado con una fuerza que no tiene similar en la historiografía. Michelet, que se proclamaba siempre con orgullo hijo del pueblo, describió con simpatía apasionada el gran movimiento que representaba la causa de ese pueblo. El pensamiento de los honestos partidarios de la revolución no ha encontrado una expresión tan perfecta en ninguna otra parte histórica.

La *Histoire du moyen âge*, que habitualmente se considera la parte más notable de la historia de Francia, es bastante inferior a los capítulos sobre la revolución. La materia estaba lejos de ser tan favorable al talento de Michelet. Los sentimientos democráticos y nacionalistas no podían excitarse más que considerando la vida religiosa de la Edad Media francesa como cosa nacional por excelencia y rindiendo culto a los santos del pueblo como a héroes nacionales. Es decir que él, que estaba bien lejos de tener la fe de la Iglesia, se exaltaba por ésta como consecuencia de una confusión romántica de sentimientos. Su entusiasmo no era espontáneo como su admiración exaltada por los héroes de la revolución. Y después las insuficiencias de su método resaltan cada vez más aquí. La pobreza de sus fuentes lo comprometían en construcciones arbitrarias, distintas a los relatos tan abundantes sobre la revolución. Hace caricatura de los personajes que no le son simpáticos. Así hace con la mayoría de los ingleses, a los que ya odiaba por su oposición a los doctrinarios.

Estaba todavía menos libre de prevenciones cuando más tarde se puso a llenar la laguna dejada entre las dos obras. En el intervalo había tomado parte en la política cotidiana y su juicio no reposaba ya sobre ideas puramente personales sino sobre un sistema político. Aunque incrédulo, en otra época pudo glorificar a Juana de Arco como representante de los ideales nacionales; más tarde le resultó imposible concebir igualmente la realeza absoluta como expresión de las tendencias nacionales. Y después sus manías, sus excentricidades se exageraban. Se extendió en otras medidas sobre la vida privada de los monarcas y buscó como aficionado llevar su política sobre particularidades patológicas verdaderas o supuestas. No volvió a dar una narración continuada, sino episodios aislados que le interesaban sabe Dios por qué motivos. Se encontrará aquí todavía, buscando bien, advertencias espirituales, observaciones que dan que pensar. Pero el conjunto está tan caprichosamente compuesto, las notas útiles están ahogadas en tal dédalo de detalles indiferentes o de generalizaciones fantasistas que el lector corriente no puede sacar nada.

Como escritor, Michelet se ligaba estrechamente al Romanticismo, pero no se adhería a su doctrina política. Estaba prendado de las cosas populares y para él la originalidad de las razas francesas agrupadas por provincias era una grandeza invariable. Pero sus simpatías no estaban

tan rigurosamente circunscriptas como la de los románticos. En principio tenía el espíritu abierto para todo lo que era vigoroso y lleno de vida, bajo cualquier forma que se presentara. Amaba el arte popular, pero daba su lugar a la poesía culta. Glorificaba la fe de la Edad Media mientras fué verdadera y viviente; pero tomó parte y causa calurosamente por el Renacimiento pagano. Se entregaba de corazón a las fuerzas en marcha. No era imparcial; en el pasado se convertía siempre en el campeón de un partido, pero no era un doctrinario como por ejemplo Augustín Thierry. En las dos secciones de su historia que escribió primero, está con la tendencia en la que le parecía que vibraba el alma del pueblo francés. Su pasión política era su única doctrina.

b) CARLYLE

Thomas Carlyle, nacido el 1795 en Ecclefechan, Escocia, destinado primero al estado eclesiástico, profesor libre —desde 1818 en Edimburgo— después literato, vivió hasta 1834 sobre todo en Escocia, después en Chelsea, cerca de Londres, donde murió en 1881. Tres de sus obras pertenecen a nuestra historia: 1º *The French Revolution, a History,* 1837; 2º *Oliver Cromwell's Letters and Speeches with elucidations,* 1845; *History of Friedrich II called Frederik the Great,* 1858 a 1865. Es necesario agregar numerosas obras menores: *Life of Schiller* 1825, *Life of Sterling* 1851, *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* 1841 y muchos ensayos recogidos en *Critical and Miscellaneous Essays.*

Cf. para la biografía las *Reminiscences* (1881) editado por Froude y *Th. C.* de Froude, donde, por cierto, las cartas están alteradas arbitrariamente (1882 a 1884). Sobre el historiador, lo mejor que existe es J. Nichol *Th.* C. 1892 (*Engl. Men of Letters*). Ver también Fischer, *Th. C.* 1881; Oswald id. 1882; Masson *Th. C. personally and in his writings,* 1885; Schulze-Gävernitz, *Cs. welt-und Gesellschaftsanschanung*: 2 Aufl. 1897; Hensel, *Th. C.* 2 Aufl. 1907. Sobre su Cromwell lo mejor es la introducción de C. H. Firth a la edición publicada por S. C. Lomas de las *Letters und Speeches* 1904. Cf. también F. W. Roe, *Th. C. As a Critic of Litterature 1910.* (Conferencia en la Universidad de Columbia, New York). Crítica severa pero justa de la *Historia de la Revolución* en F. Harrison en el artículo *What the Revolution of 1789 did* (*The Meaning of History* [1894] 180 ss.).

De manera semejante y al mismo tiempo que Michelet, Carlyle escribía la historia en Inglaterra salvo que seguía todavía más que el historiador francés sus impresiones personales y no se preocupaba de ninguna opinión política.

El punto de partida de Carlyle historiador.

Quizá Carlyle no ha enriquecido la historiografía con una sola idea nueva. No podía ser indiferente para la cultura histórica de Inglaterra que la historiografía iluminista, que quedó allí más tiempo en vigor que sobre el continente, fuera combatida todavía tarde por un hijo del país. La lucha contra la escuela pragmática había sido guiada en Alemania, una generación antes, con mucha más fineza y sagacidad que podía hacerlo Carlyle; sus argumentos eran quizá de una fuerza popular más sorprendente,

pero tenían menos valor intrínseco. Si por lo menos tuvo una acción sobre el continente eso proviene de que, abstracción hecha de su talento de artista, hizo de un tema de explicaciones políticas e históricas, una cuestión personal.

El Romanticismo alemán había combatido el *Aufklärung* porque sus procedimientos antihistóricos parecían conducir a la disolución y a la ruina del Estado, de la Iglesia y de la sociedad. Este problema atañía poco al inglés Carlyle. Tenía un pleito estrictamente personal con la Ilustración.

Su mal era la inquietud interior, el escepticismo. Los antiguos ideales estaban destruídos (sobre todo, según creía él, por culpa de la Ilustración) y no tenía confianza en los nuevos, en los de su época. No podía comprender mejor la fe en el poder de salvación exclusiva de la libertad, que la fe en el efecto bienhechor de las ciencias de la naturaleza. Trabajaba sin advertir la finalidad de su trabajo. Para esta discordia interior buscaba un remedio en la historia. El entusiasmo por grandes héroes de fe firme, lo ilusionó sobre la inconsciencia de la suya. Buscó para su turbación interior un alivio en los sarcasmos sangrientos con los que él destruyó a los escépticos que había invertido a la ligera los antiguos ideales, y las honradas gentes que tomaban como remedio ideales nuevos muy superficiales.

Es de imaginarse qué historiografía salió de allí. Fué todavía más subjetiva que la de Michelet. El nacionalismo democrático del francés era unilateral, pero podía servir a la historia de punto de partida. Las consideraciones históricas de Carlyle no tocaban problemas sociológicos y políticos. No tenían otra razón de ser que un conflicto íntimo, completamente individual, sufrido con el temperamento sanguíneo de un descendiente de numerosos antepasados puritanos.

Las obras sobre Cromwell y sobre la Revolución Francesa.

La primera consecuencia fué que no trató la historia sino por biografías individuales. Es muy característico que el *Ensayo* proyectado sobre las guerras civiles inglesas y la república se redujera a un libro sobre Cromwell (el resto del trabajo primitivo fué impreso como *Historical Sketches of Notable Persons and Events in the Reigns of James I and Charles I,* 1898). Carlyle no se interesaba en los problemas políticos o sociales de la Revolución Inglesa, sino únicamente en una poderosa personalidad y aún en ciertas cualidades determinadas de ese personaje, con las cuales se fortalecía su ánimo.

Su libro sobre Cromwell, como biografía de un estadista y militar, es también incompleta. Sólo busca pintar el carácter, no la acción histórica de sus héroes. No se ocupa de asuntos de los cuales por casualidad no se ha conservado la expresión del pensamiento de Cromwell. Ni aun busca asignarle un lugar en la historia política de Inglaterra.

¿Y cómo hubiera sido de otra manera? Carlyle sólo disponía de conocimientos históricos completamente deshilvanados. Firth ha señalado con razón, que si la historia de Inglaterra antes y después de Cromwell estaba sumergida para Carlyle en una sombra espesa, era porque él no la conocía. Reducía la complicada historia de la Revolución Inglesa a una sola situación simple: la lucha de un héroe con grupos incapaces. Se pueden ver allí reflejos de los sueños imperialistas de los tories, tales como los alimentaban hacia 1840 los adversarios del constitucionalismo; no se podría encontrar allí una teoría histórica de algún valor.

Por lo menos Carlyle fué lo bastante honesto como para no presentar su obra como una biografía de Cromwell, sino como una edición anotada de sus cartas y discursos. Aún así, la obra resultó incorrecta: el texto de las cartas, y más aún el de los discursos, estaban modificado arbitrariamente; groseras falsificaciones como los llamados *Squire Papers,* con respecto a los cuales lo engañó un chistoso de mal gusto, son admitidos como verdaderos. Sin embargo, estas imperfecciones se debían más a falta de método y de crítica de Carlyle que a sus debilidades historiográficas. Pero cómo extrañarse cuando su obra anterior, la *Revolución Francesa,* que no es más que un conjunto de cuadros emotivos, es llamada por él, como desafío, *Historia.*

Carlyle hizo de la necesidad virtud. No había nacido para ser analista sino narrador. Y no narrador épico de gran estilo como Michelet. Era un novelista del género de Dickens, un pintor costumbrista, un intérprete de los sentimientos familiares que los ingleses designan con la palabra intraducible de *homely.* En sus obras históricas dió libre curso a su inclinación.

Tomó del Romanticismo su entusiasmo por el color local. Pero no dejó de acrecentar la doctrina de Walter Scott. Suprimió todo lo que no comportaba descripciones coloristas. Como historia de la revolución dió una serie de cuadros inconexos, cuya unión debe buscar el lector en otra parte. Aderezaba escenas de novelas presuntuosas sin inquietarse por saber si ellas tenían o no alguna importancia histórica.

Es natural que aún sus defectos hayan causado enorme efecto en las personas que no tienen temperamento político y que no saben bien qué hacer con la historiografía anterior. La diversidad de juicios sobre su *Cromwell* es muy característica. Un filósofo doctrinario como Taine lo ensalzó como modelo de biografía; un historiador al servicio del Estado como James Stephen, padre de Leslie Stephen, escribió poco después de la aparición del libro (1846) ... *that poor jargon, that conjuring with words, is a flimsy business, the instrument of all bitterness, scorn and self-worship in disguise and a mere veil to hide from Carlyle himself the essential poverty of his thoughts. Phrase-making is not thought-finding* (MAITLAND, *Life and Letters of Leslie Stephen,* 1906, p. 13.).

Carlyle escritor. Es cierto que Carlyle tenía disposiciones artísticas que inducían, aún a pensadores serios, a olvidar muchos defectos del historiador. Tenía un incomparable talento descriptivo. Pocos han sabido trabajar como él la materia histórica de modo de hablar al sentimiento del lector. La voluntaria excentricidad de su estilo choca a las personas de gusto delicado, pero impresiona mucho al grueso del público. Se arrepentía de haberse iniciado como publicista. Sabía que el público, en todo caso el público inglés de su tiempo, no escucha más que cuando se golpea fuerte. Sabía que la gran mayoría de los lectores no busca instruirse sino distraerse, y se complace particularmente en las exageraciones humorísticas cuando teme que el autor represente una narración solemne y aburrida. Su maravilloso poder verbal le permitía emplear las cuerdas más diversas.

Su valor historiográfico. Sus cualidades, así como el hecho de que se sentía en sus excentricidades la expresión de una poderosa personalidad, pudieron ocultar largamente los defectos de sus espíritus histéricos. No disgustó el ingenuo optimismo de su teoría histórica, que identificaba la fuerza con el derecho y reposaba sobre el postulado que la verdad acaba por afianzarse sola, y que el pecado siempre coincide con la miseria. Le sucedió igualmente no llegar jamás a un fin lógico de esta teoría y aplicarla en detalle en forma completamente caprichosa. Se mezclaron allí tendencias políticas. Los adversarios del liberalismo saludaron con alegría el odio, agitado en Carlyle con destreza personal, contra la Ilustración francesa del siglo XVIII y contra la especulación pura y la ciencia en general.

La ciencia histórica debe juzgar de otra manera. Ella no puede reconocer en Carlyle un pensador ávido de verdad, ni considerarlo más que como un predicador que buscaba en la historia una consolación y tomaba temas históricos como textos de meditaciones edificantes. No puede alabarlo ni aún como biógrafo. Carlyle jamás intentó, como lo hizo, por ejemplo, Saint-Beuve, penetrar con amor el espíritu de una individualidad extraña. No se ocupó de que sus retratos fueran verdaderos sino edificantes, de que su firmeza sirviera de modelo o su lastimosa ruina de espanto.

c) FROUDE

James Anthony Froude, nacido el 1818 en Dartington, Devonshire; al principio teólogo, perdió luego su grado de profesor suplente (*Fellowship*) en Oxford, a causa de sus opiniones anticristianas, publicista y literato, en 1869 Lord Rector de la Universidad de San Andrés; en 1802 profesor de historia moderna en Oxford, muerto en 1894; muy ligado a Carlyle, del cual fué biógrafo. Su obra capital es *The History of England from the Fall of Wolsey to The Defeat of the Spanish Armada* 1856 a 1870. Completada por *The Divorce of Catherine of Aragon* 1891 y por los cursos dictados en Oxford, *Life and Letters of Erasmus* 1894,

English Seamen in the Sixteenth Century (1895), y *The Council of Trent* (1896). Además hay que citar: *The English in Ireland in the Eighteenth Century* (1872 a 1874) y los ensayos, en gran parte recogidos en *Short Studies on Great Subjects* (1867 a 1873). Los relatos de viaje *Oceana* (1886) y *The English in the West Indies* (1888) persiguen fines políticos.

La mejor característica de Froude se encuentra en F. Harrison, *Tennyson Ruskin, Mill and other literary estimates* (1899), 235 ss. H. Paul, *The Life of Fr.* 1905.

Froude intentó una síntesis de las opiniones de Carlyle con el arte de narrar de Macaulay.

En la concepción de la historia se atenía a su maestro y amigo Carlyle. Participaba con el profeta escocés del entusiasmo por la fuerza y los hombres fuertes — por lo menos cuando combatían por la buena causa. Como Carlyle sacrificaba al énfasis de la cátedra. Pero evitaba desviar al lector con antítesis forzadas que afectaban profundidad, con una composición caprichosa y con fragmentos mal comprendidos de filosofía alemana. Tomó por modelo la actividad de Macaulay. No le fué dado aspirar a la agilidad del tono narrativo de su modelo. Pero había tomado de Carlyle el arte de hacer un llamado eficaz a la sensibilidad (no solamente al sentimiento patriótico) de los lectores. Sin recurrir a las excentricidades sinceras o artificiales de Carlyle, hizo latir con fuerza los corazones de los ingleses por los grandes hombres de su historia. No se deshizo de la prolijidad inglesa, pero por lo menos no dejó suelto el hilo de la narración.

Froude sobrepasó a Macaulay en patetismo; en cualquier otro aspecto le es inferior. Macaulay escribió como hombre de partido, pero su polémica era la de un caballero. Froude trataba la historia como abogado. No solamente era parcial sino que buscaba defender su posición, indiferentemente, por buenos o malos medios. Alteraba y falseaba sus fuentes a voluntad y aún cuando pretendía transcribir palabra por palabra citas de fuentes inéditas, no se detenía ante falsificaciones tendenciosas.

Esto provenía en gran parte de que Froude se había impuesto una tarea imposible de realizar.

No era un mal instinto el que lo guiaba cuando su veneración por los hombres fuertes lo llevó a justificar a los representantes de la monarquía protestante de los Tudor, de las acusaciones llevadas contra ellos por historiadores sentimentales y por los neocatólicos del *Oxford Movement*. Pero estaba, como Carlyle, demasiado impregnado de prejuicios de moral puritana para poder cumplir valerosamente hasta el final este ensayo de rehabilitación. No se propuso defender a Enrique VIII, y menos aun a sus ministros, evocando el estado político, social y religioso de la época y del país. Desdeñó hacerles comprender el punto de vista del realismo político, como lo hubieran hecho Maquia-

velo o Richardin. Por otra parte carecía tanto como Carlyle de la suficiente comprensión por las necesidades políticas y económicas de un Estado. A decir verdad ni siquiera conocía las necesidades religiosas de la masa.

No le bastaba probar que EnriqueVIII y sus consejeros habían sostenido prudente y vigorosamente los intereses de Inglaterra. La moral anglosajona exigía más. Era necesario que los Tudor y sus ministros hubiesen obrado siempre correctamente; que se hubieran conducido de tal modo que un *clubman* del siglo XIX hubiera podido frecuentarlos sin escándalo. Tesis absolutamente insostenible. Sólo por miserables artimañas de abogado, pero capaces de confundir al lector inexperto, Froude puede probar que los Tudor, en sus esfuerzos por separar de Roma a la iglesia de Inglaterra, procedieron constantemente según las formas más estrictas del derecho y observando todas las conveniencias.

Los adversarios de sus héroes salen de esto bastante mal. Froude, como Carlyle, traza una línea rigurosa de separación entre la luz y las tinieblas. Jamás reconoció que movimientos que no le eran simpáticos pudiesen ser justificados históricamente. Persiguió con odio ciego a la Contrarreforma; sus jesuítas son traidores de melodrama.

Le faltaba la educación práctica de Macaulay. No sabía manejar documentos políticos. La historiografía del continente conoce muchos casos en que los eruditos inexpertos en estos asuntos, han comprendido mal las piezas diplomáticas. Pero es peor aún el caso de este historiador inglés que manifiesta que, para comprender las tendencias de los legisladores ingleses del siglo XVI, no hay más que dejarse llevar de los preámbulos de sus decretos. He aquí la premisa: un caballero jamás miente: en consecuencia, el gobierno inglés ha debido decir siempre la verdad en sus decretos.

Froude negó en principio que se tenga el derecho de proponer a la historiografía exigencias científicas (sociológicas). Era de opinión que el drama de Macbeth, de ser cierto, sería una historia perfecta (*Macbeth, were it literally true would be perfect history*). Ponía al historiador en competencia con el dramaturgo. Concepción peligrosa: condujo muy fácilmente a proceder por contrastes forzados, como la teoría que quiere aproximar la historia a la novela. En cuanto a la filosofía de la historia, conduce a una cómoda glorificación del resultado.

IV

LA UNIÓN DE LAS IDEAS ROMÁNTICAS CON EL MÉTODO DE CRÍTICA FILOLÓGICA Y LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA

1. EL MÉTODO DE CRÍTICA FILOLÓGICA

Naturaleza de este método y su aplicación.

Desde que, con Blondus, surgió la historiografía de las antigüedades, todo historiador erudito que se respetaba había buscado dar la apariencia de cimentar su narración en las fuentes. En la mayor parte de los casos no había sido nada más que pura charlatanería. Pero había habido también, sobre todo entre los benedictinos de San Mauro y sus discípulos, numerosos historiadores cuyas obras estaban realmente fundadas en las fuentes. Un investigador como Tillemont se había apoyado casi exclusivamente en relatos antiguos más o menos originarios.

Ninguno de ellos había soñado pedir a las fuentes pruebas de la confianza que inspiraban como tales. En ocasiones, se había puntualizado que los datos de los "elogios" no podían ser tomados a primera vista como hechos históricos ciertos, y se habían tachado de parciales a algunos historiadores. Pero no se habían reducido esas observaciones a sistema. Por razones políticas o confesionales se rectificaban arbitrariamente ciertos datos de las autoridades, que parecían extravagantes o tendenciosos. Pero no se sacaba la consecuencia y no se hacía objeción a otros datos de las mismas fuentes.

Además, los antiguos historiadores tenían el hábito de considerar todo escrito histórico como un bloque, se tratara de una fuente o de un escrito de segunda mano. Pensaban que el que estaba bien informado sobre un tema debía estarlo sobre todos. No se tomaban el trabajo de buscar de dónde podía haber sacado esos materiales el autor. En general sabían que narraciones aproximadas al tiempo en que habían sucedido los hechos eran más seguras que otras más recientes. Pero no se les ocurría preguntarse, en el caso que no dispusieran más que de estas últimas, hasta qué punto podían pasar por reproducciones de antiguos y buenos datos.

Aquí es donde interviene el nuevo método de crítica filológica.

Se caracteriza porque el historiador, antes de ponerse a redactar su narración, examina las fuentes como tales y, eventualmente, las descompone. Hay dos operaciones a considerar aquí. Una, el trabajo filológico propiamente dicho, consiste en descomponer la fuente en sus

elementos utilizables y no utilizables; sean los antiguos (contemporáneos) y los nuevos, sean las narraciones de primera y de segunda mano. La segunda se ocupa de la crítica interna. Busca descubrir la tendencia que ha guiado al autor en su composición y establecer la concepción que dominaba en su pensamiento. Quiere explicar la fuente por la situación de su autor y, al mismo tiempo, la critica. ¿Ha reconocido el historiador la finalidad que este autor tenía en vista? Pues está en camino de saber desde qué punto de vista ha podido alejarse de la verdad.

Las dos operaciones son de la misma importancia y los maestros del método, un Ranke, un Baur, las practicaron simultáneamente con el mismo cuidado. Sólo a consecuencia del carácter diferente de la tradición histórica, según el tema tratado por el historiador, uno de los dos procedimientos predomina sobre el otro.

Es claro que el primero es absolutamente para las partes de la historia sobre las cuales no tenemos más que fuentes poco abundantes y frecuentemente de segunda mano, para casi toda la historia antigua y para la mayor parte de la medieval, cuando las fuentes (literarias) se han perdido o su fecha y su dependencia recíproca no están bien establecidas, el método de disertación filológica tiene la precedencia. Es menos importante para la historia moderna y en general para todos los campos donde abunden las fuentes originales.

No lo ha sido siempre. Cuando Ranke, en su obra de iniciación en la crítica, mostró que Guicciardini no debía ser considerado como una verdadera fuente, procedió como los filólogos: descompuso la *Istoria d'Italia*. Pero en lugar de estar reducido a hipótesis sobre las fuentes, tenía la ventaja de poderlas comparar directamente con la narración de la cual derivaba. La consecuencia fué que no solamente el examen filológico de los materiales fué rápido y simple de hacer sino que en la mayor parte de los casos no fué necesario. Se vió que los conocimientos históricos no podían adquirirse más que por las fuentes prístinas. Ellas se conservaban en gran parte. Se sobreentendía que, en esas circunstancias, se puso tácitamente de lado, como fuentes, las narraciones de segunda mano.

Por otra parte, el historiador que emplea el método de crítica antigua para fuentes de historia moderna se mueve sobre terreno más sólido que el investigador que examina autores antiguos o medievales. La abundancia de testimonios para los tiempos modernos le permite precisar de otra manera la situación en la cual el escrito fué redactado. Está menos reducido a consecuencias sacadas de la misma obra; frecuentemente puede establecer las tendencias de la fuente por datos independientes.

Tendencia primitiva del método. El método de crítica filológica (que era llamado por sus adeptos método de crítica histórica) no nació de la reflexión científica. Parece que tiene raíces, sobre todo, en la oposición inglesa que se manifiesta en el siglo XVIII contra el clasicismo (humanista) de los epígonos de la poesía francesa.

Todavía en Wolf, quien por la posición de los problemas se liga completamente a los ingleses, es fácil reconocer cómo el método filológico debía señalar el camino de la poesía artificial a la poesía popular. Al distinguir en la *Ilíada* "cantos populares" se pensaba demostrar que las epopeyas homéricas que hasta entonces habían pasado, como los poemas de Virgilio y Tasso, por creaciones artificiales y conscientes de un solo hombre, habían nacido del pueblo. Motivos semejantes obraron cuando el método filológico fué transportado al terreno de la tradición histórica. Se sabe que Niebuhr quería descubrir en Tito Livio los restos de una gran epopeya nacional, que oponía a la retórica artificial de la época clásica.

El método filológico en sí no tiene nada que ver con esas tendencias estéticas y nacionalistas. En Ranke está completamente desligado de ellas. En él, sirve para hacer prevalecer la verdadera y natural psicología histórica sobre el pragmatismo artificial de la Ilustración. Más tarde, en principio por lo menos, borró esta intención. Sin embargo siempre guardó un resto del espíritu de oposición contra el dogma de poderes inmutables. La historia de las religiones y de la iglesia se ha servido de él voluntariamente para presentar fuentes que en la creencia oficial, contienen prescripciones canónicas, como testimonio de una libre piedad original y para oponerlas a formas eclesiásticas consagradas. Pero el método filológico no es responsable. Es, por sí mismo, esencialmente neutro. Puede ponerse al servicio de ciertas tendencias, no está allí forzado. Sólo tiene que preparar los materiales, no criticarlos.

El método de crítica filológica y la historia de la civilización.

Por mucho tiempo la historiografía sólo ha usado muy irregularmente de este método. Al principio no fué utilizado nada más que por la historia erudita y resultó que fué aplicado principalmente en dominios sobre los cuales antes (en Alemania) habían trabajado los investigadores eruditos, a saber la historia política, eclesiástica y quizá la historia del derecho.

No fué una ventaja para la ciencia porque se amplió así enormemente la separación entre esos dominios y los que se abandonaban a los aficionados. Lo que se llama historia de la civilización fué casi excluído de la ciencia. Se formó el singular prejuicio de que el historiador de la civilización podía escapar a la crítica histórica. El historiador político, se pensaba, estaba obligado a buscar si una historia había sucedido como las fuentes lo narraban; para el historiador de la civilización, el relato de la fuente conservaba su valor cuando más, como testimonio de la forma de pensar de la época.

No tenemos necesidad de explicar cuán errónea es esta opinión. Cuando se quiere citar una anécdota o una palabra como característica del estado económico o de la historia del espíritu, es necesario informarse de su origen tan exactamente como cuando se le hace lugar en

el relato de sucesos políticos. Aplicando el método rigurosamente se llegará con frecuencia a esta conclusión, que tales fuentes, por ejemplo las noticias tomadas de discursos, de las crónicas escandalosas o de novelas o de sátiras, son tan poco utilizables para la ciencia como las descripciones de batallas de los boletines oficiales. Pero eso nada prueba contra el método. La mayor parte de los historiadores de la civilización en el siglo XIX obraron de otra manera, por lo que desacreditaron el género. Era una gran ingenuidad considerar como pruebas informaciones intencionalmente inventadas, que no podían pasar por ciertas ni aun relativamente, para la historia de la civilización. Janssen servía a un partido, pero en cuanto al método no trabajaba peor que otros antiguos historiadores de la civilización.

Las consecuencias de ello todavía se sienten hoy. Cuando médicos y etnógrafos modernos consideran prescripciones del Levítico o de la llamada constitución de Licurgo, que jamás fueron aplicadas, como ordenanzas que hubieran estado en vigor, la falta de crítica de los antiguos historiadores de la civilización no es absolutamente inocente de ello. Un código de leyes tampoco puede ser interpretado convenientemente sino cuando el investigador está interiorizado de su carácter.

La difusión del método. El método crítico filológico es, por su origen, un producto puramente alemán. Comparte esta particularidad con la moderna lingüística científica, que mucho lo ha fecundado. Era en su nacimiento algo nuevo para la misma Alemania y encontró allí en los primeros tiempos bastantes resistencias. Pero triunfó en su país natal más rápidamente que en otra parte. Se expandió muy lentamente por los otros países. En Inglaterra no ha sido admitido hasta estos últimos tiempos y, en Francia, eruditos como Taine y Fustel de Coulanges casi lo ignoraron.

Este adelanto cronológico fué de gran importancia. Es a esta acogida precoz hecha a la crítica histórica que Alemania debe la superioridad que falsamente se le asigna para otras épocas. En realidad, las búsquedas históricas eruditas no estaban allí, en los siglos precedentes, por encima sino por debajo de la medianía europea. Leibniz y Mascov pueden ser puestos al lado, pero no sobre eruditos como Mabillon, Tillemont, Muratori y Tiraboschi. Actualmente este método no es ya privilegio de un país; la historia seria se sirve de él en todas partes igualmente.

Objeciones contra el método. Le han sido dirigidos principalmente dos reproches. Uno toca, más que al método mismo, a la mala aplicación que de él se hace. Se trata de numerosos historiadores que descuidaron los problemas propiamente históricos para ocuparse exclusivamente de la crítica filológica de textos. Eso sucedió frecuentemente desde la iniciación. Ya Hegel, en su *Filosofía de la historia,* señalaba como una particularidad de los historiadores alemanes

modernos el que no salían de los estudios preliminares; no sin razón se lamenta, aun recientemente, de que la historia literaria del Antiguo Testamento fuera más activamente tratada que la historia de la antigua religión de Israel. Es cierto que entre los discípulos de Ranke, muchos que pudieron ser excelentes filólogos se ocuparon de historia, pero no tenían disposiciones para la historia. Es cierto aún que intercalando digresiones sobre la crítica de las fuentes, muchos historiadores han hecho de sus obras un conglomerado poco atrayente de exposición y de investigaciones.

Todos estos defectos de ejecución nada pueden contra la esencia del método.

Por lo que concierne al segundo reproche, el mismo Ranke y diversos eruditos que todavían viven, demostraron que las investigaciones preliminares y la exposición pueden ser claramente separadas. Pasa lo mismo con otras objeciones. Subsiste el peligro de que el interés del que trabaja se centre exclusivamente sobre el problema filológico, pero no es un peligro insuperable. La verdad es que el nuevo método ha hecho más difícil la historiografía. Supone dos cualidades completamente diferentes que con frecuencia no se encuentran juntas en un mismo autor: sus discípulos deben poseer al mismo tiempo la aptitud para la síntesis histórica y el gusto por el menudo y pedante trabajo filológico. No es esta la época en que un pensador podía esperar gran éxito como historiador gracias a su don de adivinación histórica. Esas dificultades no impugnan el método. Un edificio, aun concebido de manera genial, está condenado a la ruina si está construído con materiales pulverizables.

En segundo lugar se reprochó al método crítico un escepticismo exagerado. Este reproche es menos justificado todavía que el primero. Este método no es hipercrítico, es decir, excesivamente crítico.

Es insostenible la suposición de que se puede confiar en un relato porque es de primera mano y no lleva signos visibles de invención tendenciosa: abstracción hecha de la consideración de que la segunda condición no es realizable, a decir verdad, porque no se sabría reconstruir con seguridad las tendencias conscientes e inconscientes que deben manifestarse en la redacción de cada dato. Aunque se logre probar que el relato que tomamos por base de nuestra exposición ha sido redactado en el mismo instante por testigos imparciales y capaces, siempre contendrá faltas de observación de conjunto. Todos los datos detallados son sospechosos aunque se encuentre en él buenas fuentes.

Y sin embargo sería el caso más favorable. ¡Cuán pocos relatos históricos han sido consignados por escrito únicamente para conservar a la posteridad el recuerdo fiel de los sucesos de su propio tiempo! ¡Cuántos diplomáticos (los testigos favoritos de la escuela de Ranke) pensaron destacar sus propias capacidades más bien que informar concienzudamente a los que le han dado poder! Si el método de crítica filológica

pudo enseñar un escepticismo inexorable, no ha rendido verdaderamente mal servicio a la historia.

2. NIEBUHR

Barthold Georg NIEBUHR, hijo del célebre viajero Karsten Niebuhr, nacido el 1776 en Copenhague, en 1796 secretario privado del ministro de finanzas danés Schimmelmann, en 1800 asesor en el colegio comercial para el Departamento de las Indias Orientales, en 1804 director del Banco de las Indias Orientales en Copenhague, en 1806 atraído a Berlín por Stein y empleado en el ministerio de finanzas, en 1810 licenciado del servicio prusiano y nombrado historiador real, en 1816 enviado a Roma como encargado de los asuntos prusianos ante la Curia, en 1823 nombrado profesor de historia antigua en Bonn, donde murió, en 1831. Su obra principal es la *Römische Geschichte.* Los dos primeros volúmenes (hasta la primera guerra samnita) aparecieron en 1811 s. (muy modificados en las ediciones siguientes; citamos según la primera edición); la tercera (hasta las guerras púnicas) no fué publicada hasta 1832, después de la muerte del autor. Fué completada con la publicación, según cuadernos de curso de Bonn, de *Vorträge über römische Geschichte* (1846-1848), *Römische Alertümer* (1858) y *Alte Geschichte* (1847 a 1851). Es también un curso académico como *Geschichte des Zeitalters der Revolution* (1885). Cf. además *Nachgelas sene Schriften nicht philologischen Inhalts* (1842) y la biografía de su padre (1817).

La biografía titulada *Lebensnachrischten* (1838-39) no merece gran confianza. Muchas cartas publicadas allí están arbitrariamente alteradas y mutiladas, algunas no son de Niebuhr. Cf. E. Rosenstock en la *Historische Zeitschrift* CX (1912), 566 ss. H. Dreyhaus, *ibid,* 9 s. Exposición y crítica de sus trabajos históricos en J. Classen *N.* 1876 y sobre todo en F. Eyssenhartdt, *N., ein biographischer Versuch* 1886. Cf. además sobre Niebuhr y sus discípulos entre los historiadores de la Antigüedad J. Kärst *Die Geschichte des altertumss im Zusammenhange der allgemeinen Entwicklung der modernen historischen Forschung,* en *Neue Jarhbücher für das klassische Altertum* IX (1912) 32 ss. y K. J. Neumann, *Entwicklung un Aufgaben der Alten Geschichte* 1910, 40 ss. Dilthey, *Anfänge der historischen Weltanschauung Niebuhrs in seiner Jugendzeit,* trabajo leído el 16 de febrero de 1911 en la academia de Berlín, apenas toca a Niebuhr como historiador.

Niebuhr crítico destructor. Aunque se pueda hacer objeciones a sus estudios, Barthold Georges Niebuhr deberá ser citado siempre como el fundador del método de crítica filológica en historia. Tratando los períodos "oscuros" fué el primero en poner fin a la transcripción racionalista y a la interpretación pragmática de los relatos legendarios e indicando el camino por el cual el investigador basándose en el material auténtico conservado sin ser comprendido por la tradición, podía poner en el lugar del relato legendario una exposición histórica positiva.

Es necesario dejar intacto ese mérito a Niebuhr, sean cuales sean sus errores en la aplicación.

Un curioso azar llevó a Niebuhr a tratar un tema sobre el que casi nada restaba por hacer a la crítica negativa. La insuficiencia histórica de la tradición sobre los primeros siglos de la historia romana había sido clásicamente demostrada en las *Consideraciones* de Beaufort (véase

t. I, p. 358 s.). Hasta se habían descubierto en gran parte las fuentes impuras en donde habían bebido Tito Livio y sus predecesores. Los que sólo buscan el lado destructor de la crítica comprobaron en la *Historia romana* de Niebuhr no un progreso sino un retroceso. Frecuentemente la sobria inteligencia del hugonote holandés vió más acertadamente que la imaginación de Niebuhr, envuelta en nubes románticas. Es incontestable que, a causa de Niebuhr, la autoridad de Tito Livio fué definitivamente derribada; aún Beaufort había predicado en el desierto. Pero no era culpa de sus *Consideraciones*. Su crítica bien clara no era muy profunda; pero por lo menos buscaba, siguiendo hipótesis románticas indemostradas, restituir por los primeros libros de Tito Livio la epopeya popular que era considerada como su fondo.

Pero la crítica, en el antiguo sentido de la palabra, no era más que un aspecto y quizá el más débil de Niebuhr. Él inauguró una nueva época en la historiografía en cuanto no se contentó, como Beaufort, con rechazar en conjunto la tradición legendaria, sino que buscó sustituirla por una concepción positiva. Una intuición histórica espontánea se unía en él a ideas románticas tendenciosas.

Niebuhr romántico. Su punto de partida era completamente romántico. Bajo la influencia de Herder y más aún de románticos contemporáneos como Fréderic Schlegel, imaginaba una vieja epopeya romana "que por la profundidad y el brillo de la imaginación deja muy atrás todo lo que Roma produjo después." (I, 179). Su propósito era restablecer esa epopeya y liberarla de las interpretaciones y de las alteraciones racionalistas de la historiografía antigua del *Aufklärung* (cf. por ejemplo, I, 148). Quizá el recuerdo de cantos populares históricos oídos en su infancia, le hizo suponer en la antigua época romana un tesoro de alta poesía desaparecido.

La hipótesis de cantos populares sobre los cuales se habría fundado la tradición romana no era nueva. Beaufort la había admitido. Niebuhr difirió de su predecesor por la curiosa veneración que, en calidad de romántico, tributaba a esta pretendida poesía popular. Ponía este producto ficticio del espíritu popular de Roma por encima de la misma historia: "El relato es diferente, pero vale más que la historia pura y simple, sobre cuyo terreno volvemos a encontrar todo lo que nos fatiga y disgusta en la vida." (I, 173). Como a los demás románticos, por desagradarle la trivial poesía de salón del siglo XVIII, había perdido de tal modo el sentido de una forma artística, que no encontraba poesía original nada más que allí donde los sentimientos no estaban expresados sino presentidos. Nada habría que decir si esos sentimientos vagos no fueran un pésimo *criterium* histórico. Herder había tomado por un producto del espíritu popular de los árabes la poesía artificial de estilo morisco, en boga en España en el siglo XVI; Niebuhr pensaba que el relato del establecimiento de los troyanos en el Lacio era una leyenda

nacional indígena (I, 136). Frecuentemente tomó por poesía lo que no era más que pura ornamentación de retórica o invención tendenciosa.

Niebuhr discípulo de Moser. No es este entusiasmo romántico por la poesía popular lo que da a la *Historia romana* de Niebuhr su valor particular. A esta disposición que lo alejaba de manera inquietante de una historia verdadera, se unía una despirta inteligencia para ciertos aspectos de la realidad histórica. Niebuhr no se ligaba únicamente a Herder y a Fréderic Schlegel sino también a Möser. Como él, juzgaba al Estado y a la historia desde el punto de vista del campesino libre. No era un espíritu tan móvil y tan abierto como el autor de la *Historia de Osnabruck*. Mezclaba, lo que éste jamás había hecho, reflexiones morales a razonamientos políticos. Eyssenhart (§ 16, p. 54 s.) ha hecho observar, con razón, que Niebuhr había permanecido siempre bajo la impresión de las frases virtuosas del estoicismo antiguo, y había visto en la riqueza y en los refinamientos un alejamiento del objeto de la naturaleza. Pero donde Niebuhr se identificaba con Möser, es en que tenía conocimiento práctico de la vida rural de su región natal y no comenzaba como la mayor parte de los ciudadanos, por construcciones académicas.

Cuando historiadores retóricos como Tito Livio discurrían sobre la vida rural de los tiempos antiguos se la figuraban como un idilio filosófico, como una emocionante escena de teatro a la manera de Rousseau. Niebuhr rompió completamente con esta ilusión. "Tito Livio, dice, cree en una simplicidad primitiva de aquellos tiempos mucho más grande que la que podemos aceptar" (I, 298). No presentó una escena pastoril sino un Estado de campesinos como el que él había conocido en su juventud en el *Dithmarschen*: campesinos libres, laboriosos, obstinadamente atados a los viejos hábitos, que vivían en sus propiedades.

Aún más que Möser consagró este tipo como un dogma. No idealizó su Estado agrícola, pero no admitió nada a su lado. "Solamente cuando los ciudadanos de Roma eran campesinos que cultivaban por sí mismos sus campos se encarnó en su Estado el ideal del cual está tan profundamente alejado." Todo lo que favorece la existencia de los campesinos libres le pareció bueno. A pesar de sus sentimientos conservadores odiaba a los patricios como un liberal. A sus ojos son propietarios sin escrúpulos que privan a los campesinos del producto de su sudor. Su política egoísta ponía al Estado en peligro: si hubieran podido hacer entrar por la fuerza al pueblo en su clientela, la infantería de línea que fué el poderío de Roma, no hubiera podido formarse (cf. I, 253). Completamente funesta fué la sed de conquistas. La extensión del Imperio Romano ocasionó su decadencia no solamente política, sino moral.

No es por casualidad que Niebuhr no continuó su historia romana más allá de los más antiguos tiempos: solamente a ellos se acomodaba

su talento. Los problemas políticos y sociales de los primeros siglos (la situación agraria, los relatos de la constitución con la distribución de la propiedad y con el servicio militar, etc.) no habían sido dilucidadas desde Möser con tanta sagacidad y sentido práctico.

No hubiera sido capaz —sus cursos lo demuestran— de juzgar sanamente la política de expansión de los períodos siguientes. Era un carácter cerrado, confinado desde temprano en la soledad intelectual; se parecía demasiado a los campesinos de su país. Exigía a los otros como a sí mismo una estricta lealtad; no podía comprender una concepción más ligera de la vida. No entendía ni la transformación que ha hecho de Roma un gran Estado ni el nacimiento de su civilización de gran ciudad. Rechazaba con dureza lo que no coincidía con su ideal campesino. La época que siguió a la guerra de Aníbal le parece "proclive a una completa degeneración" (*Vorträge* II, 187). No buscó como hubiera sido su deber, descubrir las razones históricas que habían producido ese desarrollo (feliz o desdichado). Además sacrificaba demasiado a sus ideas dogmáticas y morales: "Es así cómo hace bastantes años los Dithmarses lograron rápidamente grandes riquezas e inmediatamente se produjo una consunción brutal, pronto seguida de la decadencia". Figuras como las de César y Horacio están extrañamente deformadas. Lo que caracteriza a César es "una gran franqueza, una gran familiaridad", era "hombre muy cordial" (III, 30). Sobre el folletinista hastiado de la gran ciudad, que fué Horacio, observa lo siguiente: "Horacio no quería hacer sangrar su corazón y nos sumerge así en una disposición de ánimo tanto más dolorosa... Siempre es noble y generoso, solamente ha tomado mal una época desdichada." (III, 135 s.).

Pero a despecho de sus prejuicios de casta, Niebuhr jamás olvidó las lecciones de Möser. Era conservador en política, en el sentido del Romanticismo; pero como historiador no se atenía a los dogmas de la ciencia política restaurada.

No consideraba para nada la nacionalidad. No ensayó derivar la historia romana de un carácter nacional determinado o concebirla como una idea que se desarrolla por sí misma. Como Voltaire, comparaba sin escrúpulos los romanos con los pueblos exóticos, por ejemplo, los mejicanos. No seguía por demás la escuela pragmática. No ponía, como Machiavelo o Montesquieu, una combinación política razonada en el origen del desarrollo de la historia romana. No sometía más que Möser movimientos históricos exclusivamente a los hábiles cálculos de algunos individuos. Consideraba sobre todo como fuerza motriz el conflicto de los intereses económicos. Su debilidad es haber enfocado ese conflicto desde el punto de vista ético y haber tenido por funestas e inmorales todas las manifestaciones económicas que suponen el comercio y la especulación mercantil. Su fuerza está en haber partido de la situación social y haber descripto, como un caso típico, la evolución de Roma de

estado agrario a estado comercial, sin sacar, como la escuela de Rousseau, principios generales de las construcciones especulativas.

La crítica positiva de Niebuhr. Niebuhr dependía también de Möser en que no consideraba las ideas religiosas como fuerzas históricas. Pero era completamente original en su método. Fué el primero que trató de esclarecer por medio de la crítica positiva, es decir, del análisis filológico de las fuentes, una época de la cual casi no tenemos testimonios. Ensayó restituir todo un sector de la historia por medio de los restos de una buena tradición, que se puede encontrar en fórmulas incomprendidas, en antiguas máximas de derecho, en datos fragmentarios de gramáticos. Procuró distinguir los hechos que la historia narra, según que fueran de antigua o reciente adquisición, "oropel retórico" (I, 208) o informaciones aceptables. Siguió la historia de la tradición y tachó ciertos datos de "ordenamiento devoto por un espíritu religiosamente ligado al carácter sagrado de los números" (I, 188). Aunque se haya equivocado frecuentemente, este método inició una era nueva en la historia de las investigaciones históricas.

Niebuhr escritor. A pesar de todos sus defectos, la *Römische Geschichte* habría podido resultar una obra clásica si Niebuhr hubiera sabido escribir mejor. Pero carecía de todo talento de escritor. No sabía componer ni expresarse agradablemente. Sus períodos frecuentemente están tan sobrecargados de participios, de incidentales, de intercalaciones torpes, que el lector se ve precisado a adivinar el sentido; a menos que lo reconstruya como en el caso del texto de un autor antiguo. Todavía podría aceptarse ese estilo, a la vez denso y desmañado, si la composición estuviera algo organizada. Pero Niebuhr no da ni un relato ni una investigación ni un resumen, sino todo eso mezclado. Interrumpe constantemente la narración con digresiones arqueológicas y coloca sus investigaciones críticas sin ilación entre fragmentos de la epopeya histórica que pretende haber restituído. Él mismo advirtió ese defecto: "En el transcurso de los antiguos tiempos de esta historia, no puedo evitar la inserción de investigaciones como episodios; para apoyarlos, creo tener el mismo derecho que tenían los historiadores antiguos para introducir relatos episódicos en la trama de la narración. La historia de los más antiguos tiempos de Roma no puede ser otra cosa que una combinación de narración y de investigaciones". (I, 191 s.). Singular excusa. El precedente antiguo que hace valer no prueba nada en sí, y no serviría en todo caso para excusar a Niebuhr. Los historiadores romanos intercalaban episodios para satisfacer la necesidad estética de variedad: ¿da eso derecho al erudito moderno a excluir de su exposición el orden y la claridad? Razón tuvo Ranke, desde su primer obra, al no seguir a Niebuhr en este camino y separar del texto sus digresiones sobre la crítica de las fuentes.

Wolf, Ottfried Müller y Nitzsch. Niebuhr había tomado del filósofo Friedrich August Wolf (1759 a 1824) el arte de descomponer en sus elementos primarios una obra que se remonta a fuentes antiguas, hoy perdidas. Su ensayo de reconstrucción por medio de los primeros libros de Tito Livio, de la epopeya nacional romana, sobre la cual se funda, se apoya sobre la teoría de los cantos que su predecedor había opuesto a un Homero único. Wolf era por otra parte un crítico mucho más sobrio que Niebuhr. Sus *Prolegomena ad Homerun* (Halle 1795) están, por la sagacidad de la reflexión, muy encima de la *Römische Geschichte*. Sacrifican menos a un entusiasmo nebuloso por la poesía natural y popular. Eso no impide que los resultados a que llega la crítica positiva de Wolf no sean tan insostenibles como los de Niebuhr. —Cf. sobre Wolf, además de los historiadores de la filología clásica, S. Reiter en *Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum* XIII (1904) 89 ss.

El método de Niebuhr fué transportado a la antigua historia de Grecia por el filólogo Karl Ottfried Müller, nacido en 1797 en Brieg, Silesia, muerto en 1884 en Atenas. Como su modelo, quiso acabar con el método pragmático y reconstituir con deducciones sacadas de reliquias incomprendidas, la historia de las antiguas tribus griegas. Desgraciadamente sus obras, que han quedado fragmentarias, casi no pueden ser tratadas en nuestra historia. Era superior a su modelo como escritor —la composición es más concisa, la lengua de una simplicidad vigorosa— pero la narración y las investigaciones no están bien separados.

En sus ideas históricas Müller era completamente adicto al romanticismo político. Llevó hasta sus últimas consecuencias la idea del desarrollo nacional orgánico. Ensayó probar que los griegos quedaron libres de toda influencia extraña. Sus favoritos son los dorios, entre los cuales pueblo y Estado parecen coincidir. Pone en lugar de Licurgo las costumbres (*Herkommen*) espartanas, la verdadera constitución doria "que nunca pudo ser la obra de un individuo". (*Die Dorier* III, 15). Lo que más lo atrae en los espartanos es el Estado que llega a ser orgánico como una obra de arte: "una obra de arte que crea y presenta constantemente a la nación entera en su unidad." En el Estado espartano, surgido de una raza, preservado de revoluciones y de constituciones artificiales, encuentra oculta *"die tiefste politische Weisheit"*, la mayor sabiduría política (III, 185 s.). Sus obras: *Die Geschichten hellenischer Stämme, I Orchomenos und die Minyer, II Die Dorier* 1820-1824; *Geschichte der griechischen Literatur* (inconclusa; apareció primero en una traducción inglesa) 1841. Cf. *Lebensbild in briefen von* O. und G. Kern 1908; K. Dilthey, *O. M.* (discursos 1898) y la bibliografía citada en *Götting. gelehrte Anzeigen* 172 (1910) 356 ss. Además la correspondencia con L. Schorn en *N. Jahrb. f. das Klassische Altertum* 26 (1910). Entre los historiadores que siguieron, el más fiel al método y a las ideas de Nieburhr fué Karl Wilhem Nitzsch, nacido el 1818 en Zerbst, encargado de cursos en 1848, desde 1858 profesor titular en Kiel, llamado

en 1862 a Könisberg, en 1872 a Berlín, donde murió en 1880. Como su maestro, concibió la historia de Roma como la historia de la clase campesina romana, y pidió que toda exposición fuese precedida de un estudio exacto y sistemático de las fuentes. Desgraciadamente, como muchos otros discípulos de la escuela de Niebuhr, no salió de los estudios críticos y de las monografías.

Los dos cursos publicados después de su muerte por sus alumnos, *Geschichte des deutschen Volkes bis zum Augsburger Religionsfrieden* edic. Matthäi 1883 a 1885 y *Geschichte der Römischen Republik,* edic. G. Thouret 1884-1885, muestran que Niztsch hubiera podido distinguirse como narrador. Contrariamente a la historiagrafía política liberal, jamás perdió de vista el pensamiento fecundo de Möser y de Niebuhr, de que el desarrollo político se apoya sobre cambios económicos. Como Niebuhr aspiraba a una visión concreta de las cosas. Siempre habrá que lamentar que no pudiera dar él mismo una última mano a su *Historia de Alemania.* Por hábilmente que hayan sido publicados sus cursos dejan ver (independientemente de la justeza de ciertas teorías favoritas) que Nitzsch no era completamente dueño de su tema. Sabía demasiado para profesor, demasiado poco para investigador erudito. Se advierte sobre todo en las últimas partes que frecuentemente se sirve de fuentes de segunda mano. Era inevitable; pero se concluye que las ingeniosas construcciones de Niztsch están en gran parte edificadas en el aire.

Cf. Jastrow en *Allg. Deutsche Biographie* (1886) y G. von Below en *Archiv. für Kulturgeschichte* VIII (1910), 305 ss. (Cartas de Niztsch Maurenbrecher). Otras cartas: *ibid.* X, 49 ss.; t. 41 de la *Zeitschrift für Geschichte von Schleswig-Holstein* y en la *Konservative Monastschrift,* 1913.

3. RANKE Y SU ESCUELA

a) RANKE

Leopoldo RANKE (ennoblecido en 1865), nacido en 1795 en Wiehe en Turingia, en 1818 profesor en el gimnasio de Francfort —sur— l'Oder, llamado después de su primera obra a la Universidad de Berlín (prof. titular en 1836), 1827-1831 en Viena y en Italia (Venecia y Roma) investigando en los archivos, de 1833 a 1836 redactor de la *Historische-politische Zeitschrift,* nombrado en 1841 historiógrafo prusiano, fallecido el 1886 en Berlín. Se inició en la historia (cf. H. F. Helmolt, *Ranke-Bibliographie* 1910) con *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1535* (1824). No apareció de ella nada más que un primer volumen (hasta 1514): es por eso que se le cambió el título cuando se la reimprimió, muy modificada por otra parte, en las *Obras* (1874). Sobre todo, lo que dió importancia a este trabajo fué el apéndice publicado aparte: *Anhang: Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber* 1824 (en la 2ª ed. 1874 muy retocada). Siguieron las dos obras principales: *Die römischen Päpste, ihre Kirche und ihr Staat im XVI und XVII. Jahrhundert* 1834 (en *Sämtliche Werke,* vol. 37 a 39 titulado *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten* y enri-

quecido con una conclusión sobre el Concilio del Vaticano 1878) y *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation 1839 a 1847 (Werke 1 a 6)*. La obra sobre los papas está completada con *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. und 17 Jahrhundert* 1877) en un principio publicada parcialmente en *Fürsten und Völker von Südeuropa im 16 und 17 Jahrhundert.*

A la historia de los siglos XVI y XVII pertenecen igualmente por lo esencial *Französische Geschichte vornehmlich im 16 un 17. Jahrhundert* (1859 a 1868), *Englische Geschichte vornehmlich im 17. Jahrhundert* (1859 a 1868), *Geschichte Wallensteins* (1869) y numerosos escritos menores: *Don Carlos* (1829), luego como segunda parte de *Historisch-biographische Studien, Werke* 40-41; artículos sobre la historia de VENECIA: *Die Verschwörung gegen Venedig im Jahre* 1618 (1831); *Venedig im 16. Jahrhundert und in der ersten Hälfte des 17; Die Venezianer in Morea, 1685 a 1715* (*Werke* 42); sobre la historia de FLORENCIA: *Savonarola, Filippo Strozzi y Cosimo Medici* (en *Historisch-biographische Studien,* que contienen también el artículo sobre Consalvi 1877; *Zur geschichte der italianischen Poësie* 1837 (*Werke* 51 a 52) etc. Muchos de estos artículos aparecieron primero en *Hist. polit. Zeitschrift.*

Los trabajos de Ranke sobre la historia de Prusia se refieren, en general, a la historia de los siglos XVIII y XIX: *Neun Bücher preussischer Geschichte* 1847 s.; retocada más tarde como *Zwölf Bücher preussischer Geschichte* 1847 (hasta la guerra de los siete años); *Der Ursprung des Siebenjährigen Krieges* 1871; *Die deutschen Mächte und der Fürstenbund* 1871 s.; *Ursprung und Beggin der Revolutionskriege* 1875. Después la publicación de los *Denkwürdigkeiten Hardenbergs* (1878 s.) y de *Aus dem Briefwechsel Friedrich Wilhelms IV mit Bunsen* 1873); Federico Guillermo fué tratado también por Ranke en *Allg. Deutsche Biographie.* La *Serbische Revolution* 1829 está a parte.

Ranke termina su actividad historiográfica con una *Weltgesghichte* que quedó inconclusa (hasta la muerte de Otton I) 1881 a 1885, los volúmenes VI a IX (hasta la mitad del siglo XV) fueron compuestos más tarde sobre notas de Ranke (hasta 1888). Se le dió como complemento en cierta forma las conferencias de 1854 en Berchtesgaden ante el rey Maximiliano II de Baviera sobre *Epochen der neueren Geschichte* (*Weltgesch. IX 2. Abteil.* 1888).

Ranke tomó parte considerable en la fundación de los *Jahrbücher des deutschen Reiches* y de la *Historische Commission de Munich* (1858).

LITERATURA. — Ella es muy abundante sobre Ranke en general, pero poca ha sido la preocupación por el historiador. Es una excepción casi única la fina necrología de A. Von Reumont en el *Historisches Jahrbuch der Görresgesellschaft* VIII (1886) 608 ss.

Para la biografía: artículos de Ranke sobre su propia vida y una parte de sus cartas se encuentran editados por A. Dove en los volúmenes 53 y 54 de los *Sämmtliche Werke* (1890). E. Gugla, *Rs. Leben und Werke* 1893; A. Dove, *Rankes Leben im Umrriss* (*Ausgewählte Schriften* 1898, p. 150 ss.). Informes fragmentarios: *Th. Töche, L. v. R. an seinem 90. Geburtstage* 1806; C. Rethwisch, *R. als Oberlehrer in Frankfurt a, O.* 1908; Th Wiedemann, *16. Jahre in der Werkstätte L. v. R. s.* en *Deutsche Revue* 1891; M. Ritter en *Hist. Ztschr.* 103 (1909), 276 ss. (sobre su participación en la Comisión histórica de Munich); A. Dove, *R. und Sybel in ihrem Verhältniss zu König Max* (discurso de circunstancias) 1895; la biografía de su hermano Ernst Konstantin R. por E. Hitzig (1906) y *Jugenderinnerungen* de Heinrich Ranke (2ª edic. 1886); cartas publicadas en diferentes revistas (a Stenzel editadas por Gothein en *Beilage zur Allgem. Zeitung* 22-23 marzo 1892; a Gentz editadas por Salzer en *Histor. Zeitschrift CVIII* (1912), 333 ss.; cartas dirigidas a Ranke por otros historiadores, editadas por Varrentrapp *Hist. Zeitsch.* CV [1910] 105 ss., CVII [1911] 44 ss. etc.).

Semblanzas: M. Ritter, *L. v. R.* (discurso rectoral 1896): H. v. Sybel, (discurso conmemorativo, en *Vorträge und Abhandlungen* 1897, p. 290 ss.) B. v. Sobre la filosofía de la historia de Ranke: R. Fester, *Humboldts und Rankes* Simson, *R. und seine Schule* 1895; M. Lenz en *Kleine histor. Schriften* (1910) *Ideenlehere*, en *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* VI (1890) 235 ss.; O. Lorenz, *Die Geschichtswissenschaft in ihren Hauptrichtungen und Aufgaben* II (1891); W. Nalbandian, *R. s. Bildungsjahre und Geschichtsauffassung* 1902 (Leipziger Studien VIII, 2); B. Schmeidler, *Zur Entwicklung der Geschichtschreibung Rankes*, en el *Jarbuch* de Schmoller 27 (1903). 465 ss. F. J. Schmidt, *R. und König Maximilian von Bayern über den Moralischen Fortschritt des Menschengeschlechts* en *Festschritft für Delbrück* 1908, p. 47 ss. H. v. *Cämmerer Rankes grosse Mächte und die Geschichtschreibung des 18. Jahrhunderts en Studien und Versusche zur neueren Geschichte zum 60. Geburtstage Von M. Lenz.* 1910; W. Freytag, *Über Rankes Gesdhichtsauffassung en Arch. für systematische Philosofie* N. F. VI, 129 ss. y 311; O. Diether, *Ranke als Politiker.*

Sobre obras particulares: E. Michael, *Rankes Weltgeschichte* 1890 (católico); C. Varrentrapp *Rankes Historisch-politische Ztsch.* en *Hist. Ztschr.* 99 (1907), 35 ss.; Du Moulin-Eckart, *R. und die Serben*, en *Deutsche Revue* 1909.

Sobre los relatos venecianos, la fuente principal de Ranke en sus primeros escritos, cf. W. Andreas, *Die venez. Revolutionen und ihr Verhältniss zur Kultur der Renaissance* (1908).

La ideología de Ranke. El más grande maestro del método de crítica filológica tomó también del Romanticismo las premisas de su historiografía. Pero con mucha más prudencia y sangre fría que Niebuhr. Ranke rechazó las especulaciones dogmáticas del Romanticismo y no conservó de sus lecciones nada más que lo que estaba de acuerdo con su observación empírica del presente.

Ranke no buscó como Hegel señorear la historia sino comprenderla. Se atuvo al sistema de filosofía de la historia que prestaba más atención a la situación política de la Europa contemporánea y evitó en lo posible los juicios de valor dogmático. Tomó, como otros contemporáneos (Neander) por base de su concepción de la historia la ideología histórica tal como había sido formulada teóricamente por Guillermo de Humboldt.

Partía en absoluto de la observación del presente. La dependencia en que se encontraba la ideología histórica del conflicto contemporáneo entre el principio liberal y el principio conservador es todavía más evidente en él que en Humboldt. La influencia profunda de la Revolución Francesa sobre la historia general de Europa era el prototipo de su teoría sobre el papel de las ideas directrices, de las t e n d e n c i a s r e i n a n t e s e n c a d a s i g l o. Su idea favorita de la unidad que formaban los pueblos romanos y germánicos es también fruto de las experiencias políticas de la época de la Restauración. Las batallas entre absolutistas y constitucionalistas fueron casi exclusivamente libradas en estas naciones y sobre una base internacional. Ranke sacó conclusiones para la historia. En las grandes obras de su madurez por lo menos, se en-

cierra en el círculo de las naciones civilizadas que, a pesar de sus muy marcadas diferencias, podían ser miradas como formadoras de una unidad política, en el sentido elevado de la palabra, por otra parte trató preferentemente el período en que, como en su tiempo, una misma y única tendencia dominaba la historia de los pueblos románicos y germánicos. Con el conocimiento de sus fuerzas, que no le abandonó jamás hasta su vejez, eligió por tema especial de estudios el período de la Reforma y de la Contrarreforma.

La originalidad de Ranke no reside en su concepción de la importancia de las ideas en la historia. Es el más distinguido de los historiadores que así hicieron aprovechar a la historia de las experiencias de la Revolución Francesa; pero no es ni el primero ni el último. Ciertamente llevó a cabo con mayor fineza y miramientos que ningún otro el programa de la escuela. Más que ningún otro defendió la opinión de que las ideas que obran en la historia no son fuerzas trascendentes, sino creaciones inmanentes, las exigencias concretas de ciertos hombres. Se abstuvo con mayor rigor que otros de la crítica de las ideas; estaba persuadido de que el historiador sólo debía describir, no juzgar las tendencias dominantes, como otras fuerzas vivas. Pero no se separaba en principio de los simpatizantes de la ideología. Se inclinaba, como muchos de sus contemporáneos a espiritualizar luchas materiales de intereses con la ayuda de ideas supuestas. Casi no ha buscado más que ellos el origen de esas ideas; creía encontrar allí alguna cosa inexplicable, disposiciones de la Providencia: "aquí todavía hay teología". (*Zur eigenen Lebensgeschichte,* 273).

Ranke adversario de las teorías nacionalistas de la historia.

Lo característico en Ranke es el modo como combinaba la ideología con sus ideas sobre la importancia de las relaciones internacionales.

Ranke tenía sobre casi todos los historiadores políticos de su tiempo la ventaja de no partir de una fe dogmática en beneficio para la nacionalidad. No negaba la importancia de la nacionalidad, pero la subordinaba al punto de vista europeo. Para él, el desarrollo histórico no se cumplía en un solo pueblo, ni aún preferentemente en tal pueblo, sino en toda la agrupación romano- germánica. No desaprobaba el carácter internacional de las luchas políticas contemporáneas. No aspiraba como los verdaderos románticos a un aislamiento nacional artificial. No era partidario de rechazar como funesto un movimiento que tenía su punto de partida en el extranjero.

Se podría ver en ello una tendencia hacia el liberalismo, si no divergiera de éste en que Ranke consideraba las manifestaciones de fuerza exterior en la vida de los Estados, no solamente sin horror sino con una marcada simpatía, aunque sólo lo confesaba a medias. No soñaba con aplicar sus ideas sobre la importancia de la fuerza a la historia política interior. No veía que en las luchas de clases y de partidos

se trata en general de distribución de las fuerzas. Esto no era suficiente para hacerle reconocer experiencias que le ofrecía el Estado burocrático de su país; pero en el cual se puede advertir la influencia de las condiciones en que se encontraba Prusia, de lo cual se dió cuenta más claramente que ningún otro historiador contemporáneo, excepción de Droysen, en cuanto a la importancia capital de la fuerza en las relaciones entre los Estados. Sobre todo en lo que respecta al desarrollo interior. En la historia de las instituciones y del derecho, se consideraba de buen grado cada Estado, cada nación aparte, haciendo la imposible suposición de un desarrollo orgánico aislado: Ranke insistió en las modificaciones continuas que las cuestiones internacionales de fuerza hacen sufrir a la política de los Estados europeos. Si como historiador, Ranke ha sostenido una tesis, es precisamente esa. Es notable que no se dejaba detener por el desmentido que la apariencia exterior parecía dar a su opinión. Hasta entonces y después también se había hecho derivar la Revolución Francesa de la situación de Francia. Ranke la atribuye sobre todo al cambio repentino que se había operado desde el siglo XVII en las relaciones de Francia con las potencias del norte y del este (*Die grossen Mächte,* primero en *Historische Politische Zeitschrift,* 1833, después en *Sämtl* Werke XXIV).

De todas las lecciones de Ranke, esta es la que más hizo progresar a los conocimientos históricos y la que más felizmente opuso el empirismo histórico a las teorías construídas por el Romanticismo. Todas las fórmulas místicas de desarrollo por las cuales los románticos, antes y después de Hegel, ensayaban explicar la historia, desaparecieron desde que se hubo comprobado que la historia particular de los Estados no sigue leyes propias, sino que está determinada por el encuentro, en el fondo siempre fortuito, de los intereses de fuerza de las diferentes regiones. Esta concepción está ya expresada en la primera obra de Ranke. En sus *Geschichten der romanischen und germanischen Völker* (p. 244 de la 2ª edic., cf. p. 315 s. de la 1ª) descarta la opinión de que "las naciones serían elevadas o abatidas porque el desarrollo de su naturaleza, su crecimiento y su debilitamiento serían comparables a la vida de un hombre" porque existiría "un decreto divino predeterminando su progreso o su ruina". Busca probar con el ejemplo de Venecia cómo una decadencia podía proceder de que "al lado del movimiento ascendente hay otras fuerzas vivas que detienen su expansión indefinida". Mantuvo siempre esta opinión. Comparado con los románticos parece un pragmático, sin haber retrocedido a la manera superficial de la escuela de Spittler. Tenía una idea más profunda de la casualidad, menos individualista que los iluministas, y había aprendido de los románticos que las concepciones e instituciones tradicionales tienen valor independiente. No es culpa suya si la historiografía de sus sucesores, con sus prevenciones nacionalistas, obtuvo poco fruto de esta doctrina, la más importante quizá de las suyas.

La concepción artística de la historia. Esta concepción imparcial de la fuerza no se debía únicamente a que Ranke era prusiano, ella se apoyaba aún más en sus disposiciones artísticas. Ranke no era en modo alguno un cínico. Jamás exaltó la fuerza bruta, como alguna vez lo hizo Machiavelo. Pero tenía demasiado sentido artístico para no situar toda fuerza viva en su verdadero lugar.

Miraba a la historia como esteta. Evitaba subordinarla a diseños que encontraban su realización en el presente; gustaba "cada vida particular de acuerdo con su naturaleza". El poderío de un pueblo le parece un bien en sí mismo, si no está al servicio de la humanidad, de la nacionalidad, etc. Negaba que "el avance frecuentemente dudoso de la civilización sea el único tema de la historia universal". (Cf. *Die grossen Mächte* in fine). Una fuerte inclinación interior lo atraía hacia todas las encarnaciones de una vida original. Se ve cómo esta concepción se aproxima a la teoría de la fuerza que sostiene más tarde Droysen; éste se distingue de Ranke en que no daba a su opinión una fórmula dogmática y en que la fuerza para él era más espiritual, más cultivada podríamos decir, que en el fundador de la escuela prusiana.

La psicología histórica de Ranke. La naturaleza artística de Ranke se desplegaba con mayor riqueza todavía cuando llevaba su atención sobre los individuos. Como historiador merece la mayor estima allí donde toca verdaderos problemas históricos, persigue el desarrollo de las ideas o busca la influencia de la situación mundial sobre la vida de los Estados; en el fondo se distingue más como psicólogo.

En su contemplación artística del mundo, Ranke lindaba con el Romanticismo. El placer que toma en la vida fresca y coloreada recuerda a Walter Scott, quien, según su propia confesión, tuvo sobre él una gran influencia en su juventud. Pero en su psicología se alejaba conscientemente de él y de los románticos en general. Éstos vestían a meros fantasmas con un ropaje histórico: Ranke buscaba penetrar hasta el fondo de la personalidad. Su análisis psicológico se servía también del color local; pero no se quedaba allí, ponía al hombre por encima del ropaje.

Nadie hasta entonces se había dedicado con tanto amor a la psicología histórica, sobre todo entre los historiadores. El que tengamos retratos vivientes de los tiempos antiguos lo debemos casi exclusivamente a los memorialistas. Los humanistas habían trabajado con la retórica teatral; los racionalistas se habían contentado con etiquetas cómodas que provenían de la filosofía del sentido común o del conocimiento escéptico que tenían del mundo los soberanos ilustrados, y no eran suficientemente imparciales para apreciar al adversario como personalidad humana interesante. El hecho les parecía más importante que el individuo. Los sobrepasaban naturalezas complejas. He aquí donde intervino Ranke.

Rechazó los juicios banales de la moral burguesa tanto como las exterioridades poéticas de la psicología romántica. No descansó hasta que hubo puesto al descubierto la vida psiquica de los personajes históricos, hasta en sus más finas ramificaciones. Poseía en grado sorprendente la aptitud para penetrar, como él decía, los pensamientos y los sentimientos ajenos. Es notable que se haya atado a simples proyectos tanto como a realizaciones; para el psicólogo que se interesa en las intenciones, los unos son tan importantes como las otras. Demasiado frecuentemente los proyectos pueden ilustrar sobre el carácter de las personas mejor que los actos, los cuales obligan ordinariamente a modificar la fuerza de las circunstancias.

También el análisis psicológico de Ranke tenía, sin duda, sus límites. Sólo era plenamente satisfactorio cuando se aplicaba a naturalezas que tenían afinidad interior con la suya. Hecho característico, triunfó sobre todo con los representantes de una religiosidad culta. A las naturalezas ásperas en las que dominan instintos primarios, los políticos cínicos e impíos, no las reconstruye sino debilitándolas. Era demasiado artista, demasiado ansioso de objetividad para rechazar simplemente personalidades que no le eran simpáticas. Trataba de comprenderlas en lo posible. Pero no llegaba a expresar más que una parte de su ser; su dibujo no fracasa, sino que necesita ser completado con trazos más vigorosos. No es por azar que el libro sobre los papas, obra maestra de la historiografía psicológica esté consagrado principalmente a la Contrarreforma. En ninguna parte mejor que en los papas y en los cardenales de los siglos XVI y XVII encontraba Ranke representantes de su propio género de piedad semi-devota, semi-racionalista. En desquite ¡cuánto deja desear la pintura de las rudas fuerzas populares en su *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation!*

Ranke maestro del método filológico crítico.

La necesidad de un análisis psicológico penetrante hizo de él el más grande maestro de este método. Aspirando escrutar el carácter original de los individuos en todos sus matices y particularidades, sintiéndose más atraído por los problemas psicológicos que por los de la historia, no podía declararse satisfecho de las informaciones extraídas de fuentes derivadas. Aquellos historiadores que eran psicólogos, tales como Machiavelo, Guicciardini, Sarpi y Clarendon, no presentaba el material histórico nada más que ordenado de acuerdo con ciertas tendencias. La verdadera naturaleza de los hombres no se revela más que cuando el historiador remonta a las manifestaciones inmediatas de primera mano. Solamente de acuerdo con estas podrá juzgar las intenciones de los autores y reemplazar con una psicología verdadera la psicología histórica ficticia de un Walter Scott. Pues él debe evitar lo que hizo el poeta escocés: "Atribuir a príncipes antiguos otros sentimientos que los que ellos tenían." (Cf. O. Lorenz II, 15).

Esta teoría tuvo como consecuencia un vuelco total de la opinión acerca del valor de los historiadores (modernos). Hasta entonces se había tomado ingenuamente a los historiadores más distinguidos por las mejores fuentes. Opinábase que el hombre más inteligente, casi diríamos el mejor estilista, debía ser el más seguro informante de los sucesos históricos. A veces se había hecho desconfiar al público de algunos autores, conocidos con razón o sin ella, como embusteros o investigadores poco serios. Pero no se encaraba entonces más que casos de impostura grosera o de imaginación desbordada. Ranke tenía otras necesidades. Y fué mucho más severo. Buscó ante todo reconstruir la psicología del mismo historiador y sus intenciones en el momento de la redacción. No sigue solamente las deformaciones voluntarias sino las alteraciones inconscientes del recuerdo, que involuntariamente modela los motivos de las acciones pasadas sobre los hechos subsiguientes. Pone fin con esto a la crítica estéril que llevaba al contexto pasajes aislados de diferentes autores para oponerlos uno a otro. Mostró que para apreciar el grado de fe que merecen tales datos es necesario haber fijado el carácter de la obra histórica íntegramente.

Cuanto más fuertemente impresa está la individualidad de un historiador, más sirve su libro a los fines del publicista, menos, en el sentido de Ranke, sirve para utilizarlo como fuente. Lo mejor sería no prestar atención a historias escritas y atenerse exclusivamente a testimonios directos. El mismo Ranke no sacó esta conclusión, pero le franqueó el camino con su método; empleó abundantemente relatos diplomáticos, escasamente fuentes narrativas, tanto como lo permitía el material conservado. Originalmente partió del método de Niebuhr. En el apéndice crítico de su primera obra que está fundado sobre fuentes impresas y sobre todo narraciones, buscaba, como el autor de la *Römische Geschichte,* distinguir las relaciones originales de las derivadas y descomponer éstas en sus elementos primarios. Disfrutaba de la inmensa ventaja de no tener que reconstruir por hipótesis las fuentes de las autoridades reconocidas hasta entonces. Del mismo modo, si cometió en su obra crítica inicial muchos errores (corregidos en gran parte en la 2ª edición), pudo asentar su trabajo de crítica filológica sobre un terreno mucho más sólido que el de Niebuhr.

Pronto abandonó Ranke esta posición. Su atención sobre la importancia histórica de los relatos venecianos del siglo XVI fué despertada probablemente por Juan de Muller (*Werke* VIII [1810] 421 p.). ¡Qué tesoro de informaciones auténticas cayó así entre sus manos! ¡Cuántas finas observaciones psicológicas podían ser tomadas de estas noticias! ¡Cómo introducían mejor esos diplomáticos avisados en plena realidad, que los historiadores verbosos y patéticos o que los pragmáticos a los cuales se estaba reducido para la historia de los siglos XVI y XVII! ¡Cuánto mejor podía penetrar el historiador las intenciones de los go-

biernos! Este descubrimiento fué decisivo para el método histórico de Ranke. Éste se mantuvo fiel hasta el fin a los principios entonces adoptados. Ya no tomó el fondo de su narración de historias, aún bien informadas, sino de relatos y de noticias diplomáticas. Raramente empleó actos propiamente dichos es decir fuentes no narrativas.

Su modo defectuoso y unilateral de emplear las fuentes.

Se había hecho un enorme progreso. Pero el método de Ranke pide todavía ser corregido y completado antes de ser satisfactorio para la ciencia.

En primer lugar, Ranke trataba con demasiada poca crítica los informes de los embajadores. Se dejaba encandilar demasiado por la innegable apariencia de vida verdadera que reflejan, en oposición con la historiografía académica. Olvidaba que también los autores podían, como los historiadores, estar inclinados a dar a sus relatos un giro tendencioso. Un funcionario cuya misión es dar informaciones regulares, sucumbe fácilmente a la tentación de inventar o de embellecer cuando no sabe nada o casi nada. De buen grado hará brillar a plena luz su propia habilidad aún cuando no haya tenido parte personal en los hechos. Tendrá los miramientos convenientes para los caprichos y los prejuicios de los que le ordenan y los servirá a voluntad con historias escandalosas, aún sabiendo que lo que cuenta no es más que murmuración. Si su gobierno premia una fácil elocución, él dará de buen grado, en trozos de virtuoso, muestras de su talento. El mismo Ranke era demasiado fino psicólogo para no haber mirado ocasionalmente con desconfianza los relatos de embajadores. Pero sus discípulos se extraviaron con frecuencia.

El empleo exclusivo que hizo Ranke de ciertas fuentes tuvo otra consecuencia más enojosa. Fué inducido por sus materiales a juzgar hechos históricos desde el punto de vista de los gobiernos. Era demasiado inteligente para dejarse sugestionar completamente por sus fuentes. Pero la naturaleza de sus autoridades lo llevaba a tomar conocimientos de grandes transformaciones históricas, de cambios universales en la vida económica, social y religiosa, única y exclusivamente en el momento en que comenzaban a ser sensibles a las fuerzas políticas. La transformación decisiva en las relaciones económicas que comienza en Inglaterra con los Tudors, y sin la cual la misma revolución del siglo XVII no se comprende, no está tratada en la *Englische Geschichte,* porque se desarrolla fuera de la política oficial. Las fuentes diplomáticas no informaban sino lo que sucedía de un día para el otro, cuanto más de un año al otro; no tenían ninguna razón para extenderse sobre un desarrollo que se cumplía poco a poco y del cual los interesados no tenían conciencia.

Ranke, que en general no gustaba de las teorías, nunca hizo depender el desarrollo histórico del Estado y de los conductores de los

Estados en forma tan exclusiva como algunos de sus discípulos. Las ideas directrices cuya historia trataba de escribir, se realizan por todas partes, y no únicamente en los círculos pertenecientes al gobierno de los organismos políticos. Ni nacen en la mente de los estadistas ni deben a ellos su fuerza. Pero en sus exposiciones históricas, Ranke llegaba finalmente a mostrar cómo gobernantes y diplomáticos se ponían de acuerdo con las tendencias dominantes de su tiempo. No le preocupaba el origen de esas tendencias, ni su acción en otros dominios aparte de los del Estado y quizá de los de la Iglesia. Volvió a caer pues, por lo menos en apariencia en la vieja historia de las cortes y de la diplomacia. La historia de los personajes ocupa de nuevo un gran lugar. En las últimas obras, sobre todo a medida que Ranke se mostraba accesible a las influencias cortesanas, el relato de los hechos que tienen lugar fuera del mecanismo gubernamental oficial está cada vez más relegado a magros capítulos de conclusión.

Esto no es todo. Evidentemente el método de Ranke no puede aplicarse más que a una sección poco considerable de la historia. Depende en absoluto de la existencia y de la conservación de informes diplomáticos continuos. Por lo tanto, sólo puede ser utilizado para la historia europea a partir del siglo XVI. Únicamente da resultado cuando está en presencia de fuentes que no sean narrativas. Ranke, quizá el más sagaz de todos los historiadores, sabía bien porqué en su madurez no abandonaba el único período en el cual podía emplear su método con éxito. En la interpretación de las fuentes históricas, siempre se mostró filólogo. Desde el momento en que un escrito tiene algún carácter literario, ningún matiz se le escapa. Pero no sabía qué hacer con los documentos de asuntos materiales. Sus disertaciones sobre la monarquía española y los venecianos en Morea no son más que pobres recapitulaciones sin crítica de relatos antiguos. Muestran que Ranke se atenía —erróneamente— a narraciones elaboradas, precisamente allí donde habría debido remontarse a los materiales de primera mano (libros de cuentas, registros de impuestos, etc.). No creía que se pudiera solamente reconocer por documentos, el carácter de un sistema de gobierno o de un personaje. Medio siglo después de la *Osnabrückische Geschichte* de Möser, hablaba con desprecio de colecciones de documentos de convento "que casi no se ocupan más que de objetos sin vida." (Cf. Guglia, p. 74). Cuando Lorenz trabajaba en su *Historia de Alemania en los siglos XIII y XIV,* Ranke le escribía: "Usted quiere tratar a su rey Ottokan como a un Carlos V; pero no hay fuentes para conocer a este hombre." (Lorenz, *Geschichtwissensch.* II, 123 nota). Sus discípulos que, de magras fuentes para la historia de los emperadores de Alemania en la Edad Media quisieron, mediante la interpretación filológica, sacar datos acerca de la personalidad y de los principios políticos de los soberanos, aplicaron el método del maestro a un tema que éste, en sus buenos tiempos, había evitado prudentemente.

Sobre ningún otro aspecto la historiografía moderna ha superado a Ranke con más consecuencia y éxito. No solamente se ha desprendido ella del interés psicológico exclusivo para los individuos, ha mostrado que se puede reconstruir una personalidad con sus actos quizá mejor que con sus palabras. Un sistema de gobierno requiere ser conocido por sí mismo; los relatos de extranjeros, aun los mejor informados, no bastan. Entre los historiadores, Droysen ha sido el primero en demostrarlo brillantemente en su *Geschichte der preussischen Politik.*

Ranke escritor. Todas estas tendencias encontraron una perfecta expresión en las formas que Ranke da a sus obras.

Su sentido artístico no se desmiente en su trabajo de escritor. Pocos historiadores alemanes han limado tan concienzudamente su estilo. Cada nueva edición presentaba nuevas mejoras. Consiguió hacer de la lengua un instrumento dócil de su pensamiento. Su expresión, cargada de ideas, resulta siempre clara. Usando los más finos matices hace resaltar las líneas principales. Está llena de dignidad sin caer jamás en el *pathos.* Evita las alusiones directas a palabras de partidos actuales y, sin embargo, se entrevee en todas partes las tendencias políticas del momento. Es más apropiada para los retratos y las consideraciones que para la narración. Quizá se inclina demasiado a la reflexión. En las últimas obras frecuentemente se hace amanerada; en las primeras se la siente perfectamente natural.

Como estilista, Ranke participa del romanticismo. En oposición voluntaria con el estilo incoloro del racionalismo, buscaba el color local y el relieve. Pero era demasiado psicólogo, demasiado historiador para seguir a Augustin Thierry, a quien admiraba, en las extravagancias del ropaje. Desde su obra de iniciación, donde la narración (de estilo conciso y sentencioso, visiblemente imitado de Muller) está sobrecargada de multitud de detalles abigarrados, Ranke no emplea por sí mismos los cuadros a lo Walter Scott, sino porque en lo particular quiere expresar lo general. En las obras maestras de los años siguientes este principio está aplicado más severamente aún. Pinturas anecdóticas de la vida de los personajes históricos son introducidas ordinariamente en la narración, pero sólo cuando ellas le parecen características de tendencias de la época o del personaje. Se puede decir que en el fondo volvió al método del racionalismo; sólo que no daba los tipos tal como eran sino que los presentaba con la ayuda de la técnica del Romanticismo. Intentó una alianza entre el método analítico de la Ilustración y la exposición colorida y vivaz del Romanticismo. Las alianzas raramente no entrañan peligro, Ranke casi no pudo practicar su método de manera completamente satisfactoria nada más que en los *Papas* y en la *Historia de Alemania.* En las otras obras no hay fusión entre las reflexiones sobre la historia de las ideas y los detalles concretos sobre la vida diaria de los héroes.

Paralelamente, Ranke buscó en la composición de sus obras conciliar la Ilustración con el Romanticismo. En principio se ligó fuertemente a la universalidad de la historiografía volteriana. No sacrificó todo, como Thierry, al relato de hechos exteriores. Se ocupó de la historia de la Iglesia y de la religión, del comercio y de las finanzas. Pero estaba demasiado convencido de la unidad orgánica de todos los dominios de la vida pública para haber podido admitir el sistema inconexo de Voltaire. No podía contentarse con ordenar las materias unas junto a otras, porque precisamente quería demostrar su mutua repercusión, "el desarrollo de la unidad y de la continuidad de los acontecimientos" (Prefacio de las *Romanisch-german. Völker*). La misma estructura del relato debía expresar esta idea. Principio mucho más peligroso aún. El lector corre el peligro a perder la visión de conjunto. Nada de hilos conductores en el centro de la exposición, que ataran entre sí los sucesos particulares; el autor tampoco trata aparte cada una de las diferentes ramas, para examinar en la conclusión su influencia recíproca. Así Ranke sólo ha sido completamente dueño de las dificultades de su modo de componer en su obra maestra, la *Historia de Alemania en la época de la Reforma.* Los *Papas* todavía conservan mucho de bosquejo; la comprensión del desarrollo general está generada por la diversidad de relatos particulares. Se admirará siempre por el contrario el modo con el que Ranke, en su *Deustche Geschichte,* trata la política exterior e interior, el movimiento religioso, los esfuerzos literarios, la política eclesiástica y comercial como parte de un todo, cada una en su lugar, sin perder jamás de vista su independencia natural. El *Siglo de Luis XIV* de Voltaire, la única obra que se puede comparar con ésta, hace a su lado impresión de simple amalgama. Lo que constituye el mérito de Ranke no es el que hubiera reunido por primera vez la historia eclesiástica y la historia política; los historiadores pragmáticos (Planck) ya lo habían hecho. Pero fué él primero en poner la Reforma en relación interna con todos los dominios de la vida pública alemana de entonces.

En sus obras posteriores, Ranke es cada vez más unilateral. La historia política exterior absorbe su interés. Aquí y allá un tímido capítulo sobre la literatura de la época recuerda que la historia reconocía otras fuerzas espirituales además de las ideas políticas que obran en el cerebro de los soberanos y de los estadistas. Por otra parte, sus hombres políticos son cada vez más espiritualizados, llegan a ser cada vez más representantes impersonales de tendencias reinantes.

Ranke se muestra igualmente artista excluyendo completamente del texto, contrariamente a Niebuhr, las disertaciones críticas sobre las fuentes. Su exposición debía poner en evidencia la marcha de los sucesos y su encadenamiento; no el camino por el cual el historiador ha llegado a conocerlos. Citaba exactamente sus fiadores; pero sus investigaciones personales estaban relegadas al apéndice, a los *Analekten.*

La oposición secreta de Ranke a las tendencias del día y sus consecuencias.

En voluntaria oposición a la escuela liberal tanto como a la escuela romántica, Ranke buscaba mantenerse libre de las tendencias del día y de la historiografía de los publicistas. No quería sino aprender *wie es eigentlich gewesen*. Pero no pudo desligarse de su tiempo más que cualquier otro historiador. Si bien no gustaba intervenir activamente en la lucha de opiniones, la muda oposición en que se encontraba frente a diversas tendencias reinantes ha obrado fuertemente sobre su actividad historiográfica. Explica una buena parte de los defectos que se le han reprochado.

Su análisis psicológico lleno de simpatía estaba en oposición directa con los juicios expeditivos y desfavorables de la Ilustración y de los liberales. Cayó frecuentemente en el otro extremo. Buscaba las circunstancias atenuantes hasta que, finalmente, sólo designaba por un eufemismo acciones viles. En su deseo de evitar la pequeñez de los motivos que los pragmatistas tenían costumbre de atribuir a actos históricos voluntarios, espiritualizaba la historia más allá de lo correcto. No negaba que la consideración de las ventajas materiales no representara su papel en la lucha de los principios, pero, en lo posible, relegaba a segundo plano este aspecto de la vida pública. Atenuaba en su narración los síntomas de pasiones bestiales hasta el punto de quitarles toda importancia histórica.

Su oposición contra las teorías históricas del Romanticismo tuvo consecuencias análogas. Rechazando la especulación, exageró el carácter único, excepcional, de ciertos hechos históricos. Para no perderse en el laberinto de teorías metafísicas, se abstuvo de examinar de cerca muchos problemas fundamentales de la historia. En la terminología de su filosofía de la historia no precisa demasiado las ideas. Críticos modernos le han reprochado, no sin razón, una actitud poco definida y contradictoria frente a problemas importantes de la política y de la sociología.

Es una suerte comprobar que Ranke ha extraído sus reflexiones teóricas de la materia misma, y no las ha transportado a la historia. Esa es su fuerza y su debilidad al mismo tiempo. Otros lo han sobrepasado en las meditaciones políticas, en las búsquedas eruditas, en la filosofía de la historia; ninguno como él ha sido, aún con sus debilidades, historiador ante todo.

Tendencias análogas en las contemporáneos.

La universalidad y la originalidad (relativa) de Ranke resaltan sobre todo cuando se lo compara con los contemporáneos que antes de él o junto a él, siguieron tendencias análogas. Sólo daremos dos ejemplos.

Augusto Neander profesó la ideología histórica antes que Ranke, pero sin tener su talento para el análisis psicológico ni para la crítica de las fuentes.

David Mendel, llamado después de su conversión del judaísmo al cristianismo (1806) Augusto Neander, nacido el 1789 en Gotinga, teólogo, se inició en la enseñanza en 1811 en Heildelberg, donde se gradúa de profesor adjunto en 1812, llamado a Berlín en 1813 como profesor titular de teología, muerto en 1850. Compuso primeramente (cf. el catálogo completo de sus obras en Schaff *A. N.* 1886) una serie de monografías de historia eclesiástica: *Kaiser Julianus und sein Zeitalter, ein historisches Gemalde* 1812; *Der heilige Bernhard und sein Zeitalter* 1813 (nueva edición por S. M. Deutsh 1889 como tomo 22-23 de la *Bibliothek Theologischer Klassiker*); *Der heilige Johanes Chrysostomus und die Kirche, besonders des Orients, in dessen Zeitalter* 1821 s.; *Antignostikus, Geist des Tertulianus* 1825. Siguió el ensayo de una historia completa de la Iglesia: *Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche,* que sólo se prosiguió hasta 1294 (1825-1843). Un volumen final fragmentario (1852) da una continuación hasta el Concilio de Basilea. La literatura antigua en A. Wiegand, *A. Neanders Leben* 1889. Además: A. Harnack, *Rede auf N.* 1889; K. Th. Schneider, *A. N.* 1894.

Ya en sus monografías, Neander busca sobre todo pintar la lucha de las tendencias en el seno de la Iglesia cristiana en la persona de sus representantes. No quiso más que Ranke tomar partido por un principio determinado; pensaba que la lucha de diferentes tendencias, que impide una a otra llegar a ser exclusiva, sólo puede producir un desarrollo favorable. Personificaba estas tendencias en los grandes padres de la Iglesia, como Ranke más tarde encarnaba sus ideas principalmente en príncipes y estadistas, "La marcha del desarrollo de la naturaleza humana, dirigida por una sabiduría que no es la del hombre, se manifiesta en el cristianismo de manera de mostrar, en la Iglesia, que una tendencia siempre debe equilibrarse con otra." *(Antignostikus* vorrede *B).* El historiador debe, pues, considerar con el mismo gusto a los representantes de todas las tendencias. Es notable que Neander se iniciara con una obra sobre Juliano: el entusiasmo del apóstata por el viejo paganismo le parecía provenir de un sentimiento religioso también legítimo a su manera.

Contrariamente a Ranke, Neander carece en absoluto de espíritu crítico frente a las fuentes. Ante las investigaciones críticas sobre el Nuevo Testamento, su actitud apologética es muy débil; pero aun en temas menos espinosos, no juzgaba necesario escrutar el grado de confianza que merecían las fuentes.

c) SAINTE-BEUVE

Tomad el gusto artístico de Ranke por la psicología individual, su desconfianza crítica ante las fuentes del género de las memorias, reducid su interés especulativo por los problemas de historia y de política: tendréis más o menos las cualidades que distinguen la actividad historiográfica de su contemporáneo francés Sainte-Beuve.

Auguste Sainte-Beuve, nacido el 1804 en Boulogne-sur-Mer, primero estudiante de medicina, después literato, bajo Napoleón III profesor en el Colegio de Francia, de 1851 a 1857 en la Escuela Normal, en 1865 senador, muerto en 1869 en París. Sólo pertenece a la historiografía propiamente dicha por su *Histoire de Port-Royal*

(1840 a 1861, producto de un curso dictado en Lausanne en 1837. Cf. f. Roz, *Sainte-Beuve à Lausanne* 1904). Se colocan a su lado numerosos trabajos de historia literaria: *Tableau de la poésie française au XVI° siècle* 1828 (retocado en 1843); *Portraits littéraires* 1844; *Portraits contemporains* 1846, *Chateaubriand et son groupe literaire* 1860 (de acuerdo con las lecciones dadas en Lieja en 1848; después las *Causeries du lundi* aparecidas en el *Constitucionnel* en el *Moniteur* y en el *Temps* (en forma de libros desde 1851 a 1862; *Premiers lundis* 1875 ss.; *Nouveaux lundis,* 1863 ss.).

L. Sechet, *Sainte-Beuve,* 1904; A. Sorel, *Notes et portraits,* (1909), 116 ss.; G. Michaut *Sainte-Beuve avant les lundis,* 1903 (*Collectanea Friburgensia* 14); el Dr. F. Voisard; *Sainte-Beuve l'homme et l'oeuvre. Étude médico-psychologique* 1911; F. Brunnetière, *Évolutión de la critique,* 8ª lección.

Sainte-Beuve, como Ranke, venía del Romanticismo y terminó en psicólogo. Pero su punto de partida era la poesía romántica y no la historiografía; se hizo crítico e historiador porque no había sido aceptado como poeta. Quedó así ajeno a los problemas históricos; sólo le interesaban los individuos.

Como psicólogo tenía un horizonte más vasto que su contemporáneo alemán. No son simples esbozos los que da sino cuadros acabados. Sigue con el mismo infatigable amor los personajes secundarios que los principales. Pintó tan bien como Ranke a los representantes de una alta moralidad y de una alta piedad; presentó a los mundanos frívolos con una suavidad y una elegancia que no podía alcanzar el autor alemán. Emplea menos eufemismos que él. En maliciosos sueltos dejaba entrever que los héroes del espíritu sucumben a impulsos psicológicos antiestéticos y groseros. Sainte-Beuve estaba en su elemento cuando echaba por tierra una personalidad, sobre todo cuando podía malignamente poner en descubierto las debilidades del hombre que se oculta tras el artista. Sólo se ejercitó una vez en la historia propiamente dicha; pero aun en su *Port-Royal,* lo mejor son los retratos individuales.

La historia del jansenismo le interesa poco. No ha intentado ubicarlo en la historia. No ha puesto en relación la comunidad de Port-Royal ni con la historia eclesiástica antigua ni con la historia política del siglo XVII. ¡Qué le importaban la Iglesia y el Estado! De los numerosos pequeños rasgos recogidos por Sainte-Beuve, un historiador habría podido componer una caracterización del jansenismo francés; Sainte-Beuve prefiere demorarse con cada uno de los jansenistas. Puso un arte infinito en dibujar hasta en sus más finos matices esas figuras complicadas, notables por su mezcla de piedad ascética, de cultura mundana, de moral severa y de sólido saber.

c) DISCÍPULOS DE RANKE

Ranke ejerció sobre la historiografía una gran influencia, que perdura todavía y que se extiende más allá del círculo de sus discípulos propiamente dichos. Sólo se mencionarán a continuación algunos his-

toriadores que se pueden llamar propiamente sus discípulos. No son, como se comprenderá, los más notables entre los que Ranke inspiró. Los espíritus independientes no se limitaron a la enseñanza del maestro, sino que fundaron escuelas nuevas. Un historiador como Sybel no podría incluirse entre los discípulos de Ranke, aunque indudablemente haya salido de su escuela.

3. WAITZ

Georg WAITZ, nacido el 1813 en Flensburg, estudió con Ranke, después colaborador en los *Monumenta Germaniae,* en 1842 profesor en Kiel, en 1849 en Gotinga, en 1848 miembro de la Asamblea Nacional alemana, en 1875 llamado a Berlín como director de los *Monumenta Germaniae,* muriendo allí en 1886. Merece ser mencionado aquí sobre todo por su *Deustche Verfassungschichte* (hasta el comienzo del siglo XII), publicada primero de 1844 a 1878. De su mano se tiene, como grandes obras de exposición, *Lübeck unter Jürgen Wullenweber und die europäische Politik* 1855 s. y *Schleswig Holsteins Geschichte* (inconclusa) 1851 s. En los *Jahrbücher des Deutschen Reichs* trató la historia de Enrique I (1837).

Sobre sus numerosas pequeñas disertaciones cf. Steindorff, *Bibliographische Überrsicht über G. W. s Werke* 1886 *Gesammelte Abhandlungen* 1896 ss. Waitz redactó también los *Forschungen zur deustches Geschichte* (1860 ss.) y retocó las ediciones tercera a quinta de Dallmann, *Quellenkunde zur deuschen Geschichte.*

Breve biografía por su hijo Eberhard W. *G. W. ein Lebens-u. Charakterbild,* 1913. Miscelánea biográfica por M. Kramer en *Neues Archiv* XXXVIII (1913), 701-707.

Cf. A. Kluckohn, *Zur Erinnerung an G. W.* 1857; G. Monod, *G. W. et le seminaire historique de Goettingue* en *Portraits et souvenirs* 1897; Sybel, *Vörtage u. Abhandlungen,* (1897) 309 ss.

La actividad histórica de Ranke dependía estrechamente de su persona; su método era apropiado para formar buenos filólogos historiadores, pero no precisamente historiadores: es lo que demuestra sin lugar a dudas la obra principal de su discípulo favorito G. Waitz, la *Deutsche Verfassungsgeschichte.* De gran valor como colección de materiales, extremadamente meritoria como obra de erudición, la *Historia Constitucional,* deja como obra de historia, mucho que desear. Waitz se detiene tímidamente ante el testimonio de las fuentes. Carece casi absolutamente de imaginación constructiva y también de visión para las realidades de la vida política. Su trabajo no es jurídico, le faltan las concepciones claramente formuladas; no es histórico, le falta la comprensión de las necesidades de la vida de un Estado. No se corta la conexión entre instituciones contemporáneas ni entre las antiguas y las más recientes. No es éste el lugar para criticar en sí mismas las construcciones históricas de Waitz. Que sea justo o no su teoría de la realeza germánica, no se pretenderá que la haya formulado con precisión científica. Pero no pasó de ahí. Querer conciliar contradicciones reales o imaginarias de las fuentes formando con ellas un cuadro incoherente y vago, es olvidar uno

de los más importantes deberes de la historia. Para un tema como el que eligió Waitz no bastaba con introducirse en el estudio filológico de los textos. Por algo escapó siempre Ranke a la historia del derecho.

William Stubbs. El método de Waitz fué aplicado casi sin modificación a la historia de la constitución inglesa por William STUBBS, nacido el 1825 en Knaresborough, condado de York, clérigo, primero vicario en Navestock en Essex, en 1866 profesor de historia moderna en Oxford, en 1884 obispo de Chester, en 1888 de Oxford, muerto en 1901. La excelente caracterización que Ch. Bemont hizo en la *Revue historique* (76 [1901] 462 a 466) de la *Constitutional History of England de Stubbs* (hasta 1485; aparecida primero entre 1874 y 1878) convendría casi palabra por palabra a su modelo alemán. Como Waitz, Stubbs era un erudito investigador más que un historiador. Reunió y ordenó metódicamente y cuidadosamente los materiales, pero no hizo un estudio profundo de historia ni de derecho constitucional. Evitaba tan constantemente como el historiador alemán las definiciones precisas. En los últimos capítulos de su obra se sentía más cómodo (como a Waitz, es la publicación de crónicas lo que lo condujo a la historia: editó una gran parte de las fuentes para la historia de los primeros Platagenets); por otra parte los testimonios eran más abundantes: no llega a trazar un cuadro completo de la situación constitucional. No parte de principios firmes de ciencia política. Personalmente era un tory de la alta Iglesia; pero sus juicios históricos se resienten apenas; reposan sobre un liberalismo vago y optimista. No era para todo completamente imparcial del mismo modo. Su exposición muestra tendencias nacionalistas o teutonizantes demasiado pronunciadas.

Cf. para la historia constitucional Petit-Dutaillis, *Studies and Notes supplementary to Stubbs, "Const. Hist." down to the great charter* (primero en francés en la traducción de la *C. H.* por G. Lefèbre [1907], después editado en inglés por W. H. Rhodes en *University of Manchester Publications* 38, 1908), segunda edición en 1911. Apareció en 1913 un segundo volumen de la traducción francesa de la *Const. History*, con adiciones y correcciones. Biografía por W. H. Hutton *Letters of W. St.* (1904; segunda edición abreviada en 1906, con bibliografía). Para el método de Stubbs lo más ilustrativo es la crítica que hace de sus tesis de derecho eclesiástico F. W. Maitland en su *Roman Canon Law in the Church of England* (1898). Entre otros trabajos citaremos las introducciones a sus ediciones de las Crónicas en las *Rolls Series* (recogidas y publicadas por A. Hassall en 1902 bajo el título de *Historical Introductions*) y diferentes cursos de sus tiempos de Oxford: *Seventeen Lectures* 1886; *Lectures on Modern History* 1904; *Lectures on Early English History* 1906; *Germany in the Early Middle Ages* 1908; *Lectures on Germany in the later Middle Ages* 1908.

4. GIESEBRECHT

Friederich Wilhelm GIESEBRECHT, uno de los más allegados discípulos de Ranke, nacido el 1814 en Berlín, durante veinte años profesor en el Gimnasio de Joachimsthal en Berlín, en 1857 profesor de la Universidad en Köenisberg, en 1862 llamado a Munich, muerto en 1889. Nos corresponde como autor de la *Geschichte der deustchen Kaiserzeit* (hasta 1190) de 1855 a 1895 (el último volumen terminado y editado por B. v. Simson). En los *Jahrbücher des deutschen Reichs,* Giesebrech trató la historia de Otton II (1840). Citaremos entre sus trabajos menos importantes la reconstitución de los *Anales de Altaich* (1841), el escrito *De litterarum studiis apud Italos primis medii aevi secculis* (1845) y la conferencia sobre Arnoldo de Brescia (1873). Después de 1874 Giesebrecht dirigía la continuación de la historia de Heeren-Ukert. S. Riezler, *Gedachtnissrede auf* W. v. G. 1891; Sybel, Vortr. u. Abh. (1897) 321 ss. Lord Acton, *Historical Essays and Studies* 1907.

Existe una poderosa afinidad entre Waitz y Giesebrecht, como él discípulo de Ranke. Los dos habían sido impulsados por el Romanticismo político a ocuparse de la Edad Media alemana. Los dos rechazaban el realismo en la apreciación de los asuntos políticos, al cual tendían, siguiendo a Sibel, los discípulos más distinguidos de Ranke. Los dos se preocupaban de recoger por completo las enseñanzas de las fuentes más que de discutir problemas de historia y de política. Lo que coloca a Giesebrecht por debajo de Waitz como historiador, es el acentuado carácter pedagógico de sus obras. Según propia confesión escribió su *Historia de la época imperial alemana* con vistas a la enseñanza secundaria. Componiéndola pensaba, como dice el prefacio , "incesantemente en la escuela, en los mejores y más nobles de nuestros jóvenes". Quería inflamar el patriotismo de sus jóvenes lectores, enseñarles "que las virtudes cristianas heroicas de nuestros antepasados los habían hecho libres poderosos y grandes".

Su objeto estaba allí indicado; da una narración de la época imperial románticamente embellecida, que se apoya sin ninguna crítica sobre mentirosos oficiales como Liutprand, y en general no toca verdaderos problemas históricos. Los individuos están enteramente en el primer plano; las situaciones no están descriptas. Giesebrecht distribuye sus boletines de notas con la calma de un regente de la vieja escuela que mide con la misma vara a los niños sanos y a los anormales. Alabanzas sin reservas para todos los soberanos cuya conducta enérgica se puede exaltar (*kraftvolles Auftreten*) reprobación severa a todos los que han sido culpables de debilidad en sus actos. Ranke no se había equivocado al caracterizar con su eufemismo ordinario la narración de Giesebrecht como viril y al mismo tiempo infantil (*zugleich männlich und doch kindlich*).

Es un don de Giesebrecht y que no tenía la mayor parte de sus rivales. No en vano había enseñado historia durante largos años en el colegio. Se lo escuchaba contar con gusto. Como escritor no era un artista. Su composición es floja, su exposición frecuentemente demasiado prolija, su

dicción se resiente del estilo convencional de las escuelas; pero encontró mejor que cualquier otro historiador alemán el tono apacible de la narración épica. Jamás pierde el hilo. No se contenta con un estracto, como gustosamente hace el historiador filósofo, ni con detalles no elaborados, casi frecuente en las obras de erudición. Jamás el razonamiento desborda sobre el relato. Sus consideraciones banales no exigen del lector más esfuerzos de reflexión que un discurso escolar. En desquite, pinta gustosamente el aspecto sentimental de la historia así como gusta verlo el gran público. Tiene pensamientos emocionados para las impresiones personales de sus héroes tal como él se los figura. No presupone más conocimientos ni más interés que el que aporta el grueso de los lectores de su tiempo.

5. FREEMAN

Edduard Augustus FREEMAN, nacido el 1823 en Harborne, condado de Stafford, en 1845 *fellow* del Trinity College de Oxford, vivió desde 1860 cerca de Wells, condado de Somerset, en 1884 real profesor de historia moderna en Oxford, muerto en 1892 en Alicante. Entra en nuestra historia principalmente por su *History of the Norman Conquest of England* (1867 a 1869; *The Reign of William Rufus* 1882), del cual él mismo dió una especie de extracto popular en la biografía de Guillermo en Conquistador (1888 en *Twelve English Statesmen*). La *History of Sicily* (1891 a 1894) quedó inconclusa. Más que a la historia pertenece a la política (en el sentido aristotélico de la palabra) su *History of Federak Government* [*in Greece*] 1863 (originariamente el primer volumen de una historia general de los sistemas federativos de gobierno; la segunda edición [ed. Bury 1893] está un poco aumentada y lleva en el título la adición *and Italy*); *The growth of the english constitution from the earlies times* 1872; *Comparative politics* 1873; *The chief periods of european history* 1886 etc. Un programa sin importancia *The methods of historical study* 1886. *Historical geography of Europe* 1881; *Historical essays* 1871 a 1892.

Para la biografía, *Life and letters of F.* edic. W. R. W. Stephens 1895. La mejor crítica del método de Freeman en F. Harrison, *Tennyson, Ruskin, Mill* etc. (1899.) Cf. también J. Bryce en *Studies in contemporary biography,* 1903.

La crítica histórica penetró todavía más tarde en Inglaterra que en Francia. Freeman es, sin duda, el historiador que mejor la preparó.

Freeman no era un espíritu crítico de talla para rivalizar con los jefes de la escuela de Ranke en Alemania. No analizó las tendencias de los relatos originales con la misma fineza y precisión que el maestro, tampoco sacó partido de los documentos no literarios como Mommsen y su escuela. Pero hizo el útil trabajo preliminar del cual se liberaron en Alemania los discípulos de Ranke con la publicación de los *Jahrbücher des Deutschen Reiches.* Se atenía estrictamente a las relaciones de primera mano. Las reproducía en lo posible textualmente y apenas se permitía, más que sus modelos, hacer una selección en el material de hechos accidentalmente conservados por la tradición medieval. Su obra principal, *La historia de la conquista normanda,* sólo se distingue de los *Jahrbücher* desde

el punto de vista del método en que quería ser no solamente un manual erudito, sino un libro de exposición histórica.

Freeman, en efecto, quería ser algo más que un sabio coleccionador, No era un publicista de partido como puede decirse de la mayor parte de los historiadores ingleses; pero, como para ellos, política e historia eran una misma cosa. Solamente buscaba elevar sus tendencias políticas a la altura de la ciencia. Sin ser un político en actividad, sentía vivo interés por la política de su país y de su tiempo. Su atención no estaba cautivada por las combinaciones políticas, la situación del momento, los problemas políticos del día, sino por los grandes asuntos, las decisiones de alto vuelo. Tenía interés especulativo por los problemas políticos en sí mismos, por la política de la cual había tratado Aristóteles. Su actividad de historiador se aplicaba al estudio comparativo de las instituciones políticas. "La historia es política pasada y la política es historia actual".

Harrison no estuvo errado al compararlo con historiadores tales como Maquiavelo y Commines (p. 272). Sin embargo, Freeman se apartaba por completo de ellos en que emprendía su tarea con opiniones preconcebidas e influídas por el sentimiento. Miraba como su vocación el sostener en todo la causa de la libertad, en el sentido anglo-sajón de la palabra, y el combatir el despotismo. Su mirada estaba embarazada por prejuicios clasicistas y de raza. No solamente se limitaba a la angosta porción del mundo que abrazaba la tradición histórica europea, sino que dejaba fuera una gran parte de Europa. No creía encontrar ejemplos loables de prudencia política nada más que en la antigüedad clásica y en la Europa teutónica. Alimentaba un ciego desprecio por las razas latinas y en especial por el bonapartismo. Su *Historia del gobierno federal* está dirigida contra el absolutismo centralizador de Napoleón. Su *Historia de la conquista normanda* busca probar que, aún bajo los reyes normandos, las instituciones anglo-sajonas subsistieron de hecho, no solo de nombre, es decir, que todas las ventajas que distinguen la constitución inglesa son de origen sajón.

Freeman tenía por naturaleza un sano sentido político. Pero jamás comprendió que se pudiera dar un juicio útil sino después de haber examinado en sus efectos toda las instituciones políticas sin miramiento por las simpatías personales. ¡Qué se diría de un botánico que estableciera una fisiología de las plantas únicamente según los vegetales útiles o las plantas de adorno! ¡Cuán más exentos de prevenciones nacionales y políticas eran los juicios de Guicciardini, de Maquiavelo y de Commines!

Sin duda Freeman era más escrupuloso que Froude. Jamás alteró tendenciosamente las noticias de las fuentes. Sus reflexiones frecuentemente son parciales y superficiales, pero dejaba subsistir intactos los testimonios históricos. El carácter ambiguo de sus obras de historia proviene en gran parte de esa circunstancia. No son puros libelos políticos; demasiados detalles inútiles están acomodados allí; no son trabajos de ciencia histórica: carecen de imparcialidad política. Buscaba sacar una

lección de cada caso particular y con frecuencia resulta que la narración es deshilvanada. Críticos ingleses han llegado hasta llamar a sus libros de historia una serie de ensayos. De ahí viene que desde cierto punto de vista Freeman pertenecía completamente a la vieja escuela, a la de Maquiavelo. Sólo daba la historia política. Dejaba de lado la acción de las fuerzas económicas o religiosas. Por eso excluía de la historia precisamente los poderes que ponen más de relieve la continuidad histórica. El método comparativo exterior, es decir, el análisis político tal como había reinado antes de Montesquieu era a sus ojos el método científico más breve.

Los trabajos de Freeman tienen un acentuado aspecto pedagógico. En consecuencia tienen sobre todo valor educativo. Son causa de que Inglaterra viera acrecentar sus pretensiones a la historiografía erudita.

5. DROYSEN Y LA FUNDACIÓN DE LA ESCUELA PRUSIANA

Joham Gustav Droysen, nacido el 1808 en Treptow, Pomerania, en 1829 profesor en el gimnasio Zum Grauen Kloster en Berlín, en 1835 profesor adjunto en la Universidad de Berlín, en 1840 profesor de historia en Kiel, en 1861 llamado a Jena, en 1859 a Berlín; en 1848 enviado como hombre de confianza del gobierno provisorio de Schlesvig-Olstein a la dieta de Francfort, elegido más tarde para la asamblea nacional; muerto en 1884 en Berlín. Escribió: 1º *Geschichte Alexanders des Grossen* 1833: continuada en la *Geschichte des Helenismus* I *Geschichte der Nachfolger Alexanders* 1836; II *Geschichte der bildung des Hellenistischen Staatensystems* (1843). En la segunda edición (1877-78) las tres obras aparecen bajo el título común de *Geschichte des Hellenismus*; el segundo volumen fué llamado *Geschichte der Diadochen*, el tercero *Geschichte der Epigonen*.

2º *Geschichte der Preussischen Politik* (inconclusa, llevada solamente hasta 1756) 1855 a 1886. Cf. también *Leben des Feldmarchals Gafren von York von Wartemburg* 1851 s. y *Vorlesungen über die freiheitscriege* 1846.

3º *Grundriss der Historik*, impreso como manuscrito en 1858, en el comercio desde 1868.

4º Pequeños escritos y traducciones (*Aristophane* 1835 a 1838) Cf. los *Abhandlungen zur neueren Geschichte* 1876 y *Kleine Schriften zur alten Geschichte* 1893-94.

Para la biografía, *Vida* comenzada por G. Droysen el joven y publicada por R. Hübner cuyo primer volumen apareció en 1910. Cf. además M. Dunker en los *Preuss. Jahrbücher* 54, 141 ss. y separadamente (1885); F. Meinecke *Weltbürgertum und Nationalstaat* (1908) 430 ss. Sobre el historiador Ch. D. Pflaum, *Der Historik in ihrer Badeutung für die moderne Geschiswissenschaft* 1907 (*Geschichtliche Untersuchungen* ed. Lamprecht V, 2).

No confundir con su hijo Droysen que se llamaba igualmente Gustavo y también fué historiador. (*Erzog Bernhard von Weimar* 1885; *Geschichte der Gegenreformation* 1893).

El fundador de la escuela prusiana estaba en más estrecha relación que Ranke con la doctrina histórica especulativa del Romanticismo. Primero fué filósofo y partió de la política de Hegel. Pero su pensamiento

político siguió caminos mucho más realistas que el de Hegel, y en cuanto al método, por lo menos en su segunda gran obra, también franqueó el camino a las búsquedas ulteriores con una penetración y una perspicacia bien superiores.

Ranke buscaba corregir lo que tenía de excluyente la concepción del liberalismo, elevándose por encima de las consignas de los partidos y evitando juzgar dogmáticamente, así como hacer servir la historia a la política multitudinaria. Por el contrario, Droysen partía como los liberales de un problema de la política contemporánea (alemana) y quería, como ellos, obrar sobre la política. Su historia estaba llena de la idea de la nacionalidad y de su cultura, como la de los liberales sus antípodas. Se distinguía de ellos únicamente en que concebía este problema actual de una manera mucho más firme y más realista y, sobre todo, reconocía mucho más claramente que los liberales la importancia histórica de las fuerzas militares y de su organización. Se puede decir que tomó frente a la historiografía liberal la misma actitud que Voltaire frente a la antigua historia eclesiástica. Tenía tantas prevenciones dogmáticas como sus adversarios; sus juicios eran también unilaterales; pero entró en el camino que conducía a un conocimiento más exacto.

Los liberales canonizaban las instituciones inglesas. Sin considerar la situación geográfica y económica de Gran Bretaña, veían en el constitucionalismo inglés la panacea para todos los males políticos. Droysen generalizó el ejemplo de Prusia. Dudaba que repúblicas flojamente organizadas hubiesen nacido viables. No creían más que en organismos bien dirigidos por la guerra, y con resortes políticos furtemente tendidos. No porque adorase la fuerza en sí misma. No veneraba la fuerza política como Maquiavelo o como el mismo Ranke. La estimulaba por los buenos efectos que le parecían resultar de ello para la vida entera del pueblo. Es aquí donde se separaba radicalmente de los liberales. Para éstos el despotismo militar significaba la pérdida de todos los bienes intelectuales y morales más nobles. El espíritu de contradicción llevó a Droysen a sostener justamente lo contrario. Según él, la moralidad y la cultura no sólo no sufren bajo el régimen militar, sino que no pueden expandirse más que en el seno de un Estado fuerte. Eso es más cierto todavía en cuanto a la nacionalidad. Los liberales pensaban que las naciones podían subsistir y obrar como fuerzas espirituales sin una severa organización política. Droysen oponía a esta concepción de la Alemania del sur la idea de que las naciones que no se apoyan en un gran Estado militarmente fuerte (Prusia) estaban destinadas a perecer.

Al desarrollo de esta tesis están consagradas las dos principales obras históricas de Droysen. La primera, la historia de Alejandro y del helenismo, quizá más aún que la segunda, la historia de la política prusiana. Droysen juzgaba a los políticos griegos no solamente desde el punto de vista realista —tories ingleses como Mitford ya lo habían hecho—

sino con un espíritu dogmático de partido. Pedía a los ilustres defensores de la libertad griega la prueba de que el gobierno de los pequeños Estados republicanos y la corrupción moral iban a la par. Al desmembramiento de las comunidades griegas, oponía la monarquía macedonia con sus casta de oficiales llenos del sentimiento del honor (*Offizierstand voll Ehrgefühl*). Si ella no hubiera reunido los pequeños Estados griegos, la nacionalidad helénica hubiera sido aplastada por el Oriente. Únicamente políticos de corto alcance o interesados podían contrarrestar este desarrollo bienhechor. Demóstenes, además de tener visión estrecha, estaba corrompido por los persas. La historia del helenismo muestra que la civilización griega no podía extenderse en Oriente sino con la ayuda de los generosos macedonios. Es interesante comparar a Droysen con un juez menos prevenido, como Mommsen. El autor de la *Historia romana* no es más suave para los doctrinarios políticos que el autor de la *Historia de Alejandro*. Pero jamás puso al mismo nivel la cultura helenista oficial y militarmente dirigida, con la eclosión espontánea de la civilización de la época clásica.

En la elección del tema, Droysen quizá era más unilateral todavía que los liberales. Concedía un lugar muy insuficiente a los asuntos económicos. No se ocupaba, por así decir, de las condiciones geográficas de los sucesos históricos. La religión no existía para él. Consagraba su atención exclusivamente a los príncipes y estadistas que habían sabido crear un imperio fuerte con materiales rebeldes. No da más que una historia política y principalmente una historia de personajes. Su ideal no es un desarrollo inconsciente, es la libre creación.

Droysen no era como Ranke un partidario del método de Niebuhr. Su *Alejandro el Grande*, como obra crítica, pertenece todavía al período anterior a la Ilustración. No hacía crítica objetiva, como la escuela de Voltaire; nada de análisis de fuentes. Acogía anécdotas que manifiestamente son invención de retóricos recientes. En pricipio abandonaba los discursos de Arrien, pero se complacía en adornar su relato. No sin razón, un erudito moderno ha llamado a su historia de los diádocos "paráfrasis de las fuentes" (Beloch, *Griech. Geschichte* [1904] III, 2, p. 14). Felizmente para su segunda obra se encontraba en una posición más favorable frente a las fuentes. Las actas originales eran tan abundantes que podía renunciar a narraciones elaboradas. Así, en su *Historia de la política prusiana* sobrepasa al mismo Ranke por el método, sobre todo tratando los primeros tiempos. El método de Ranke fracasaba ante la Edad Media. Droysen, el primero después de Mösser, emprendió la redacción de la historia con documentos que Ranke desdeñosamente calificaba de "sin vida". Cumplió la tarea donde la escuela de Ranke había fracasado.

Su *Historia de la política prusiana* persigue así intenciones políticas Droysen quiere demostrar que trabajando para extender su poder, Prusia servía la causa de la unidad alemana. Se considerarán los primeros

volúmenes de la *Política* no solamente como la mejor obra de Droysen, sino como una de las creaciones más notables de la historiografía moderna. Desde Mösser no se había expuesto tan científicamente la historia de la fundación de un Estado territorial (alemán). Las grandes líneas son mantenidas y trabajadas con seguridad admirable. Droysen no hace ninguna concesión a los aficionados, a los relatos novelescos y de entretenimiento. No da anécdotas insignificantes sobre la vida privada de sus héroes. Tiene siempre los ojos puestos en su objeto. Quizá ha marcado la continuidad del desarrollo más fuertemente que lo que la historia permite. Pero jamás olvidó que escribía la historia de un Estado y no la de un personaje.

Es de lamentar que los últimos volúmenes sean más débiles. A medida que nos aproximamos al presente, la exposición resulta más difusa, finalmente hasta informe; y después renuncia cada vez más a una imparcialidad científica. Una estéril apologética de periodista toma el lugar de consideraciones históricas. Droysen prueba la necesidad de demostrar que la política prusiana ha tenido siempre de su parte, no solo el derecho interno, sino también el derecho exterior y formal. Trata la historia de los siglos XVII y XVIII en el estilo de los jurisconsultos de la corona de esa época. Es el punto de vista más infecundo para la historia que se pueda imaginar: hubiera sido precisamente el deber del historiador desdeñar las fruslerías jurídicas para penetrar hasta la médula de los asuntos.

El discípulo más distinguido de Droysen fué Treitscke, quien combinó notablemente sus ideas con las de la escuela liberal nacional.

VI

LA TENDENCIA GEOGRÁFICA Y CHARLES RITTER

1. CONSIDERACIONES GENERALES

La doctrina de Carlos Ritter sobre la influencia histórica de las condiciones geográficas estaba emparentada con "la resistencia de la historia maltratada" (según la palabra de Lord Acton) contra los principios de la Revolución Francesa, resistencia que encontró su expresión en la doctrina política del Romanticismo. Éste había pensado que nuevas creaciones en la vida de los pueblos sólo podían mantenerse ligándolas a la tradición política nacional; Ritter quiso demostrar que las diversidades de la configuración del suelo oponían también obstáculo a los esfuerzos de la Ilustración hacia la igualdad. La Revolución y el Imperio habían trasladado los cuadros de sus instituciones francesas a Italia, a España, etc. A sus tendencias unificadoras Ritter opone la tesis

de que el desarrollo y la constitución de los Estados dependen de condiciones geográficas (queridas por Dios).

Pero Ritter se encontraba aquí en un terreno mucho más sólido que los políticos del Romanticismo, para los que la nacionalidad invariable reposaba sobre hipótesis y no se establecía en general más que por conclusiones sacadas de una comunidad lingüística posterior. Los factores geográficos de los cuales se servía poseen realmente un carácter de estabilidad. Además aplicaba su método con más prudencia que los románticos. A pesar de algunos errores de detalle, las inspiraciones que ha legado a la historia son de un valor más durable que los preceptos de la escuela de Burke.

No nos contradecimos diciendo que Ritter debe al Romanticismo lo que tiene de mejor. De él aprendió a pesar la importancia de fuerzas inconscientes y lentas. No era una novedad llevar la influencia del clima y de la situación geográfica a la historia. Los teóricos de la Antigüedad ya habían buscado relacionar, de manera exterior, ciertamente, el carácter de un pueblo con el clima, y se ha visto que en el siglo XVIII Montesquieu retoma con éxito estas ideas. Pero la acción recíproca entre la naturaleza de una región y su historia no había sido todavía sistemáticamente expuesta. Y después los eruditos, en el mismo orden de ideas de la teoría catastrófica (ver página 18 s.), no habían recurrido a una explicación geográfica nada más que en el caso en que ella se imponía con evidencia, por ejemplo cuando el comercio de un país se apoyaba en un gran río navegable o cuando una vida de bienestar y de blandura se había desarrollado en una comarca cálida. Ritter cambió todo aquello. Puso fin a las teorías groseras de la especulación anterior. Buscó profundizar los efectos que produce sobre la historia, sin que los hombres que actúan se den cuenta de ello, la configuración geográfica de una región. Enseñó también que las condiciones geográficas no deben ser tenidas por inmutables.

Él mismo formuló muy claramente la diferencia de principio que lo separaba de sus predecesores. En la introducción a la primera edición de *Erdkunde im Verhältniss zur Natur und zur Geschichte des Menschen* (1817, p. 3) se lee: "Es conocida la influencia de la naturaleza sobre los pueblos; ella ha sido desde hace mucho tiempo tema de investigación para la historia de los pueblos, de los Estados y de los hombres; todavía en nuestros días es sostenida. Pero la naturaleza no obra en todas partes sino poco a poco, y sobre todo secretamente más que a plena luz... Sus condiciones y sus acciones son en todas partes más profundas que lo que parecen, más simples porque no tienen a primera vista el aspecto de su variedad; ellas extienden sorprendentemente lejos sus consecuencias. El silencioso poder que la naturaleza ejerce, necesita un alma igualmente silenciosa donde sus fenómenos tengan acceso, para penetrar en su regularidad sin impedimento hasta lo más íntimo."

Como se ve, Ritter participaba con los románticos del afectuoso aban-

dono hacia las cosas dadas, a las cosas establecidas. Pero evitaba recurrir como ellos a las fuerzas místicas, de empleo cómodo. Él y su discípulo Ratzel pusieron frecuentemente en primer plano, de modo demasiado exclusivo, las condiciones geográficas, y refirieron erróneamente a causas geográficas sucesos políticos que les eran imperfectamente conocidos. Pero sus opiniones estaban fundadas en la realidad. La historiografía nunca estuvo en buena postura creyendo poder dejar de lado las enseñanzas de la geografía.

Karl Ritter (1779 a 1859) no puede ser objeto aquí de un estudio detallado, no más que Montesquieu o Rousseau. Lo nombramos por la influencia sobre la historiografía de su *Erdkunde* (primera edic. 1817-18, completamente retocada en la segunda edic. 1822 a 1859; las dos inconclusas, la segunda sólo trata el África y el Asia). Las relaciones de Ritter con sus predecesores están estudiadas en el trabajo del discípulo de Ratzel A. Wünsche, *Die geschichtliche Bewegung und ihre geographische Bedingtheit bei C. R. und bei seinen hervorragendsten Vorgängern in der Anthropogeographie* 1889 (conferencia de Leipzig). Sobre la especulación antigua cf. R. Pöhlmann, *Hellenische Anschauungen über den Zusammenhang zwischen Natur und Geschichte* 1879.

2. CURTIUS

Ritter encontró entre los historiadores menos sucesores que los que se hubieran podido esperar. Fué olvidado por los representantes de la Ideología. Los otros (como Leo por ejemplo) no le han pagado tributo nada más que en las introducciones o en las notas ocasionales, pero sin someterse a su inspiración. Uno solo entre los grandes historiadores puede ser señalado como su discípulo: Ernest Curtius.

Ernest Curtius, nacido el 1814 en Lübeck, filólogo, conoce como estudiante a Grecia por una larga permanencia allí, enseña en el gimnasio francés y en el gimnasio de Joachmistal de Berlín, en 1844 profesor en la Universidad de Berlín y preceptor del futuro emperador Federico III, en 1856 profesor de filología clásica y arqueología en Gotinga, en 1868 llamado a Berlín como profesor de historia antigua, muerto en esta ciudad en 1896. Además de su *Grieschiche Geschichte* (*bis zuna Ende der Selbstständigkeit Griechenlands*) 1857 a 1867 (muy retocada en las ediciones siguientes), abordó frecuentemente temas históricos en los discursos recogidos bajo el título de *Artentum und Gegenwart* (1875 a 1889). Su principal obra geográfica es *Peloponnesos* 1851-52.

Biografía en *Lebensbild in Briefen* publicada por su hijo Friedrich Curtius 1903 (nueva edición retocada en 1913). Además: CH. Broicher *Erinnerungen an E. C.* 1897; L. Gurlitt *id.* 1902; F. Hashagen. *E. C.* (se refiere a la *Lebensbild*) 1904; H. Gelzer *Ausgewahlte Kleine Schriften* (1907) 239 ss.; Necrología de A. Michaelis en *Allgemeine Zeitung,* 1896 números 182 a 184; Hodgkin *E. C.* 1905.

La *Historia griega* de Curtius apareció al mismo tiempo que las obras maestras de la historiografía política de la escuela liberal nacional y que la *Historia de Grecia* de Grote. Por eso es que frecuentemente no

se le ha hecho justicia. Se veía solamente que estaba atrasada respecto a la nueva tendencia y que no seguía el progreso en la consideración realista de las ideas y de los conflictos políticos. No se prestaba atención a que, en cambio, situaba por primera vez la historia griega en su país.

Los historiadores contemporáneos tomaban conscientemente una actitud de oposición al Romanticismo. Curtius quedaba en los problemas que había presentado la ciencia alemana en los primeros años del siglo XIX. Evitó sin duda las estrecheces del Romanticismo político. A pesar de todo lo que aprendió de Ottfried Müller, no aceptó más que con reserva su purismo nacionalista. Adoptó más rigurosamente la doctrina de Karl Ritter. No solamente en la geografía histórica de su *Peloponeso,* sino también como historiador, Curtius no puede ser colocado en la misma línea que otros grandes historiadores, sino cuando trata problemas geográficos. Sus finas explicaciones que abarcan la influencia que han ejercido sobre el desarrollo de la historia griega la configuración del suelo y del clima del mundo helénico, dejan muy atrás las notas escuetas y completamente externas de los historiadores políticos ingleses. Es aquí donde sobresale, porque la realidad satisfacía ya su visión de poeta. Su descripción del país está hecha con el cincel del artista, sin carecer por eso de precisión científica.

No estaba en estado de tratar del mismo modo los problemas constitucionales, administrativos, económicos. Le faltaba quizá educación política, pero más todavía la indispensable familiaridad frente a las fuentes y a la tradición. Como geógrafo llegó a levantar fuertes objeciones contra la tradición antigua; como historiador era demasiado esclavo de ella. No es que fuera en principio enemigo de las investigaciones críticas. Pero Grecia formaba parte de su vida sentimental de tal modo, que no se aproximaba a sus vestigios sino con un respeto religioso. Jackob Burkhardt tenía costumbre de llamarlo irónicamente "sacerdote de la ciencia". Era demasiado poeta para ser historiador. Con agrado consideraba las leyendas griegas como creaciones poéticas y simbólicas; no era partidario de tomarlas, en masa o en parte, por invenciones abiertamente tendenciosas. Veneraba como los románticos la tradición auténtica.

La historiografía de Curtius da una expresión admirable, verdaderamente clásica, al sueño de una Grecia ideal que había frecuentado una generación colocada, al mismo tiempo, bajo la influencia de los clásicos alemanes y la de la piedad romántica. En el arte griego Curtius sólo apreciaba el arte apolíneo; el dionisíaco le era extraño. Inconscientemente transportó a la historia griega las ideas que le sugería el arte griego. Procedió como si las luchas políticas y económicas en el seno de la antigua ciudad hubieran sido inspiradas por los mismos sentimientos de noble humanidad y de *sofrosine* que las creaciones clásicas del arte y de la poesía helénica. No tenía la suficiente serenidad para distinguir la vida artística de los griegos de su vida política. No alteraba directamente las fuentes; pero su estilo clásico, llevado por un noble

impulso, envuelve todos los sucesos en un velo poético. Sólo se oye apagado, o no se oye, el eco de las duras necesidades de la vida económica y política. No es una historia la que nos ofrece, sino una visión poética. Entre los historiadores románticos de Alemania, Curtius fué el más grande artista. La armonía de su exposición, donde sus propias ideas, la tradición y las hipótesis están fundidas en una sola pieza, está conquistada al precio de oscuridades en el fondo político y sociológico sobre el cual reposa. Pero se imponía por un verdadero sentimiento artístico. No tenía la apariencia de un humanista entusiasta de la Antigüedad; Curtius se sentía atraído hacia el arte griego de la época clásica, por afinidad de naturaleza.

CAPÍTULO II

LA HISTORIOGRAFÍA DEL LIBERALISMO Y LOS CONTINUADORES DE LA HISTORIOGRAFÍA ILUMINISTA

I

CONSIDERACIONES GENERALES

El Liberalismo y la Ilustración. En el fondo, la literatura histórica del Romanticismo sólo tuvo acción sobre un pequeño círculo. Son casi exclusivamente ideas románticas las que dominaron las investigaciones históricas y los trabajos de erudición; pero las obras que alcanzaron al gran público en la primera mitad del siglo XIX son las que estaban escritas desde el punto de vista liberal.

La historiografía liberal es la continuación directa de la historiografía de la Ilustración, modificada por las experiencias de la Revolución Francesa y de las luchas constitucionales de la Restauración. Representaba también como Voltaire y Montesquieu las aspiraciones de la burguesía acomodada y culta. Se distinguió de la escuela precedente sobre todo por las relaciones más estrechas que sostuvo con la política del día, lo que restringía mucho el número de los problemas políticos.

La especulación francesa del siglo XVIII había abrazado, al menos en principio, la historia universal. Había extendido su mirada sobre la tierra entera. Había juzgado dignas de atención las organizaciones políticas de todos los pueblos. Había esbozado, frecuentemente a la ligera pero haciendo reflexionar, los problemas más diversos. El interés histórico de la escuela liberal era más limitado. La Ilustración, en suma, había triunfado y los acontecimientos parecían haber dado fin a sus investigaciones. No quedaba más que separar los últimos obstáculos que se oponían al reinado de la burguesía, hacer del reinado de Carlos X el

de Luis Felipe. El problema del constitucionalismo se imponía en primera línea. ¿Qué era preferible, la realeza absoluta con privilegios para la nobleza y el ejército, o un gobierno parlamentario? Tal era la pregunta que ocupaba casi exclusivamente a los historiadores liberales, sobre todo en Europa. En cuanto a la historia de China, que la Ilustración se había puesto a estudiar no sin motivo, en cuanto al Oriente musulmán y a los pueblos salvajes, no había problema. Esta parte de la historia no podía proporcionar ideas y lecciones a las luchas constitucionales del presente.

En sus principios históricos y políticos, los liberales estaban más encadenados al dogma que los iluministas. Empleaban, es cierto, un lenguaje más moderado que los escritores del siglo XVIII, pero sería erróneo concluir que eran menos intransigentes, menos estrechos en sus opiniones. Por el contrario, se expresaban más reposadamente porque en su opinión, todo hombre medianamente culto debía participar de su manera de ver. Los iluministas habían formado en el siglo XVIII una pequeña minoría con frecuencia hostigada, que penosamente debía conquistar un lugar junto a las antiguas fuerzas. Sus obras son atacadas. Su polémica mordaz aspira a arrojar por tierra a sus adversarios. En el momento en que los liberales pusieron mano en sus trabajos históricos, las ideas principales de la Ilustración casi habían triunfado en la burguesía. Si el volterianismo agresivo, para obrar, supone la existencia de una fe religiosa, los liberales podían abstenerse de ridiculizar esta fe; la burguesía de su tiempo era tan profundamente volteriana que ni siquiera se interesaba ya por los ataques contra la Iglesia. Los iluministas debieron forjarse sus opiniones luchando; los liberales las encontraban ya hechas. Voltaire debió demostrar a su generación que la tolerancia religiosa era beneficiosa para el Estado. Este llegó a ser un dogma para los liberales. Tampoco es casual que las reivindicaciones políticas del volterianismo sólo hayan concluído en gran parte, en la primera mitad del siglo XIX.

Influencia del constitucionalismo inglés.

Los principios no demostrados de la historiografía liberal sólo podían apoyarse sobre un solo ejemplo de la historia, el buen funcionamiento de la constitución inglesa. También el constitucionalismo inglés, como se sabe, fué presentado como un modelo por los liberales de todos los países. Los historiadores franceses de la Restauración trataron la historia *moderna* de Inglaterra tan frecuentemente como la de su propio Estado, y en otros países las obras históricas inglesas encontraron tantos lectores, si no más, que los nacionales. Recomendar la imitación de una constitución que no les era suficientemente conocida y de la cual destacaban arbitrariamente algunos detalles como si fueran aplicables en todas partes, fué un error de los liberales. Cosa más dañosa todavía a la ciencia histórica, no tomaron en consideración las condiciones geográficas e históricas que únicamente podían explicar la existencia de una consti-

tución como la de Inglaterra del siglo XVIII. Las consecuencias funestas de esta negligencia se mostraron en la política del liberalismo, tanto como en su historiografía. El ejemplo de Inglaterra fué tasar infinitamente bajo el poder militar. Hizo creer que la intervención resuelta de la burguesía bastaba para acabar, por vías semilegales, una revolución política como la "gloriosa revolución" de 1688. Se estimó mucho más alto el valor de disposiciones formales de la constitución. En la idea de que los ingleses habían debido a algunas leyes y reclamaciones felices la conservación de su libertad, se dió demasiada importancia a la historia de los debates parlamentarios y de las luchas legislativas. Se hizo derivar grandes cambios históricos del modo de votación de un parlamento o de un proyecto de ley que un partido había hecho pasar por casualidad. Se imaginó que la discusión de las cámaras decidían en general los destinos de un país. Lo que reforzó esta ilusión es que, por lo menos en el continente antes de 1848, las clases inferiores no representadas en las parlamentos, tenían una actitud completamente pasiva frente a los hechos políticos. No se creía tener que reconocerlas en la historia como un poder.

La teoría histórico-política del Liberalismo está ceñidamente emparentada con la economía política clásica. Aquella no es individualista como se ha creído. No demanda la libertad del ciudadano por sí misma, sino porque está persuadida de la ventaja que tiene el Estado en que las fuerzas de todas las clases se midan en una libre concurrencia. Aristócratas como Guillermo de Humboldt podían exaltar la libertad del Estado como un medio de desarrollar la individualidad; los liberales partían del bien de la comunidad. Un Estado de ciudadanos libres, es decir, un Estado donde no hay castas privilegiadas, donde la burguesía no está en una situación de inferioridad respecto a la milicia o a la nobleza, tiene más valor como Estado que un despotismo militar que no puede durar, como lo ha mostrado el ejemplo de Napoleón. No se quería reconocer importancia especial a una fuerte organización militar. Se atribuían las victorias en las guerras de la revolución o en las guerras de la independencia alemana al carácter popular que habían tenido en sus campañas. Los bienes que dan precio a las vidas del individuo y del Estado, pueden ser destruídos, se pensaba, pero no creados por el despotismo; sólo se desarrollan en la libertad. Esta era la concepción histórica de la cual la de Droysen era, precisamente, el reverso.

Actitud de la historiografía liberal frente a los jefes de la Ilustración. Se advierte que de la concepción cínica del mundo que tenía Voltaire, bien poco quedó en los hombres que se consideraban discípulos de la Ilustración. Del mismo modo, fué poco influyente el optimismo de Rousseau. La fe en la bondad natural de los hombres que inspira los escritos del ciudadano de Ginebra dominaba también la doctrina liberal. Solamente, aleccionado por las experiencias de la Revolución

Francesa, se pensaba encontrar las buenas cualidades de la naturaleza humana en la burguesía culta más que en el pueblo. Los liberales eran whigs y no jacobinos. Al optimismo imaginario de Rousseau unían la importancia exagerada aportada por los juristas, desde Montesquieu, a las formas legales y a las constituciones. El elogio prodigado por el *Espíritu de las leyes* a la constitución inglesa ¿no había sido confirmado por la historia? La reprobación del despotismo ¿no había resultado justa? El ideal de Voltaire trascendía demasiado a absolutismo; las teorías de Rousseau parecían conducir a la anarquía. ¿Qué más natural para los liberales apropiarse las doctrinas de Montesquieu en política como en historia?

Ni Montesquieu ni Rousseau ofrecían sin duda modelo para la historiografía. Entre los jefes de la Ilustración, solamente Voltaire había escrito historia. Pero su frío análisis, su hábito de mirar la historia desde el punto de vista del déspota ilustrado, estaban demasiado en contradicción con las opiniones de los liberales, que no querían ver en el pueblo simples temas, para que su método pudiera encontrar todavía en el siglo XIX muchos imitadores. Y además los liberales no estaban menos deslumbrados que los románticos por el calor de la narración de Walter Scott, junto a la cual Voltaire y sus discípulos parecían carecer por completo de sentimientos. Se podía negar el conservadorismo romántico del poeta escocés. Pero ¿por qué no se podía narrar también desde el punto de vista del liberalismo progresista? ¿Por qué la doctrina del color local no se podía acomodar a una concepción de la historia que glorificaba los héroes de la libertad tan bien como la que favorecía las fuerzas conservadoras? Así Thierry realizó ya la alianza de la forma romántica con las tendencias liberales.

La escuela de los viejos liberales.

Así las cosas, pocos historiadores liberales tomaron como modelo el método histórico de Voltaire. Fueron casi exclusivamente funcionarios o estadistas. Naturalmente, sólo se trataba de la parte positiva de la historiografía de Voltaire: se abandonó, por diversos motivos, la polémica contra la religión y la Iglesia. Pero estos historiadores conservaron la amplia perspectiva de la historiografía de Voltaire. Consideraron la historia desde lo alto más que desde abajo. Olvidaron menos que los constitucionalistas que la organización del Estado debe ser fuerte dentro y fuera. Apreciaron más una administración nacional que instituciones libres.

Hablaremos a continuación de algunos representantes de esta tendencia que se podría designar, para diferenciarlos de los liberales propiamente dichos, con el nombre de viejos liberales.

II

LOS CONTINUADORES LIBERALES DE LA HISTORIOGRAFÍA DE VOLTAIRE

1. RAUMER

Friederich von RAUMER, nacido el 1781 en Worlitz cerca de Dessau, entró en 1801 en la administración prusiana, llamado en 1810 como consejero al Ministerio de Finanzas, en 1811 profesor en Bresslau, en 1819 en Berlín, en 1848 miembro de la asamblea nacional alemana, más tarde de la cámara de los señores de Prusia, muerto en 1873. Nos pertenece como autor de *Geschichte der Hohenstaufen und ihrer Zeitz* (1823 a 1825). Citamos además *Gechichte Europas seit dem Ende de 15. Jahrhunderst* (1832 a 1850) y *Recherches sur le développement historique des notions de droit d'Etat et de politique* (1826). Sus numerosos trabajos menores están recogidos en parte en *Vermischte Schriften* 1851 a 1854. Raumer es conocido también como fundador del *Historisches Taschenbuch* (1830).

Para la biografía, *Lebenslauf und Briefweschsel* (1861) compuesto por él mismo. Debemos a Ranke la mejor caracterización de Raumer historiador: *Hist. Ztschr.* 31 (1874) 151 ss. Cf. además *Giesebrecht Sitzungsberichte der Münchener Akademie*, 1874, 17 ss.

Se acostumbra a colocar la *Historia de los Hohenstaufen* de Raumer entre los libros románticos de historia. No se ha estado del todo equivocado. La elección del tema respondía en gran parte al gusto del tiempo por la Edad Media y la exposición no ha quedado ajena a la reacción romántica contra las ideas de la Revolución Francesa. Raumer gusta poner de relieve el hecho de que el Estdo y la administración en la Edad Media no fueron regidos por los principios de igualdad filosófica. Obedecía entonces a la instigaciones de la Ideología histórica y buscaba por ejemplo, los efectos de la idea del imperio. Muchos pasajes tienen un ligero color apologético; otros descubren claramente sentimientos de piedad.

Pero esos son detalles. Nada en Raumer lleva el rastro del piadoso entusiasmo de los románticos por la Edad Media. Considera más bien el siglo de los Hohenstaufel con los ojos de un viejo liberal burócrota. Circula en su relato el aire del siglo XVIII. Solamente como político no pertenecía Raumer a la escuela de Rousseau sino a la de Voltaire. Es partidario del Estado policía ilustrado. Es necesario evitar los excesos a cualquier precio; pero las autoridades deben mostrar una inteligente tolerancia para las debilidades humanas. El deber del funcionario culto consiste en hacer entrar en razón imparcialmente, a los insensatos que se querellan. La teoría igualitaria es inadmisible. Pero no

porque ella obstaculice el desarrollo orgánico nacional, sino, simplemente, porque no es práctica. ¿Es un romántico el que opone una frente a otra las "armas permanentes de los monjes y los soldados", y que justifica la existencia de los conventos por el hecho de que "los monjes se bastaban por sus propios recursos en el interior de sus muros, sin ser directamente gravosos a los otros habitantes de la ciudad." (VI, 435)?

Raumer había formado sus opiniones políticas en la Prusia de Federico II. Las ideas nuevas del Romanticismo político no hicieron en general ninguna impresión sobre él. Federico el Grande y Voltaire ya habían encendido la misma polémica que él contra Rousseau. La forma de exposición está en armonía con el fondo. Pertenece completamente al siglo XVIII. Raumer no persiguió el color local. Su relato es pragmáticamente ordenado, su estilo tiene un ligero rebuscamiento; recuerda a Robertson más que a Chateaubriand. La composición imita manifiestamente la del *Siglo de Luis XIV*. La segunda parte, los *Altertümer,* trata según el plan de Voltaire del Estado y la Iglesia, del comercio y de la economía pública, de las artes y de las ciencias, de las costumbres y de los hábitos ¡Raumer se había creído obligado a excusarse frente a los clasicistas de este abandono del antiguo estilo, setenta y cinco años después de Voltaire! (Prefacio del 5º vol.). Pero su pensamiento no era tan realista como el del historiador francés. Trataba la Edad Media con el abandono que se acostumbraba en Alemania desde Spittler. No llegaba a separar bien las condiciones jurídicas. No se desembarazaba de la idea de un Estado policíaco bien ordenado. Juzgaba las instituciones nacidas de la inseguridad general, según el aspecto que tomaban en un Estado contemporáneo de funcionarios. Se han exaltado sus reflexiones, fecundadas se decía y decía él mismo, por la experiencia de la administración práctica. Es muy cierto; pero su relación con la práctica tuvo por consecuencia que Raumer creyó poder contraerse con su experiencia restringida. Por ninguna parte penetra hasta lo esencial. Los problemas centrales no son investigados; entre las diferentes secciones hay menos trabazón todavía que en Voltaire.

Desgraciadamente, la crítica de Raumer pertenece todavía en absoluto a la época anterior a Niebuhr y Ranke. Carecía de ella tanto como Thierry. No distinguía las relaciones modernas de las antiguas, ni las extranjeras de las autóctonas. Reproducía de ordinario sus fuentes sin crítica y repetía sus cifras de ejércitos fantásticos, como si jamás hubiese oído hablar de la polémica de Voltaire. Descuidó examinar seriamente la influencia de la civilización árabe y de la civilización bizantina.

Raumer era un agradable relator, un buen pintor, pero no un pensador distinguido. Proporciona mejor una conversación mundana que una investigación del encadenamiento profundo de las causas. Con eso logró satisfacer el gusto del gran público.

2. GUIZOT

François Pierre Guillaume **Guizot**, nacido en Nîmes el 1787 de padres protestantes y por esta razón educado en Ginebra, en 1812 profesor de historia en la Sorbona, bajo la Restauración consejero de Estado, temporariamente después de la Revolución de Julio ministro del interior (1830), ministro de instrucción pública 1832 a 1834, 1835-36, 1836-37, embajador en 1840 en Inglaterra, de 1840 a 1848 ministro de asuntos extranjeros, despojado de sus cargos políticos por la Revolución de 1848, muerto en 1874 en sus tierras de Normandía. Considerado aquí como autor de la *Histoire de la Révolution d' Angleterre* (hasta la muerte de Carlos I; 1826-27), continuada más tarde por *Histoire de la République d' Angleterre et d'Olivier Cromwell* (1854) y la *Histoire du Protectorat de Richard Cromwell et du rétablissement des Stuarts* (1856), completada por escritos menores (*Monk*, 1851; *L' amour dans le mariage* 1855), y como autor de *Cours d'histoire moderne* (1829-32), que fué más tarde dividido en *Histoire générale de la civilisation en Europe e Histoire de la civilisation en France.* Cf. también: *Washington; la fondation de la République des Etats-Unis* (1840); *Sir Robert Peel* (1851), *Histoire des origines du gouvernement représentatif* (1881).

Guizot ha contado en su vida en las *Mémoires pour servir a l'histoire de mon temps* (1858 a 1867). Sobre el hombre político y el historiador, Cf. J. Simon, *Thiers, G., Rémusat* 1885; A. Bardoux, G. 1894.

La historia de la Revolución de Inglaterra.

El jefe francés de los *doctrinarios* se relacionó más estrechamente todavía con la modalidad de los iluministas. Su obra principal, *La revolución inglesa,* estableció tipos y razonamientos completamente dentro del gusto del siglo XVIII. El autor quiso sacar de la historia lecciones positivas para el presente; no aspira a una reconstrucción pintoresca del pasado. No se distingue de los iluministas nada más que por el objeto al cual mira: no predica el despotismo ilustrado sino la monarquía constitucional. Sus héroes no son los Estuardos sino los campeones de los derechos parlamentarios.

Como historiador de un movimiento revolucionario, Guizot era sin duda superior a Hume. Penetraba la naturaleza de las revoluciones políticas mejor que el historiador inglés. Trabajaba su tema con más cuidado y entraba con más simpatía en los detalles. Pero no se desprendió de los defectos de la historiografía iluminista. Frecuentemente presentaba como típicos los sucesos de la Revolución Inglesa, para sacar de ellos alusiones al presente. Subordinaba sus reflexiones a una tesis, a saber, que el poder absoluto es ilegítimo en sí. Consultó un material más rico que sus predecesores y dispuso por primera vez de los tesoros de los archivos franceses. Pero no se aplicó a una crítica metódica de sus fuentes. Daba por históricos, sin examen, los datos de Clarendon; acreditaba a las memorias y a los procesos políticos una confianza poco justificada. No pecaba de ingenuo. Cuando sus fuentes representan tendencias que conoce directamente por las luchas políticas actuales, sabe reconocerlas bien; especialmente ha criticado con severidad e inteligencia a sus predecesores. Pero estaba lejos de sumergirse devotamente, como

Ranke, en querellas de partidos desde largo tiempo extinguidas. Esto lo hacía incapaz de reconocer hasta qué punto, aún en relatos aparentemente imparciales, la inteligencia histórica había sido falseada por la situación política del momento.

La *Revolución de Inglaterra* es un libro extraordinariamente prudente. Comparado con las otras obras liberales de historia, carece de prevención. Escapa al capricho romántico de sacrificar todo a la narración, así como a la tendencia liberal por las declamaciones fuera de lugar. Pero el juicio del autor está demasiado pendiente de las luchas constitucionales de la Restauración para poder apreciar la originalidad de la Revolución Inglesa. Guizot no desconoce completamente el puritanismo. Pero jamás hizo ver su importancia. La Francia de Carlos X ofrecía muy pocas analogías con el presbiterianismo inglés. Trató a los puritanos como los considerarían sus contemporáneos, como un partido político.

Guizot historiador de la civilización.

Se puede caracterizar del mismo modo la obra que Guizot consagró a la *Historia de la civilización en Francia* durante la Edad Media. No hace de esta historia ni un tierno idilio de amor ni una mascarada de gala. La trata como filósofo (en el sentido que tenía la palabra en Francia en el siglo XVIII). Su modelo no es Chateaubriand, es Robertson. Se puede decir que su libro lleva a la práctica lo que en el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire había quedado en estado de proyecto. La historia de los personajes no solamente está despojada de su preeminencia, sino que está eliminada en favor del análisis razonado. Sólo se quieren exponer los grandes cambios en el Estado y en la sociedad.

Sin embargo Guizot era más que un simple continuador de la historiografía de Voltaire. Sus reflexiones históricas también estaban influídas por la revolución y sus consecuencias. Como sus contemporáneos alemanes, reducía la historia a una lucha entre principios opuestos. Su atención estaba vuelta ante todo hacia la acción política de los principios generales; la historia de la filosofía, de las ciencias y de las artes no tenían para él importancia especial. Lo único que lo separaba de la escuela de Guillermo de Humboldt era que no se abstenía de valoraciones y se ocupaba preferentemente de las ideas que parecían haber llevado la historia a su término, a la monarquía constitucional del rey burgués Luis Felipe.

Era más realista que los partidarios alemanes de la Ideología. No consideraba nada más que ocasionalmente, como los iluministas, la posibilidad de que principios políticos, tuviesen por base hechos económicos. Pero no tenía consideración para dejar de lado las condiciones políticas concretas; la historia está menos espiritualizada en él que en los discípulos ortodoxos de la Ideología. Su *Historia de la civilización* ofrece una curiosa síntesis de las antiguas y de las nuevas ideas; un frío análisis, guiado por una experiencia práctica, cambios políticos a la manera de Voltaire o de Robertson, y al lado, explicaciones que repo-

san sobre la teoría del valor independiente de los principios generales.

La calma y el recogimiento desgraciadamente faltaron a Guizot para fundir estos elementos dispares. No hay unidad en sus reflexiones. Sabía criticar bien las de otro; pero no se aplicaba a rechazarlas resueltamente para reemplazarlas por ideas mejores y personales. Acepta por ejemplo que la "liberación del espíritu humano" que él hace remontar a la Reforma, fué "un hecho más que un principio", en consecuencia no fué querido por la Reforma. Pero no saca las consecuencias. Mantiene la definición tendenciosa del protestantismo que había establecido la Ilustración protestante. Indica que las quejas formuladas por los protestantes contra el gobierno papal estaban en gran parte mal fundadas; pero no busca motivar en un espíritu de independencia científica el origen de la Reforma. Y además Guizot conocía demasiado poco la materia. Sus ensayos de generalización reposan exclusivamente sobre datos tomados de fuentes secundarias, de manuales y de relaciones modernas. Tiene fórmulas espirituales, señala inteligentemente muchas debilidades de la historia tradicional: pero todo eso no compensa el conocimiento insuficiente del tema. Es capaz de llamar a Dante humanista. Es más fácil improvisar historias de la civilización que obras de historia política.

El estilo de Guizot es también una mezcla. Una exposición puramente objetiva hubiera convenido mejor a su naturaleza. Su feroz doctrinarismo no concordaba con la oscuridad de la retórica. Perseguía efectos oratorios sin otro resultado que no poder satisfacer ni el arte ni a la ciencia. Renunció a obrar con el atractivo de una exposición simple y transparente, y cayó en una elocuencia académica de penosa pesadez. Es cierto que, para no producir efecto nada más que por sus ideas, hubiera sido necesario dejarlas madurar de otra manera. Encontramos en él, junto a lugares comunes y de relleno, expresiones nuevas, feliz y vigorosamente forjadas.

Las obras históricas de Guizot tan tenido una gran influencia sobre la historiografía. Han dado fuertes impulsos, quizás, precisamente por lo que tenían de incompleto. Más de una exposición posterior debe su filosofía de la historia a la oposición que el empírico estaba obligado a hacer a las más ligeras generalizaciones de Guizot. Pero él ha participado de la suerte de la mayor parte de los historiadores publicistas. Estará vivo mientras sus ideas encuentren eco en la política activa.

H. Hallam. Un contemporáneo que tiene afinidades espirituales con Guizot es el inglés Henri HALLAM, del partido de los whigs, nacido el 1777 en Windsor, muerto en 1859. En el prefacio de su obra principal, *Constitutional History of England from the accession of Henry VII, to the death of George II* (1827), Hallam alaba a Guizot como al más grande historiador de la Revolución de Inglaterra, aunque él mismo representa el liberalismo doctrinario de modo más típico toda-

vía que el estadista francés. Su dogmatismo político desconoce la idea del desarrollo, no comprueba más que épocas de ortodoxia y épocas de decadencia.

Se parece igualmente al francés por el estilo; su rigidez académica y sentenciosa contrasta vivamente con el tono ligero, formado en la escuela del Romanticismo, de su cofrade whig Macaulay (quien en un ensayo conocido alaba la *Historia constitucional*).

Esta obra fué precedida por *View of the State of Europe during the Middle Ages* (1878), que debía servirle en algún modo de introducción. La obra posterior *Introduction to the Literature of Europe in the 15 th, 16 th, and 17 th Centuries* (1837 a 1939) sólo es notable por la intención. Es uno de los raros trabajos que se ocupan de la historia literaria europea. Desgraciadamente, Hallam se quedó en el ensayo; no da más que una compilación completamente exterior.

3. THIERS

Adolphe THIERS, nacido el 1797 en Marsella, primero abogado, después periodista principalmente, a partir de 1820-21 en París, 1832 y 34 ministro del interior, 1836 y 1840 presidente del consejo, en seguida en la oposición, después de 1848 partidario de Napoleón hasta el golpe de estado, toma parte en las negociaciones que terminaron la guerra de 1870-71, elegido presidente de la república, se retira en 1873, muere el 1877 en París. Su *Histoire de la Révolution Française* (1823 a 1827) fué seguido por una obra de más valor, la *Histoire du Consulat et de l' Empire* (1845 a 1862).

Cf. sobre Thiers historiador, ante todo la disertación-programa (*Avertissement de l' auteur*) a la cabeza del tomo XII (1855) de la *Histoire du Consulat.* J. Simon, *Thiers, Guizot, Rémusat,* 1885; P. de Rémusat, *Thiers,* 1889; sólo citamos como una curiosidad los tres volúmenes del Conde de Martel aparecidos 1883-87 bajo el título de *Les historiens fantaisistes, M. Thiers.* Acertados puntos de vista en el artículo de P. Lanfrey, *Études et portraits politiques,* tercera edición, 1874.

El contemporáneo y rival de Guizot, Adolfo Thiers, se aleja más todavía del liberalismo vulgar en la concepción de la historia. Pertenecía más decididamente que el primero a la tendencia historiográfica salida de Voltaire. No era un doctrinario liberal. Preconizaba el Estado fuerte, racionalmente administrado, tal como había existido, según él, en los primeros años del poder personal de Napoleón. Que este orden fuera establecido y mantenido por un déspota o por un gobierno parlamentario, no le preocupaba; los medios le eran indiferentes con tal que el objeto fuera alcanzado. No se indignaba con los liberales dogmatizantes contra el absolutismo, como que más tarde prestó ayuda a las tentativas sin esperanza de restablecimiento de la monarquía. Siempre tenía los ojos abiertos sobre la situación concreta, sobre las necesidades de la existencia política. Era un oportunista consciente y consecuente. No por egoísmo, sino porque —contrariamente a Guizot— ponía la palabra por encima de la doctrina.

Muchos estadistas que escriben la historia son oportunistas. Thiers se distinguía de la mayoría de ellos en que se interesaba por los problemas políticos, pero prestaba atención apasionada a los detalles técnicos. Sus discursos en la Cámara hicieron sensación desde el comienzo porque no apelaban a principios generales, sino que desplegaban ante el auditorio una muchedumbre de detalles precisos. Se encuentra la misma cualidad en su *Historia del Consulado y del Imperio* (que escribió, como Comminea y Guicciardini mientras estuvo excluído por sus adversarios de la participación en el poder). No solamente Thiers ha estudiado exactamente el funcionamiento técnico de los órganos políticos, militares y financieros, sino que inicia al lector en todos los detalles. Siguió los cursos de la escuela militar de Saint-Cyr antes de describir las batallas de la época napoleónica. Hasta sobrepasa, por la extensión de sus conocimientos, a un profesional como Macaulay. El inglés solo estaba prefectamente cómodo sobre el terreno de los debates parlamentarios. Comparad sus explicaciones sobre el origen de la deuda pública inglesa con la descripción perfectamente ajustada que da Thiers de la fundación del Banco de Francia.

Sin duda, esta visión tan clara de los objetos próximos está, como de costumbre, compensada por la falta de amplitud en las miras lejanas. Thiers juzga con precisión y claridad una situación dada; no es de su incumbencia asignarle un lugar en el encadenamiento histórico. Sus obras históricas no están en desacuerdo con su famosa profecía de que la construcción de los ferrocarriles no entrañaría un gran cambio. El que habla es un político inteligente, no un estadista. El encadenamiento exterior de los sucesos resalta claramente; la conexión profunda de las causas no está puesta en evidencia. Raramente las características de conjunto. No se nos dice la importancia que ha tenido para Francia o para Europa la dominación napoleónica. Thiers nos cuenta cómo Napoleón ponía sus recursos en acción; no nos dice cómo se habían constituído. Así, la caída del sistema llega sin preparación ninguna. Thiers se contenta con darle por motivo una consideración de psicología individual; desde la expedición a España, el emperador no puede ser mirado como persona normal. No hace más que reproducir inteligentemente la narración del curso exterior de los sucesos. En el programa que ha puesto en el comienzo de sus volúmenes, hace un elogio caluroso y juicioso de la *Historia de Italia* de Guicciardini. No es pequeño mérito haber reconocido, en oposición con la doctrina moralizante del liberaliemo, la sagacidad política del florentino. Pero es notable que no haya advertido las estrecheces y las lagunas de Guicciardini.

Por lo demás, está lejos de poder medirse con Guicciardini como psicólogo. Sus retratos han recurrido a epítetos bien banales. Como escritor no era un artista, lo que puede decirse, por el contrario, de Guicciardini. Se explicaba muy bien al narrar y se hacía comprender en seguida. Pero usaba únicamente una lengua desvaída de periódico, sin vigor, sin

originalidad, sin belleza. Un día explicó con notable franqueza la intención que lo guiaba. Reconociendo los defectos que se le reprochaban, pretendió que Bossuet, si hubiera tenido que hablar a lectores del siglo XIX, no se hubiera expresado de otra manera que él. Es decir que, como escritor, también él era oportunista. El éxito mostró, por otra parte, que había opinado bien. Debe su popularidad en mucho a su estilo. No exige ningún esfuerzo al lector, ni siquiera el necesario para el goce estético. Su libro se abrió camino todavía más fácilmente que la *Historia de Inglaterra* de Macaulay, porque se dirigía a las masas mejor que el whig inglés.

Es cierto que Thiers no tenía que adaptarse. Pertenecía por su cultura artística a la clase media. No daba consideraciones sino un relato. No mostraba nada más que el brillante primer plano de la escena, no las consecuencias desagradables. Su tema estaba tan felizmente elegido como era posible. Su historia glorificaba las hazañas del *Petit Caporal* precisamente en el momento en que el culto de Napoleón renacía entre las masas. Además Thiers renunciaba a conservar la apariencia de un correcto trabajo científico. Algunas veces citaba bien sus fuentes documentales, pero no acompañaba constantemente su exposición con notas, como lo hacía el mismo Macaulay. Hablaba de todo, aún de las cosas que apenas podía saber, con el tono de una autoridad absoluta; sus reconstrucciones ininterrumpidas de batallas fueron particularmente señaladas a este respecto. Empleaba sin escrúpulos trabajos anteriores. Sabía que el gran público pide hechos; poco le importa el camino por el cual hayan llegado al historiador.

III

EL LIBERALISMO CONSECUENTE

1. INGLATERRA

a) CONSIDERACIONES GENERALES

¿Se desea ver por un ejemplo contrario cómo la apreciación de la historia guíada por el Romanticismo dependía de la reacción contra las ideas de la Revolución Francesa, así como de la restauración política? No hay más que comparar la historiografía inglesa de la primera mitad del siglo XIX con la que reinaba sobre el continente, particularmente en Alemania.

Los historiadores ingleses de la Ilustración no habían trabajado menos seriamente que sus colegas continentales. Pero cuando en otros países, por instigación del Romanticismo, se despertó una pasión intensa por el

estudio de la historia, la ciencia inglesa se encontró bien pronto a la retaguardia. El Estado no tenía interés en tales investigaciones históricas. La materia histórica tenía su importancia porque no se podía resolver sin su ayuda muchos problemas de derecho político o de genealogía; pero el gobierno no tenía necesidad de los historiadores para establecer un lazo de unión entre el pasado y el presente. La tradición no estaba rota; no era necesario hacerla reemplazar por un sucedáneo como las investigaciones históricas. Los poderes históricos no estaban destruídos; su legitimidad no necesitaba ser demostrada por el estudio. Así, la historia no estuvo en manos de eruditos sostenidos por el Estado, sino de literatos y de escritores de partido. El trabajo propiamente científico fué, naturalmente, muy descuidado. El método crítico filológico de Niebuhr despertó lentamente en otros países antes que en Inglaterra. Pero es también a historiadores como Thiers o Guizot que la historiografía inglesa no tuvo nada que oponer en los primeros años del siglo XIX. Hecho muy característico: todavía en 1863, Stubbs hizo imprimir una traducción inglesa de las *Instituciones* de Mosheim. Había algunos eruditos iniciados en las nuevas investigaciones críticas, pero no había escuelas ni enseñanza metódica ni público.

Sólo se cultivaba con entusiasmo la historiografía de partido. Los principios de los partidos liberales sobre todo, los de los wighs y de los radicales, estuvieron representados en brillantes exposiciones históricas, quizá porque el público inglés, aún en el siglo XIX, extraía sus conocimientos históricos exclusivamente de los historiadores conservadores de la Ilustración tales como Hume, Gibbon y Mitford. Frente a estos autores, el partido liberal debió intentar hacerse escuchar. Los tories, que nada tenían que temer de Hume y de Gibbon, se aplicaron menos a la historia.

J. Lingard. La oposición a la historiografía de la Ilustración se muestra primero en Inglaterra en el sacerdote católico John LINGARD (1771 a 1851), autor de la *History of England from the first invasion by the Romans* (1819 a 1830). Frente a la concepción parlamentaria y protestante de la historia de Inglaterra, Lingard adopta el punto de vista de la minoría católica. Por lo demás sin rigidez: su objeto no era confirmar a sus amigos en sus convicciones, sino predisponer favorablemente a los adversarios; de ahí la gran moderación de su lenguaje.

Su obra, por otra parte, carece de originalidad. Lingard no carecía de inteligencia y aspiraba a un juicio independiente. Frente a Hume, la extensión de las fuentes consultadas aumentó. Pero no abre ningún camino nuevo. Conserva la distribución tradicional del tema. Da casi exclusivamente una historia dinástica y parlamentaria (Biografía por Haile, 1912).

b) MACAULAY

Thomás Babington MACAULAY, nacido el 1800 en Rothley Temple, Leicestershire, estudiante en Cambridge, adquirió popularidad de golpe por su ensayo sobre Milton en la Revista de Edimburgo (1825), después nombrado en diferentes cargos administrativos, llamado al parlamento (1830) como representante de "burgo de bolsillo", nombrado en 1833 miembro del Consejo superior de las Indias, de 1834 a 1838 en las Indias donde colabora en la codificación del derecho penal hindú; en 1839 enviado por Edimbrugo al parlamento; de 1839 a 1841 secretario de guerra en el ministerio de Melbourne, en 1846 contador general, no reelegido en 1847, se retira de la política activa (vuelto a enviar al parlamento en 1852, ennoblecido en 1857, muerto en 1859 en Londres. Autor de *History of England from the accession of James II* (1849 a 1861). Inconclusa. Alcanza, con los capítulos póstumos, la muerte de Guillermo III (1702). Diversos temas históricos están tratados en los *Essays* que Macaulay escribió para la Revista de Edimburgo (en gran parte reunidos por él en los *Critical and Historical Essays* publicados por primera vez en 1843), así como en los *Biographical Essays* compuestos originalmente para la *Encyclopaedia Britannica*. Las exposiciones propiamente históricas son los artículos sobre William Temple (1838), Clive (1840), Warren Hastings (1841) y el primer Pitt (1844). De valor teórico es el artículo *History* (1828), que falta en la mayor parte de las ediciones de los ensayos. G. A. Trevelyand ha publicado (1906) *Marginal notes* procedentes de los libros que había leído Macaulay.

Para la biografía, *Life and Letters of M.*, publicado por su sobrino G. O. Trevelyan (1876). Sobre Macaulay historiador, cf. sobre todo J. C. Morison, *Macaulay* (*English Men of Letters*) 1882. Después F. Harrison, *Studies in early Victorian Literature*, 64 ss. 1905; O. Krauske, *Macaulay und Carlyle* en la *Histor. Zeitschrift* CII (1909) 31 ss.; Albert S. G. Canning, *Macaulay essayist and historian* 1882, nueva edición 1913. Una obra, entre otras, se levanta contra la confusión de la cual Macaulay se hizo culpable a propósito de la personalidad de William Penn, es el escrito de John Paget *An Inquiry into the evidence relating to the charges brought by Lord M. against W. Penn* 1858.

Macaulay historiador político. Uno de los aludidos escritores ingleses de partido, el whig Macaulay, llegó a ser, gracias a su maravilloso talento de exposición, el historiador más popular de todos.

No se puede decir que Macaulay haya soprepasado a los historiadores liberales por la profundidad de la concepción o por la penetración de las ideas históricas. Evitaba sin duda las actitudes doctrinarias de Guizot o de Gervinus. Era whig no porque creyera en los dogmas liberales, sino porque a sus ojos la política de transacción, del justo medio, estaba absolutamente de acuerdo con el sentido común. También era más ágil, más flexible que los rigoristas del liberalismo continental. Pero compraba esta movilidad al precio de una abstención completa de especulación histórica y política.

Lo que en gran parte hizo la popularidad de Macaulay, como la de Thiers, es que se sentía identificado con su público. Sus juicios partían ingenuamente del presente. Muchos de sus contemporáneos ensayaban por lo menos apreciar los cambios políticos en sí mismos. Macaulay no

sentía este interés científico. Ante todo veía en los hechos políticos pruebas de la grandeza a que habían llegado los ingleses de su tiempo. Su interés histórico resultaba, así, limitado en extensión. No era lo que se llama un patriotero; pero, ateniéndose al convenio que habían concluído los whigs por el acto de reforma para el ideal de la sabiduría política, no había razones para ocuparse en detalle de las empresas fracasadas de los estadistas extranjeros. Para él sólo valían los sucesos que habían contribuído a la felicidad del tiempo actual, sobre todo la historia de Inglaterra desde la "gloriosa revolución".

Macaulay, en efecto, casi no se ocupó más que de este período. Un escaso número de sus ensayos, proporcionalmente, tratan temas de la historia anterior de Inglaterra o de la historia extranjera. Su gran obra histórica está consagrada exclusivamente a su época favorita. Está destinada a demostrar, con un ejemplo típico, las ventajas del sistema whig; a hacer ver que la prosperidad de Inglaterra reposa sobre el hecho de que, contrariamente a los esfuerzos igualitarios de los puritanos y al régimen absolutista de Jacobo II (quien estaba en oposición con la voluntad popular), la victoria quedó para la política inteligente y moderada de los whigs y de Guillermo III. La salvación de Inglaterra no reside en la revolución o en el despotismo sino en un gobierno parlamentario liberal.

Macaulay vió de tal modo facilitada la tarea de probar su tesis, que su obra no puede tener gran valor científico (sociológico). Aplicó un caso especial a la historia universal, sin tratar siquiera de fijar exactamente sus particularidades. No explica por qué el absolutismo no triunfó en Inglaterra; se contenta con describir su caída.

Es su género en general. No sabe fundamentar históricamente el origen de las instituciones, no sabe más describirlas. El primer capítulo de su *Historia de Inglaterra*, que quiere dar una visión analítica de la antigua historia, es el más insignificante de toda la obra; critica la Edad Media inglesa exclusivamente desde el punto de vista del siglo XIX. El capítulo tercero, erróneamente tan alabado, que contiene el cuadro de Inglaterra en el año 1685 es del mismo género. Macaulay no trató de sacar de la época misma la descripción del estado social del sigloXVII, es decir, de mostrar la dependencia recíproca de las diferentes condiciones; nada de hacerlas entrar en el desarrollo que se extiende desde la época de los Tudors hasta la del industrialismo. Compara todo, hasta los mínimos detalles, con el tiempo actual. Ni siquiera tiene la idea del carácter relativo de las cifras. Describe, no hace un estudio histórico.

Macaulay escritor. En cuanto a la pintura y a la narración, se desempeñaba como ningún historiador antes o después de él. Se proponía, como se sabe, *reemplazar por algunos días, con su historia, la última novela de moda en la mesa de las jóvenes damas.* Tenía el derecho de aspirar a ello porque podía llegar allí. Es un maes-

tro sin rival en el arte de componer claramente su relato, de sostener hábilmente el interés, de dar vida a cada detalle. Domina con seguridad absoluta los hilos de la intriga y no olvida jamás procurar variedad en el momento oportuno. Sería necesario compararlo a dramaturgos franceses como Scribe o Sardou, para encontrar algo análogo. La expresión es de una claridad, de una transparencia inimitable. Jamás pierde de vista a su público; explica su idea todo el tiempo necesario para que el cerebro más perezoso pueda aprehenderlo.

Macaulay combinaba, como Thierry, ideas liberales con una forma romántica. También éste estaba muy influído por Walter Scott. Pero Macaulay supo sacar de sus novelas más provecho que el francés. Evitó las exageraciones del color local. Advirtió que el estilo patético estaba pasado de moda. Como Scott, hizo mover sus héroes con soltura familiar. Como él ignoró los prejuicios del estilo de clase, y trató a los personajes del pueblo con la misma simpatía, aunque les agregó un poco de buen humor, que a los estadistas y a los príncipes de la Iglesia. Se burló de "la dignidad de la historia, expresión favorita de los malos historiadores" (*the vile phrase of which bad historians are exceedingly fond*). También su exposición es más variada que la de Thierry. No calla ningún suceso, por vulgar o insignificante que sea, aunque haya ocupado al público, sin perder no obstante, como Carlyle, el sentido de la proporción histórica. Su sentido común jamás lo abandona. Se puede discutir que una reconstrucción tan completa del pasado hasta en sus detalles sea justificada científicamente. Pero si se aprueba esta exigencia, se declarará también que nadie la ha satisfecho tan bien como Macaulay. Su *Historia de Inglaterra* quizá es una novela más que una historia erudita; pero es una novela agradable y correcta.

Macaulay tenía una ventaja sobre muchos otros historiadores liberales: podía hablar por experiencia de política y de asuntos de Estado. Nunca se muestra tan brillante historiador como cuando relata los debates de un parlamento o de un consejo de ministros. Describe ese ambiente como un realista y con una imparcialidad relativa. Encontraba la política de los tories completamente insuficiente. Pero tenía demasiado raciocinio y conocimiento del mundo para exaltar en todo caso a los whigs a expensas de los tories. Tenía sus antipatías; pero no se le ha podido reprochar sino raramente los disfraces de la verdad.

Macaulay no ha dejado profundas huellas en la historia de la historiografía. También en Inglaterra los días de la historiografía partidista estaban contados. El capítulo tercero parece haber tenido más efecto. La costumbre de desmenuzar libelos, dramas y relatos para encontrar allí los detalles sobre la vida diaria del tiempo antiguo, el método anticrítico de los hechos menudos empleado por Taine, parece deber su nacimiento principalmente a Macaulay. En cuanto a su talento de expositor, no fué copiado con éxito. El encanto de su narración no se aprende.

Su historia, como obra de arte, no puede imitarse en mayor medida que una poesía de Heine.

Finlay. El historiador más notable de la escuela liberal en Inglaterra, al lado de Macaulay, fué George FINLAY. Nacido en 1799 en Favershamp, condado de Kent, fué en 1823 a Grecia para tomar parte en la guerra de la independencia contra los turcos, allí pasó casi toda su vida y murió en 1875 en Atenas. Sus ideas históricas dependían completamente de la doctrina liberal; relacionaba la caída del Imperio Romano exclusivamente con la dominación despótica de la burocracia, y creía que el país hubiera vuelto a ganar en prosperidad y poder si un gobierno liberal hubiera concedido a las comunas mayor autonomía y hubiera restringido menos el comercio. Pero él tenía sobre muchos otros investigadores la ventaja de conocer exactamente el sistema turco de administración y sacaba conclusiones por analogía para la época del Imperio de Oriente, que ha sido desde entonces adoptadas por la ciencia. También se había familiarizado de modo elogioso con la literatura erudita francesa y alemana de la primera mitad del siglo XIX.

Finlay no quería escribir en un comienzo más que una historia de la revolución griega. Sus trabajos preliminares lo llevaron finalmente a una historia completa de Grecia desde la época romana; *Greece under the Romans* (1844); *History of the Bizantine and Greek Empires, from 716-1453* (1854); *History of Greece under Ottoman and Venetian domination* (1856); más tarde reunidas como *History of Greece under Foreign domination*. En 1861 apareció la *Greek revolution*. La obra completa tomó el nombre de *A History of Greece from its conquest by the romans to the present time* (1877).

c) GROTE

George GROTE nació en 1794 en Clay Hill, cerca de Beckenham, condado de Kent, primero en la casa bancaria de su padre (hasta 1843), pero se aplica desde su iniciación a los estudios históricos y filosóficos; en relaciones íntimas con J. Stuart Mill y los radicales, elegido para el parlamento después del acta de reforma (1832 a 1841), retirado más tarde de la vida política, muerto en 1871 en Londres. Compuso una *History of Greece* (1846 a 1856) que alcanza hasta Alejandro el Grande. La concepción de la obra remonta al año 1823; los principios del autor están ya claramente expresados en la revisión de la *History of Greece* de Mitford aparecida en 1826 en la *Westminster Review*.

Los libros sobre Platón (*Plato and the other companions of Sokrates* (1865) y sobre Aristóteles (incluso, 1972), forman como un complemento de la *Historia griega*. De sus numerosos escritos menores muchos están reunidos en las *Minor Works* (1873) publicada por A. Bain.

Para la biografía, *Personal life of G. Grote*, compuesta por su esposa (1873). La mejor crítica de Grote en R. Pöhlmann en *Kuiddes Zeitschrift* III (1890) 1 ss. Reproducida en su colección de artículos *Aus Altertum u. Gegenwart* 2. Auflage (1910), 228 ss.

Macaulay escribió la historia en whig, Grote en radical utilitario. Uno sostenía la causa del gobierno parlamentario, otro la democracia. Uno eligió para tratar el período clásico del régimen parlamentario en Inglaterra, el otro la época brillante del gobierno popular en Atenas. Los dos eran más hombres de partido que historiadores y estaban guiados por consignas políticas y no sociales.

Grote estaba tanto más dispuesto a acentuar sus tendencias democráticas cuanto que la historia de Grecia en lengua inglesa más popular de su tiempo —la *History of Greece* de William Mitford (1744 a 1827)— redactada en sus últimas partes bajo la reciente impresión de la Revolución Francesa (1784 a 1810), había tratado la historia de Atenas con un riguroso sentido aristocrático y conservador. Y esa obra no era, a su modo, una producción sin valor. Los capítulos sobre los tiempos antiguos no lo tienen; las leyendas están allí racionalizadas trivialmente. Pero la exposición de la historia de Atenas en el siglo V muestra un juicio político y un sentido equilibrado. Mitford era parcial, unilateral, pero siempre realista. Se apoyaba gustoso sobre analogías con la vida política inglesa. Comparaba a Aristófanes con Swift y las comedias antiguas con libelos políticos modernos: pretendía que los intereses de un partido estaban tan bien servidos por piezas de ese género como por discursos sobre el ágora (cf. II, 221 de la edición de 1808). Concepción seguramente insuficiente. En Inglaterra los partidos tenían publicistas a sueldo y esta costumbre fué aplicada sin recargos a Atenas; pero por lo menos se alejaba el falso idealismo que se había conferido a la Antigüedad. Es fácil comprender que para combatir este adversario, Grote haya empleado armas cortantes.

En su notable caracterización Pöhlmann demostró en detalle cómo "la historia del Estado ha hecho olvidar a Grote la de la sociedad". No es mi tarea dar extractos de su trabajo. Solamente quería agregar una palabra: casi todos los reproches que Pöhlmann hace valer contra Grote, podrían estar dirigidos igualmente a los otros historiadores liberales. Los otros también exageraron el poder de las formas políticas y del derecho político y analizaron de modo insuficiente los elementos y las leyes vitales de la sociedad. Es necesario no aislar a Grote. El mismo Pöhlmann hace la observación de que ese defecto capital de la obra de Grote no ha sido señalado del todo en la crítica de Freeman: el crítico no veía más lejos que el autor.

A pesar de esto, Pöhlmann no se había equivocado del todo al dirigir en especial contra el autor de la *Historia Griega* su crítica de la historiografía liberal desde el punto de vista económico. Grote era considerado el historiador más eminente de la escuela liberal. Era un sólido investigador y un crítico perspicaz. Hizo un estudio profundo e independiente de la literatura histórica alemana de la escuela de Niebuhr (Ottfried Müller). Tenía un juicio más calmo: uno de sus títulos gloriosos será siempre su refutación de la leyenda tendenciosa de la reparti-

ción de las tierras en la antigua Esparta (2ª parte, capítulo VI). Su crítica aprovechó también de su situación partidista: la tradición muy aristocrática y en parte de matiz lacedemonio, sobre la historia ateniense del siglo V, no podía estar mejor criticada por un autor que pertenecía al límite político opuesto. Además tenía una experiencia práctica en materia de finanzas, y había visto de cerca las luchas de los cartistas. Su cultura filosófica era más profunda que la de la mayoría de los otros liberales. Es un testimonio muy notable de la autoridad de la dogmática liberal, el hecho de que no haya podido liberarse él mismo de las estrecheces de la escuela. Grote no era por su estilo un artista como Macaulay. Se atenía firmemente a los principios rigurosos de la escuela de Bentham. No quería escribir una novela sino historia. Sería un mérito más que un defecto, si con la forma artística Grote no hubiera sacrificado la composición. El relato se hace demasiado largo; las cosas de poca importancia toman allí el mismo lugar que las esenciales. La materia no está cuidadosamente distribuída. Grote estaba tan absorbido por preocupaciones de partido que ya no tenía el sentido de la forma. Quería glorificar la lucha de la dominación ateniense contra la política traidora y antihelénica de Esparta y contra el despotismo de Macedonia. No se preocupaba por las necesidades estéticas de los lectores.

También es de tendencia aristocrática, aunque con menos rigor que Mitfort, la *History of Greece* (1835 a 1844) que va hasta la conquista romana, del eclesiástico Connop THIRLWALL (1797 a 1875). Thirlwall no era completamente independiente para liberarse de la tradición antidemocrática de la Antigüedad. Por otra parte tiene el mérito de haber hecho en Inglaterra, al mismo tiempo que Grote, la propaganda de las investigaciones críticas alemanas. Tradujo a Niebuhr al inglés y utilizó concienzudamente en su historia las búsquedas de Ottfried Müller.

2. LOS ESTADOS UNIDOS

a) CONSIDERACIONES GENERALES

Los historiadores norteamericanos son aparentemente más imparciales. Se mantenían generalmente más apartados de las luchas políticas de su país; no escribían en carácter de hombres de partido como los ingleses. Obtenían esta ventaja a causa de una ingenuidad más grande.

Tenían una fe más inquebrantable aun que los ingleses en la justicia absoluta y en la aplicación universal de los principios liberales. Los postulados de la Ilustración habían llegado a ser axiomas para ellos. Eso se ve sobre todo en el modo de juzgar la iglesia de Estado y la intolerancia religiosa. En cuanto a las exigencias de la democracia política, no eran irreductibles: Los círculos ilustrados de los Estados de la Nueva Inglaterra (de donde provenía la mayor parte de los historiadores) te-

nían las opiniones de los viejos liberales burgueses, más que sentimientos democráticos, y rechazaban resueltamente la dominación del pueblo. Pero estaban convencidos de que sólo la república americana había sabido reglamentar de modo satisfactorio las relaciones entre el Estado y la Iglesia. No se preguntaban si otras condiciones no hubieran hecho necesaria otra actitud del Estado hacia la Iglesia. Medían sobre su dogma inmutable los gobernantes de todos los tiempos y de todas las naciones.

Se comprende ahora por qué la historia de España ejercía una atracción particular sobre los historiadores estadounidenses (Prescott, Ticknor, Lea, hasta Motley). España no sólo era el país que había descubierto el continente americano y lo había colonizado en gran parte. Su historia romántica no sólo ofrecía un abundante alimento a la ingenua necesidad de sensaciones del público norteamericano. Era el país con el cual se podía demostrar irrefutablemente (al parecer) los males que ocasionaron las iglesias de Estado y el furor de las persecuciones religiosas. Aquí el desarrollo de la libre América, allá la tierra del despotismo y de la Inquisición condenada a la decadencia: el contraste era demasiado fecundo para no ser explotado bajo una forma absolutamente refinada. ¿Por qué habría de adoptarse un tono agresivo? Los historiadores norteamericanos no tenían que convencer a su público. Contemplaban desde puerto seguro las violencias de los déspotas y de los clérigos, con una compasión mezclada de curiosidad pero sin odio. Todo aquello estaba tan lejos de ellos que no podían indignarse. Naturalmente no podían mostrarse sin corazón; elocuentes tiradas debían manifestar de tiempo en tiempo el horror del historiador. Pero esas observaciones tenían carácter completamente académico; no se proponían ningún objeto práctico.

b) PRESCOTT

William Hikling Prescott, nacido el 1796 en Salem, Massachusetts, primero jurista, pero obligado a renunciar a su vocación por un accidente ocurrido durante sus estudios en el colegio de Harvard, y que tuvo por consecuencia una ceguera casi completa; muerto en 1859. Publicó:

1º *History of the Reign of Ferdinand and Isabella the Catholic* 1837 s. (nueva edición con las últimas correcciones del autor por J. F. Kirk 1873).

2º *History of the Conquest of Mexico* 1843 (edic. de Kirk 1874).

3º *History of the Conquest of Peru* 1847 (edic. Kirk 1874).

4º *History of the Reing of Philip II, King of Spain,* inconclusa, 1855 a 1872 (edic. Kirk 1887).

Para establecer la unión entre las 1ª y la 4ª de las obras citadas, Prescott volvió a publicar el Carlos Quinto de Robertson 1857.

Cf. además *Critical and Historical Essays* (titulado también *Biographical and Critical Miscallanies*) 1845 (la mayor parte sacados de la *North American Review*). Las *Works* completas fueron publicadas por Kirk 1895 y por W. H. Munro, 1905-1906.

Para la biografía, su *Vida* por Ticknor 1864. Caracterización por R. Ogden. *Prescott* (*American Men of Letters*) 1904. Cf. además sobre Prescott y los otros historiadores americanos las "cuatro lecturas" de J. F. Jameson, *History and Historical Writing in America,* 1891.

La escuela historiográfica norteamericana estuvo representada inmejorablemente por Prescott, erudito amable y laborioso, que continuó la historiografía iluminista inglesa en el estilo de un culto hijo de la Nueva Inglaterra. Su modelo fué sobre todo Robertson, de quien volvió a publicar en 1857 la *Historia de Carlos Quinto.*

No era idéntico a su maestro. Los materiales son mucho más abundantes y están trabajados con mayor cuidado. En cuanto a los problemas sociológicos y políticos, les prestó menos atención todavía que el presbiteriano escocés. No sacrificaba todo a la narración de hechos externos; mantenía el cuadro analítico de Voltaire. Pero sus consideraciones son superficiales, su juicio es convencional. El tema elegido presentaba una serie de problemas difíciles y complicados: la historia primitiva de las tribus americanas, el problema de saber si la política colonial española se justifica históricamente, la búsqueda de las consecuencias que tuvo para España la expulsión de los judíos y de los moros, etc. Prescott no ha hecho más que esbozar esos problemas, no los trató científicamente. La doctrina liberal le impidió apreciar su importancia. No estaba en situación de concebir necesidades políticas y militares que no estaban previstas en esta doctrina ni de comprender opiniones religiosas que no existían para un protestante liberal. Hizo algunos esfuerzos para ser justo y benévolo; juzgaba a los españoles de los siglos XV y XVI absolutamente desde el punto de vista de sus contemporáneos, los unitarios cultos de Boston.

Prescott era más libre de desplegar su talento de escritor. Como historiador artista ocupa un lugar intermedio entre la Ilustración y el Romanticismo. Sus acuerdos patéticos, su expresión relativamente concisa, recuerdan el estilo de Robertson y de Gibbon. Su don de relatar con vivacidad y relieve ha sido formado visiblemente por las novelas de Walter Scott. Ordena la historia menos novelescamente que los historiadores posteriores; pero hace más frecuentes llamados al sentimiento que los iluministas. Sus cuadros son de claridad perfecta y se abarcan de una mirada. Sus brillantes descripciones de las expediciones conquistadoras de los españoles en América, fueron extraordinariamente populares.

Ticknor y Lea. Con el mismo espíritu que Prescott escribió su amigo y su biógrafo George Ticknor, nacido el 1791 en Boston (Mass.); primero jurista después hombre de letras, 1819 a 1835 profesor de literatura francesa y española en la Universidad de Harvard, muerto en 1871 en Boston. Su *History of Spanish Literature* (1849), completa de alguna manera las obras de Prescott sobre la historia política de España.

Ticknor era un coleccionista inteligente e instruído; pero no sabía disponer las grandes líneas del desarrollo literario. Se deslizaba gustosamente con frases de un justo medio, poco claro, sobre cuestiones

críticas vitales. Tomaba sincero interés en su tema; pero eso no podía suplir una comprensión defectuosa. Sus juicios literarios están estrechamente emparentados con las convicciones políticas de Prescott. Éste profesaba un liberalismo moderado; Ticknor una clasicismo moderado. Su código es todavía la poética del siglo XVIII que él suavizó y sazonó ligeramente de mojigatería inglesa. Cf. la *Life* escrita por G. S. Hillard (1876).

La modalidad de Prescott fué continuada en la segunda mitad del siglo por Henry C. LEA, nacido el 1825 en Filadelfia, muerto en 1907. Trató preferentemente, como su predecesor, temas de la historia eclesiástica española. Es cierto que su método era más moderno. Describía más bien que contaba y expone la organización de la Inquisición con tantos detalles como la historia de su desarrollo. No sentía escrúpulos al intercalar en el texto materiales históricos en estado bruto. Pero no ha profundizado su tema más que Prescott o Ticknor. La Inquisición es para él, como para los iluministas, una completa monstruosidad nacida del fanatismo y de la avidez clerical, de un efecto radicalmente desastroso. No sacó casi ningún provecho del estímulo de Buckle y de su escuela. No pone en descubierto el fundamento que tiene en la superstición la intolerancia religiosa. Las ideas supersticiosas no existían para él en su calidad de protestante ilustrado, por eso descuidaba su importancia. Sus obras principales son: *History of the Inquisition in the Middle Ages* 1888; *A History of the Inquisition in Spain* 1906-1907 (agregar: *The Inquisition in the Spanish dependencies* publicada en 1908); *Chapters from the Religions History of Spain* 1890; *The moriscos of Spain* 1901.

c) BRANCROFT

George BRANCROFT, nacido el 1800 en Worcester (Mass.) funda en 1820 la Round Hill-School de Northampton, en 1845 ministro de marina, de 1846 a 1849 embajador de los Estados Unidos en Londres, de 1868 a 1874 en Berlín, muerto el 1891 en Washington. Autor de *The History of the United States,* 1834-1874. La narración debía estar llevada originariamente hasta los tiempos actuales, pero no alcanza finalmente más que a 1782. Fué continuada hasta 1789 por la *History of the formation of the Constitution of the United States* 1882. También es de Brancroft una traducción de las *Ideas* de Heeren (1824). *Life and letters* edición M. A. de Wolffe Howe, 1908.

Brancroft era un carácter mucho más apasionado. Representaba la concepción que la democracia popular se hace de la historia. La causa de los Estados Unidos se confundía para él con la de la libertad. Contó la historia de las colonias inglesas con tono inspirado y con la retórica de Rousseau. Aún menos que Prescott tocó problemas políticos e históricos profundos.

d) MOTLEY

John Lothrop MOTLEY nacido en 1814 en Dorchester cerca de Boston (Mass.) primero jurista, 1840-1842 secretario de la embajada americana en Petersburgo, en 1862 embajador americano en Viena, 1869-1870 en Londres; muerto en 1877 en Inglaterra. Expuso la historia de la revolución de los países bajos en las siguientes obras: *The Rise of the Dutch Republic* 1855; *The History of the United Netherlands from the Death of William the Silent to the Synod of Dort* 1860 a 1867; *The Life and Death of John of Barneveldt* 1874. Holmes, *Memoir of J.-L. Motley* 1879, *Correspondence,* ed. G. W. Curtis 1889; *J.-L. Motley and his Family, Further Letters and Records,* publicado por la hija de Motley y H. St. John Mildmay 1910.

Con Motley la historiografía norteamericana entra en el camino de Macaulay. Describió la sublevación de los Países Bajos en el estilo de la *Historia de Inglaterra,* con detalles fuertemente coloreados. Como el inglés, era sobre todo un brillante narrador. Por sus condiciones políticas pertenecía al partido liberal; menos hombre de partido que Macaulay estaba mucho más penetrado del valor absoluto de la libertad política. Era por otra parte un investigador honesto, concienzudo y aplicado.

d) PARKMAN

Francis PARKMAN, nacido el 1823 en Boston (Mass.) vivió algunos meses, a causa de sus estudios históricos, en medio de las tribus de indios salvajes; en 1871 profesor del arte de los jardines en la Universidad de Harvard, muerto en 1892 en Jamaique Plain (Mass.). Escribió una historia de la dominación francesa en el Canadá, cuyos volúmenes separados llevan títulos diferentes: *The Conspirary of Pontiac* 1851. *Pionners of France in the New World* 1865. *Montcalm and Wolfe* 1884. *A Half-Century of Conflict* (1700-1750) 1892, etc. Toda la serie fué llamada: *France and England in North-America. Complete Works* 1893. R. de Kerallain en la *Revista Hist.* 58 (1895), 309 ss.; E. G. Bourne, *Essays in historical Criticism* 1901, 275 ss. Biografías de Ch.-H. Farnham (1900-1904 con la autobiografía de Parkman) y de H. D. Sedgevick en *American Men of Letters.*

Un solo historiador norteamericano estuvo en oposición con la tendencia unilateral que reinaba en la democracia liberal.

Parkman apenas tenía consideración por las opiniones políticas y ponía en primer plano la fuerza militar. Trató, anotémoslo, no la lucha de un pueblo por su libertad, sino la lucha de dos grandes potencias por la hegemonía militar y comercial. Poseía sanos y reales conocimientos etnográficos adquiridos por experiencia práctica. Sus simpatías van hacia la lucha libre y alegre y hacia la vida semi-salvaje del trampero; sólo tenía sarcasmos para el canto de los sentimentalistas (políticos). Por ejemplo, en la *Conspiración de Pontiac* cuenta con feroz alegría como el teórico amor de los quáqueros por la paz fracasó ante la ruda realidad.

3. ALEMANIA

a) CONSIDERACIONES GENERALES

La historiografía liberal en Alemania respondió con más ingenuidad y más desabrimiento a las exigencias de la escuela. Los liberales no formaban en Alemania un partido dominante como en Inglaterra; menos aún, vivían en un Estado organizado ya según sus deseos, como los norteamericanos. Tenían atrás de ellos casi toda la burguesía culta, pero no representaban una fuerza en la vida del Estado. Tenían, con ciertas restricciones, el derecho de defender sus opiniones, en la prensa o en los parlamentos; en general estaban excluídos de la dirección de los asuntos públicos. La consecuencia natural fué que el aspecto ideológico de la doctrina liberal fué más acentuado que en otros países.

Se agregó otra circunstancia. Los liberales sólo encontraban en algunos pequeños o mediocres Estados la ocasión de mezclarse un poco en la política. Su condición impedía a esos Estados ideas de poder independiente y los libraba de la necesidad de defender su existencia contra grandes Estados extranjeros; nada pues corregía en ellos el desdén de los liberales por el poderío militar. Se veía fácilmente que el Estado no tenía más que hacer un servicio de policía, es decir, mantener el orden en el interior y no defender fuera su existencia. Los liberales ingleses son ciudadanos modernos de amplia visión; los liberales alemanes son pequeños burgueses. Transportaban más ingenuamente todavía que los liberales de otros países las exigencias de la moral privada, es decir, de la honestidad y de la lealtad burguesa, a los hechos de la vida social. El optimismo declamatorio de Rousseau ha seducido demasiado a los liberales por todas partes; pero en ninguna ejerció más fuerte influencia que en Alemania donde desde su aparición había tenido el recibimiento más acogedor.

La historiografía liberal alemana está representada sobre todo por dos nombres, de los cuales uno pertenece al liberalismo vulgar de la burguesía de pequeña ciudad, el otro al liberalismo culto de los que profesaban sentimientos nacionales antes de 1848.

b) ROTTECK

Karl von Rotteck, nacido el 1775 en Fribourg, Brisgau, jurista, en 1798 profesor de historia universal en su ciudad natal, en 1898 profesor de derecho racional y de ciencias políticas *ibid.*; político influyente, en 1819 elegido miembro de la primera cámara badense; en 1831, de la segunda; jefe del partido liberal, lo que le valió la pérdida de su cátedra en 1832; muerto en 1840. Escribió: *Allgemeine Geschichte von Anfang der historischen Kenntnis bis auf unsere Zeiten* (1815), 1812 a 1827; la *Neueste Geschichte* (1815 a 1840) fué publicada (1841 a 1843) según los trabajos preparados de Rottek, por su hijo Hermann. Sólo adquirió verdadera popularidad el resumen publicado por el mismo Rotteck

bajo el título de *Allgemeine Weltgeschichte für alle Stände von den frühesten Zeiten bis zum Jahr* 1831 (1831 a 1833). Weech, *Aus alter und neuer Zeit* 1878; R. Ropell, *K. W. v. R.* (discurso de rectorado), Breslau 1883; E. Ganter, *K. v. R. als Geschichtshreibe* 1908 (conferencia en Fribourg).

Nuestra historia sólo tiene que mencionar brevemente a Rotteck. Sus obras no tienen más que importancia política. La historia le sirvió para popularizar en Alemania las ideas del liberalismo; jamás pretendió ser un historiador científico o erudito.

Se atuvo estrictamente a la historiografía de la Ilustración. Amalgamó el plan de Voltaire con la idea de humanidad de Herder. Como el predicador de la corte de Weimar, se limitó al esfuerzo por racionalizar la historia primitiva y comenzó su historia universal por Adán y el paraíso. Tiene constantemente el mismo criterio histórico: reprueba lo que parece un olvido de los derechos del pueblo (*Nichtachtung del Volksrechte*), alaba lo que parece haber disminuído la opresión del pueblo (Volksdruck). Sólo excepcionalmente admite que la vida de un Estado puede estar asegurada por una centralización militar. Ejércitos permanentes o tropas mercenarias son funestas a sus ojos en todas las circunstancias. ¡Cómo podría encontrar placer en juegos militares un verdadero ciudadano! "El espartano —dice en alguna parte, (*Weligesch.* I, 166)— sacrificaba a su país, propiedad, confort y verdadera alegría de vivir; renunciaba a la actividad civil como a las alegrías domésticas, desdeñaba el culto de las musas tanto como el cultivo de los sentimientos puramente humanos y no tenía como compensación por todo ello nada más que... el orgullo del soldado y la exaltación patriótica." El ideal político utilitario de Voltaire resultó en manos de Rotteck un chato idilio de filisteos; los grandes intereses espirituales faltaban a su ideal de civilización; sólo tiene sentido para la plácida vida de los pequeños burgueses.

c) GERVINUS

Georg Gottfried Gervinus, nacido el 1805 en Darmstadt, primero comerciante, después historiador (discípulo de Schlossei), 1830 *privat docent* en Heidelberg, en 1835 profesor de Goettingue, en 1887 destituído como uno de los *siete*; más tarde profesor honorario en Heidelberg, funda en 1847 la *Deutsche Zeitung*, elegido en 1848 para la Asamblea Nacional, muerto en 1871 en Heidelberg. Nos interesa sobre todo por dos obras:

1º *Geschichte der poetischen Nationalliteratur der Deutschen* 1840 a 1842 con una continuación *Neuere Geschichte der poet. Nationallit. der Deutschen* 1840 a 1842; más tarde reunidas (1852) bajo el título de *Geschichte der deutschen Dichtung*.

2º *Geschichte des neunzehnten Jahrunderts seis den Wiener Verträgen* (inconclusa, se interrumpe antes de 1830), 1855 a 1866. (La introducción aparte ya en 1853).

Citamos además: *Historische Schiriften* 1855 (= *Geschichte der florentinischen Historiographie* y *Versuch einer inneren Geschichte von Aragonien*);

Geschichte der Angelsachsen 1830; *Shakespeare* 1849 a 1852, etc.; *Grundzüge der Historik* 1837.

Para la biografía, cf. la autobiografía *G. G. G. Leben* (hasta 1836) 1893. Sobre el historiador: R. Gosche *Gervinus* 1871; E. Lehmann *id.* 1871; Ranke en *Hist. Zeitschr.* 27 (1872) 134 ss.; J. Dorfel *G. als historischen Denker* 1904 (*Geschichtliche Untersuchungen* ed. Lamprecht II, 2).

Gervinus se consideró siempre como un discípulo de Schlosser. Importa pues, ante todo, advertir lo que distingue su historiografía de la de su maestro.

Schlosser se acercó a la historia con la moral individualista de Kant, Gervinus con los axiomas de la dogmática liberal. Ambos tenían el hábito de pronunciar juicios morales sobre los personajes históricos. Pero como Dante, su modelo, Schlosser apoyaba sus sentencias sobre prescripciones de moralidad abstracta; Gervinus daba a su censura calor político. Schlosser declaraba condenables en sí la opresión de un pueblo, la satisfacción de una tendencia hacia el poder y la inmoralidad; Gervinus las condenaba porque sólo podían perder a los Estados. El Estado que más prosperará, según él, es el que está gobernando según los principios de la honestidad burguesa, en la cual florecen las virtudes sin brillo, pero verdaderas, de la familia y de la ciudad (*die glanzlos echten Tugenden der Häuslichkeit und Bürgerlichkeit gedeihen*). Un Estado gobernado con libertad es superior en todos los casos a un Estado despóticamente administrado. Un personaje como Napoleón no es ya excusable moralmente. Pero, además, el egoísmo exaltado (*überhobene Selbstsucht*) del corso condujo a la ruina de un sistema (comienzo de su *Historia del siglo XIX*).

Como se ve, las ideas políticas de Gervinus no son precisamente originales. Representa el típico liberalismo. No se puede decir que su *Geschichte des 19. Jahrhunderts* contenga juicios más profundos que otras obras de historia liberal. Su importancia para la historiografía proviene casi únicamente de que con él un historiador intentaba de nuevo una empresa arriesgada y buscaba describir un movimiento internacional. Por lo demás Gervinus se pagaba muy poco del modo de ver tradicional. Jamás se preguntó, por ejemplo, si había necesidades militares, económicas y políticas que podían aconsejar la restauración o la conservación de los antiguos poderes políticos después de 1815. La causa liberal es para él la buena causa en sí; todo Estado que la combate está expuesto a la ruina.

Donde más se distingue Gervinus es en los capítulos de historia literaria. El ejemplo de Schlosser sin duda lo comprometía a tratar en detalle las letras y la literatura científica de su época. Pero sobrepasó en mucho a su maestro. Llevó a buen término algo que éste jamás había conseguido hacer: supo establecer, por lo menos en cierta medida, un lazo íntimo entre la literatura y la historia política.

Estaba preparado de otra manera que su maestro para las investiga-

ciones de este género. Se encontraba en su terreno cuando analizaba históricamente monumentos literarios. Su *Historia de la poesía alemana* es el primer ejemplo de una historia de la literatura orientada hacia la historia y no hacia la estética. Lo que Mme. de Stäel y Villemain no habían hecho sino para ciertos períodos, estaba realizado ahora para toda una literatura.

Gervinus no era un esteta notable. No se preocupaba del lado técnico de la producción artística; la trató tan poco que en sus libros de historia no entró en las cuestiones técnicas de la administración. Pero supo utilizar bien monumentos literarios como testimonios históricos. Supo hacer de la historia de la literatura alemana una historia de la cultura alemana, de la vida espiritual en Alemania.

Hay muchas observaciones que hacer a las explicaciones de Gervinus. Pero una cosa que apenas se les negará es el haber explotado sus fuentes con más cuidado y crítica que casi todos los otros historiadores de la literatura que han hecho una tentativa análoga. Distinguió más claramente que otros el valor histórico del valor estético absoluto. Se mantuvo firme al principio de que las obras más importantes en historia literaria no son las que agradan más al gusto del presente, sino las que han tenido más éxito en su tiempo. (Cf. Dörfel, 61 ss.). Mientras trabajaba no tenía ante sí el fantasma de otros historiadores de la literatura, el pueblo en su unidad, o el público; sabía que las diferentes clases en general, toman parte de diferente manera en la producción literaria. Daba el premio a la poesía nacional, es decir a la poesía que expresaba la voluntad del pueblo entero; criterio político, como se ve, y no estético.

Gervinus habría tenido mayor acción todavía si hubiera tenido más talento para la composición. Sabía disponer bien un capítulo pero no toda una obra. Además, su estilo claro, vivo, pero agitado y cambiante, fatiga fácilmente.

d) STRAUSS

David Friedrich STRAUSS, nacido el 1808 en Ludwigsburg, teólogo en 1832 Pasante en el seminario teológico de Tabinga, en 1835 destituído a causa de su *Vida de Jesús*, en 1839 llamado a la Universidad de Zurich, impedido de ocupar su cátedra por una revolución, vivió desde entonces como hombre de letras; muerto el 1874 en Ludwigsburg. Su lugar aquí está señalado, ante todo, por su principal obra narrativa *Ulrich von Hutten* (1858; en 1860 un tercer volumen con traducciones de los diálogos de Hutten). Sus otros escritos históricos son todavía más que estas puras biografías (*Chr. F. D. Schubarts Lebes in seinen Briefen* 1849; *Leben und Schriften des Nikodemus Frischlin* 1856, etc. Cf. *Gesammelte Schriften* edición Zeller 1876 a 1878. La biografía de Ch. Märklin (1851) tiene valor autobiográfico.

Para la historia eclesiástica, la primera edición de la *Vida de Jesús* (1835) marca una fecha importante; para la historiografía tiene menos importancia. Se ha comparado frecuentemente la obra de Strauss (que por lo demás, a pesar de su título, no es una historia sino una serie de investigaciones críticas sobre la his-

toria de Jesús), con los trabajos históricos de Niebuhr, de Ranke o de Baur. Es un error. Frente al método de crítica filológica que remontaba a Wolf, Strauss representa todavía completamente la crítica de la Ilustración, aunque haya roto resueltamente con el método del *Aufklärung teológico*. No buscaba descomponer las fuentes de sus elementos y criticar las tendencias de los autores; atacaba sus testimonios como tales. Según la expresión de Baur, da una crítica de la historia evangélica sin hacer la crítica de los mismos evangelios (*Kritische Untersuchungen* 1874, p. 41). En esto Strauss era fiel al método de Hegel (véase p. 112 s.), contrariamente al maestro, sólo quería hacer una diferencia entre la verdad de la idea y la realidad histórica. El mito puede ser cierto por la idea filosófica que contiene; no se deduce (como lo pretendía la escuela de Hegel) que sea al mismo tiempo un hecho histórico. Strauss, como lo ha señalado él mismo más tarde (*Die Halben und die Ganzen* 1865, pág. 42) escribió su *Vida de Jesús* principalmente para refutar esta tesis de filosofía de la historia hegeliana. Su obra, pues, no tiene la misma importancia de principio que las primeras investigaciones de Niebuhr o de Ranke, por ejemplo; destacaba un postulado de Hegel que, fuera de la historia eclesiástica, no había sido casi tomado en serio por los historiadores. La segunda vida (popular) de Jesús (*Leben Jesu, dem deutschen Volke erzählt* 1864) no tiene importancia para la historia de la historiografía.

La literatura especialmente consagrada a Strauss sólo trata al historiador profano breve y superficialmente. Th. Ziegler trató con relativa amplitud las biografías históricas de Strauss (*D. Fr. Strauss* 1908, II, 488 ss.) pero sus observaciones son insuficientes. Después aparecieron: A. Lévy, *D. F. Strauss* 1910 (Colección histórica de grandes filósofos). K. Fischer, *St. als Biograph.* (*Gesammelte Aufsätze* 1908). Heinrich Maier *An der Grenze der Philosophie,* 1909, p. 325 ss.

David Federico Strauss no se contaba, como se sabe, en el número de los partidarios del liberalismo político. Su historiografía no tiene afinidad con la tendencia liberal. Representa tan decididamente los principios del liberalismo religioso como Gervinus representa los del liberalismo político. Se opone al despotismo eclesiástico con tanto vigor como el otro al despotismo político.

Como historiador, Strauss, se aproxima a los liberales en que, así como ellos, sólo considera autoras de los cambios políticos a las clases superiores y cultas de la población. Sus trabajos carecen de fundamento en la historia de las religiones; como los de los liberales de fundamento en la historia de la sociedad. Supo mostrar las variaciones de la dogmática con maliciosa penetración; no tocó el dominio de la religión popular, las ideas pesadas y supersticiosas. Sus ideas sobre la historia de los dogmas se encuentran, en consecuencia, suspendidas en el aire, como los andamiajes de los teóricos de las constituciones. Hacen abstracción de las groseras necesidades religiosas de las masas (de las cuales frecuentemente forman parte también las clases dirigentes en política).

Cuando Strauss, a pesar suyo, fué expulsado de la teología, buscó una compensación en la historia, eligió sus héroes preferentemente entre los laicos cultos que habían luchado contra las autoridades eclesiásticas. Según sus experiencias, los teólogos liberales, aunque se esforzaban por parecer libres, le parecían siempre contagiados dé un resto de deslealtad; no se preocupaba por describir su actividad. En la historia de la Reforma, no busca a Erasmo o a Melanchton, sino a Hutten.

No diríamos que su elección haya sido feliz. Es una debilidad de casi todos los teólogos, hasta de los radiados, no comprender hasta qué punto las masas, fuera de los círculos de cultura eclesiástica, son indiferentes a los problemas dogmáticos. Particularmente Strauss, con su tranquilidad, no podía advertir esta indiferencia. De un periodista talentoso y sin escrúpulo hizo una notabilidad y un héroe del espíritu. Otro tanto puede decirse de otras obras. Este honesto y concienzudo pasante no era capaz de meterse en la piel de un hijo del siglo, de genial irreflexión, quizás un poco parlanchín. Quiere que sus héroes combatan a las autoridades eclesiásticas con un celo tan puro y tan serio por la verdad, como él mismo podía jactarse de haberlo hecho. Los recubre con las vestiduras de valientes candidatos de teología que defienden sus convicciones contra la opresión confesional de consistorios ortodoxos.

Como narrador, Strauss poseía un talento como pocos historiadores alemanes han tenido. Todas sus obras históricas se distinguen por un estilo sobrio, pleno de gusto y por una composición agradable. Es maestro acabado de la lengua, sin sacrificar el fondo a la forma. Desdeña los vanos oropeles de las gentes de gran mundo; hasta en el estilo guarda los principios de la solidez burguesa. El hábito negro está tan pulcramente cepillado y la vestimenta cae tan bien, que no se desearía nada mejor. El carácter recto del autor que no soñaba imponerse a los otros más que a sí mismo, se revela perfectamente en su estilo. A veces, la transparencia en la exposición está obtenida a expensas de un análisis histórico superficial; pero jamás intenta Strauss usurpar con una pretendida profundidad las apariencias de una prudencia esotérica [1].

[1] Sobre DAHLMANN, el más conocido representante alemán del constitucionalismo liberal, cf. p. 217 s. Diversos historiadores liberales franceses, como Thierry y Michelet, fueron tratados más arriba, bajo otro título. Sobre Martin, ver p. 228.

LIBRO SEXTO

LA REACCIÓN REALISTA CONTRA LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA Y LA INFLUENCIA DEL MOVIMIENTO SOCIAL

CAPÍTULO ÚNICO

LA REACCIÓN REALISTA CONTRA LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA

I

CONSIDERACIONES GENERALES

El pueblo llano en la historiografía liberal y romántica.

La historiografía, tanto liberal como romántica, había sufrido las consecuencias de la Revolución Francesa y de las luchas constitucionales que se produjeron entre la burguesía y las clases privilegiadas. Los historiadores redujeron la historia a una lucha de principios y de tendencias. No podían imaginar que los movimientos históricos estuvieran dirigidos por otras manos que no fueran las de las clases superiores. Los liberales pensaban tener en vista el bien del pueblo, al reclamar una constitución parlamentaria. Pero no podían figurarse como detentores del poder más que a los miembros de las clases cultas, clases representadas entonces en los parlamentos. Los románticos buscaban en el pueblo el origen del derecho y de la constitución; pero el espíritu del pueblo, como las ideas de la escuela de Ranke, llegaban a su realización siempre que personalidades, estadistas y fundadores de religiones se pusieran a su servicio. Las mejoras sociales, se pensaba, sólo podían venir de arriba. Cuando filántropos como Owen se preocupaban desinteresadamente del bien de sus obreros, se creía que ese era el único camino por el cual se podía ir en ayuda del pueblo, todavía menor. El gobierno tenía, es verdad, el deber de rodear con su solicitud a las clases pobres y escasamente cultivadas; pero se las consideraba como una masa pasiva. Apenas si se le permitía expresar sus deseos. No se pensaba que pudieran llegar por su propia fuerza a influir en la dirección de la política. El respeto del viejo liberalismo por la burocracia era común a los liberales y a los románticos.

Un ejemplo clásico demuestra que los políticos estrictamente liberales miraban la participación de las clases inferiores en los asuntos, como algo infinitamente imposible y que conduciría a una anarquía; es el discurso pronunciado por Macaulay el 3 de mayo de 1842 en la Cámara de los Comunes oponiéndose a la admisión de los peticionarios para la Carta del Pueblo, *People's Charter* (impreso en los *Speeches*). Nosotros lo tenemos aún más en cuenta, dado que proviene de un historiador y compromete más o menos a todo el partido de los whigs.

El efecto producido por la Revolución de Febrero. Anteriormente al año 1848 esas opiniones han sido criticadas. No es la Revolución de Febrero la que creó el movimiento comunista y socialista en el continente. Solamente tuvo influencia sobre la historiografía cuando trató de apoderarse del poder político oficial.

Hasta ese momento se había creído que se le podía descuidar, considerándolo como el sueño de algunos teorizadores medio locos. La revolución de 1848 en Francia mostró que el cuarto estado podía ser también una fuerza política independiente. Los historiadores que fueron testigos de ese acontecimiento, a una edad en la que podían comprenderlo, no olvidaron jamás la impresión que produjo esta primera revolución social. La historiografía creyendo que podía pasar en silencio las teorías socialistas, fué obligada a seguir otra orientación cuando la especulación fué reemplazada por los actos políticos. Si se hubiera estudiado mejor la historia de Inglaterra antes y después de la reforma electoral, *Bill of Reformation*, se habría podido adquirir mejor este conocimiento. Pero en el continente, lo único que interesaba era la historia del Parlamento y la historiografía inglesa de entonces estaba demasiado dominada por la oposición de los dos grandes partidos para otorgar una seria atención a los movimientos que se producían fuera de ellos. Y además el carácter especial de compromiso que tenía la política inglesa del momento, es decir, la aceptación por parte de los whigs de una serie de reivindicaciones radicales, perjudicaba la inteligencia del alcance que tenía el movimiento de los asalariados.

El escrito que quizá ha captado más netamente y ha dado a la Revolución de Febrero ese carácter social nuevo, son los *Souvenirs* de Tocqueville, redactados en 1850 y publicados en 1893. Para la influencia de la revolución sobre la historiografía citaremos entre otras, las observaciones de Sybel sobre las lagunas de las historias precedentes sobre la revolución en su *Geschichte der Revolutionszeit,* libro II, capítulo IV. Sobre Taine , cf. Giraud *Essai sur Taine,* 4ª edición (1909), p. 24.

La Revolución de Febrero tuvo casi tanta influencia sobre la historiografía como la revolución francesa de 1789.

Su primera consecuencia fué extender sobre el pueblo la mirada del historiador. Se reconoció en las condiciones económicas un valor independiente, paralelo a las formas políticas. Los historiadores buscaron

determinar las fuerzas sociales que actuaban en los cambios políticos. Möser y Niebuhr habían intentado algo parecido. Pero sus enseñanzas apenas habían llamado la atención de la historiografía política y la historia moderna, sobre todo, no había sacado ningún provecho de ellas. Los historiadores comprendieron, sin embargo que no convenía mirar una parte del pueblo solamente como capaz de acción y dar como pertenecientes a la historia las luchas intestinas de esta parte. Comprendieron que la historia no se reducía a los conflictos entre la nobleza y la burguesía, entre la industria de las ciudades y la propiedad agrícola; como tampoco la historia eclesiástica se reducía a las querellas entre las revistas ortodoxas y liberales, entre consistorios y candidatos de cultura moderna. Ellos habían visto en acción, fuera de las clases pudientes y cultivadas, fuerzas que revolucionaban la concepción tradicional de la historia. Les pareció que era parte de su tarea mostrar igualmente la acción de esas fuerzas en el pasado.

Una segunda consecuencia se relaciona con aquélla. Las masas que, en contraposición con todos los cálculos de los constitucionalistas, invadieron la política en 1848, no quedaron satisfechas con esos principios. Pidieron la satisfacción de necesidades reales. Los derechos constitucionales que ellas reivindicaban no eran más que un medio para llegar a un fin. Y el fin era para ellas que el Estado las ayudara materialmente, les procurara trabajo y ganancia a expensas de la burguesía y del derecho de propiedad existente.

La espiritualización idealista de la historia, que desatendía las necesidades concretas *inferiores* de los grupos humanos, era insostenible. Ya no era posible concebir las ideas-fuerza de la historia como potencias puramente intelectuales. La historiografía (al mismo tiempo que las bellas letras) se transformó en realista. No se abandonó la idea de que el desarrollo histórico es a menudo determinado por fuerzas irracionales, pero no se las hizo objeto de un culto, como lo había hecho el Romanticismo. En lugar de ver en ellas misteriosas emanaciones del *espíritu del mundo* se prefirió esforzarse para definirlas con calma y reducirlas a las necesidades prácticas.

Se produjo una transformación completa de las opiniones acerca de los deberes del Estado. Se habría comprobado la insuficiencia de las antiguas teorías. Ni la concepción idealista del Estado como la encarnación de la moral, ni la fórmula liberal que no pedía al ejército y al gobierno más que un servicio de gendarmes, podían pasar como la expresión de las reivindicaciones que después de 1848 las clases dominantes dirigieron a los gobiernos. Nació el anhelo de un Estado fuerte y al mismo tiempo preocupado por la suerte de todas las clases.

En política, precisamente lo contrario del gobierno burgués que entusiasmaba a los liberales. El Estado debía ser fuerte para proteger a la burguesía dominante contra el asalto de las clases inferiores; debía otorgar préstamos materiales a los que nada poseían, para impedirles

recaer en actos revolucionarios. Como era natural, el cambio se cumplió primero en Francia, donde la burguesía se arrojó más resueltamente que en otras partes en los brazos del absolutismo. Pero la acción de la Revolución de Febrero no quedó restringida a su país de origen.

Se había reconocido que las clases inferiores del pueblo excluídas hasta entonces de la política (obreros asalariados y pequeños agricultores) podían intervenir en la vida del Estado; se estaba dispuesto a ampliar el significado de la palabra nacional. Por primera vez se lo extendió, en cierto modo, al pueblo entero. Sin duda el Romanticismo había hablado demasiado del pueblo y del espíritu nacional. Pero el verdadero pueblo, por lo menos para la historiografía política, casi no había existido. Había formado el oscuro terruño de donde salían los gérmenes fecundos; no había tomado parte directamente en el desarrollo histórico. Para tener alguna eficacia, sus aspiraciones siempre habían tenido que ser convertidas en hechos por los miembros de las clases gobernantes o cultivadas. Ahora los historiadores consideraban a las clases inferiores como colaborando activamente en el desarrollo nacional. En adelante pueblo y Estado forman una unidad.

La historiografía necesitó mucho más tiempo aún para sacar provecho de la nueva organización democrática de los partidos ultramontanos y para comprender que la historia eclesiástica no debe ocuparse únicamente de los prelados y de los teólogos, y que consiste en algo más que en elaborar nuevos sistemas dogmáticos, nuevas liturgias y ordenanzas eclesiásticas. Las necesidades religiosas de las masas (laicas) para las que las ideas religiosas están a menudo extrañamente mezcladas con consideraciones prácticas, habían sido tan descuidadas hasta entonces por la historia de la Iglesia como las necesidades políticas de las masas, por la historia política. Sólo poco a poco, el movimiento ultramontano de un lado y el movimiento cristiano social (inglés) por otro, cambiaron la situación.

J. R. Green. Es sin duda el historiador inglés J. R. Green quien mejor ha reunido las diferentes tendencias historiográficas de la nueva generación. Nadie como él ha sabido conducir artísticamente la idea de la unidad del pueblo entero a través de todas las vicisitudes de la historia nacional. En el relato de los acontecimientos nadie mostró, con tanta insistencia como él detrás de la Corte, la administración y los partidos, a las grandes masas anónimas cuya historia constituye en realidad la historia nacional. Nadie ha sabido dar, tan bien a los jefes de los movimientos espirituales y religiosos su lugar en la historia de la nación.

El ejemplo de Green muestra, sin embargo, que en los historiadores de la nueva escuela, la intención valía más que la ejecución. Desde el punto de vista del estilo su obra es una obra maestra. Los elementos dispares en su *Historia del pueblo inglés,* están artísticamente fundidos

en un solo haz; la lengua noble y apasionada da al relato el calor de la vida. Pero no hace sino indicar el profundo encadenamiento causal. Suple a menudo las afirmaciones precisas por consideraciones demasiado generales. Quiere ser social con el corazón pero carece de la educación económica que le hubiera permitido apreciar con exactitud la importancia de los cambios en ese género. Sus conocimientos en historia de las ideas y en etnografía no son tampoco lo bastante profundos como para captar en todo su alcance los movimientos espirituales. Los problemas de un acontecimiento como la Reforma, son más presentidos que reconocidos.

Por otra parte su concepción histórica depende demasiado de las circunstancias actuales. Fué en suma una ventaja que Green fuera llevado por su actividad de pastor de los pobres y por las aspiraciones de cristiano social a dirigir su atención también en la historia, hacia las condiciones sociales. Pero transportó demasiado al pasado las ideas modernas sobre el todo aislado que forma una nación. La historia del pueblo inglés y de la Iglesia de Inglaterra (en la Edad Media) no constituyen para él una parte de la historia europea, sino que es algo completamente aislado. Podemos pasar por alto este aislamiento en el tema que trataba más que en la historia de otros pueblos. No es una falla; la obra está demasiado ligada a un fenómeno que pertenece a un tiempo dado, la idea moderna de nacionalidad.

John Richard Green, nacido el 1837 en Oxford, eclesiástico, pastor de una de las parroquias más miserables del este de Londres (Saint-Phillippe de Stepney), rompe poco a poco con las ideas de la Iglesia, en 1869 nombrado bibliotecario del arzobispo de Canterbury en Lambeth (sinecura que le permitió entregarse por entero a los trabajos históricos), enfermo desde muy joven, muere en Menton el 1883. Es autor de la *Short history of the English People* 1874, ampliada más tarde en *History of the English people* (hasta 1815; publicada primeramente de 1877 a 1880). Las dos obras tienen un carácter popular. Green tentó una explicación científica de la antigua historia de Inglaterra en las obras *The making of England* (hasta 828) 1881 y *The Conquest of England* (inconclusa; no apareció sino después de su muerte en 1883). *Historical studies* 1904, etc. Cf. sus *Letters,* publicadas por L. Stephen en 1901. Una caracterización al frente de la traducción francesa de *Short history* por G. Monod (también en sus *Portraits et souvenirs* de 1897), y de la alemana por A. Stern. Sin gran valor el artículo de F. R. Powell, publicado en *Life* de O. Elton II (1906), 52 ss. J. Bryce *Studies in contemporary biography* de 1903.

La ejecución del programa de la nueva escuela. La obra de Green estaba destinada al gran público y, aunque basándose en estudios serios, no tenía precisamente pretensiones científicas. Pero una buena parte de lo que se ha dicho de la *Historia del pueblo inglés* se aplica a producciones eruditas de la nueva escuela.

Esta nueva concepción realista, aplicada con consecuencia, debía poner fin a la manera literaria de tratar la historia. Un análisis penetrante de los hechos políticos desde el punto de vista social no concuerda con la satisfacción del deseo de diversión. Además la historiografía social-

mente orientada encontraba una multitud de problemas difíciles que habían sido poco o nada tratados. Si se les quisiera profundizar no sería necesario pensar en amplias exposiciones. No se sacó esta consecuencia.

La tradición y la necesidad de ejercer una acción educadora sobre el público letrado se opusieron igualmente a tal innovación. La mayoría de los historiadores alemanes estaba demasiado hipnotizada todavía por las obras de Ranke para arriesgar el salto de la historia diplomática a la historia social.

Se contentaron a la fuerza: cambiaron la historia social por el relato detallado de las complicaciones políticas exteriores, combinación en la cual la historia diplomática tuvo ordinariamente la parte del león. No se sometieron a las severas exigencias de la nueva tendencia sino especializándose mucho más que la generación de Ranke. Es muy tarde, relativamente, que su representante más distinguido, Mommsen, pasó de la narración detallada a la historia descriptiva.

El apogeo de esta nueva historiografía se coloca en los años 1850 a 1870. Era la época de las osadas síntesis científicas, de las esperanzas científicas ilimitadas. El nuevo método empírico y realista había dado resultados tan asombrosos, que se creyó poder resolver con él todos los enigmas. Una vez abandonadas las construcciones idealistas demasiado ligeras de la escuela romántica, no sería difícil llegar por el camino de la exacta investigación a resultados seguros. Se olvidaba que los principios sacados de la observación de casos aislados, principios que se creía poder colocar como base sólida de una historiografía científica, no estaban nada más que demostrados y que más hubiera valido examinarlos de cerca en lugar de extenderlos a la historia universal. Era la época de Darwin. Hoy estamos predispuestos a destacar sus debilidades más que sus méritos. La historia de la historiografía debe en todo caso hacer observar que sin la fe optimista de la validez de las eruditas investigaciones históricas, las grandes obras de la época —la *Historia romana* de Mommsen, la *Historia de la época revolucionaria* de Sybel, los *Orígenes del cristianismo* de Renán, la *Historia de la literatura inglesa* de Taine— jamás hubieran sido escritas.

II

LA ESCUELA NACIONAL LIBERAL EN ALEMANIA (LA HISTORIOGRAFÍA DE LA "PEQUEÑA ALEMANIA")

Es en Alemania donde la nueva concepción de la historia se mostró más fecunda. Ante todo en el seno de la escuela que unía los pensamientos nacionales del liberalismo a las exigencias nuevas de un Estado fuerte. Sybel, su jefe y su portavoz, la representa de una manera tan típica, que por sí solo la caracteriza.

1. SYBEL

Heinrich Sybel, nacido el 1817 en Düsseldorf, alumno de Ranke, en 1840 *Privatdocent* en Bonn, profesor *ibid.* 1844, llamado en 1845 a Marburgo, en 1856 a Munich, en 1861 a Bonn, nombrado en 1875 director de los archivos del Estado prusiano, en 1876 miembro de la Academia de Berlín, fallecido el 1895 en Marburgo. *Geschichte der Revolutionszeit,* en la primera edición (1853-1858) llevada hasta 1775, continuada más tarde (1872 a 1879) hasta 1800. Cf. además: *Entstehung des deutschen Königtums* (1844) y *Geschichte des ersten Kreuzzuges* (1841), el mejor estudio de crítica histórica que haya salido de la escuela de Ranke, así como *Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I* (1889-1894). Índice cronológico de sus escritos en C. Varrentrapp, *Vorträge und Abhandlungen von H. v. Sybel* 1897 (con introducción biográfica).

Entre sus pequeños escritos los más importantes son: *Die deutsche Nation und das Kaiserreich* 1862 y el programa publicado en 1856 de la nueva historiografía: *Ueber den Stand der neueren deutschen Geschichtschreibung,* repetido en el primer volumen de *Kleine historische Schriften* (1863 a 1880).

Señalemos en esta ocasión que este último trabajo no tiene más que el valor de un testiminio personal. Nos informa muy claramente sobre las intenciones que perseguían Sybel y los hombres de su partido en su actividad de historiadores (sobre todo la oposición a Ranke está claramente formulada); pero no se puede admitir confiadamente lo que dice sobre el desarrollo de la nueva historiografía (Sybel, por ejemplo, traslada a las guerras de la independencia alemana la atención dada a la historia de la civilización, una de las más grandes conquistas de la Ilustración). Equivocadamente, pues, se ha tomado la introducción a esta obra como una autoridad en la historia de la historiografía.

Sybel además ha merecido el reconocimiento de la historiografía por la fundación de la *Historische Zeitschrift* y por su colaboración en diversas publicaciones históricas (*Publikationen aus den preussischen Staatsarchiven, Politische Korrespondenz Friedrichs des Gr., Deutsche Reichstagsakten,* etc.).

Cf. sobre Sybel, además de Varrentrapp, ante todo F. Meinecke en *Hist. Zeitsch.* 75 (1895), 390 ss.; después G. Wolf en *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum IX* (1902), 279 ss., y A. Guilland, *L' Allemagne nouvelle et ses historiens* 1899 (que habla también de Niebuhr, de Ranke, de Mommsen y de Treitschke). Sobre el origen de la *Begründung des Deutschen Reiches,* interesantes noticias en J. v. Eckardt *Lebenserinnerungen* II (1910), 124 s. A. Lübbe, *Friedrich Gentz und H. v. S.* (1913) trata de probar que, en su concepción del origen de las guerras de la revolución, Sybel depende de Gentz.

Relaciones de Sybel con Ranke. Tendencias de publicista de Sybel.

Sybel recorrió las etapas de la historiografía hasta entonces dominante en Alemania, antes de relacionarse con la nueva historiografía política. Se inició como alumno correcto de Ranke en su *Historia de la primera cruzada*. Luego ocupó un lugar entre los antiguos discípulos maestro, adoptando su espíritu hacia la historia constitucional de Alemania. Sólo después de 1848 se separó radicalmente de Ranke.

Ranke había renunciado conscientemente a las valoraciones en historia y en política. El historiador, según su opinión, debe dar cuenta de las ideas que actuaron sobre la historia y no criticarlas; no tiene derecho de medir los acontecimientos históricos de acuerdo con las exigencias de la época actual. Él mismo había sacado de la historia contemporánea

su concepción histórica, pero no la había orientado hacia el presente. Sus obras manifestaban un admirable esfuerzo de observación objetiva.

La falla de su teoría es una cierta oscuridad en las premisas. El historiador no debe apreciar las tendencias del pasado desde el punto de vista restringido de la política diaria de su país. ¿Pero no hay también ideas y tendencias incompatibles con las condiciones naturales de las organizaciones políticas? ¿No existen condiciones políticas previas que deben ser llenadas para que la existencia de un Estado esté asegurada? El historiador (político) ¿tiene derecho de admitir que las ideas que han actuado sobre la historia tienen igual valor?

Ranke no respondía a estas preguntas. Entonces es cuando interviene Sybel.

Bajo la impresión del movimiento socialista de 1848. Sybel se formó firmes opiniones sobre la tarea del Estado. Un gobierno, según él, tiene como deber primordial proteger las clases cultas contra el asalto de las clases bajas y contra el desorden que se origina en los asuntos financieros y militares. Debe mostrarse fuerte frente a las gentes de rango inferior y tratar liberalmente a las cultas. Esas exigencias, piensa, están fundadas en la esencia misma del estado y no deben ser consideradas como tendencias pasajeras. Ellas constituyen la norma según la cual el historiador debe apreciar los acontecimientos históricos.

En esas máximas que, en oposición a Ranke, acentúa el carácter de potencia de Estado tanto en el interior como en el exterior, puede reconocerse un progreso. Desgraciadamente Sybel cayó al mismo tiempo en los caminos abandonados por Ranke, en la historiografía tendenciosa de la prensa política. Como los iluministas, no se contentaba con ver cómo ocurrían las cosas, quería hacer la educación política de su público, convertirlo a sus ideas.

Retrocedió más allá de la Ilustración puesto que, para formular su programa histórico-político, únicamente tuvo en cuenta la situación del momento en su propio país. No lo considera el primer Estado susceptible de realizar el ideal político de la nueva tendencia. Solamente un Estado constituído en nación puede cumplir sus deberes. Es decir que Prusia y no Austria debe tomar la dirección en Alemania. "La política del bienestar liberal común y la monarquía nacional" [1], no puede pasar en los hechos más que si triunfa el programa del partido de la Pequeña Alemania.

Como se ve, las valoraciones de Sybel no se remontan más que en parte a consideraciones puramente científicas (sociológicas). Están al servicio de tendencias políticas actuales. El propio historiador no tenía conciencia de esa mezcla de elementos heterogéneos. Todas sus opiniones eran para él la resultante de investigaciones puramente científicas. No creía que los prejuicios intervinieran frecuentemente en la elabora-

[1] *Gesch. der Revol.* 4ª ed. I, 198.

ción de sus materiales. Sin duda, no retrocedía ante la expresión de su juicio. Rehusaba tratar la historia en fatalista (*Revol.*, I, 325), como una lucha de principios de igual valor, y considerar a los príncipes y a los estadistas únicamente como representantes de las ideas; él quería criticar sus actos. Creía que esta crítica no procedía de una tendencia subjetiva sino de la historia misma. "Atenuar la responsabilidad [en los girondinos] es renegar ya sea de la exactitud en las investigaciones, ya del deber moral de la historia" (I, 325).

Su método; la historia de la época revolucionaria. Esta convicción de la exactitud científica de sus juicios preservó a Sybel del estilo ligero de otros historiadores tendenciosos. No era de aquellos que sólo buscan las pruebas como apoyo de opiniones preconcebidas, sacándolas arbitrariamente de los datos de la tradición. No era tampoco de aquellos que, por temor de fluctuar en sus opiniones, no utilizan más que una parte determinada de su material. Su *Historia de la época revolucionaria* se asienta sobre estudios críticos tan cuidadosos como cualquier otra obra erudita. La narración está en su mayor parte construída con materiales de los archivos; los testimonios de los relatos nunca son recibidos sin un examen crítico. Conforme a las instrucciones de Ranke, Sybel no se contentó con los datos de segunda mano; siempre que le fué posible se remontó a los documentos mejores y más antiguos.

Su *Geschichte der Revolutionszeit* es la producción historiográfica más importante de la escuela nacional liberal. El tema estaba muy hábilmente elegido. Quizá demasiado hábilmente. Ningún otro permitía, como éste, destacar la insuficiencia de la concepción puramente política hasta entonces imperante, tema que, precisamente, no había sido tratado antes de 1848 más que por historiadores de tendencias políticas. Hasta entonces se había considerado casi únicamente el primer plano: las luchas constitucionales, considerándolas como un conflicto de principios políticos. Hasta un socialista como Louis Blanc no había osado romper con la manera de ver tradicional. Sybel es el primero que no sólo pone en un primer plano las consecuencias sociales de la revolución, sino que escribe una historia nacional de la revolución. No se limita únicamente a contar lo que pasaba en París y en la Convención. No pierde jamás de vista que la verdadera historia de la revolución no consiste en los debates y proyectos de constitución del Parlamento, sino en las transformaciones de la propiedad. La exposición de teorías políticas ocupa en él menos lugar que en sus antecesores. En oposición con los relatos anteriores, Sybel puede atribuirse el mérito de haber tratado los levantamientos obreros y las luchas de los campesinos: "Desde hace algunos años la mirada se ha agudizado para esos problemas" (I, 211).

El valor de ese progreso fué apenas disminuído por el hecho de que Sybel buscó, de una manera más cómoda, explotar para su teoría política la historia de la revolución.

Sybel rompió completamente con las antiguas ideas sobre la Revolución Francesa. No defendió ni el principio conservador ni el revolucionario. La revolución sólo le sirve para probar la necesidad de un gobierno liberal y fuerte a la vez. Mientras la revolución se limitó a trastrocar el viejo Estado feudal, irracionalmente organizado, estuvo en su justo derecho. Cuando trató de debilitar la potencia estatal de modo que las masas populares pudieran intervenir y que todas las puertas se abrieran a la anarquía económica, se puso en contradicción con los sanos principios de la política. Es decir que el juicio de la historia partía de los sentimientos de la burguesía liberal que, bajo la impresión de las insurrecciones obreras de 1848, se había arrojado en los brazos del absolutismo. Insensiblemente la crítica científica y la política se mezclaban.

En principio, es menos importante que Sybel haya insertado por primera vez, metódicamente, la historia de la revolución en la historia de la política europea. Esta innovación (indicada ya por el título) no es insignificante. Pero Sybel no hizo sino aplicar a la historia de la Revolución Francesa el método empleado por Ranke para la historia de la Reforma alemana. No se podría ver en ello un rasgo característico de la nueva tendencia. Tampoco se negará que Sybel no haya sabido, tan hábilmente como su maestro, colocar juntos los acontecimientos exteriores e interiores. No conserva tan artísticamente las proporciones. Por otra parte es menos objetivo. Como *Kleindeutscher* quería hacer la propaganda de Prusia y no se discutirá que concede a la política prusiana circunstancias atenuantes, con mayor liberalidad que a la política austríaca o a la rusa. También esas partes de su historia estaban al servicio de sus ideas nacionales.

Sybel era un escritor distinguido. Su exposición no era de un colorido tan personal como la de los otros historiadores alemanes. No usa voluntariamente, como Ranke, el tono filosófico. El espíritu brillante y la ironía de Mommsen le son tan extrañas como el relieve y el énfasis de Treitschke. Pero su estilo tiene todas las buenas cualidades del estilo científico. Relataba en una forma viva, clara y vigorosa y exponía netamente su pensamiento. Sus obras son cuidadas y de una composición ordenada. Si se ha declarado, como reproche, que su estilo es demasiado llano, esto sólo vale para la producción de su vejez. No se podría reprochar a la *Historia de la época de la revolución* un eufemismo anticientífico.

La discusión con Ficker. La oposición entre la nueva tendencia política y la antigua historiografía fué puesta en evidencia, sobre todo en la polémica que sostuvo Sybel con Jules Ficker (1826 a 1882) sobre la importancia nacional y política del imperio alemán en la Edad Media.

En un discurso de circunstancias, *Uber die neueren Darstellungen der deutschen Kaiserzeit* (1859) Sybel se había pronunciado vivamente

contra la narración sentimental de Giesebrecht, desprovista por completo de juicios políticos. Ficker protestó en su escrito *Das deutsche Kaiserreich in seinen universalen und nationalen Beziehungen* (1861). Siguieron una réplica y una contrarréplica: Sybel, *Die deutsche Nation und das Kaiserreich* (1862); Ficker, *Deutsches Königtum und Kaisertum* (1862). Ver los detalles, dados desde el punto de vista de Ficker, en J. Jung, *J. Ficker* (1907), 315 a 354. Tanto la fuerza como la debilidad de la tendencia realista fueron sacadas a luz. Era un mérito de Sybel aplicar a todos los fenómenos de la historia el firme criterio político que se había formado considerando con penetración y sangre fría las condiciones de la vida de un Estado, y no retroceder ni aún delante de la historia de los emperadores alemanes, revestidos tradicionalmente de un nimbo romántico; Ficker partía de principios mucho menos claros. En su juicio era menos dogmático que Sybel. Estaba menos expuesto a admitir como totalmente idénticas las necesidades políticas que el Estado debe satisfacer. Reconocía igual valor a tendencias diferentes; según él, las *Ricktungen und Bedürfnisse* (tendencias y necesidades) de los carolingios, estaban orientadas hacia un imperio cristiano universal. Aunque escribió bajo la influencia del partido de la Gran Alemania, no extrajo sus juicios, como Sybel, sin restricción de las luchas políticas del presente. Pero él y los otros adversarios de Sybel pagaban su mayor independencia por el hecho de que no captaban netamente los problemas políticos y militares que se relacionaban con el régimen imperial alemán. Había más utilidad y progreso para la historia en la tentativa hecha por Sybel de criticar la política de los emperadores alemanes, no sólo de acuerdo con sus tendencias, sino según las condiciones objetivas, por así decir, de la política y de la geografía.

El punto de vista de la escuela de Ranke estaba representado entonces de una manera clásica por George Waitz, que en los *Gelehrte Anzeigen* de Gotinga (1862 p. 123) decía así: se trata de un desarrollo histórico "que tiene tan gran importancia propia, aun desde el punto de vista político, que el historiador tiene menos que cualquier otro el derecho de condenar, y del cual debe más bien captar y explicar la naturaleza, sin proclamarlo como conveniente a todos los tiempos".

2. DAHLMANN

Injustamente se ha puesto con frecuencia a la cabeza de la nueva historiografía política en Alemania el nombre de Friedrich Christoph Dahlmann, nacido el 1785 en Wismar, en 1813 profesor de historia en Kiel, en 1829 en Gotinga, expulsado en 1837 como uno de los "Siete", profesor en 1842 en Bonn, miembro en 1848 de la Asamblea nacional alemana, en 1850 del Landtag prusiano, muerto en 1860 en Bonn. Dahlmann es, por el contrario, un típico representante de la escuela constitucionalista liberal. Es un whig en la misma medida que Macaulay;

su ideal es la constitución parlamentaria inglesa, justo medio entre las repúblicas de la Antigüedad y la monarquía absoluta (*monarchische Unumschränkheit*). Sus miras políticas no son menos doctrinarias que las de los historiadores liberales ingleses o franceses; todo lo contrario. Considera los personajes y los acontecimientos históricos exclusivamente en la medida de la lealtad constitucional (*konstitutioneller Rechschaffenheit*). Cf. O. Lorenz, *Die Geschichtswissenschaft* I (1886) 91, ss. Sus dos historias de revoluciones, *Geschichte der Englischen Revolution* (1884), *Geschichte der Französischen Revolution* (1845) conservan su popularidad únicamente por su espíritu resueltamente liberal y por su forma agradable; sabía relatar clara y brevemente. Ambos libros carecen de valor científico.

Dahlmann en general no era un investigador original. Su *Geschichte von Dänemarck* (1840 a 1843), que llega sólo a la Reforma, es un buen ejemplo de examen crítico y filológico de las fuentes; al lado de Niebuhr y de Ranke, no aporta nada nuevo. Se ha exagerado la influencia de Dahlmann en la historiografía alemana posterior. Los fundadores de la escuela nacional liberal se inspiraron (positiva o negativamente) menos en Dahlmann que en los representantes populares ingleses y franceses (Macaulay, Thiers) de la historiografía liberal. Para Häusser, por ejemplo, no hay duda alguna en ello.

Cf. sobre Dahlmann la biografía de A. Springer (1870 a 1872); los escritos de G. Waitz y L. Weilang (1885; discurso de circunstancias) y K. Th. Hegel en sus *Biographische und kulturgeschichtleiche Essays* (1906). Los *Kleine Schriften und Reden* fueron publicados por Varrentrapp, 1886. La *Quellenkunde der deutschen Geschichte* fué impresa por primera vez en 1830.

3. HÄUSSER

Ludwig HÄUSSER nació el 1818 en Cleburgo, Baja Alsacia, en 1840 fué *privatdocent* de historia en Heidelberg, en 1845 profesor adjunto, en 1850 titular *ibid*, en 1848 elegido para la segunda cámara de Bade, murió el 1867 en Heidelberg. Escribió:

1º *Geschichte der rheinischen Pfalz nach ihren politischen, literarischen und Kirchlichen Verhältnissen* (hasta 1803) 1845.

2º *Deutsche Geschichte vom Tode Friedrichs d. Gr. his zur Gründung des deutschen Bundes* 1845 a 1857.

Cf. además los pequeños trabajos reunidos en los *Gesammelte Schriften* (1869-1870) así como los cursos publicados después de su muerte por Oncken sobre: *Geschichte der Französischen Revolution* y *Geschichte des Zeitalters der Reformation* (1867-1868).

La mejor publicación sobre Häusser se debe a E. Marcks, *Heidelberger Professoren aus dem 19. Jahrundert* I (1903). Cf. además la conferencia de W. Wattenbach (1867) y Weech, *Aus alter und neuer Zeit* (1878).

Ludwig Häusser representa la prolongación de Sybel en el sur de Alemania. Sufrió menos que Sybel o Mommsen la influencia del nuevo

movimiento social. En suma, era exclusivamente historiador político. Como Dahlmann, a quien veneraba como a su maestro, tampoco consideraba la influencia de las fuerzas económicas sobre la política. Pero se unía a Sybel y a los demás historiadores de la nueva escuela en el terreno de los sentimientos patrióticos y liberales, que explicaba y trataba de comunicar a su pueblo. Häusser se dirigía más directamente que Sybel al sentimiento. Procedía más ingenuamente que aquél. El historiador del norte de Alemania había condensado sus ideas en un sistema, creía hablar en nombre de la ciencia cuando condenaba los acontecimientos históricos en virtud de sus opiniones sobre la Pequeña Alemania.

Häusser no apoyaba su historia en ninguna teoría. No se cuidaba por saber si su nueva política tenía un alcance universal. Sus juicios estaban únicamente inspirados por su sentimiento patriótico, quería sentir conscientemente como alemán, en la misma forma en que Palacky sentía como bohemio (cf. Marcks, p. 300). Su pluma era guiada por la tristeza de no ver a su país ocupar en el exterior la misma situación que los grandes Estados vecinos de Occidente. No buscaba comprender y hacer comprender los acontecimientos, no estaba en él mirar su tema desinteresadamente. Deploraba los hechos que habían creado algún obstáculo para la realización de sus aspiraciones nacionales, a saber, la unidad alemana; se regocijaba con aquellos que la habían hecho avanzar. No se lo imagina tampoco tratando un tema que no perteneciera a la historia de su patria.

No esperaba más que Prusia la realización de su anhelo de unidad. No resulta difícil, por lo tanto, adivinar sus simpatías históricas. Era tan extraño a la naturaleza especial de los prusianos como cualquier otro historiador del sud de Alemania. Para él Prusia era sólo un medio. Juzgaba a los adversarios de la unidad restringida con la hiriente aspereza de su discípulo Treitschke. Pero no trata a Austria y sobre todo a los pequeños Estados alemanes, mejor que su ilustre continuador. Sus observaciones sobre Francia respiran convencionalismo y prevenciones.

En un punto Häusser estuvo inclinado a sostener una lucha con los maestros de la historiografía extranjera vivamente combatidos por él. No igualaba ni a Macaulay ni a Thiers en el conocimiento de los problemas de la técnica administrativa. Pero como ellos, sabía relatar admirablemente. Su exposición es cálida y viva, no encierra más reflexiones que las que soporta el común de los lectores instruídos y atestigua el placer que producen los objetos sin formar una colección de materiales. Sus razonamientos no son muy profundos, pero sí inteligentes. El burgués nacionalista alemán encontraba sus opiniones en su historiador. No es asombroso que Häusser haya sido considerado en Alemania entre los historiadores verdaderamente populares de su tiempo.

Lo que le ayudó es que contrariamente a su discípulo, evitaba irritar inútilmente a sus adversarios. Era un carácter pacífico, y no trataba de

convertir a su público por la fuerza. La narración está inflamada de un ardiente patriotismo pero carente de agresividad.

4. TREITSCHKE

Heinrich von TREITSCHKE, nacido el 1834 en Dresde, hijo de un general de división sajón, en 1858 *Privatdozent* de historia en Leipzig, en 1863 fué llamado a Friburgo en Brisgau a una cátedra que abandona en 1866, yendo a Berlín; el mismo año fué llamado a Kiel, en 1867 a Heidelberg, en 1874 a Berlín; de 1871 a 1888 fué miembro del Reichstag alemán, después de la muerte de Ranke fué nombrado historiógrafo de Prusia; muerto el 1890 en Berlín. Autor de *Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert* (1879 a 1894) : comenzado en 1871 e inconclusa llega hasta 1848. Muchos de los trabajos históricos están reunidos en los *Historische und politische Aufätze* (1865 a 1891).

Su actividad en la prensa política está señalada por los artículos recogidos bajo los títulos de *Zehn Jahre deutscher Kämpfe* (1874 y 1879), y *Deutsche Kämpfe; Neue Folge* (1897). Cf. además los cursos sobre *Politik* (1897) publicados después de su muerte por Cornicelius.

La literatura sobre Treitschke está indicada en forma completa al final del artículo, poco satisfactorio por lo demás, de H. v. Petersdorff en la *Allg. Deutsche Biographie* 55 (1910), 263 ss. Cf. sobre todo Th. Schiemann, *H. v. T-s Lehr-und Wanderjahre* (1834 a 1867) 1896; G. Bailleu, *H. v. T.* en la *Deutsche Rundschau* 1896, octubre-noviembre; *G. Freytag und H. v. T. Brief wechsel* edición Dove 1900. E. L. Schurig, *Die Entwcklung der politischen Anschauungen H. v. T-s* 1909 (conferencia en Heidelberg) ; M. Lenz, *H. v. T.* en los *Kleine historische Schriften* 1910.

De las *Cartas* de Treitschke publicadas por Max Cornicelius, aparecieron hasta 1912-1913 dos volúmenes, que llegan hasta el año 1866.

Oposición con los otros representantes de la tendencia "Pequeña Alemania".

Häusser no declaró jamás cómo concebía la realización de su ideal de Estado bajo la dominación prusiana. Partía del supuesto de que un régimen liberal y un Estado fuertemente concentrado se unirían fácilmente. Su teoría política no ofrecía ninguna solución en el caso de que estallara un conflicto entre ambos elementos. Posiblemente hubiera ensayado un compromiso imposible. Tal es, por lo menos, el camino seguido más tarde por elementos de su partido. Lo que caracteriza la posición particular de Treitschke es que sólo él sintió netamente esa contradicción interna, renunciando conscientemente en favor de la unidad nacional a los ideales del liberalismo.

Puede decirse que frente a Sybel y Ranke, Treitschke retoma la concepción de Droysen. Como éste rechazó la opinión liberal de que una alta cultura intelectual y moral no podía desarrollarse sin aliarse a instituciones liberales. Una nación militarmente dirigida, plena del sentimiento del honor, una burocracia independiente de los partidos políticos, son no solamente las condiciones preexistentes de la fuerza exterior, sino también la base de una sana situación política interna y de una vigorosa vida espiritual en la nación. El constitucionalismo proclamado

por los liberales tiene como consecuencia el reinado de una débil mediocridad.

Estas opiniones eran muy naturales en Droysen, que partía de la doctrina política de Hegel y había crecido en un medio totalmente prusiano. Se apropió de su teoría sin lucha. Treitschke hizo todo lo contrario. Se encontró como publicista y como historiador en contradicción con su familia, con muchos de sus amigos íntimos, con más de una de sus anteriores opiniones. No hay que asombrarse de que haya forzado un poco el tono. Se sentía siempre en oposición, ya con los otros, ya consigo mismo. Fué agresivo sólo para acallar las objeciones que no le parecían carentes de fundamento. Fué conscientemente estrecho porque no creía poder corregir las limitaciones de la tendencia liberal sino llevando su opinión al extremo.

No se juzgará bien a Treitschke sino midiendo su historiografía de acuerdo con los fines que ella perseguía. No quería ser solamente un educador político, como los otros historiadores de la "Pequeña Alemania". Se sintió un poco apóstol y predicador. La historia era su cátedra. Ardiente patriota alemán, veía con envidia los Estados consolidados del occidente, y con confusión el culto que los políticos liberales alemanes profesaban al régimen parlamentario de Inglaterra y de Francia, considerado como un modelo. Estaba particularmente celoso de la confianza en sí misma y de la cohesión nacional de la civilización británica. Sus esfuerzos tendían a crear algo semejante en Alemania. El inglés corriente se inclinaba a poner por encima de todos los méritos de su pueblo: ¡y bien! renunciando con sus sueños cosmopolitas, Alemania también debía considerar únicamente, por sobre todas las cosas lo que pasaba en su país. Y principalmente lo que pasaba en Prusia; pues el único Estado que por su tradición y pujanza podía colocarse al mismo nivel que los grandes Estados extranjeros era Prusia.

Treitschke no olvidó más que una cosa: que una cultura nacional y una historiografía tal como él la exigía, no se crea a la fuerza. En el prefacio del cuarto volumen de su *Historia de Alemania* estableció, como se sabe, la tesis de que los alemanes tienen, como otras naciones, el derecho de poseer una historiografía nacional. ¿No era esto dar como fin de los esfuerzos conscientes, lo que no puede ser más que el resultado de un desarrollo histórico común (relativamente) y del sentimiento nacional que de él se desprende? ¿Escribió Macaulay, en quien Treitschke pensaba sobre todo en ese pasaje, partiendo exclusivamente del punto de vista inglés? ¿Quiso implantar por intermedio de su historia un sentimiento nacional en su pueblo? ¿No se sentía Macaulay identificado de antemano con la gran mayoría de sus compatriotas? ¿Pensó alguna vez que un inglés pudiera considerar la historia nacional desde otro punto de vista que no fuera inglés? Todas estas condiciones preliminares debían ser creadas artificialmente por Treitschke para sí mismo y para su pueblo. Era preciso convertir a sus lectores a su concepción nacional.

La mayor parte de las fallas de su obra histórica se deben a esta estrechez de miras. Es justamente lo que encontraba de menos satisfactorio en los historiadores extranjeros, lo que transportaba a la historiografía alemana. Su horizonte era a menudo voluntariamente restringido. En general no usaba más que los archivos prusianos a fin de no entorpecer su juicio favorable sobre la política prusiana. Se esforzó en colocar a interés compuesto las estrecheces tendenciosas de la historiografía liberal. No deja pasar ninguna ocasión para elevar enojosos reproches contra los estadistas ingleses, que los liberales consideraban como modelos. Dejó en la sombra los actos populares de los monarcas del sud de Alemania que, en la época de la restauración, fueron favorables a una constitución, prodigando en cambio elogios inmoderados a los servicios de la burocracia prusiana de la época. Se puede defender en nombre de la ciencia histórica muchos de esos cambios de opinión. Las personas que no tienen interés político en el asunto lo lamentarán, tanto más cuanto que, por su tono irritado y sus exageraciones de periodista, Treitschke dió a su historia una notoria apariencia de panfleto.

El estilo y el lenguaje.

Es cierto que Treitschke era apto como ningún otro para escribir la historia como periodista. Poseía una fuerza verbal no alcanzada por ninguno de sus rivales. Dirigió brillantemente la retórica sensacionalista de los diarios. Una maravillosa abundancia de expresiones, un énfasis sostenido que se ha comparado a la dicción de Schiller, un flujo continuo de estilo elevado que, si bien cansa fácilmente al lector de gusto reposado y al sabio interesado en la historia misma, emociona en cambio el corazón del gran público. Tales son las cualidades de su elocución.

Ese estilo era propiedad personal de Treitschke. No era producto de una lucha laboriosa o de una provocación; no era una imitación de los modelos extranjeros. No se trata de un brote de la obra periodística del historiador. Por su rasgo principal hace recordar, es verdad, a los arrebatos de los artículos de fondo a la moda antigua. Quizá el periodismo lo haya agilizado. Pero su nivel artístico es muy superior y dispone de acentos patéticos muy distintos al estilo corriente de los periódicos.

Treitschke historiador de la civilización.

Este arte de la exposición sobresale especialmente en las partes descriptivas.

No puede decirse que Treitschke se distinga especialmente en la narración de los grandes actos políticos. Cuando habla de negociaciones políticas e internacionales, se inclina a simplificar más de lo conveniente las situaciones complicadas y caracteriza con una salida fácil la política exterior de las naciones extranjeras. Hace allí un trabajo de periodista en el mal sentido de la palabra. Sus capítulos mucho más originales y meritorios sobre la política interior de los Estados alemanes (a la que, como los otros historiadores formados bajo

la impresión de la Revolución de Febrero, él acuerda una particular atención) sufren los instintos de publicista del autor. Se sentía demasiado apologista del antiguo régimen prusiano; supera a Droysen al confundir los hábitos minuciosos y desprovistos de toda ceremonia de la burocracia, con el interés por la causa nacional. Pero cuando se inspiraba en Riehl y Freytag producía algo acabado como historiador artista.

No podía compararse a Droysen como historiador político; no comprendió con la misma sagacidad de su antecesor, los problemas políticos y militares; los postulados políticos se inclinan demasiado fácilmente entre sus manos hacia la moral. Pero, como estilista y pensador político, deja muy atrás suyo los productos de una historia de la civilización alemana que no tiene en cuenta al Estado (ver p. 246 ss.). Treitschke es un maestro en la pintura de género histórico, en la descripción de la vida apacible de los medianos y pequeños Estados de Alemania. Reprochó a otros historiadores carecer de ironía. En cambio nadie podrá hacerle la misma crítica. Como ningún otro tenía el don de ver el lado cómico de la vida de los pequeños Estados alemanes. ¡Con qué arte están descriptos los rasgos típicos de la vida en la Corte de Sajonia en tiempos de la Restauración, o el énfasis cómico de una asamblea democrática en Alemania! Son cuadros de género inolvidables, a los que no puede compararse la honesta historia de la civilización de antes. En estos mismos capítulos, Treitschke no está exento de un espíritu tendencioso. Está dispuesto, cuando los hechos o los personajes no concuerdan con su política, a hacer con ellos una caricatura que nada tiene de histórica. Pero se hace perdonar por el tono benévolo que conserva su sátira en tales ocasiones: junto con el entusiasmo con que preconiza el esplendor del gran Estado militar, el nativo de Sajonia no puede evitar una ligera simpatía por la vida pacífica de los pequeños burgueses de los buenos tiempos antiguos.

Treitschke no sólo dió a la historia de la civilización mayor relieve que los profesionales de esta historia; contrariamente a éstos supo fundir la historia de la civilización y la historia política en una historia nacional común. Su tendencia política constituía aquí una ventaja para él. Rechazaba, por principio, separar la historia de la vida espiritual de la del Estado. Es decir que la historia no política del pueblo alemán en el siglo XIX se encontró agregada a la historia general. De una manera unilateral sin duda, puesto que sólo aplicaba criterios nacionales a los fenómenos de la vida espiritual. Y todavía se ve una cierta dependencia respecto a las corrientes de la política actual. ¿Puede sino explicarse en otra forma que, un librepensador como él, por respeto a las opiniones oficiales de Prusia hable en el tono de un verdadero apasionado de la teología crítica y de David Friedrich Strauss? Pero por eso no se le quitará el mérito de haber sido uno de los primeros en seguir, en una historia general, el desarrollo de la civilización de una nación en un período determinado, y de dar en lugar de datos aislados, una historia de conjunto. Las partes

menos logradas son las que se refieren a la historia económica, para la que Treitschke no tenía suficiente preparación.

Como pensador histórico y político, Treitschke carecía de la originalidad de Ranke, Droysen o Mommsen. En general tomaba de otros los elementos científicos de su historiografía, no podría decirse, que en sus manos, ellos hayan ganado en precisión. Pero estaba excepcionalmente dotado para asimilar con independencia las sugestiones ajenas, para enriquecer a la historia con puntos de vista contrapuestos y fundidos en un todo (como Jean Muller) por lo menos en la magia de su estilo. Por ejemplo, resultaba más fácil, probar la contradicción de sus principios que los de Sybel. Lo que lo distingue esencialmente de los otros historiadores alemanes es su teoría de las razas, llevada a un extremo peligroso, y que le fué inspirada sobre todo por Freytag y Riehl. Ordinariamente reducía el carácter de las naciones extranjeras a una fórmula simple, a menudo poco amable; pero aún cuando se trataba de asuntos alemanes, atribuía a las particularidades provinciales un papel demasiado predominante frente a las disposiciones individuales, a las influencias de opiniones de clases, a las condiciones económicas, etc. Es lamentable que aún aquí Treitschke haya forzado demasiado su sistema. Había observado atentamente la fuerza de la tradición y la secreta repercusión de las condiciones con las que los hombres se familiarizan en su juventud y en su país natal. Él mismo, que había nacido en Sajonia y que había puesto una increíble energía para hacerse prusiano ¿no era un ejemplo excelente de la fuerza que pueden ejercer las opiniones recibidas en la infancia aún cuando ellas parecen abandonadas desde hace mucho tiempo? ¿tenía derecho de generalizar sin crítica esta experiencia personal? ¿Se puede verdaderamente presentar la opinión de Ranke sobre la historia prusiana a la luz de un rechazo de las opiniones de la Sajonia electoral y de Austria como lo hiciera Treitschke en su ensayo sobre Dunker?

La influencia de Treitschke. Su influencia en la historiografía alemana no fué considerable como se creyó al principio. Fué en cambio muy fuerte sobre el periodismo nacionalista. Pero cuanto más se inclina la historia hacia los problemas sociológicos y económicos, menos provecho saca de una actividad orientada hacia el dogmatismo nacional. Comparte la suerte de casi todos los publicistas. Sus ideas se acomodaban a un determinado momento ¡no podían desplegar toda su acción más que entre los contemporáneos! El cambio de circunstancias produjo por sí solo entre la joven generación culta de Alemania el efecto que la impetuosa prédica de Treitschke trataba de producir en la antigüedad: un sentimiento nacional relativamente único. Desde entonces fué posible mirar al pasado con más calma. Por consiguiente la nueva escuela prusiana en oposición a Treitschke, se vuelve más bien hacia Ranke.

Baumgarten. La ruptura de Treitschke con la tendencia nacional liberal encontró exteriormente su expresión en el hecho de que uno de los historiadores más salientes del partido de la "Pequeña Alemania" se separara públicamente de él después del segundo volumen de la *Deutsche Geschichte* (*Treitschkes Deutsche Geschichte* 1883): Era Hermann BAUMGARTEN, nacido en 1825 en Lesse cerca de Wolfenbüttel, de 1848 a 1852 redactor de la *Deutsche Reichszeitung* en Brunswick, después colaborador de la *Historia del siglo XIX* de Gervinus, de 1861 a 1872 profesor en Karlsruhe, de 1872 a 1890 en Estrasburgo; donde muere en 1893. Baumgarten tenía una afinidad de espíritu con Sybel pero sin poseer su sentido crítico ni su fuerza de concentración. Quedó más ligado a las ideas doctrinarias del liberalismo. Sus principales obras son: *Geschichte Spaniens vom Ausbruche der Französischen Revolution bis auf unsere Tage* 1865 a 1871; *Geschichte Karls V* (sin terminar) 1885 a 1892. Cf. la introducción de E. Marcks a *Historische und politische Aufsätze und Reden Baumgartens* que publicó en 1894 y la Necrología de R. Haym (impreso en sus *Gesammelte Aufsätze* 1903).

5. ERDMANNSDÖRFFER

Bernhard ERDMANNSDÖRFFER nació en 1833 en Altenburgo, en 1858 fué *privatdozent* de historia en Iena, en 1862 en Berlín a donde se había trasladado en 1865, en 1864 fué profesor de historia en la Kriegsakademie, en 1869 profesor adjunto en la Universidad, en 1871 profesor titular en Greifswald, en 1873 fué llamado a Breslau, en 1874 en Heildelberg donde muere en 1901. Autor de *Deutsche Geschichte vom Westfälischen Frieden bis zum Regierungsantritte Friedrichs des Grossen* 1892-93. Cf. ante todo la crítica en la *Hist. Zeitschrift* 73 (1894), 329 ss. así como el discurso de D. Schaefer *ibid,* 87 (1901) 56, ss. reproducido en el segundo volumen de sus *Aufsätze, Vorträge und Reden,* 1913.

Esta evolución hacia la consideración imparcialmente científica de la historia nacional se manifiesta ya en el sucesor de Treitschke en su cátedra de Heidelberg, Bernhard Erdmannsdörffer.

En general Erdmannsdörffer pertenecía todavía, a la escuela de Sybel. Era un historiador político: el Estado y su desarrollo, los actos de los hombres que intervinieron de una manera preponderante en la historia política, forman el contenido de su exposición; asigna un lugar secundario a la historia del pensamiento y de la civilización; la historia económica ha quedado completamente relegada. Pero por su tendencia Erdmannsdörffer no tenía nada que ver con los otros discículos de Sybel. No escribía, como Treitschke con el espíritu combativo del año 60. Sus juicios tenían la imparcialidad del investigador que puede contemplar desde un seguro observatorio la historia nacional. Se abstenía conscientemente de tomar del presente el criterio de su juicio histórico, es decir, de criticar el pasado exclusivamente de acuerdo con los servicios prestados por él al ideal político del presente. Trataba de comprender a los personajes de la historia de acuerdo a su época y a sus intereses. Rehu-

saba como Droysen,considerar a los Hohenzollern como los campeones de la unidad alemana y también hacer pagar, como Sybel a los hombres de Estado austríacos de otra época, la aversión al político de la "Pequeña Alemania".

Erdmannsdörffer marca el fin de la historiografía de la "Pequeña Alemania". Pero su libro no tiene intención didáctica. No pretende proclamar indirectamente por intermedio de la historia un evangelio político. Pero en la disposición y la limitación de su tema sostiene los principios seguidos por Sybel y Häusser. Su *Historia de Alemania* fué la última producción de la escuela de Sybel y quizá la más completa por lo elegante de la narración y la objetividad del juicio. Pero ella no encerraba los gérmenes del futuro; era el fin de un desarrollo caído en desuso.

6. DUNCKER

La obra de Duncker es de escasa importancia para la historia de la historiografía. Maximiliano Wolfgang DUNCKER nació en 1811 en Berlín, en 1839 fué *Privatdozent en Halle,* en 1842 profesor adjunto, en 1857 fué llamado a Tubinga, en 1848 fué miembro de la Asamblea nacional alemana, 1849 a 1852 miembro de la Cámara de diputados prusiana, en 1859 fué llamado al Ministerio prusiano como Consejero íntimo del gobernador, de 1867 a 1874 fué director de los archivos de Estado prusianos, murió en 1886 en Ansbach. Su buena *Geschichte des Altertums* (primero de 1852 al 57, nueva serie de 1884 al 86: las ediciones siguientes fueron muy modificadas; la historia de Grecia llega hasta la muerte de Pericles) tuvo para su época un gran valor, sobre todo porque de edición en edición el autor elaboraba los materiales nuevos y la nueva literatura. Pero no satisfizo a mayores exigencias. Duncker no supo descubrir las relaciones políticas entre los Estados de la antigüedad, y no empleó con sentido crítico las fuentes antiguas. No se le puede reprochar que se haya basado más que otros investigadores posteriores en los datos de los historiadores griegos sobre Oriente y la prehistoria de Grecia. Estaba obligado a contentarse con los materiales accesibles de su tiempo. Pero no estaba obligado a utilizar la tradición literaria de la antigüedad con tan poco sentido crítico. Le gustaban los compromisos; un rasgo característico fué que en lugar de rechazar completamente la leyenda de la repartición de las tierras de Licurgo atacada por Grote, prefirió emplear restricciones y racionalizarla. Cf. Eduardo Meyer, *Gesch. des Altertums,* 2ª edición, I, 1 (1907) 146 y 147.

Los pequeños escritos de Duncker están reunidos en *Abhandlungen aus der griechischen Geschichte* y en *Abhandlungen aus der neueren Geschichte* (los dos libros, 1887). Biografía por R. Haym, *Das Leben M. D-s* 1891.

7. LORENZ

Los principios de la nueva historiografía política realista fueron seguidos por el austríaco Ottocar LORENZ con igual consecuencia que por Sybel y Häusser. Lorenz nació en 1832 en Iglau, en 1860 fué profesor adjunto, en 1862 titular de historia en la Universidad de Viena, en 1885 fué llamado a Jena donde murió en 1904. Escribió la historia no desde el punto de vista prusiano sino desde el punto de vista austríaco. La elección de su tema es ya característica. Para su obra principal, *Deutsche Geschichte im 13. und 14. Jahrhundert* (inconclusa: 1863 a 1867) fué a buscarlo a fines de la Edad Media; en un período en que la historiografía nacional de la "Pequeña Alemania" evitaba, en tanto que atraía a un austríaco. No es, por otra parte menos liberal que los historiadores *klein-deutsch* y hay que hacer notar que el anticlericalismo de este austríaco es mucho más pronunciado que en los prusianos. Anteriormente a 1848 Sybel había juzgado el ultramontanismo más peligroso que el comunismo: *Hist. Zeitsch* 75. (1895), 392; en Austria, país menos industrializado, el movimiento social, (aún posteriormente, fué menos sensible). Pero presentó una resuelta oposición al dogma del Estado nacional. Según él, tenemos la costumbre de juzgar la eficacia en historia de las oposiciones nacionales "más bien de acuerdo a nuestros sentimientos que apoyándonos en métodos científicos seguros". En el Estado que se formó en Austria en la segunda mitad del siglo XIII y que adquirió en seguida grandes proporciones con una admirable energía y persistencia, es natural que supere con facilidad las dificultades de carácter nacional. Puede decirse que la historia de todas las épocas ha probado que las organizaciones estatales se han mostrado más vigorosas que las oposiciones nacionales" (*Deutsche gesch.* I, 54). Lorenz poseía por otra parte un sano sentido político y un juicio crítico independiente: su *Historia de Alemania* es una de las mejores producciones de la historiografía alemana del siglo XIX.

Sus otras obras, a excepción de la última, *Kaiser Wilhelm und die Begründung des Reiches* (1902) no pertenecen a la historiografía propiamente dicha. Son en su mayor parte simples colecciones de Ensayos; hemos citado varias, que se ocupan de historiadores del siglo XIX: *Drei Bücher Geschichte und Politik* 1876; *Die Geschichtseissenschaft in Hauptrichtungen und Aufgaben,* 1886 a 1891 *Staatsmänner und Geschichtschriber des 19. Jahrhunderts,* 1896. La obra *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter seit der Mitte der 13. Jahrhunderts* continuación de la de W. Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter bis zur Mitte des 13. Jahrhunderts* (1ª ed. 1858) apareció por primera vez en 1870. La *Deutsche Geschichte* fué acompañada por *Geschichte König Ottokars Ilvon Böhmen und seiner Zeit,* 1866.

8. H. MARTIN

La historiografía liberal nacional alemana tiene su representante en Francia en la figura de Henri MARTIN (nacido en 1810 en Saint-Quentin, muerto en 1883 en París) con su obra *Histoire de France* (hasta 1789; la edición real de 1833 a 1836, muy corregida en la segunda; la *Histoire de France populaire illustrée,* escrita más tarde, es continuada hasta la época actual). Martin, como Sybel y su escuela combinaba las tendencias nacionales y liberales y, si era necesario, daba preeminencia a las nacionales. Su criterio es el "desarrollo progresivo de la unidad nacional". (Cf. G. Hanotaux, *Henri Martin,* 1885, p. 291). La narración está igualmente realizada por el énfasis nacional a propósito de la *Peucelle* de Voltaire, por ejemplo, dirá (4ª ed. XV, 388 s.): "Voltaire juega con algo mucho más sagrado todavía" (que el ideal de la caballería de la que se habían burlado Ariosto y Cervantes) "con el ideal viviente de la nacionalidad". Los sabios del otro lado del Rhin, gustaban hablar con respeto de la persistencia de las concepciones germánicas en la historia del Imperio de Alemania: del mismo modo el d r u i d a Martin creía poder mostrar a través de todas las fases de la historia de Francia, la influencia del a l m a g a l a, de la tradición celta. Inventó una región mítica de los druidas.

Para las investigaciones eruditas, Martin era infinitamente inferior a los historiadores alemanes. No era un trabajador inconsistente. Resume consciente e inteligentemente, los modernos estudios franceses. Pero apenas se ocupa de la crítica de las fuentes. La mayor parte de las veces las usa de segunda mano. En general admite tal como son las relaciones causales que da la tradición; pero la juzga de otro modo, desde el punto de vista nacional. El estilo está de acuerdo con esa falta de concepción independiente. Martin escribe siempre con claridad; pero su expresión es impersonal; hombres y acontecimientos carecen de relieve plástico. Entre la clase media instruída de Francia conquistó la misma popularidad que Giesebrecht en Alemania.

III

LA COMBINACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA REALISTA CON EL MÉTODO EPIGRÁFICO (MOMMSEN)

Théodore MOMMSEN, nació el 1827 en Garding, Schleswig, jurista, profesor de señoritas en Hamburgo, hizo en 1844, con ayuda de una beca danesa, un viaje de estudio de dos años a Italia, redactor en 1848 de la *Schleswig-Holsteinnische Zeitung,* nombrado el mismo año profesor de derecho romano en la Universidad de Leipzig, destituído en 1850 por razones políticas, nombrado en Zurich en 1853, en Breslau en 1854, en Berlín en 1858, como profesor de historia antigua, muerto *ibid.* en 1903. Comenzó en 1849 su *Römische Geschichte.* Los tres primeros volúmenes, que

llegan hasta la muerte de César, aparecieron por primera vez desde 1854 a 1856; a partir de la segunda edición (1856 s.) no fueron esencialmente modificados. De la *Historia del Imperio,* Mommsen no escribió más que la segunda parte, que apareció en 1885, como quinto volumen, bajo el título: *Die Provinzen von Cäsar bis Diokletian.* La historia de los emperadores mismos y del gobierno central no fué escrita. Los suplementos eruditos a la Historia se ofrecen en los *Römische Forschungen* (1864 a 1879).

Las otras obras de Mommsen no pertenecen ya a la historiografía. Las más importantes son *Römisches Staatsrecht* (hasta Diocleciano) 1871 a 1888, (*Abriss des römischen Staatsrechts* (1893) y *Römisches Strafrecht* (hasta Justiniano) 1899. Como grandes trabajos en las ciencias auxiliares, es necesario citar: *Geschichte des römischen Münzwesens* (1860; en la primera edición de 1850, titulado *Ueber das römische Münzwesen*); *Römische Chronologie bis auf Cäsar* (1858), *Oskische Studien* (1845), *Unteritalienische Dialekte* (1850). Los numerosos artículos de Mommsen están reunidos ahora en las *Gesammelte Schriften* (1905 ss.), que hasta este momento están repartidos en tres secciones, jurídica, histórica y filológica. Los artículos que no se refieren a una especialidad científica han sido recogidos por O. Hirschfeld en *Reden und Aufsätze* (1905).

Cf. la Bibliografía de K. Zangemeister, continuada por E. Jacobs, *Th. Mommsen als Schriftsteller,* segunda edición, 1905

Se conocen los servicios prestados por Mommsen como editor y organizador en el dominio de la epigrafía latina y de las investigaciones históricas. El *Corpus Inscriptionum Latinarum,* que comenzó a aparecer en 1863, es sobre todo su obra; él había dado muestras de su método en las *Inscriptiones regni Neapolitani latinae* (1852) y las *Inscriptiones Confoederationis helveticae latinae* (1854). Mommsen ha realizado además numerosas ediciones críticas de textos antiguos (la célebre edición de los *Digestes,* en colaboración con P. Krüger 1866 a 1870). Para la historia, debe considerarse sobre todo la dirección de la publicación de los *Auctores Antiquissimi* en los *Monumenta Germaniae.*

Literatura. Biografía por L. M. Hartmann 1908 (extracto aumentado del *Deutscher Nekrolog* de Bettelheim IX [1906], 441 ss.). Allí y en K. J. Neumann, *Entwicklung und Aufgaben der alten Geschichte* (1910), p. 63 y ss., abundantes indicaciones literarias. C. Bardt, *Th. Mommsen,* 1903 (aparecido primeramente en 1875 en el *Daheim*); F. Jonas en la *Deutsche Rundschau,* 93 (1897), 339 ss. O. Hirschfeld en los *Abhandlungen der Berliner Akademie* 1904. Los mejores trabajos sobre la *Römische Geschichte* en las Necrologías de las revistas especiales, sobre todo J. Kärst en *Hist. Vierteljahrschrift* (1904), 313 s. y J. K. Neumann en la *Hist. Ztschr.,* 92 (1904) 193 ss., luego O. Seeck en la *Deutsche Rundschau,* 118 (1904), 175 ss., y Schwarz en los *Gött. Nachricht. Geschäftl. Mitteil,* 1904, 1 ss. La necrología de Eduard Meyer (de la *Gartenlaube*) está reimpresa en sus *Kleine Schriften* (1910), 539 ss. Th. Gomperz, *Essays und Erinnerungen* (1905), 133 ss., (de la *Nation,* 1887); E. Landsberg, *Geschichte der Deutschen Rechtswissenschaft,* III, 2 (1910): 865 ss. La mejor caracterización del 5º volumen de la *Römische Geschichte* en Pöhlmann *Aus Altertum u. Gegenwart,* segunda edición (1910).

Opiniones políticas; relaciones con la escuela de la "Pequeña Alemania".

La obra histórica de Teodoro Mommsen reposaba, poco más o menos, sobre las mismas bases que la historiografía de la "Pequeña Alemania".

Él coincidía con la escuela de Sybel en su oposición realista a la concepción política del romanticismo. Indudablemente trabajó, como casi todos sus contemporáneos, con las nociones tomadas a la teoría histórica del romanticismo.

Se inclinó a construir un desenvolvimiento nacional común y hablaba con gusto de las particularidades orgánicas de ciertas tribus. Pero no veía la obra interior de las potencias místicas que el historiador debe contemplar con respeto. Lo mismo que la escuela de Sybel él las media según un ideal político concreto que se había formado bajo la impresión de las luchas de las clases contemporáneas.

Su programa político no difiere esencialmente del de la "Pequeña Alemania". Además, según él, un gobierno nacional fuerte, que se sostiene por encima de las clases y deja libertad a la vida espiritual, es el medio adecuado para llenar los deberes que incumben al Estado. Su ideal político tiene matiz más democrático que el de Sybel. Mommsen rechaza resueltamente el punto de vista doctoral de los *Kleindeutschen*, el liberalismo aristocrático de la burguesía instruída, nacido del temor de la brutalidad de las masas. Pero eso no atañía, en suma, más que a un punto secundario de la doctrina; en lo esencial, Mommsen estaba de acuerdo con la escuela de Sybel.

Se separa mucho más de ella por la manera en que fecundaba para la historia sus ideas políticas.

Puso en mucha mayor medida su historiografía al servicio de la ciencia. Además, quería ser más que un simple investigador. También quiso realizar la educación política de su público. Pero él se interesaba más en que sus lectores aprendieran a pensar politicamente que en verlos tomar tal cual posición en las luchas del día. No estaba como los *Kleindeutschen*, únicamente hipnotizado por las aspiraciones de la unidad alemana, por el conflicto entre Prusia y Austria. Conocía otros problemas además de aquellos que se encontraban accidentalmente en el primer plano de la política alemana contemporánea. Es un hecho característico, que escribió una *Historia* y no eligió como Hässer, Treitschke, Lorenz, etc., un cierto período, que podía proporcionar cómodamente las pruebas en apoyo de una tesis de política actual.

Su juicio se hizo por ello más libre; le fué más fácil apreciar una junto a la otra diferentes formas políticas según su lugar relativo en la historia. Se lamenta, con todo derecho, de que se haya visto en su *Römische Geschichte* una glorificación del cesarismo. Como historiador, no defendía el imperialismo democrático pero si la tesis de que todas las formas políticas que se han sobrevivido y no pueden cumplir ya su misión, deben ser, sin tener en cuenta simpatías doctrinarias, reemplazadas por formas nuevas apropiadas a la época presente. No es porque la monarquía militar fuera en sí superior a la aristocracia, que César estaba en su derecho, es que la antigua constitución senatorial se había mostrado incapaz de administrar el vasto imperio de Roma. La ruptura con el liberalismo doctrinario no estalla en ninguna parte con tanta claridad como en los capítulos en que Mommsen se declara por César contra los últimos y virtuosos republicanos. Pero sólo jueces faltos de inteli-

gencia han podido llegar a la conclusión de que Mommsen había querido glorificar el absolutismo en general.

Su método. Mommsen se distingue además de la escuela de Sybel por su método.

Mommsen, como se sabe, llegó a la historia por la jurisprudencia, la numismática y la epigrafía. No venía, como Niebuhr y la escuela de Ranke, de la crítica filológica de las fuentes narrativas, aunque haya tenido mérito como lingüista. Se ocupa de los objetos y de los testimonios de monumentos, de leyes, de medallas, de inscripciones, antes de ponerse a trabajar en las narraciones escritas.

Evidentemente eso lo ponía en estado de comprender el fondo social de la historia política con una muy otra independencia que los historiadores de cultura puramente filológica. Estos trataban de interpretar socialmente las relaciones de las fuentes; Mommsen intentó, con las reliquias de la vida social, reconstruir directamente, la historia interna. La crítica histórica y filológica de los textos pasaba de este modo a un plano secundario (como Nitzsch sobre todo tenía costumbre de reprocharle. No es que el haya concedido más fe que la escuela de Niebuhr a las fuentes narrativas. Por el contrario las criticaba más cínicamente y se liberaba más que el romántico Niebuhr de los juicios de valor. Pero a los ojos de un historiador que no se atenía a los monumentos materiales, los anales romanos no tenían más que un valor secundario. La comprensión de la verdadera naturaleza del estado romano le parecía poco adelantada por las búsquedas sistemáticas en las fábulas de los historiadores retóricos.

Mommsen no fué el primero en examinar los elementos concretos de un Estado en la Antigüedad. Antes de él, la atención de diversos investigadores recayó sobre la administración financiera y sobre las monedas de la *Staatshaushaltung der Athener* (1817) había proporcionado a este respecto un modelo brillante. Él había hecho ya conscientemente la guerra al método exclusivamente filológico, se había mostrado atento a la importancia de las inscripciones (su *Corpus inscriptionem graecarum* comenzó a aparecer en 1828) y se había puesto a trabajar en la historia de las monedas y de la marina griegas. Pero Böckh no escribía más que manuales y no una historia [1]. Mommsen hizo fecundas, por primera vez para la historia, las investigaciones epigráficas y numismáticas. Fué el primero que las subordinó constantemente a puntos de vista políticos y las introdujo en la historia general. Sus antecesores eran especialistas; produjeron trabajos de valor pero dejaron a otros el cuidado de utili-

[1] Sobre Bockh véase M. Hoffmann, *A. B. Lebenschreibung und Auswalh aus seinen wissenschaftlichen Briefwechsel* 1901, así como las correspondencias científicas citadas por K. J. Neumann, *Entwicklung und Aufgaben der Alten Geschichte* (1910), 45 s.

zarlos para la historia. Mommsen era a la vez un anticuario especialista y un historiador. Es sólo por él que la historia de la administración pública ha sido definitivamente arrancada de su aislamiento en las antigüedades.

La Historia Romana. En los tres primeros volúmenes de la *Römische Geschichte.* las consecuencias de ese cambio de opinión no son obtenidos sino a medias. Se la puede colocar en ese aspecto en el mismo rango que la *Historia del pueblo inglés* de Green.

Mommsen observa todavía el mismo plan que Voltaire. El relato de los acontecimientos exteriores ocupa todavía con mucho el mayor lugar. Religión, comercio, literatura y arte son tratados después, como un apéndice. Se trata de explicar los hechos particulares de la historia exterior, en la medida que eso es posible, por motivos generales (las condiciones económicas, el estado del derecho constitucional, las particularidades nacionales, etc.) ; pero no se nos habla más que brevemente de las transformaciones de la situación general. Un historiador moderno seguiría posiblemente un procedimiento inverso. Trataría en primer lugar y con la mayor extensión, el desarrollo de las condiciones económicas, políticas y militares; recapitularía únicamente en sus puntos esenciales la tradición, siempre tan incierta en los detalles, sobre la historia exterior, y la haría depender con mucha más fuerza de las condiciones generales. La *Historia romana* de Mommsen es un obra de tradición.

Un hecho muestra hasta que punto ella lo es: su autor superó en muy poco tiempo el punto de vista que había adoptado en la disposición de su *Historia.* Su obra es, ante todo, un torso, porque sus opiniones históricas habían cambiado rápidamente. Si hubieran sido las mismas no había razón para que no tratara la historia de los emperadores exactamente como la de la República. Pero habían cambiado de tal manera que ya no le fué posible poner en la historia de los personajes el mismo interés que antes. Desgraciadamente no se atrevió, en la continuación de su obra, a llevar resueltamente hasta el fin las nuevas tendencias y romper abiertamente con el método de los primeros volúmenes. Prefirió dejar una laguna a continuar su exposición con otro espíritu. Y he aquí que, porque él no quiso relatar la historia exterior de los emperadores según Suetonio y Tácito, nosotros hemos debido renunciar a ver la historia del gobierno central descripta por su mano. El admirable volumen quinto sobre las provincias de César a Diocleciano que comienza con un cuadro de la situación y relaciona con ella la historia exterior, se ha quedado por desgracia en un fragmento; sólo vemos las partes, no el conjunto. Un fragmento, es verdad, que lleva más que los otros volúmenes las simientes del futuro. El nuevo método epigráfico ha rechazado aquí por fin completamente el pragmatismo.

Desde el punto de vista del gran público, la *Römische Geschichte* ad-

quiere, precisamente por su carácter de transición, un valor peculiar. Unió la vivacidad y el interés cautivante de la narración cara al lector corriente a una concepción moderna. En la actualidad un genio de escritor como Mommsen no lograría componer una *Römische Geschichte* susceptible de responder a las exigencias de los hombres del oficio tanto como a los del gran público. Por eso el 5º volumen ha recibido una acogida muy diferente dentro y fuera de los círculos competentes.

Mommsen escritor. Mommsen es en historia, uno de los más grandes artistas. Su estilo realista excitó, cuado apareció la *Historia romana* un escándalo muy grande en el clan. Una sabia corporación considera su alemán como pésimo estilo periodístico (*ganz schlechier Zeitungsstil*). Ese reproche que le hicieron otras personas de gusto arcaico no carecía del todo de fundamento. Mommsen escribió de intento en oposición a la manera habitual de relatar la historia antigua, y como ocurre con frecuencia, fué llevado por su contradicción un poco más lejos que lo que él tenía intención de ir. Desde el humanismo se tenía el hábito de relatar la historia antigua en el tono solemne de la epopeya artificial. Mommsen tuvo perfectamente razón en desechar ese falso énfasis y en reemplazar un verdadero claroscuro por la luz plena del día. Pero es con mano un poco ruda que borra aquí y allá la pátina del clasicismo.

Otro punto tiene más importancia. Entre los representantes de la escuela de crítica filológica, sus antecesores inmediatos —los historiadores que se ocupaban de historia romana— habían sobre todo cometido el error de no separar la narración de la crítica de las fuentes. Por eso Niebuhr había hecho su obra ilegible. Mommsen quiso evitar ese defecto pero cayó en otro extremo. No entorpeció su relación con búsquedas críticas, pero sacrificó todas las pruebas. No hizo conocer lo que en las noticias dadas por él era pura combinación y lo que provenía de una buena tradición. Este procedimiento radical era posiblemente el único medio de hacer leer una historia romana; pero evidentemente, desde el punto de vista científico se le pueden promover muchas objeciones.

No obstante ¡qué significan todos esos reproches junto a los progresos que representa sólo en la forma la *Historia romana!* ¡Cómo bulle la vida en esa exposición! ¡Cómo los detalles de anticuario que parecían muertos toman una vida sorprendente! Mommsen es el único historiador que ha sabido rivalizar como tal con los autores de novelas sin caer en los defectos de la historiografía novelesca. Su narración es justamente luminosa e impresiona porque se mantiene en los límites de la historia y desdeña los efectos sentimentales. No emplea términos técnicos modernos y alusiones audaces a guisa de incentivo, más que en interés de lainstrucción científica. El estilo ingenioso, lleno de agudezas, que llama sin miramientos las cosas por su nombre, no tiene objeto en sí mismo. Está destinado a obligar al lector a mirar las cosas como ellas eran,

libre de toda falsa piedad histórica, a la cruda luz del día. El lenguaje con pretensiones filosóficas de la antigua escuela, con sus eufemismos, había dejado fácilmente al lector en el vacío sobre la verdadera naturaleza de las potencias históricas. Mommsen no conoció ningún arreglo de ese género. Desenmascara la grandeza usurpada mirándola muy de cerca. Los críticos que le reprochaban un mal estilo periodístico olvidan que si su lengua gusta servirse de palabras de la prensa cuotidiana, está exenta de los defectos del alemán de los diarios. Su estilo no cae ni en el énfasis, ni en la fraseología oscura y en el oropel vacío del folletón. Indudablemente, Mommsen debe mucho a su actividad de periodista. Su expresión es más ágil, su estilo más flexible que el que está en uso entre los sabios. Su cinismo bien puede también haber sido nutrido por el periodismo: para juzgar a Cicerón con tanta competencia hacía falta posiblemente haber visto entre bastidores cómo los políticos tratan de crear, por los periódicos, un estado de la opinión. Pero su lengua está más libre de los defectos de los patéticos artículos de fondo, que la de la mayor parte de los historiadores contemporáneos.

La manera de escribir la historia de Mommsen es la expresión perfecta de sus convicciones históricas y políticas. Habla de los personajes históricos en el estilo de los políticos contemporáneos, porque quiere aplicar un criterio político a todos los fenómenos de la historia. El historiador no pregunta sino una cosa: ¿qué servicios políticos ha prestado un hombre de Estado? Él no se inquieta por saber si en la tradición ese personaje ocupa, por sus méritos artísticos o morales, un rango elevado como escritor o como hombre.

La valiente aplicación de este principio le valió a Mommsen muchos enemigos entre los filólogos: en especial, nunca le fué perdonado su juicio riguroso sobre Cicerón. Es injusto. Se puede debatir la cuestión de si un historiador debe expresar juicios políticos (es la opinión de la escuela *Kleindeutsch*) o si él no hará mejor en satisfacerse con la descripción de la serie de acontecimientos y de explicarlos medianamente. Pero he aquí lo que no es dudoso: una vez que el historiador critica los actos políticos desde el punto de vista de su oportunidad, debe aplicar sus críticas a todos los personajes por igual, sobre todo cuando él sabe, como Mommsen, distinguir el valor artístico de un trabajo de su alcance político o nacional.

Es verdad que Mommsen, como crítico literario, no lo era sin prevenciones. Profesó los principios de la estética romántica, y puso sin vacilación el arte nacido natural y orgánicamente por encima de la poesía artificial. Pero jamás confundió las cuestiones de arte con las cuestiones políticas; jamás como Droysen sostuvo el dogma de que una elevada cultura nacional sólo podía mantenerse sobre el fundamento de un estado fuerte.

Mommsen jurista. En ninguna parte es más genial Mommsen que cuando habla de derecho público y de economía política. En ninguna parte la unión de la jurisprudencia y de la historia ha producido frutos tan hermosos.

Los simples historiadores no se habían ocupado en la mayoría de los casos de cuestiones de derecho sino a pesar de ellos mismo y a la ligera; no habían apreciado más que el alcance político de las discusiones jurídicas. Los juristas habían puesto en primer plano la interpretación formal. Mommsen evitó una y otra limitación. Interpretó el problema jurídico en todo su rigor, sin perder de vista por eso el alcance político del caso. Mommsen ha dicho de sí mismo que había contribuído a trasponer las barreras que impone a la ciencia la división reglamentaria de las Facultades en las Universidades y a relacionar las investigaciones históricas y la ciencia del derecho: no sólo ha prestado ese servicio a las investigaciones eruditas con su *Historia romana,* sino a la historiografía en general.

Mommsen y Drumann. Sin fundamento se ha querido encontrar un precedente al juicio desfavorable de Mommsen sobre Cicerón en Wilhelm DRUMANN (1786 a 1861) *Geschichte Roms in seinem Uebergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung* (1834-1844). Las observaciones de Drumann, por el contrario, son un testimonio clásico de la completa revolución realizada en las valoraciones por la historiografía político-realista después de 1848.

Drumann criticaba a Cicerón únicamente desde el punto de vista de la moral privada. El abogado romano tiene en ella una mala nota porque se puede comprobar entre su vida y sus escritos contradicciones que harían pensar en un carácter ambiguo. A Drumann no le preocupa que Cicerón no estuviera a la altura de las circunstancias como estadista. La analogía con Mommsen se limita a esto: que la censura escolar de Drumann no retrocede ni aún delante de Cicerón, el ídolo de los clasicistas. Pero no se descubre en él la menor traza del juicio político de Mommsen. Su doctrinarismo político está señalado de antemano por el título de su manual genealógico (considerado erróneamente como una historia). Drumann no vió en la fundación del principado más que un simple cambio de constitución, algo así como una nueva carta, Luis Felipe en lugar de Carlos X. (Una nueva edición de su *Historia*, que en más de un aspecto es indispensable como libro de consulta, apareció en 1899 bajo la dirección de Gröbe).

IV

LA TRANSFORMACIÓN DE LA HISTORIA CONSTITUCIONAL EN FRANCIA BAJO LA INFLUENCIA DEL MOVIMIENTO SOCIAL

1. CONSIDERACIONES GENERALES

El modo analítico de la historia política y constitucional en Francia, que se remonta a Voltaire y a Montesquieu y que, en el período del liberalismo, había tenido a Guizot como su mejor representante, había sido esencialmente ampliado bajo la influencia del año 1848 y del movimiento social que entonces comenzaba. Los problemas de política formal (democracia o aristocracia, absolutismo o constitucionalismo) perdieron importancia. El funcionamiento seguro de la administración pareció más necesario que la satisfacción de deseos concernientes al derecho constitucional. Preocupaba más la esencia íntima de un régimen que su forma exterior. La historia colocó en primer plano las modificaciones de las condiciones económicas del pueblo e investigó preferentemente sus relaciones con las instituciones políticas. La importancia histórica de las ideas y de los principios no fué cotizada tan alto como antes.

La nueva escuela constitucional francesa realizó su concepción histórica y social más plenamente que la escuela de Sybel. Los investigadores estaban más especializados que sus contemporáneos alemanes y por consiguiente prestaron mayores servicios en su desempeño. Eran más independientes en su trabajo científico y estaban menos sujetos a tendencias políticas. Pero esas ventajas estaban compensadas por el hecho de que no tenían en cuenta más que ciertos factores políticos. Consideraban la historia interna de un pueblo como un tema que podía ser tratado aparte. Como todos los liberales, como casi todos los autores franceses e ingleses que escribieron anteriormente a 1870 no apreciaban en su justo valor la influencia de las condiciones de eficacia internacional y de la organización militar. Los historiadores alemanes de la escuela nacional liberal tampoco estaban exentos de este defecto. No sin razón se le hace el mismo reproche a Mommsen. Pero en general la historiografía de los *Kleindeutschen* no olvidó las lecciones que se desprendían de las obras de Ranke y de Droysen. Nunca aislaron la historia interna de un Estado tan artificialmente como los franceses o Green. Nunca dejaron de considerar que el fin de la organización política es la defensa exterior tanto o tal vez más, que la administración interior.

La transición de la concepción antigua a la nueva está señalada de manera clarísima por las obras de Tocqueville.

2. TOCQUEVILLE

Alejandro de Tocqueville, nacido en 1806 en Verneuil, en 1827 nombrado "juez auditor" en el tribunal de Versailles; en 1831 y 1832 viaja a los Estados Unidos con la misión de estudiar el régimen de las prisiones; renuncia en 1832 a sus funciones, en 1839 elegido en la Cámara, en 1849 durante algunos meses fué ministro de Relaciones exteriores, se retira en 1851 de la vida pública; en 1841 miembro de la Academia francesa, muerto en 1859 en Cannes. Aquí figura sobre todo como autor de *L' Ancien régime et la Revolution,* obra inconclusa, pues sólo apareció el primer volumen en 1856. Hay también mucho de historia en los Souvenirs (1893) que pueden ser considerados como una historia de la revolución de Febrero, y en el célebre libro *La démocratie en Amérique,* 1835 a 1840. Además diferentes ensayos en las *Œuvres,* 1860 a 1866 (que no contienen todavía los Souvenirs).

Literatura: Jacques, *A. de Tocqueville,* 1786; d'Eichtal, *A. de Tocqueville et la démocratie libérale,* 1897; P. Marcel, *Essai politique sur A. de Tocqueville,* 1910 (tesis de París). Cf. además la correspondencia entre Tocqueville y Gobineau editada por L. Schemann, 1908 (el resto de la correspondencia está publicada en sus *Œuvres*).

Tocqueville era jurista de nacimiento de la escuela de Montesquieu. Las investigaciones de su primera gran obra parten, a la manera del doctrinarismo antiguo, de la forma exterior del gobierno. En un libro sobre la *Démocratie en Amérique,* trató su tema con más cuidado y penetración que Montesquieu. Pero en principio no se separó del camino seguido por su antecesor. La Revolución de Febrero, como lo demuestra con un relieve extraordinario en sus *Souvenirs,* le dió conciencia por primera vez, de la importancia del movimiento social.

Sus escritos históricos fueron más profundos. Lo que no había sido más que un trabajo secundario se convirtió en principal. Había investigado hasta qué punto la democracia americana reposaba en principios particulares: ahora sondeaba los principios mismos. Más allá del problema constitucional formal, abarcó con una mirada la estructura de todo el cuerpo gubernativo, y aún del pueblo entero. El penúltimo capítulo de su libro se titula: *Cómo una gran renovación administrativa había precedido la revolución política.*

La obra de Tocqueville sobre la Revolución Francesa quedó desgraciadamente reducida al volumen de la introducción. Hay pocos casos en la historiografía en que cabe hablar como aquí de una pérdida irreparable. Sólo Fustel de Coulanges hubiera podido continuar con el mismo espíritu la historia del *Ancien régimen* de Tocqueville. Pero ni siquiera pudo continuar sus Instituciones más allá de la época franca, y con menos razón hubiera llegado a tratar la historia de la Revolución.

El *Ancien régime* de Tocqueville tiene una importancia que sobrepasa su tema especial. Antes que él nadie había penetrado tan profun-

damente la esencia ni reconocido tan claramente bajo las formas exteriores cambiantes el núcleo permanente, la continuidad histórica. Románticos y liberales habían considerado la Revolución Francesa, casi sin excepción, como una ruptura completa con el pasado. Y he aquí que por este mismo ejemplo se demostraba la imposibilidad de sostener la teoría catastrófica. Tocqueville señaló que en muchos aspectos la revolución no hacía más que terminar o continuar un desarrollo que había comenzado mucho antes, y sancionar un estado de cosas que, bajo otro nombre, se había formado ya antes del año 89. Dió el primer libro verdaderamente filosófico sobre la historia política, enseñó a discernir bajo los fenómenos exteriores la esencia íntima de las cosas, a ver un encadenamiento allí donde la mirada velada del pragmatista o del doctrinario político, creía encontrar oposiciones inconciliables. Y esto sin caer, como Hegel en maquinaciones dialécticas.

Tocqueville no creó para sus necesidades una forma nueva y original. Para algunos detalles se volvió hacia Montesquieu y Guizot. Pero en lugar de las consideraciones sobre la historia de sus antecesores, hizo una verdadera exposición histórica. No bajo la forma de un relato, sino bajo la de un análisis. De otra manera no hubiera podido expresar tan claramente su concepción. Cuando se coloca en primer plano el relato de los acontecimientos exteriores, se tiende a dar más importancia a los períodos exteriormente agitados que a aquellos en que se ha gozado de una calma aparente. Tocqueville había roto con la idea superficial de que en oposición a las épocas revolucionarias había otras de estancamiento absoluto: no podía pues, para ser consecuente, disponer su historia ni como narración, ni en cuadros de la situación. La mayor parte de los otros historiadores, tentaron, en situación semejante una transacción: relataron primero y pintaron luego. Tocqueville no quedó en eso, sino que sacó las consecuencias de sus premisas. Su exposición genial considera a las fuerzas profundas y lentas tanto como a los movimientos más violentos, aunque menos duraderos, que modifican el desarrollo. Lo que más lo aleja de los antiguos historiadores de la civilización es que siempre distingue el tiempo y el lugar. No veía en el antiguo régimen un Estado por largo tiempo inmutable, pero mostraba que en el siglo XVIII también el gobierno francés se modificaba continuamente, tenía una verdadera historia.

Las deducciones abstractas de la antigua historiografía están reemplazadas por ideas concretas y precisas. Tocqueville no habla ya del pueblo, de la nobleza, de la realeza; distingue las clases y los rangos. Se ocupó más bien de la posición social de las clases que de sus derechos políticos formales. Una inteligencia política agudizada y profundos estudios especulativos se unían a un conocimiento exacto de los problemas del mundo. ¡Con qué admirable nitidez y mesura reconoce lo que más tarde fué llamado el espíritu clásico; así como su

importancia política! ¡Con qué cuidado evita las generalizaciones excesivas!

En su estilo Tocqueville renunció a todos los adornos exteriores. No adopta ni el tono profético de los románticos, ni la petulancia de periodista de los liberales. Las cualidades que distinguen su elocución no son el fruto de intenciones artísticas. La expresión es vigorosa y viva, porque el autor habla de un tema en el que es verdadero maestro, y sobre el que ha meditado profundamente. Abandona toda retórica. No quiere ni cautivar a los indiferentes ni persuadir a los adversarios políticos. Sólo lo impulsa el ardor de conocer. No existe quizá otro historiador que haya observado su asunto no sólo exteriormente sino interiormente, de una manera objetiva. Ranke se abstenía también de hacer alusiones directas en las luchas políticas del presente. Pero no había renunciado sin embargo a ejercer por medio de la historia una acción sobre ellas y conducir a sus contemporáneos confundidos por órdenes políticas a una más justa apreciación de los problemas públicos que debían inspirarles apreciaciones históricas más profundas. Tocqueville se sentía tan aislado en su época y en su país que no pensaba en la posibilidad de ejercer ninguna influencia con sus ideas. Cuando escribió su historia, se había retirado para siempre de la actividad. Los conocimientos históricos tenían para él su fin en sí mismos. Una calma filosófica domina su obra. El tono de la tribuna está desterrado de ella. La forma de expresión es antigua, y sin embargo todo está lleno de vida. Se siente que el hombre que habla abarcó la realidad con una mirada firme, y que sus pensamientos son de primer orden. Se trata de un hombre distinguido con el que entramos en contacto de inmediato.

Tocqueville estaba firmemente convencido de que una providencia divina dirigía los destinos de los hombres. Pero despojaba a esta idea de todos sus rasgos groseramente antropomórficos. Para él la Divinidad no intervenía directamente sino por intermedio de causas naturales. Su fe no opuso obstáculos a sus investigaciones científicas. Ella le proporciona por el contrario el medio de contemplar los acontecimientos desde un observatorio más elevado. La revolución y sus consecuencias no le parecían menos la obra de Dios que la monarquía feudal.

3. FUSTEL DE COULANGES

Numa Denys Fustel de Coulanges, nacido en 1830 en París, historiador y filólogo, en 1853 estuvo en Grecia como alumno de la Escuela de Atenas, en 1885 profesor del Liceo de Amiens, en 1860 fué llamado a la Facultad de Letras de Estrasburgo como profesor de letras, en 1870 fué a la Escuela Normal de París, en 1875 reemplaza a Geoffroy en la cátedra de historia antigua de la Sorbona, de 1880 a 1882 director de la Escuela Normal, muerto en 1889 en Massy. Cabe en nuestro estudio por sus dos obras principales: *La cité antique* (1864) y la *Histoire des institutions politiques de la ancienne France*. La primera parte de esta última (*L'empire romain, les germains, la royauté mérovingienne*) apareció en 1874;

en la tercera edición la desarrolló en tres volúmenes, *La Gaule romaine, L' invasion germanique et la fin de l'empire,* y *La momarchie franque* (1888 a 1891). A este segundo arreglo siguieron los volúmenes: *L' alleu et le domaine rural pendant l'époque mérovingienne* (1889), *Les origines du système féodal* (1890) y *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne* (1892; los dos últimos volúmenes publicados después de la muerte de Fustel por C. Julian). Las disertaciones con las que Fustel defendió las opiniones sostenidas en las *Institutions* están reunidas en las *Recherches sur quelques problémes d'histoire* (1885) y las *Nouvelles recherches* (1891); trabajos de juventud y artículos varios en las *Questions historiques* (1893). Cf. además los *Fragments* publicados por Berr en la *Revue de Synthèse historique* II (1901), 241 ss.; III, 98 ss. IV (1903), 116 ss. Bibliografía al final de su biografía por P. Guiraud (1896). La mejor crítica y caracterización ha sido hecha por Ch. Seignobos en la *Histoire de la langue et de la littérature françaises* editada por Petit de Julleville, VIII (1899), 279 ss. Cf. además F. Kehr en *Hist. Ztsch.* 71 (1893), 144 ss.; G. Monod, *Portraits et souvenirs,* 1897. D'Arbois de Jubainville *Deux manières d'écrire l'histoire, critique de Bossuet, Thierry et Fustel de Coulanges,* 1896. E. Champion, *Les idées politiques et religieuses de Fustel de Coulanges,* 1903 (folleto). A. Sorel, *Notes et portraites* (1903) 3 ss.

Eruditos alemanes han dejado entrever que la tesis fundamental de Fustel estaría relacionada con la idea de desquite. Les opondremos ante todo el testimonio de Monod (14 s.). Recorrió las notas de los cursos redactados por Fustel de 1861 a 1868 en Estrasburgo y descubrió que, antes de 1870, Fustel ya formulaba su teoría sobre el carácter romano del sistema de gobierno merovingio, en la misma forma que lo haría más tarde.

Fustel historiador social.

Fustel de Coulanges invocó frecuentemente a Tocqueville y a Guizot como maestros. Superó a ambos ampliamente. No sólo era superior a ellos como erudito, sino más independiente aún que Tocqueville en lo que respecta a las teorías ideológicas y a las luchas políticas de la época de la Restauración. Tocqueville había descartado en gran parte las abstracciones doctrinarias del liberalismo, pero no se había desembarazado completamente de ellas. En su obra muchos puntos recuerdan el dogmatismo de la vieja escuela. Señala la transición a la nueva tendencia aunque no pertenece a ella por completo. Sólo a una generación más joven le era posible ir más lejos; Fustel fué el primero en romper, con las viejas concepciones.

Como Mommsen, Fustel colocó la historia interna del Estado en el centro de su exposición. Pero comprendió su tarea de manera distinta que su contemporáneo alemán. No había sido formado por la jurisprudencia y estaba menos dispuesto a tomar las ficciones jurídicas como personas activas o a mirar la constitución y la administración del Estado como organismos independientes. Prefería reconstruir el Estado y la constitución por los cimientos, derivarlos de la creencia popular o de las condiciones sociales. La organización estatal no representa para él la fuerza motriz; ella no es más que el producto de las condiciones y de las ideas sociales.

De lo que resulta naturalmente que él renunció a la crítica política en el sentido de Mommsen. Cuando se consideran como primer agente de

la historia los grandes cambios en la creencia del pueblo o en las condiciones sociales no se puede tomar en serio a los políticos, cuyos hechos y gestos no tocan sino la superficie de la vida política. ¿Por qué censurarlos entonces? ¿Y las fuerzas que actúan en las profundidades no se encuentran substraídas a todos los procedimientos de educación? Que se sienta o no su acción, en todos los casos el individuo es impotente frente a ellas. Fustel, más rigurosamente aún que Tocqueville analizó las transformaciones de una constitución como si hubiera tenido que seguir un proceso de transformación en la naturaleza inanimada. No juzga, trata solamente de explicar, de poner al desnudo los resortes ocultos del movimiento, y de hacer derivar de ellos los hechos históricos. Evidentemente se pueden discutir en detalle sus ensayos de interpretación. Puede dudarse que el culto de los muertos haya tenido para la historia de los municipios antiguos, la importancia única que le atribuye Fustel. Pero ello no desmerece en nada el valor de su *Cité antique*. Se la ha comparado a las antiguas exposiciones de la historia de Atenas. Conservadores y liberales, tories y radicales habían elegido este tema como campo cercado para sus luchas. Sus juicios reposaban sobre una idea común preconcebida: saber que el curso tomado por el desenvolvimiento que expone la historia se debía a ciertos estadistas o a tales grupos de partidos. Fustel trató de probar que la democratización de la constitución no se debía al capricho de algunos demagogos, sino a una necesidad histórica. El abandono de los artículos de fe sobre los que reposaba el antiguo Estado representaba un cambio en la constitución política. Lo mismo en su otra obra. No es la legislación fiscal defectuosa de los emperadores romanos la que produjo la caída del imperio (como habían pretendido los liberales); no son las medidas de la administración imperial las que encaminaron al sistema feudal; no es una simple intriga de palacio la que le dió la corona a los carolingios. Las transformaciones de las condiciones sociales engendraron por sí mismas nuevas instituciones políticas. El poderío territorial de la casa carolingia era superior a la de los merovingios, la supremacía política debía corresponderles normalmente; les pertenecía antes que hubieran alcanzado el título de rey.

Su oposición a las teorías del Romanticismo.

Puede decirse que el Romanticismo ya había realizado una tentativa análoga. Había sostenido que las instituciones políticas no podían ser creadas intencionalmente por los individuos. Eso es verdad. Hay una aparente analogía entre Fustel y los románticos. Pero solamente aparente. En primer lugar, está completamente libre de las tendencias conservadoras y reaccionarias del Romanticismo. Y además, allí donde la interpretación individualista fracasaba, no intentó recurrir a las fuerzas misteriosas e indemostrables. Por el contrario, toda su historiografía está do-

minada por la oposición que, según él, se debía hacer, por razones científicas, al hábito anti-histórico de hipostasiar y generalizar los conceptos modernos. Ante todo el concepto de nacionalidad, que los románticos transportaban fácilmente de las luchas nacionales contemporáneas a la historia del pasado. Así, Fustel fué llevado al extremo de no admitir como actuantes en la historia, sino las fuerzas que podían probarse directamente por los testimonios del pasado, por los textos. Eliminaba en forma racial los axiomas históricos. Tanto los modernos como los románticos. Evitaba establecer paralelos etnográficos, y sostener por ejemplo la teoría de que todos los pueblos deben recorrer ciertos grados de civilización o de derecho. "Hay —decía— una filosofía y una historia, pero no existe una filosofía de la historia".

Las potencias que Fustel coloca en lugar de las fuerzas místicas del Romanticismo ¿son capaces de explicar tan completamente como creía, el curso de la historia? Puede dudarse de ello. Su mayor falla era la simplificación. Subordinaba demasiado fácilmente las relaciones complicadas a una tesis única. Veía una línea simple donde se encontraban varias curvas. Pero una cosa es segura: no pidió explicaciones a construcciones imaginarias, sino a fuerzas reales, y si sus tesis dejaron algunos puntos de lado, pusieron siempre de relieve una parte de las condiciones en las que es necesario buscar la causa profunda de las vicisitudes históricas.

Fustel representaba como Mommsen la oposición realista al doctrinarismo ideológico del romanticismo y del liberalismo. Antes se había hablado mucho de la influencia histórica de las ideas filosóficas y religiosas. Fustel concedió menos importancia a los productos de la especulación teológica que a las imaginaciones concretas y supersticiosas que reinaban en las masas. En la formación del Estado franco se complació en ver la acción de las ideas germánicas. Fustel hizo conscientemente abstracción de los principios e hizo surgir el desenvolvimiento histórico únicamente de la realidad de las condiciones sociales. Paralelamente se desarrollaba una interpretación realista de las fuentes desconocidas hasta entonces. Fustel no se dejó deslumbrar por el prestigio romántico de la antigüedad. Partía de la suposición de que cada expresión de las fuentes tenía un sentido preciso que designaba algo real. Si aparentemente subsisten contradicciones, ello se debía a que no habíamos comprendido el sentido de las frases.

Naturalmente, otros han practicado este método. Pero nadie lo aplicó tan ingeniosamente. Las admirables disgresiones de Fustel sobre el sentido exacto de las expresiones en apariencia simples, por ejemplo en Gregorio de Tours, son verdaderos modelos de interpretación histórica. Es de desear que alguna vez se haga un índice de las mismas.

Su crítica defectuosa de las fuentes. En sus trabajos históricos Fustel no tenía ningún pensamiento preconcebido de publicista. La verdad histórica, a la que aspiraba con un fervor verdaderamente religioso, estaba demasiado alto en su estima, para que pudiera poner su culto al servicio de un partido del momento. Trataba de conservar la historia libre de todas las imaginaciones modernas. Esto tuvo consecuencias peligrosas para su crítica de textos. Con el arbitrio de las modernas construcciones tendenciosas, descartó la crítica filológica y diplomática de las fuentes. Los textos, es decir las crónicas y los documentos contemporáneos que tenía ante sus ojos, impresos, le parecían los únicos testimonios históricos seguros. Las deducciones que escapaban a esos testimonios, que sólo se apoyaban sobre hipótesis críticas, le parecían violentar la verdad y agregar fantasías objetivas en lugar de la única autoridad indudable. Leía y meditaba sus fuentes infatigablemente; se ha dicho con razón que como lector de textos ningún investigador se le podía comparar. Pero mientras tanto descuidaba los resultados provechosos del método filológico y crítico. No pensaba examinar sistematicamente la autenticidad de los documentos que citaba. Ordinariamente descuidaba aclarar, por investigaciones personales, el origen y la credulidad de sus fuentes narrativas. La *Citê antique* sobre todo, encierra sorprendentes ejemplos de un uso ingenuo de las fuentes. El ornato que la retórica procuraba a Dionisio de Halicarnaso tenía para Fustel el valor de testimonios históricos. Cometió errores similares aunque menos graves en las *Institutions*. Prestaba tanta fe a las leyendas de Fredegario como a las partes de Gregorio de Tours que tienen el carácter de Memorias. Lo mismo que Taine, consideraba las declaraciones de las fuentes históricas como hechos y no reflexionaba que no son otra cosa (los documentos mismos), que relaciones más o menos honestas de incidentes reales o pretendidos. La sana y muy justificada repugnancia que Fustel sentía por los sistemas tendenciosos lo llevó al otro extremo. Según él, el historiador debe interpretar no criticar sus documentos. Puede generalizar los hechos que surjan de las fuentes; no debe introducir en la historia concepciones de las que no se hable directamente en las fuentes. Era la última vez que un gran historiador presentaba una oposición semejante al método de Niebuhr.

Agreguemos que Fustel se limitaba en general a la tradición consignada por la escritura. No tuvo en cuenta los testimonios de los monumentos. Sólo por excepción trató de sacar conclusiones de las monedas, de los catastros, de los nombres de lugares, etc.

La forma y el estilo. Fustel, por la forma de sus obras se relaciona con Tocqueville. La narración se esfuma casi totalmente detrás del análisis. Se podría decir que esta forma estaba dada por el tema, que no se podía escribir en otra forma una historia de las

instituciones. Pero hablando así olvidaríamos que Fustel nos ofrece más que una historia de la organización política. Trata la historia del Estado en su totalidad, las condiciones sociales y políticas en general. La historia interna no es considerada únicamente desde el punto de vista de la organización del Estado.

El estilo recuerda también a Tocqueville. Pero de los dos, Fustel es el más escritor. Está exento de la distinción un poco fría de su modelo. Renuncia a todos los efectos de retórica. Su estilo, admirablemente enérgico y viril, no dice más que lo justo.

No le interesaba el relieve exterior y no hizo ninguna concesión al concepto romántico de la historia. En cambio, supo reproducir como muy pocos historiadores la vida interior del organismo social en toda su realidad. Una parte se ajusta a la otra; el autor no cae nunca en el tono del coleccionista erudito. Su exposición es hermosa como una obra maestra de técnica cuya construcción no ha sido dirigida más que por razones de adecuación al fin. ¡Qué distinta es la simple objetividad de este estilo, a la dicción patética de la historia tendenciosa! Justamente porque Fustel evitó adornar su estilo con innecesarios oropeles filosóficos, se desprende de sus libros una acción sólo comparable a la de las grandes obras filosóficas. De la apariencia hemos sido conducidos a la realidad. La mano del pensador levanta una parte del velo que nos roba la verdadera naturaleza de lo real. Todo eso puede tomarse por una visión subjetiva, pero ¿sucede lo contrario en los grandes sistemas filosóficos? ¿No se considera a cada uno como parte de la verdad? ¿No dispensamos nuestra mayor estima a aquellos que, en un punto por lo menos, nos abrieron una perspectiva más profunda que la que permiten los ojos corrientes?

4. MAITLAND

Un historiados inglés del derecho, íntimamente relacionado con Fustel, fué William MAITLAND, nacido en 1856 en Londres, jurista, en 1884 profesor de derecho inglés en Cambridge, en 1888 elegido para ocupar la cátedra de Downing para el derecho inglés, muerto en 1906 en Las Palmas en las Islas Canarias. Su campo de trabajo era menos vasto que el del historiador francés ya que se limitaba a la historia del derecho inglés. Pero como historiador de la constitución no adoptaba frente a las teorías en voga (de Stubbs sobre todo) otra actitud que la tomada por Fustel frente a las de Waitz, por ejemplo. Rechazaba tanto como el francés las construcciones ideológicas abstractas, las conclusiones en la historia de concepciones y tendencias modernas. Como Fustel, estaba en condiciones de sustituir las teorías aparentemente profundas pero ajenas a la realidad con un encadenamiento causal, sobrio y positivo. Los sistemas políticos carecían de valor para él: prefería atenerse a las condiciones de hecho. Mostraba con una alegría maligna y un gracejo

exquisito como las necesidades prácticas habían triunfado de la lógica jurídica y de las ficciones del derecho. Declaraba con insistencia que la importancia efectiva de una institución, no correspondía a la fórmula jurídica que la expresaba teóricamente.

Maitland era como Fustel un *religious historian,* un investigador que no ponía nada por encima de la verdad histórica. Estaba completamente desprovisto de los prejuicios nacionalistas de los germanizantes (Stubbs, Freemen). Stubbs había juzgado a la Iglesia de Inglaterra en la Edad Media desde el punto de vista del *Church Establishment* de acuerdo a la Reforma; Maitland, que no pertenecía personalmente a ningún partido eclesiástico, escribió contra este ensayo tendencioso de *antidater l'anglicanisme* su *Canon Law in the Church of England* (1898) que abría una brecha en la concepción oficial de la Iglesia. Se aplicaba más a reconocer tal desarrollo en toda su originalidad que a deducir de una teoría las consecuencias generales. La interpretación sagaz y precisa era para él, como para Fustel, el punto de partida de sus investigaciones. Hecho característico, no desdeñó componer una gramática de la lengua jurídica normanda.

Sus principales obras de exposición (al lado de muchas ediciones que se refieren a la historia del derecho) : *History of English Law up to the time of Edward I* (en colaboración con F. Pollock) 1895; *Domesday Book and Beyond* (tres ensayos) 1897; *Roman Canon Law* (ver más arriba). Después de su muerte aparecieron los cursos siguientes: *The constitutional History of England* edición Fisher 1908. *Lectures on Equity,* edición E. J. Whittaker, 1909. Maitland escribió además la biografía de L. Stephen (1906) y los capítulos sobre la historia eclesiástica de Inglaterra y Escocia en la segunda mitad del siglo XVII, en la *Cambridge Modern History.* Pequeños artículos recogidos bajo el título: *The Collected Papers of F. W. Maitland,* ed. H. A. L. Fischer, 1911. Fué el fundador de la *Selden Society* (1887). Lista de sus escritos en A. L. Smith: *F. W. Maitland. Two Lectures* (1908)). Como característica, cf. sobre todo la necrología de P. Vinogradoff en *Engl. Hist. Rev. XXII* (1907), 280 ss. Literatura más extensa catalogada al final de la biografía compuesta por H. A. L. Fischer, *F. W. Maitland* (1910).

Luego, el Rev. Arthur Ogle en *The Canon Law in Medieval England,* 1912, se opuso a la argumentación de Maitland en su *Roman Canon Law.*

V

LA HISTORIA NO POLÍTICA DE LA CIVILIZACIÓN EN ALEMANIA

1. CONSIDERACIONES GENERALES

Hemos señalado en los capítulos anteriores cómo la historiografía fué influenciada por el movimiento social del año 40 que encontró su más neta expresión en la Revolución de Febrero y sus consecuencias. Como hemos visto, ésta hizo reconocer, por un lado, la necesidad de un Estado fuerte dando por ello la historiografía liberal un rasgo conservador e imperialista; por otro lado hizo valorar como factores de fuerza política a las clases inferiores excluídas hasta entonces de una participación directa en la política. Tendencias sociales conservadoras reemplazaron a las ideas constitucionales o absolutistas.

Como era natural, ese movimiento no hizo sino ampliar y transformar la antigua historiografía política. También en Alemania. Pero junto con ello ese país vió nacer una importante innovación, una escuela que no se contentaba con investigar la acción de las condiciones sociales y de las clases bajas sobre el desarrollo político, sino que tomó exclusivamente como objeto de la historia la vida social y espiritual de los pueblos, es decir de las clases que no tenían una parte directa en el gobierno. Surgió así una nueva historia de la civilización que sólo tenía de común con la antigua el nombre.

Los anteriores historiadores de la civilización habían tratado de librarse de las consideraciones exclusivamente políticas y habían afirmado que las fuerzas y las ideas morales tenían tanta importancia en el desarrollo de la humanidad como la acción de los estadistas y de los generales. Pero ellos sólo tendían a completar y profundizar la concepción anterior de la historia, no a descartar completamente los acontecimientos políticos incluídos hasta entonces en la historia. Ni Herder ni Guizot excluían la historia del Estado o de la Iglesia en sus exposiciones sobre la historia de la civilización. Trataban de motivarla de distinta manera a lo que era habitual, de conducirla hacia causas no políticas que no se habían considerado; pero no hubo cambio esencial en el objeto de la historiografía. En ocasiones el Romanticismo lo había intentado. Sobre todo en Alemania, donde por razones fáciles de comprender la nacionalidad se cotizaba más alta que el Estado, algunos historiadores habían procedido como si en el estudio de un pueblo se pudiera hacer abstracción de su organización política y eclesiástica. La excesiva admiración nacida en Inglaterra en el siglo XVIII por todo lo que fuera popular,

no había encontrado en ninguna otra parte tantos adherentes como en Alemania ¿qué erudito persiguió todo lo que pertenece al terruño, todo lo antiguo, lo que tiene un sello de ingenuidad popular con tanto respeto, parcialidad y perseverancia, como Jacobo Grimm? Pero desde luego la historiografía había sacado poco provecho de esos esfuerzos. Los estudios especiales de los folkloristas estaban tan alejados de la historia de los Estados (que hasta entonces había constituído el tema específico de la historia) que dichos estudios pudieron renovar la historia del arte y de la literatura, pero no la de la civilización.

La iniciativa de románticos aislados no se cumplió sino después de 1848. La historia de la civilización se desprendió del Estado. En lo sucesivo sólo tomó su asunto de la vida no política de las clases excluídas del gobierno en el Estado y en la Iglesia. Pintó preferentemente los interiores históricos (*Historische Stilleben,* título de un capítulo de Riehl en *Kulturstudien aus drei Jahrhunderten,* 1859). Glorificó al pueblo satisfecho, fielmente sujeto a sus buenos hábitos después de la experiencia que se había realizado sobre el peligro de iluminar y despabilar a las clases inferiores con medidas liberales.

La nueva tendencia extrajo sus principios fundamentales casi exclusivamente de la especulación romántica. Trató de concebirla más sobriamente y de una manera más realista; pero no realizó cambios esenciales en los dogmas del Romanticismo. Sobre todo en lo que se refiere a la fe en la inmutabilidad del carácter nacional. Tuvo en cuenta las particularidades nacionales como las grandezas históricas positivas. No se le ocurrió investigar si ellas eran únicamente los síntomas de ciertos grados de desarrollo o de ciertas condiciones de vida. No debe buscarse en sus premisas de filosofía de la historia la importancia de la nueva historia de la civilización, sino únicamente en su programa político.

El mejor juicio sobre la antigua historia de la civilización se encuentra aún en F. Jodl en su obra: *Die Kulturgeschichtschreibung, ihre Entwicklung und ihr Problem* 1878.

2. RIEHL

Wilhelm Heinrich RIEHL nació en 1823 en Biebrich sobre el Rin, fué primero periodista, en 1854 profesor de *Staats-und Kameralwissenschaft* en Munich, en 1859 de historia de la literatura, en 1885 director del Museo Nacional de Bavarois, murió en 1897. Lo consideraremos aquí como autor de obras de política social: *Die burgerliche Gesellschaft* 1851; *Land und Leute* 1853; *Die Familie* 1853; *Kulturstudien aus drei Jahrhunderten* 1859 (muy aumentadas en las ediciones posteriores). Cf. H. Simonsfeld, *W. H. Riehl als Kulturhistoriker* (discurso de circunstanscias) 1898. Gothein en los *Preussische Jahrbücher,* 1898, de abril.

Riehl habla de las impresiones del año 1848 en la conclusión autobiográfica de sus *Religiöse Studien eines Weltkindes* (2ª adición 1894, p. 468); "El año 1848 fué decisivo para mí. Los espectáculos de cada día me iniciaron en la vida

política y social... Siempre había sido conservador, pero es el 48 el que hizo de mí un conservador consciente".

Un representante típico de esta escuela es su fundador Wilhelm Heinrich Riehl. Los cuadros trazados por Riehl en la *Historia natural del pueblo* no pertenecen propiamente a la historiografía. Pero el programa de la nueva tendencia en la historia de la civilización está trazado en ella con tanta claridad que no se puede pasar en silencio.

Riehl fué el primero en aislar completamente del Estado la historia de la civilización como historia completa de las costumbres y hábitos de los pueblos. Partía del conocimiento del pueblo que debía tener su centro en la idea de nación. La nación era para él el fondo primordial que sobrevive por largo tiempo a las variaciones de la vida política de los pueblos (*der Urgrund, der das wandelbare Staatsleben der Völher weit überdauert*). No sólo quería penetrar más que el liberalismo en la vida del pueblo; no sólo quería mostrar que junto a las clases interesadas en la lucha del absolutismo y el parlamentarismo había capas del pueblo cuyas necesidades no habían sido tenidas en cuenta, ni teóricamente por la doctrina política, ni prácticamente por la burocracia que sólo conocía sus cuadros. Iba más lejos. Contrariamente a los historiadores liberales, consideraba secundaria la historia política propiamente dicha, la aparición y las transformaciones de la organización administrativa y militar. Como historiador de la civilización, no estimaba más que a los humildes, a los pequeños paisanos y a los pequeños burgueses de otros tiempos, dedicados con satisfacción a su trabajo. No consideraba a la historia política distinta de la historia de la música. No revelaba en ésta, como en aquélla sino la música burguesa (*Hausmusik,* de fines del siglo XVIII y principios del XIX).

Por ello, sólo comprendía realmente un solo período, el idilio patriarcal tal como se lo imaginaba en la Alemania del siglo XVIII. Era insuficiente para la Edad Media y en general para todas las épocas donde los bienes de la vida estaban asegurados por una lucha valiente y una gran resistencia. Su ideal social supone un Estado capaz de defender su existencia en el exterior y en lo interno, sin explotar las fuerzas militares y económicas del pueblo. Riehl no se equivocaba cuando veía que varios pequeños Estados Alemanes del siglo XVIII llenaban esas condiciones. Pero se engañaba completamente cuando quería explicar esta situación excepcional, no por las condiciones políticas particulares del antiguo Imperio, sino por el carácter nacional de los alemanes. Era esquivar el verdadero problema histórico. Hábil como era para captar finamente los movimientos del alma del pueblo, para caracterizar con exactitud las provincias alemanas tal como existían en su época, era impotente para cumplir su tarea real, para explicar históricamente el origen y las variaciones de las particularidades de cada grupo de población. Les faltaba, a él y a su escuela, la inteligencia de las condiciones efectivas de la vida política y económica. Al rechazar la estrechez del

método estadístico y naturalista, rechazó el método mismo y con él el análisis científico. Por los procedimientos de Riehl, se puede describir quizá la organización de una comunidad rural en el Estado patriarcal de los tiempos antiguos; pero es preciso renunciar a describir verdaderos Estados. Riehl —esto es característico— alababa a Möser y a Ritter, pero no seguía su ejemplo en su asociación genial de la historia social y de la descripción geográfica con el desenvolvimiento político. El suelo tiene en él mucha influencia sobre el carácter del pueblo, pero no sobre la historia política. No deja a la vida agrícola más que su especto bondadoso. No se había equivocado al llamarse un pintor de género la historia de la civilización (cf. *Kulturgeschichtliche Charakterköpfe,* 1891, p. 108).

La influencia de Riehl fué extremadamente bienhechora, pues los historiadores políticos o los economistas aprovecharon sus enseñanzas para completar su manera de ver generalmente demasiado política o económica. Riehl tenía, a pesar de su diletantismo, la ventaja de hablar con conocimiento de causa; conocía en sus menudos detalles la vida popular de una gran parte de Alemania central y meridional. Pero al copiarla, un historiador se expondría a caer en un exclusivismo peor que el de los partidarios de la historiografía puramente política.

3. FREYTAG

Gustav FREYTAG nacido el 1816 en Kreuzburg, Silesia, muerto en 1895 en Wiesbaden, escribió para los *Grenzboten* sus *Bilder aus der deutschen Vergangenheit,* que aparecieron en forma de libro en 1859-1862. Los volúmenes sobre los tiempos posteriores a la Reforma fueron escritos primero; el volumen sobre la Edad Media fué agregado después (1867).

Cf. la autobiografía *Erinnerungen aus meinem Leben* 1887. G. Steinhausen, *Freytags Bedeutung für die Geschichtswissenschaft* en la *Zeitschr. f. Kulturgesch.* III (1896), 1 ss. y *Fr., Burckhardt, Riehl und ihre Auffassung der Kulturgeschichte,* en las *Neue Jahrbücher für das klass. Altertum.* I (1898), 448 ss.; H. Lindau, *G. Freytag* 1907; G. Schridde, *G. Fs Kultur und Geschichtspsychologie* 1910. J. v. Eckardt, *Lebenserinnerungen* I (1910), 63 ss.

Cf. además la biografía de Karl Mathy (1870; los *Vermischte Aufsätze aus den Jahren 1848 bis 1894* publicado por E. Elster 1901 ss., la *Correspondencia* con Treitschke (ed. Dove 1900) y la que mantuvo con el duque Ernesto de Coburgo 1853 a 1893 (ed. Tempeltey 1904).

Las tendencias políticas y nacionales de Freytag.

Riehl fué muy sensible a los acontecimientos sociales de su época; pero era único en su generación para el papel de hombre de pueblo. Se inquietaba poco por los ideales de la burguesía contemporánea. Estaba reservado a otro historiador de la civilización el representar las tendencias nacionales liberales de la historiografía *kleindeutsch.*

No sin razón se ha comparado a Freytag con Sybel y Häusser como educador del sentimiento nacional. Él también perseguía la utopía de un Estado alemán nacional y liberal a la vez. Pero las con-

diciones liberales que proponía al Estado nacional eran de naturaleza social más que política y militar. Sostenía exclusivamente las aspiraciones de la burguesía (no política) comerciante y acomodada. Su medio de propaganda para la política nacional era considerar de una manera curiosa la habilidad y la solidez en los negocios como una cualidad específicamente alemana. Nunca olvidó las impresiones de su juventud, que había pasado en la frontera entre poblaciones eslavas y germánicas. Generalizó el contraste que entonces había observado muy de cerca entre la cultura de la pequeña burguesía alemana y el desorden polonés. Para él dos potencias están en pugna: de un lado el germanismo y la burguesía, del otro el eslavismo y la nobleza. Toda la luz aparece de un solo lado. La tarea del Estado es procurar la prosperidad de la burguesía; Prusia es alabada ante todo por haber abierto al germanismo activo e industrial nuevos territorios con su colonización del este. La burguesía no sólo aspira a los derechos políticos; sino también a la igualdad social. A los ojos de Freytag, la plebe apenas existe. Demuestra por los agricultores una estimación teórica. La nobleza y el militarismo, los *Junker* son para él miembros harto inútiles del Estado.

Su dependencia del Romanticismo. Freytag era nacionalista, porque pensaba que un Estado nacional alemán, sólo podía elevarse sobre la base del pueblo, es decir de la burguesía comerciante. ¿Cómo podía realizarse en la realidad esta construcción que parte de abajo, del alma del pueblo alemán? Descuidó pensar en ello. En el fondo siempre quedó sumergido en las ideas antipolíticas del Romanticismo. No en vano él llegó a la historia de la civilización por la filología germánica. Como sus modelos transportó a la historia del pueblo alemán la idea de un desarrollo independiente tal como la historia de la lengua había señalado. Admitía que a la comunidad lingüística, que él llamaba el pueblo alemán eran inherentes desde su origen ciertas ideas (encomiables) que bien habían podido ser modificadas por influencias extranjeras, pero no esencialmente alteradas.

Hacía tan poco uso de la crítica como los románticos. La primera condición para una historia científica de la civilización nacional hubiera sido un conocimiento exacto, por lo menos, de la civilización de los pueblos vecinos: imposible de otro modo fijar las cualidades propias y la originalidad histórica relativa a su propia nación. Freytag no llenó sino muy imperfectamente esta condición. Como viva representación sólo contaba con un pequeño rincón eslavo, conocía muy poco las naciones latinas y anglo-sajonas. Por lo tanto reivindicó sin reflexionar ciertas buenas cualidades como exclusivas de su pueblo y aisló de una manera inadmisible la historia del alma popular alemana en la historia de la civilización europea y universal. No se tomó el trabajo de averiguar si las virtudes consideradas por él como específicamente alemanas

no eran el producto de ciertas condiciones económicas o de ciertas formas de organización política.

Quedaría siempre a Freytag el mérito de haber realizado lo que los románticos habían dejado como proyecto. Era necesario que la historia de la nacionalidad alemana se escribiera antes que se pudieran examinar científicamente las premisas que conducían al postulado del genio del pueblo (alemán). Pero no se pretenderá que haya dado un gran paso hacia adelante en comparación a sus predecesores.

La forma y el estilo. La forma que Freytag dió a sus composiciones sobre la historia de la civilización no era nueva en absoluto. Dejando hablar al pasado en su propio lenguaje, seguía el precepto romántico de color local. Quizá los *Récits des temps mérovingiens* de Thierry, obra perteneciente a la escuela de Walter Scott, le sirvieron de modelo. Sólo que fué más sobrio que los románticos. Distinguió más severamente la novela de la historia. Separó el relato en apoyo de las pruebas. No trató de dar a su estilo un tono arcaico y poético. Se subordinó al gusto prosaico de la burguesía ilustrada. Sólo introdujo en sus descripciones la cantidad de flores retóricas y de *pathos* nacional que ellas podían soportar. Su estilo fué voluntariamente incoloro porque las tiradas románticas habían pasado de moda.

Como innovación introdujo sin variantes en su texto una selección de fuentes escritas. No se negará que fué muy feliz en esa elección. Hizo accesibles al público alemán muchas cosas que antes sólo eran conocidas por la gente del oficio. Pero no se negará el peligro de este método. Hace pensar que las fuentes de la historia de la civilización podrían ser utilizadas en razón de su valor típico sin haber sufrido previamente en su origen y su tendencia un examen filosófico y crítico. Freytag mismo fué víctima más de una vez de autores dudosos ¿cómo esperar que el público leyera con suficiente espíritu crítico las fuentes que él ponía a su alcance? Es un error creer que los documentos de la historia de la civilización son particularmente fáciles de interpretar. Freytag era un buen vulgarizador. Pero sus *Bilder* no escaparon a los peligros que son propios a todos los ensayos de vulgarización.

4. JANSSEN

Johhnnes Janssen, nacido el 1829 en Xanten, fué primero teólogo, católico, después historiador, en 1854 *Privatdozent* de historia en la Academia de Munster, nombrado el mismo año profesor de historia para los alumnos católicos en el gimnasio de Francfort sur-le Mein, en 1860 fué ordenado sacerdote, murió en 1891 en Francfort. No nos pertenece más que como autor de la *Geschichte des deutschen Volkes* (desde el siglo XV) de 1876 a 1888. Inconclusa, llega solamente hasta el comienzo de la Guerra de treinta años, continuada más tarde por L. Pastor.

Biografía por L. Pastor 1892. Entre las críticas de las revistas especiales que provocó sobre todo el segundo volumen de la *Historia,* varias han sido reimpresas en colecciones de los ensayos históricos, la de H. Delbrüch bajo el título de *Die*

historische Methode des Ultramontanismus en sus *Historische und politische Aufsätze* 1887, p. 5 ss.; la de M. Lenz en sus *Kleine historische Schriften* 1910. Es también un estudio crítico el escrito independiente de M. Schwann *J. Janssen und die Geschichte der deutschen Reformation* 1893. Janssen mismo respondió a sus adversarios por los escritos *An meine Kritiker* 1882 y *Ein Zweites Wort an meine Kritiker* 1883. Entre los otros trabajos de Janssen nombraremos solamente su biografía de J. Friedrich Böhmer 1868; también *Schiller als Historiker* 1863.

La originalidad historiográfica de Janssen. La concepción romántica y nacionalista y el método anticrítico de la historia de la civilización en Alemania fueron puestos por Janssen, de una manera original, al servicio de tendencias confesionales.

Janssen era menos original en sus premisas que Freytag. Su entusiasmo por la Edad Media fuertemente teñido de sentimiento nacional alemán, su aversión por el derecho extranjero (romano) y el arte extranjero (el Renacimiento), su rara creencia que la Edad Media había sido la época de pleno florecimiento del genio alemán —todas esas cosas pertenecían desde hacía tiempo a los axiomas del Romanticismo alemán y haban sido, sin duda, trasmitidas a Janssen por Böhmer. El empleo de esos puntos de vista al servicio de la polémica católica tampoco era nuevo. Ya Ignacio de Döllinger, en su obra sobre *Die Reformation, ihre innere Entwicklung und ihre Wirkungen* (1840) había buscado establecer la tesis de que la Reforma había tenido por consecuencia una decadencia de las costumbres y de la cultura en Alemania. Si lo mismo que Döllinger, Janssen no había hecho más que repetir (agrandándolos) los argumentos de Bossuet, no merecería ser nombrado aquí, no tendría un lugar más que en una historia de la teología católica.

Janssen no puede aspirar a un lugar en la historia de la historiografía sino porque proporcionó una base histórica a la tesis de la polémica católica revestida de política nacional, tal como no se encuentra igual entre sus predecesores. Döllinger se mantuvo todavía en la capa dirigente, entre los humanistas y entre los reformistas. Janssen, que se sentía con orgullo un pequeño burgués, introdujo por primera vez al pueblo, a la gente común, en la historia de la Reforma alemana. La gran impresión que produjo su *Historia del pueblo alemán* (título significativo) más allá de los círculos teológicos interesados, proviene casi exclusivamente de esta innovación.

Las obras que daban el tono a la Reforma alemana estaban escritas desde el punto de vista protestante. Le gustaba cubrir de eufemismos indulgentes las debilidades humanas de los reformadores. Además, como todas las obras de historia escritas antes de 1848, no se ocupaban de la vida del pueblo bajo más que cuando estaban obligados por una revolución como la guerra de los paisanos. En la composición clásica de Ranke, las masas no figuraban; falta sobre todo la vida no política de las masas. El historiador se coloca en el punto de vista de los gobiernos y de los personajes dirigentes. Reconoce muchas ideas impersona-

les poderosas, pero no las muestra realizadas más que en un pequeño número de individuos. Desde que el movimiento social había tomado importancia y Riehl había escrito sus obras de política social, no se admitía ya naturalmente esta restricción de la materia.

Tendencia y método de Janssen. Janssen trató de llenar esta laguna. Desgraciadamente en circunstancias que de antemano condenaban su obra a un fracaso.

Dos circunstancias, sobre todo, quitaron a su trabajo todo valor científico: su carácter tendencioso y el empleo sin crítica del método de compilación aplicado a la historia de la civilización.

La tendencia estaba fijada por la tesis católico-romántica a la que toda la exposición estaba subordinada. La época anterior al cisma fué pintada con los colores más brillantes; la que siguió lo fué de un gris más y más sombrío. Janssen relató preferentemente los hechos que arrojaban una luz desfavorable sobre el carácter de los reformistas y de sus adherentes. Su exposición no es un estudio sino un alegato. No buscó comprender la decadencia económica de Alemania en los siglos XVI y XVII; se esforzó, con ayuda de citas hábilmente elegidas, a veces también tendenciosamente arregladas, de probar que la Reforma y la política de los príncipes dirigida contra los paisanos y la pequeña burguesía, la introducción del derecho romano sobre todo, eran la única causa de las desgracias que habían golpeado a Alemania. Calló todo lo que podía ser dicho para explicarla; no explicó ni la Reforma ni la formación de la soberanía territorial. No se tomó el trabajo de averiguar si los cambios en la situación política y económica de Europa, tales como el descubrimiento de nuevas vías comerciales y la consolidación de los Estados nacionales extranjeros, pudieron crear naturalmente condiciones desfavorables para Alemania.

Si Janssen creía con ello proceder leal y científicamente, es que los historiadores conceptuados apenas aportaban más crítica que él en la aplicación del método de historia de la civilización. Desde hacía mucho tiempo era costumbre invocar como piezas históricas los primeros testimonios llegados de los contemporáneos, por más sospechosos que fueran su origen y su tendencia. Taine, por ejemplo, en su *Historia de la literatura inglesa,* no recogía ni empleaba sus citas con mayor sentido crítico que Janssen. Como él recurría a sermones, a sátiras y a relatos escandalosos, hechos por así decir característicos para la historia de la civilización. No se cuidaba del origen, del carácter, de las tendencias de las fuentes de donde extraía sus datos. Compilar sin crítica las noticias de los géneros más diferentes, creer que se puede construir una historia de la civilización sobre un simple catálogo de los rasgos particulares (que no se puede precisamente alegar en gran número a causa de la parcialidad de la fuente), es el hábito propio de la antigua historia de la civilización. Del mismo modo, como se ha seña-

lado más arriba, esta ficción romántica, el desarrollo de la civilización en el seno de las diversas naciones europeas seguiría un curso independiente y no podría ser modificado sino exteriormente por el extranjero o por cambios políticos o económicos. Aislar la historia de la civilización nacional, evitar las comparaciones con los movimientos análogos en el extranjero, es un hábito común a Janssen y a Freytag. Si había insertado en la historia de la civilización europea el cuadro que él traza de la decadencia moral de Alemania en los siglos XVI y XVII Janssen mismo se hubiera quizá visto obligado a atenuar su tesis.

Janssen pertenece a la escuela realista que surgió a mediados del siglo XIX en el arte y la ciencia y buscó reemplazar por una sobria objetividad la manera subjetiva y poética de la generación precedente, sin romper con los puntos fundamentales del Romanticismo. Su libro debe su éxito únicamente a sus detalles realistas y al esfuerzo aparente de expulsar por un análisis objetivo el énfasis lírico de las precedentes historias de la Reforma. Pero Janssen no estaba a la altura de su tarea. Él fué, de punta a cabo, un escritor de partido. No trató de superar por medio de una exposición científica, la parcialidad de la concepción teológica de los protestantes; en su lugar puso la parcialidad de la teología católica. Trató copiosamente problemas que no tienen la menor importancia histórica, tales como la vida privada de numerosos personajes favorables a la Reforma —tema que no merece, en suma, consideración más que desde el punto de vista de la moral teológica. Agrupó sus citas de acuerdo con opiniones preconcebidas. Acumuló sus pruebas hasta el punto de hacer su composición difusa y poco clara. Carecía de la cultura profunda en historia económica, política, intelectual, sin la cual el coleccionista más celoso no produciría nada valedero. Si bien reunió y ordenó los materiales, no los depuró con una crítica científica. No supo dominar los acontecimientos. Escribía como un viejo creyente de una pequeña ciudad que hubiera asistido a la Reforma. No era capaz de observar con calma científica y como un proceso natural, la historia de la Reforma alemana.

VI

LA HISTORIOGRAFÍA BAJO LA INFLUENCIA DE TEORÍAS DE LAS CIENCIAS NATURALES Y DE SISTEMAS SOCIOLÓGICOS

1. CONSIDERACIONES GENERALES

Oposición al Romanticismo. Los iluministas desechaban en masa los puntos de vista religiosos y filosóficos que correspondían a hipótesis erróneas en historia natural: los románticos, por el contrario, tendían hacia la tolerancia. Habían tratado, teóricamente por lo menos, de reconocer el principio de que lo que es, es razonable. Se habían propuesto como fin la neutralidad. Cuando perseguían en la historia la lucha entre las tendencias, partían del supuesto de que toda idea había sido legítima en su origen, aún cuando no pretendían que la verdad saliera del desarrollo dialéctico de la idea. Practicaban una observación quietista.

Podía permitírseles que la lucha contra las ideas religiosas combatidas por la Ilustración había sido coronada por el éxito. En el pueblo sobrevivían muchas de las antiguas supersticiones, pero en los círculos dirigentes, en tiempos del Romanticismo, los principios de la Ilustración habían llegado a ser verdades indiscutibles. Muchos estadistas podían dedicar respetuosos homenajes a la piedad antigua: ninguno se volvía hacia la burda fe de los siglos inmediatamente anteriores, a la fe que se manifiesta en la vida.

En el "siglo de las luces" todavía se quemaban brujas y los iluministas debieron demostrar en todas formas la vacuidad de la brujería. Los gobiernos creyentes de la Restauración ya no podían admitir con seriedad que un hombre pudiera celebrar con el diablo un pacto de alta traición. ¿Por qué los historiadores no iban a juzgar indulgentemente concepciones religiosas que habían perdido toda clase de importancia?

Esta cómoda imparcialidad no era sustentada por todos los historiadores filósofos de la época. Desde luego eran una excepción todos aquellos que venían de las ciencias naturales. Era otro problema distinto de la teología o de la filosofía, que habían sido la primera escuela de los teorizadores románticos de la historia. En física, en astronomía, por ejemplo, no era posible considerar como de igual valor las opiniones divergentes. Se tenían a mano criterios que permitían distinguir el error de la verdad y no dejaban dudar que del pasado al presente no existiera un progreso en el conocimiento de la naturaleza. Pero ese progreso ¿sólo

tenía valor para el estudio de las ciencias naturales? Numerosas instituciones políticas y sociales ¿no reposaban en ideas cosmológicas anticuadas? ¿Se podía esperar de un espíritu formado por las ciencias de la naturaleza que diera aunque sólo fuera su adhesión, únicamente porque, como los románticos pretendían, esas instituciones tenían por sí mismas el derecho histórico? ¿No se tenía el derecho de criticar sin reserva a la historia y a las instituciones transformadas en históricas, desde el punto de vista científico del presente? ¿Se podría, por ejemplo, si se quisiera ser consecuente, exponer la historia de la Ilustración presentándola como una tesis relativamente justificable y oponiéndole una antítesis también autorizada? Ciertamente, la Ilustración no había dicho todavía su última palabra. Pero por la lucha contra la supertición religiosa ¿no estaba en su derecho? La libertad espiritual y política de que gozaba el presente en oposición a otras épocas ¿no había sido conquistada sobre todo con la ayuda de la Ilustración?

Defectos de la historiografía naturalista.

Esta crítica de la teoría histórica del Romanticismo apenas era refutable. Si los historiadores de la tendencia naturalista se hubieran conformado con ella, limitándose a poner en su verdadero lugar la importancia histórica de la concepción iluminista del mundo, no hubiera habido nada chocante en su método. Desgraciadamente, sus jefes por lo menos, no fueron tan modestos. Hicieron de un caso particular una ley de la filosofía de la historia. Hicieron del desarrollo intelectual el factor más importante del desarrollo humano en general. Establecieron grados de desarrollo comunes en los que generalizaron sin restricción la experiencia de los últimos siglos en Europa.

Hicieron peor todavía, tratando de transportar exteriormente a la historia el método de las ciencias naturales. No reflexionaban que en historia o en sociología un encadenamiento causal no podía ser demostrado como necesario en tanto no se presentara la contraprueba por medio de una experiencia realizada en las mismas condiciones. No reflexionaban que los acontecimientos históricos son producidos por el encuentro de innumerables componentes, y que es posible separar los más importantes, quizá explicar su origen, pero cuyo hallazgo jamás puede calcularse de antemano. Aún cuando se profese un materialismo o un determinismo histórico. La meteorología, por ejemplo, no tiene nada que ver con las potencias espirituales dotadas del libre arbitrio. Y sin embargo sus predicciones, por lo menos hasta el presente, no van más allá de una gran aproximación; pues puede conocer aisladamente todas las fuerzas, pero las combinaciones posibles son demasiado numerosas para permitirle establecer un encadenamiento regular. Los fundadores de la escuela naturalista no creían en ello aún cuando las leyes históricas no hubieran sido descubiertas todavía; faltaban obreros capaces para semejante tarea.

¿Podrá un día la historia fijar con más precisión las disposiciones históricas, es decir las condiciones que normalmente determinan ciertos acontecimientos históricos? Es posible. Pero lo que no podrá jamás demostrar es que esos acontecimientos deben producirse necesariamente. No existe un grupo humano que lleve una existencia aislada. Se puede distribuir aproximadamente sus tendencias naturales; pero no se puede predecir cómo se desarrollarán ante un contacto fortuito e inevitable con otros grupos.

Agreguemos que los fundadores de la escuela naturalista no sólo afirmaron la posibilidad de las leyes históricas, sino que, contra todo método científico, creyeron haberlas descubierto antes de haber terminado de estudiar la materia dada. Experiencias sociológicas, por lo menos hasta aquí, no han podido establecerse sobre una base científica; pero podíamos esperar que los historiadores naturalistas reunieran casos tan numerosos como era posible y examinaran cuidadosamente los elementos típicos de cada uno de ellos. No lo hicieron. A menudo querían que uno o dos casos, insuficientemente conocidos, sirvieran para establecer una ley histórica. Por excepción se extendían, y con bastante poca fortuna, más allá de Europa y de la parte de historia que les había sido arbitrariamente transmitida.

Consecuencias felices de la tendencia.

A pesar de todo, la historia debe a esta tendencia más de una instigación bienhechora. Es sobre todo a Comte y a su escuela que se remonta la idea de que la historia, parte de la sociología, no se refiere a los individuos como tales, sino a fuerzas colectivas, a grupos organizados. Insistir sobre la importancia histórica de las creencias reales del pueblo, es decir, sobre las opiniones dominantes en la sociedad, era corregir útilmente la concepción tradicional, que se complacía en considerar a los personajes del más alto valor espiritual como representativos en historia, aún cuando se encontraran fuera de la vida histórica, es decir de la del grupo. El determinismo histórico de la escuela, obligaba a mirar de cerca el medio donde se movían los personajes históricos y en el que se desenvolvían los acontecimientos. Las opiniones sobre la esencia y la importancia del Estado fueron aclaradas por el hecho de ponerlas en un mismo rango que otras potencias impersonales y colectivas.

La influencia de Comte.

El jefe espiritual de la escuela fué Augusto Comte. Buckle, el fundador de la historiografía naturalista, procedía directamente del sistema sociológico del positivismo francés, y los representantes posteriores de la escuela fueron también positivistas o agnosticistas. Los hubo únicamente en Francia y en Inglaterra; los historiadores alemanes que procedían de la filosofía idealista, o pasaron esta escuela en silencio, o la descartaron con violencia. Naturalmente Comte no puede ser estudiado aquí. Como

sociólogo pertenece a la historia de la filosofía de la historia, no a la de la historiografía. Ésta comenzó con Buckle a sacar partido del sistema sociológico. Y entonces ella misma quedó reducida a la intención. De la *Historia de la civilización inglesa* de Buckle sólo está terminada la introducción, que reviste sobre todo el carácter de un programa; la exposición histórica propiamente dicha no fué escrita. No podemos dar aquí más que breves indicaciones sobre esta obra.

2. BUCKLE

Henry Thomas BUCKLE, nació en 1821 en Lee, condado de Kent, hijo de un rico armador que vivió como hombre de letras, murió en 1862 en Damas. Proyectó una *History of Civilisation in England* en catorce volúmenes, de los que sólo aparecieron los dos primeros (la introducción) 1857 y 1861.

Biografía por Huth, *Life and writings of Buckle* 1880. La polémica que produjo la *History* es estudiada por J. M. Robertson, *Buckle and his critics, a Study in Sociologie* 1895 y por P. Barth, *Die Philosophie der Geschichte als Soziologie* I (1897), 278 ss. (en este mismo libro hay un análisis detallado del sistema de Augusto Comte). Entre los trabajos más cortos citemos el artículo de R. Usinger en la *Hist. Ztschr.* XIX (1868): P. Villari en *Arte, storia e filosofia* 1884; F. Fränkel, *Buckle und seine Geschichtsphilosophie,* 1906 (Conferencia en Berna).

La importancia histórica de Buckle consiste sobre todo en que forzó a los historiadores a ocuparse de las doctrinas de Comte. No se contentó con asignar a la historia un lugar en un sistema sociológico, sino que realizó una crítica abierta de la historiografía anterior. Reclamó la completa transformación en el sentido de las ideas de Comte. Se convirtió en el campeón de los *outsiders* de cultura moderna que querían hacer de la historia otra cosa que un objeto de discusiones políticas o de investigaciones eruditas. Escribía en una época en que culminaba la reacción contra la filosofía natural y en que se proclamaba el principio de las investigaciones exactas hechas a sangre fría. ¿Por qué no se reformaría la historia como las ciencias naturales? ¿Acaso la estadística no mostraba que ciertos incidentes de la vida moral de los pueblos se repetían tan regularmente como muchos de los fenómenos de la naturaleza inanimada? ¿Por qué razón no podrían formularse leyes?

No sabemos como se las arreglaría Buckle para aplicar su teoría a una materia histórica dada. Lo que tenemos no es sino la introducción de una exposición histórica, una repetición muy exagerada, de intención polémica, de algunos pensamientos de Comte y un ensayo para explicar ciertos acontecimientos arbitrariamente elegidos de la historia europea.

Lo que objetamos en general en el capítulo anterior al método naturalista de la historia, alcanza también a Buckle. Es menos crítico aún que Comte. Tenía, como pensador moral y político, más prevenciones que él.

Sólo expondremos algunos puntos.

Buckle, con la misma ingenuidad que los románticos en su filosofía

de la historia, colocaba la moderna Europa civilizada en el centro de la historia. Es decir, que procedía como los antiguos astrónomos, que veían en la tierra el centro del universo, o como los antiguos zoólogos que consideraban las facultades de los animales desde el punto de vista del hombre. China, por ejemplo, nunca es nombrada. El escepticismo histórico le era completamente extraño. Las doctrinas de la economía política clásica tenían para él el mismo valor universal que las formas silogísticas de la lógica de Aristóteles. Con Comte, pretendía que el progreso de la civilización se basaba sobre el desarrollo intelectual. Sacaba esta conclusión de la idea de que los principios y los sentimientos morales serían inmutables por toda la eternidad: el axioma histórico más monstruoso que haya existido. Era olvidar —como lo que dijo con razón Federico Lange (*Geschichte des Materialismus,* II, 576)— que el progreso de los conocimientos, ante todo el principio de la investigación científica desinteresada, podía ser llevado a causas morales. Era además admitir de golpe que las ideas morales que podía tener un caballero inglés de 1850 eran, como los dogmas de la Iglesia católica, reconocidos en todas partes y siempre. Verdaderamente, Buckle no desmentía su origen. En vano se creía libre, él no podía revolverse contra el aguijón del estrecho sistema moral de los anglo-sajones. Para cumplir la tarea que Buckle asignaba a la historia, no sólo es preciso proceder con mayor espíritu crítico y cuidado en los detalles, y disponer de conocimientos etnográficos más extensos; hay que tener, sobre todo, otra libertad de espíritu. Buckle era infiel a su Iglesia, en la misma proporción que tenía fe en la cultura liberal de Europa moderna.

La historiografía temería serle ingrata. Tuvo el coraje de poner en duda una serie de lugares comunes históricos consagrados por la Antigüedad. Se engañaba frecuentemente, y lo que quería poner en el lugar de las cosas antiguas, era más extraño que sólido. Pero dejó indicaciones de valor, y forzó a los mismos adversarios a apoyar sus tesis mejor de lo que lo habían hecho.

3. DRAPER

Es de un punto de vista análogo que, casi al mismo tiempo, el fisiólogo americano Juan Guillermo Draper (nació el 1811 en Saint-Helen's Lancashire, emigró a Virginia, fué profesor de la universidad de New Yok, donde murió en 1882) escribió la *History of the intellectual development of Europe* (1863). Draper tenía un conocimiento más exacto y uniforme del tema que Buckle. Como éste, hizo completa abstracción del Extremo Oriente (China); pero por lo menos trató a fondo la historia intelectual de la Antigüedad y tuvo en cuenta la influencia de la civilización árabe. En cambio, en lo que respecta a la originalidad del pensamiento no soportaría de ninguna manera la comparación con Buckle. Su *Historia* apenas es una colección de hechos recogidos sin crítica pormenorizada y conocidos por la historia tradicional de la civi-

lización. La única novedad es que esos hechos son criticados desde el punto de vista estricto de las ciencias naturales modernas y del liberalismo político. Su obra, con apariencia de haber sido concebida independientemente de la de Buckle, tiene sobre todo el mérito de mostrar cómo los laicos, instruídos en las ciencias naturales estaban inclinados a medir las grandezas históricas únicamente por el progreso que habían producido en el conocimiento de la naturaleza.

A este mismo orden de ideas pertenece también la célebre conferencia de Du Bois Reymond 1877 (*Deutsche Rundschau* IV, 2; recogida en *Reden, erste Folge*) en la que el problema no está más profundizado que en las disertaciones inglesas. (Draper se dedicó más tarde a la historia propiamente dicha: poseemos de él una *History of the American Civil Ward* 1867 a 1870 y una *History of the conflic between Science and religion,* 1874).

4. LECKY

William Edward HARTPOLE LECKY, nacido el 1838 en Dublin, literato, en 1895 elegido para la Cámara de los Comunes por la Universidad de Dublin, muerto el 1903 en Londres; nos pertenece por sus dos primeras obras principales: *History of the rice and influence of the spirit of Rationalism in Europe* 1865 e *History of european morals from Augustus to Charlemagne* 1869. Menos original es su tercera obra escrita con un espíritu liberal moderado: *History of England in the eighteenth century* 1878 a 1880 (los capítulos sobre Irlanda aparecieron aparte bajo el título: *Ireland in the eighteenth century*) inteligente obra de historia pragmática en estilo antiguo.

Cf. la biografía compuesta por su mujer: *A memoir of the Right Hon. W. E. H. Lecky* 1909. Lecky desarrolló sus principios historiográficos en muchos artículos: v. *Historical and political essays,* 1908.

Buckle encontró en Lecky su discípulo más fiel.

En su primera obra, Lecky se limitó a describir el caso que había servido de punto de partida a Buckle (y a Comte) para su doctrina sobre las luces intelectuales como el único instrumento del progreso. Buckle no pasó de las proposiciones generales, Lecky trató de demostrar en detalle que el progreso de la cultura europea en los siglos, era debido al retroceso de la concepción teológica del mundo. La segunda obra, la *Historia de las ideas morales en Europa de Augusto a Carlomagno,* es un poco más independiente. Pero la posición del problema es todavía la de Buckle. Como consecuencia de uno de los más conocidos axiomas de la *Introducción a la historia de la civilización inglesa* se planteó el problema de si los principios morales podían modificarse en el curso de la historia. Lecky se mostró más independiente que en su primera obra, únicamente en que, al contrario de su maestro, no negó perentoriamente la posibilidad de tal modificación, y emprendió la tarea de escribir la historia de una idea moral, la doctrina cristiana del ascetismo. Su exposición, por lo demás, sirve a intenciones análogas a las de Buckle: cuando Lecky insistía sobre el aspecto de la moral cris-

tiana que la doctrina protestante moderna casi había abandonado, tenía la segunda intención de formular, de una manera sorprendente, la diferencia entre el renunciamiento cristiano y la ética del siglo de las luces que impulsaba a la alegría de actuar. En ese libro es todavía agnóstico.

Lecky escribía con más reserva que Buckle. No se forjaba axiomas históricos de antemano. Evitaba rozar a los adversarios con extravagancias inútiles, cuidándose de generalizaciones prematuras. Sus libros están fundados en estudios metódicos previos. Están realizados con mayor cuidado, aunque no escapan a la prolijidad inglesa. Fué historiador antes que teorizador sistemático. Pero no se podría decir que las opiniones de Buckle hayan sido desarrolladas por él.

5. STEPHEN

Leslie STEPHEN, nació el 1832 en Londres, primero fué eclesiástico y *Fellow* en Cambridge, después fué convertido por la influencia de Mill y de Darwin en sus ideas agnósticas, se consagró a partir de 1865 a una actividad literaria independiente, murió en 1904. Autor de *History of english thought in the eighteenth century,* 1876. Se puede citar además el libro sobre los utilitaristas ingleses (1900) y numerosos ensayos, algunos de los cuales se refieren a historiadores (reunidos entre otros en *Hours in a Library* 1874 a 1879). Stephen benefició a la historia como director del *Dictionary of National Biography* (1885 ss.) y por la publicación de las cartas de Green (1901). Biografía (con la lista de sus obras) por F. W. Maitland, *The life and letters of L. Stephen,* 1906.

Leslie Stephen fué el más delicado de los historiadores ingleses enrolados en el partido de Buckle.

Su actividad histórica descansa también sobre la oposición entre la concepción teológica y la cultura científica. Trató también en su obra principal un episodio de esta lucha, la batalla entre el deismo y la ortodoxia en Inglaterra. Pero era un espíritu más libre que Buckle y aún que el mismo Lecky. Era un agnóstico consecuente; no abandonaba la fe de la Iglesia para subordinarse a otro dogma. No era imparcial; sin embargo no escribió su *Historia de la vida intelectual inglesa en el siglo XVIII* como hombre de partido, sino por el sólo interés del tema. No se identificaba absolutamente con ninguna tendencia.

Era más cambiante y más escéptico que Buckle. Tenía el sentido del matiz, que le faltaba por completo a su maestro. Su cultura intelectual era mucho más profunda. Estaba enteramente libre de las pequeñeces del liberalismo inglés.

La vida intelectual completa de una época no ha sido quizás, escrita jamás con tanta unidad y vida como en la obra de Stephen. Quizás nunca se han guardado tan bien las proporciones. El autor trata igualmente a los individuos y a las instituciones. Evita las generalizaciones sin crítica. Lo que caracteriza a un corto lapso, no es afirmado para todo un período. La vida intelectual de Inglaterra en el siglo XVIII

tuvo particularidades que la distinguían claramente de los tiempos precedentes o posteriores; sin embargo, ella tiene en Stephen un historiador.

Ningún historiador inglés estuvo tan exento como Stephen de las fallas, que en el continente, se acostumbra a reprochar a los escritores de Gran Bretaña. Sabía resumir con concisión y no se perdía en repeticiones interminables. No caía jamás en el énfasis periodístico. Pero esto no le impedía poseer el don específico de los ingleses, la ironía. Como la mayor parte de los humoristas, dejaba quizá demasiado floja la brida de su predisposición a la caricatura. Muchos retratos están cargados más de lo que convendría a la exacta verdad histórica. Pero su exposición no carece de vida; la inteligencia concreta de la realidad no está sacrificada en ninguna parte a un falso idealismo histórico.

6. TAINE

Hippolyte Taine, nacido en Vouziers (Ardenas) en 1828, filósofo, en 1851 profesor de filosofía en el colegio de Nevers, en 1852 profesor de retórica en Poitiers, perseguido por el gobierno a causa de sus opiniones filosóficas, renuncia el mismo año y se dirige a París; en 1864 fué profesor de historia del arte en la Escuela de Bellas Artes, en 1878 miembro de la Academia Francesa; murió el 1863 en París. Escribió:

1. *Histoire de la littérature anglaise,* 1863 s. Las *Notes sur l'Anglaterre* 1872, forman en cierto modo su complemento.

2. *Les origines de la France contemporaine.* Nunca terminada por completo; de sus tres partes, el *Ancien régime,* la *Révolution* y el *Régime moderne,* la última no estuvo nunca a punto. Apareció desde 1866 a 1894.

3. Numerosos trabajos menores y ensayos: *Essai sur Tite-Live* 1836; *Essai sur La Fontaine et ses fables* (tesis) 1853, muy modificada a partir de la tercera edición (1861); *Essais de critique et d'histoire,* 1858, 1865 y 1894. Se encuentran muchas observaciones sobre historia en sus descripciones de viajes (*Voyage aux caux des Pyrénées* 1855, en Italie 1866) así como en la *Philosophie de l'art* (cursos en la Escuela de Bellas Artes publicados sucesivamente desde 1865 en adelante y reunidos en dos volúmenes, 1882. Muchas de las críticas históricas aparecidas en los periódicos fueron reimpresas en el apéndice del *Essai sur Taine* de V. Giraud (4ª ed. 1909). De la mayoría de sus obras aparecieron fragmentos en revistas, a veces antes de la publicación del libro; capítulos aislados de la *Littérature anglaise,* por ejemplo, desde 1856. Cf. V. Giraud, *Bibliographie critique de Taine,* 2ª ed.

Literatura: Para la biografía, el libro extremadamente cuidado, compuesto a la manera inglesa, *H. Taine, sa vie et sa correspondance* 1902 a 1907. De una manera general: G. Monod, *Taine, Renan, Michelet* 1894; A. de Margerie, *H. Taine* 1894; A. Sorel en los *Nouveaux essais d'histoire et de critique* 1898; V. Giraud, *Essai sur Taine* 1900, muy modificado más tarde 4ª ed. 1909); Laborde-Milan, *H. Taine essai d' une biographie intellectuelle* 1909, y numerosos artículos (E. Boutmy, *Taine, Scherer, Laboulaye* 1901; Lefèvre, *H. Taine* 1904; F. Bourget en *Études et portraits* III (1906); Ch. Picard, *H. Taine* 1909, etc.)

Sobre el historiador de la literatura: Brunetière, *L'evolution de la critique;* P. Lacombe, *La psycologie des individus et des sociétés selon Taine, historien des littératures* 1906. Sobre el historiador (además de Monod y Sorel) Lacombe, *Taine historien et sociologue* 1909; contra la crítica hecha por Taine a la Revolución Francesa se levantaron A. Aulard en la obra *Taine historien de la Révolu-*

tion Française 1907 y (más groseramente aún) L. Lacour en *La Révolution Française et ses détracteurs d'aujourd'hui* 1909. Además, ataques contra los *Origines* por A. Mathiez en la *Revue d'histoire moderne* VIII, 3. El libro de Barzellotti *I. Taine* 1895 (en francés *La philosophie de Taine* 1900) se ocupa principalmente de la filosofía de Taine. Contra Aulard se vuelve A. Cochin en *La crise de l'histoire révolutionaire* 1909.

Relaciones con Comte y el Romanticismo. Comte tuvo mucha menos influencia en Francia que en Inglaterra. Mientras que del otro lado de la Mancha podía contar como alumnos a algunos de los historiadores y filósofos más distinguidos, sólo un gran historiador se une a él en su patria. Y todavía éste dió a sus opiniones sociológicas un giro tan original y las mezcló con tantos elementos extranjeros, que únicamente con una gran reserva se le puede colocar en la escuela de Comte.

Taine conoció relativamente tarde a Comte. Cuando comenzó a estudiarlo seriamente, sus opiniones filosóficas e históricas estaban ya formadas. Su verdadero punto de partida no fué el sistema sociológico del fundador del Positivismo, sino la doctrina del Romanticismo sobre la nacionalidad y, en ésta, particularmente la teoría proclamada por Mme. de Stäel de la diferencia fundamental entre el espíritu latino y el espíritu germánico.

Solamente que Taine, a la manera de su generación, concibió esas ideas de una manera más realista y más científica de lo que lo había hecho el Romanticismo. Lo que éste sentía por intución él quiso demostrarlo con la ayuda del método de las ciencias naturales. Separó el ropaje especulativo con que los filósofos románticos habían adornado sus ideas. El mismo Hegel que, siendo el racionalista más grande entre los románticos, ejerció una influencia muy grande sobre él, no pudo satisfacerlo. Era ya demasiado optimista para él. Los acontecimientos de los años 1848 y siguientes, así como sus estudios de medicina, le hicieron ver la verdadera naturaleza, la naturaleza animal del hombre bajo otra luz que la del filósofo estatista de Berlín. Seguramente que el historiador, como el naturalista, no debe ni alabar ni atacar las fuerzas cuya acción examina; debe tomarlas tal cual son. Pero esto no quiere decir que deba, como el Romanticismo, glorificar todo lo que pasó en la historia. Faltaba a las especulaciones de los románticos un fundamento positivo, la observación exacta y el contacto con el estudio de las ciencias naturales.

Taine quiso evitar ese defecto. Se situó sin reservas en las ciencias positivas. Era preciso terminar con las construcciones idealistas de la historia del espíritu. El historiador debería partir de la observación de lo particular para llegar a la consideración del conjunto y mirar las virtudes y los vicios nacionales como productos naturales, lo mismo que el azúcar o el vitriolo. Creyó haber encontrado en Comte al pensador que podía ser su guía en su tarea. "Por primera vez —dice

Taine— un hombre examinó lo que es la ciencia, no en general, según una idea especulativa y por así decir en el aire, como hicieron los otros filósofos, sino de acuerdo con las ciencias existentes y efectivas" (citado por Giraud, 4ª edic., p. 62). Como el maestro Taine podía declarar que el "nacimiento y el desarrollo de las ciencias positivas desde hacía tres siglos constituía el acontecimiento capital de la historia."

Si se tiene en cuenta las expresiones de sus escritos, se puede ver en Taine un fiel discípulo de Comte. Su programa tiene un aspecto muy científico. Su estilo es absolutamente realista y voluntariamente se apoya en comparaciones fisiológicas. Los términos abstractos de la filosofía de la historia romántica son reemplazados por las nociones concretas de las ciencias naturales; en lugar de nacionalidad, se nos habla de raza. Teorías favoritas de Comte, tales como su concepción del medio, se anuncian como *leit motiv* de la exposición. Los materiales de las síntesis filosóficas son aparentemente sacadas a conciencia de la realidad; parecen ser la simple suma de exactas observaciones de detalle.

El método de Taine.

Pero todo eso no es más que apariencia. Las ideas con las que Taine operaba eran, en el fondo, buscadas por el camino de la especulación pura como las de los historiadores filósofos del Romanticismo. Se basaba igualmente en rápidas generalizaciones, en abstracciones de ciertos fenómenos de la actualidad, insuficientemente observadas. Taine no dejaba que la masa de los fenómenos históricos actuara sobre él, imparcial y lentamente; los abordaba con ideas preconcebidas y sólo veía lo que estaba de acuerdo con su teoría. Era honesto. No falseaba la historia por amor a ciertos pensamientos de publicista. Pero estaba a tal punto dominado por su poderosa facultad de sistematización y de abstracción que procedía por síntesis antes de haber comenzado con las investigaciones. Sabía de antemano qué resultado le daría su experiencia.

Y eso no es todo. Reprochar a Taine, como lo han hecho sus críticos, el recoger arbitrariamente los hechos que citaba como pruebas, y no conservar sino aquellos que parecían confirmar su teoría, no es hablar mal de su sistema. Muchas pruebas de Taine no serían admitidas como hechos. Creía que los hechos insignificantes constituían la materia de toda "ciencia" (Prefacio de la *Intelligence*): pero aplicando ese principio a la historia, no reflexionaba que si su analogía con otras ciencias debía tener algún valor, era necesario examinar por lo menos tan minuciosamente como en las ciencias naturales la verdad y el valor de los hechos sobre los que se apoyaba. No sólo explotaba sus hechos sin crítica, sino que lo que él tomaba como tales no merecían a menudo ese nombre. En primer lugar no se inquietaba por el origen ni la veracidad de los datos que empleaba como hechos característicos. Las anécdotas deben ser usadas con precaución, aún cuando se encuentren en fuentes fidedignas: Taine recogía los elementos de ese

género, aunque ellos se apoyaran en autoridades muy sospechosas (memorias dudosas, panfletos, sermones tendenciosos, etc.). Nunca dudó que el historiador de la civilización, ni siquiera él, pudiera sustraerse al método filológico y crítico. En segundo lugar, no consideró que esos hechos, aunque fueran tan verdaderos como los resultados de la observación científica de la naturaleza, tuvieran valor histórico sino cuando, con ayuda del método estadístico, demostró su aparición frecuente, regular. En la historia de un pueblo —referida a una comunidad y no a individuos— todos los hechos que caracterizan a un personaje aislado o a un círculo restringido, carecen de importancia histórica. Taine seguramente habría admitido esto en teoría: su sistema histórico ¿no conducía a presentar a los grandes hombres como dependientes de la raza y del medio? Pero descuidó probar que los hechos son característicos del pueblo entero. A este respecto está más atrasado que Buckle, quien reconoció mucho más claramente la utilidad de la exactitud estadística.

Taine y la historia del arte; la historia de la literatura inglesa.

Es igualmente curioso que Taine haya aplicado su teoría a un dominio poco apropiado para ello. No es este el lugar para discutir el problema que se acostumbra a distinguir con la consigna: los individuos o las masas. Pero sin otra explicación parece que se pudiera admitir esto: aún cuando en la vida social y política la influencia de una personalidad desaparecía detrás de la de las circunstancias, no quiere decir esto que esta tesis sea valedera para la historia del arte. En todo caso, no para la historia de los grandes artistas. Ciertamente el arte depende, en gran parte, del estado social: las condiciones económicas, religiosas, culturales, la composición del público de los consumidores, la posición social de los artistas —todo esto y muchas otras cosas pueden ejercer una influencia decisiva sobre el desarrollo del arte. En verdad los grandes artistas tampoco son enteramente libres, y su producción depende en gran parte de las condiciones generales del arte. Pero lo que determina el valor de sus obras, no son las cualidades que tienen en común con su época, sino su individualidad artística, y ésta, sin duda está determinada también, pero por causas fortuitas que no se presentan más que una vez y que en todo caso escaparon hasta ahora al análisis científico.

El escritor que quiera explicar la historia de una literatura debe renunciar desde el comienzo, a explicar completamente a los grandes artistas. Podrá mostrar quizá que existía una disposición favorable a ciertos géneros literarios, que ciertas condiciones sociales, religiosas, geográficas, políticas, etc., tienden a demostrar en una literatura tal o cual carácter. Pero no podrá explicar por qué en un caso una disposición favorable encontró el genio que la aprovechó, y en otro caso no. No tiene derecho de basar sus cálculos en la hipótesis no demostrada de

que los otros grandes artistas han representado maravillosamente el arte y el carácter de su pueblo. Será mejor que aplique aquí, modestamente, el método estadístico. Lo que es característico a todo un pueblo no son las obras de arte que la posteridad coloca muy alto, sino las que han estado más de moda y que se alejan lo menos posible del término medio de la producción contemporánea.

En su primera gran obra, la *Historia de la literatura inglesa,* Taine tomó el camino contrario. Se dedicó con preferencia a las grandes individualidades y se esforzó en derivarlas, precisamente de estos tres factores, la raza, el medio y el momento. Borró con ello su originalidad personal. Pero hizo algo peor aún: extendió indebidamente a todo el pueblo inglés las cualidades y las opiniones de sus héroes y de sus grupos. Un historiador de la civilización tiene, ciertamente, el derecho de englobar a Shakespeare con los otros poetas dramáticos de la época de Isabel y de fijar los rasgos comunes de toda la tendencia. Pero este arte amparado con dificultad por la cultura humanista de la Corte contra la burguesía puritana; ¿es la expresión del pueblo entero o, más bien, el de una clase? El Renacimiento pagano, como lo concebía Taine ¿acaso no estaba, aún en Italia, extendido en una capa superior muy fina del pueblo? ¿El mejor medio para determinar las cualidades nacionales de una literatura no es comparar la producción literaria en que se revela la manera de pensar de una cierta clase, con las obras extranjeras en que esta misma clase tiene la palabra? Es ciertamente una circunstancia histórica característica que, en la literatura de ciertas naciones, tales clases dan el tono. Pero si es así, el historiador debe ante todo buscar la explicación de ese hecho, en lugar de derivar directamente las particularidades de una literatura dada, de causas generales tales como la raza. Gervinus había sido, en este concepto, mucho más reservado que Taine.

La psicología de Taine. Por su fe en el carácter nacional del arte y en la inmutabilidad del espíritu nacional, Taine dependía del Romanticismo. Si en apariencia se servía del método de las ciencias naturales, las teorías que extraía del Romanticismo no eran modificadas en el fondo. En un solo punto aventajaba a todos sus predecesores: en su dominio sobre el arte de la pintura psicológica. Imaginaba muy a menudo tipos. Atribuía a todo el pueblo lo que no convenía más que a pequeños grupos o a individuos. En su sed de abstracciones y en sus esfuerzos de explicar, por ciertas fórmulas simples, ocurría, contrariamente a Renán, que borraba los matices. Mas nadie como Taine sabía dar a sus tipos vida y relieve. Con él la psicología de las masas fué tratada por primera vez por un verdadero psicólogo, por un historiador que no solamente comprendía bien la originalidad de una nación extranjera, sino que se esforzaba con una apasionada curiosidad científica por captar, aún cuando debía condenarla, esta naturaleza

extranjera. Como psicólogo, Taine tenía realmente la manera de pensar objetiva de las ciencias naturales. Tenía sus simpatías; se ha señalado, no sin razón, que en su himno al Renacimiento pagano su corazón palpita más fuerte que en la caracterización del puritanismo. Pero jamás se pudo dudar de su firme deseo de imparcialidad. Jamás, por amor a un partido, caricaturizó una tendencia que no le era simpática. Se pueden criticar sus retratos desde el punto de vista de la exactitud, se puede rebatir su valor universal. Pero no se pondrá en duda que ciertos estados de espíritu están descriptos con una precisión, un relieve y una competencia no alcanzados por ningún historiador anterior a él y por muy pocos posteriores. ¿Dónde se encontrará un cuadro del puritanismo considerado como estado de ánimo que sea comparable al de Taine? Los otros historiadores, o no consagraron al espíritu puritano, como Hume, más que glosas desdeñosas o impertinentes, o habían convertido en cuadros costumbristas su exterior pintoresco, como la escuela de Walter Scott, o lo habían criticado inteligentemente, como Macaulay, desde el punto de vista liberal moderno, o en fin, como Carlyle, lo habían hecho objeto de huecas declamaciones. Ninguno lo había dominado desde tan alto como lo hizo Taine, insinuándose al mismo tiempo en su esencia íntima. Se comportó frente a él como un médico frente a un enfermo que presenta un caso interesante.

Los orígenes de Francia contemporánea.

Todas esas cualidades se encuentran intactas en la segunda gran obra de Taine, los *Orígenes de la Francia contemporánea.* Lo único nuevo que se encuentra en ella es el dogmatismo político proveniente de las teorías románticas.

Este libro no es, como la *Historia de la literatura inglesa,* un producto casi orgánico del pensamiento de Taine. Como se sabe, su nacimiento se debe a un azar. Taine se había mantenido casi al margen de la política teórica y práctica; pensaba escribir una historia de la civilización alemana semejante a la que había escrito sobre Inglaterra, cuando la catástrofe de Francia en 1870 y la Comuna lo arrancaron de sus estudios filosóficos. Creyó que su deber de patriota era consagrar sus conocimientos científicos a la restauración de su país. Interrumpiendo sus estudios de historia literaria, se puso a trabajar sobre el origen del sistema político moderno de Francia. Quiso establecer las circunstancias en que había nacido la constitución que acababa de hundirse bajo el choque del extranjero y que tuvo como consecuencia la sublevación de la comuna. Una vez conocidas las razones de las fallas del régimen anterior, sería posible encontrar el camino que conduciría a una situación mejor.

Como se ve, Taine perseguía en su segunda obra, un fin político más bien que científico. En principio, sin duda, sostenía que un resultado útil no podía ser obtenido más que por vía de investigaciones empíricas

de la ciencia. Pero además no era capaz de entregarse, como antes, a pacientes inducciones; estaba ligado primero a sus juicios de valor. Siguió el método más eficaz para desacreditar la historia como ciencia; juzgaba los grandes cambios históricos exclusivamente de acuerdo con las consecuencias, quizás fortuitas, que habían tenido en el pasado inmediato. Como el profano, colocaba inconscientemente su propia generación en el centro de la historia universal. Si los *Orígenes*, en conjunto, deben ser colocados en un nivel inferior al de la *Historia de la literatura inglesa*, es sobre todo por esta razón.

También hay otra. Cuando hablaba de hechos políticos, Taine se encontraba sobre un terreno menos sólido que cuando describía los movimientos literarios. Sabía criticar con sagacidad las teorías políticas, pero desconocía la manera de entrar en una situación política determinada. Compartía la ingenua persuasión de muchos sabios, de que la calidad científica de una doctrina importa más que su oportunidad, y que una medida defendida por argumentos absurdos vale menos que otra apoyada en sólidos conocimientos científicos. En política práctica no daba la debida importancia al instinto de conservación. Tomaba en serio las fórmulas políticas como tales —como si se tratara de los teoremas de un sistema sociológico— y no tenía en cuenta que frases absurdas pueden expresar también necesidades reales.

Se puede imaginar fácilmente dónde debía conducir este método a un autor que se ocupaba de la Revolución Francesa. La gran mayoría de los estadistas de la revolución mostraron los defectos comunes a la mayor parte de los políticos formados lejos de los problemas, en un país sin vida pública. Fueron víctimas de las declamaciones utópicas de literatos sin educación política como Rousseau. Proclamaron simultáneamente reivindicaciones políticas razonables y aspiraciones fantásticas, y aún cuando tenían razón, envolvieron sus reclamaciones en la fraseología optimista y nebulosa del *Contrato social*. Taine no admitía para ellos circunstancias atenuantes. No trató de comprender su situación. Los juzgó con el criterio de un hombre de ciencia que critica el trabajo frívolo de un diletante. De su conducta sacó la conclusión de que todas las desgracias que se produjeron posteriormente, y en particular la catástrofe de 1870, deben ser relacionadas con el método anticientífico de los políticos y de los literatos franceses del siglo XVIII, al espíritu clásico.

Una revolución era inevitable; Taine mismo no lo discutía. Abandonaba absolutamente el antiguo régimen. Pero en lugar de una reconstrucción sobre la base de principios abstractos, hubiera sido necesario una reforma y un desarrollo orgánico de acuerdo con el modelo inglés.

Taine volvía de este modo a la teoría del Romanticismo, sobre todo de Burke. Como sus antecesores, no se esforzaba en comprender sino en censurar. No se preguntaba si, en un Estado militar continental co-

mo Francia, hubiera sido posible conservar un gobierno aristocrático a la manera inglesa sin arriesgar su independencia. No consideraba tampoco que hasta su querida Inglaterra, conservando sus antiguos nombres, pasaba cada vez más a la administración burocrática y centralizada a la manera de Napoleón, es decir, que entraba en los mismos caminos que los fundadores de la centralización francesa del siglo XVII. Sistematizaba las condiciones en que se encontraba Inglaterra entre 1800 y 1830, y creía que podría establecer en Francia algo análogo. Se facilitaba la tarea de demostrar su teoría aislando artificialmente la historia de las naciones, como lo hacían casi todos los románticos especulando con la historia. En sus *Orígenes* hacía abstracción completa de la política exterior y de las relaciones internacionales. Permaneció insensible a las incitaciones de Ranke y de la escuela prusiana. Partía inconscientemente de la idea de que cada Estado era libre para arreglar sus asuntos interiores.

La obra maestra de Taine, también aquí consiste en sus retratos psicológicos, y en su pintura de tipos sociales. Con razón se ha hecho célebre el capítulo donde pinta el espíritu de los jacobinos. Sus aseveraciones son a menudo parciales y exageradas; se basan demasiado en testimonios dudosos o tendenciosamente elegidos. Pero ellas describen un tipo humano especial con un relieve inimitable. Otros capítulos no son inferiores a éste. Descuella particularmente en aquellos que tratan de movimientos intelectuales. Sus retratos de hombres como Napoleón, se ocupan demasiado del hombre y muy poco del estadista en acción y del militar. Por el contrario, está en su elemento cuando se trata de fenómenos pertenecientes, en suma, a la historia del espíritu. Sus observaciones sobre los jefes de la Ilustración francesa o sobre el sentimentalismo idílico de las opiniones políticas en Francia antes de 1789, se cuentan entre las producciones más conocidas de la pintura histórica. Ellas, más que explicar históricamente, describen. Taine traza, por ejemplo, una imagen asombrosa del espíritu clásico, es decir, del racionalismo popular de la Antigüedad librado por el humanismo a una nueva vida; pero no explica por qué esta doctrina política superficial influyó en la política precisamente en Francia. Tocqueville había juzgado las cosas con más justeza y sangre fría. Pero las descripciones de Taine no tienen igual.

Taine escritor. Por cierto que su estilo, contribuyó en gran parte a ello. Taine no escribía como se podía esperar de acuerdo con sus costumbres deductivas. Evitaba usar nociones abstractas. Quería mostrar por su estilo que no partía de las teorías idealistas, sino de la realidad empírica, científicamente observada. Sus opiniones fundamentales habían sido formadas siguiendo el camino de la pura especulación. Pero la exposición estaba arreglada para ocultar todo lo posible ese defecto inicial. Historiadores como Tocqueville, que dejaban que los

hechos actuaran por sí solos, comunicaban simplemente el resultado de sus investigaciones. Taine, que no había hecho más que recoger las pruebas en base a una tesis establecida de antemano, se esforzaba en poner al lector al corriente del fundamento empírico de su edificio. Disponía delante suyo sus hechos menudos en una masa insoportable. Prefería en sus explicaciones la expresión realista, concreta, prefiriendo siempre que era posible los procesos fisiológicos a las fórmulas de filosofía de la historia empleadas por la escuela idealista. Sus aptitudes artísticas ya lo inclinaban hacia la pintura realista de cámara; los cuadros de muchos historiadores ingleses lo habían conquistado al punto de llevarlo a imitarlos. Disponía sus detalles descriptos de acuerdo con los axiomas abstractos, colocaba el detalle pintoresco al servicio del pensamiento.

El resultado fué la unión de dos fenómenos que parecen excluirse: describir las creaciones de su especulación filosófica con los procedimientos de que se sirvieran habitualmente los novelistas o los pintores de género en historia. Rodeó sus proposiciones abstractas con el brillo de una vida floreciente. Por medio de pequeños rasgos bien elegidos de la vida diaria supo dar la impresión del alegre despertar de la realidad. Comparaciones audaces, a menudo de una invención genial, daban a los capítulos teóricos un carácter realista. El lector común cree tener delante suyo un autor firmemente plantado en la vida, ajeno a toda clase de especulación extraña al mundo. Poco a poco reconoce que los cuadros de Taine no descansan sobre una observación directa, sino que son el producto de una construcción filosófica. Todos los ejemplos que el autor busca en la realidad sólo sirven para dar mayor eficacia a la demostración de un teorema fijado de antemano.

7. BRUNETIÈRE

El método de Taine en historia literaria no encontró un crítico más severo que Ferdinand BRUNETIÈRE, nacido el 1849 en Tolón, en 1875 colaboró en la redacción de la *Revue des deux mondes*, en 1886 fué maestro de conferencias en la Escuela Normal; muerto el 1906 en París. Brunetière apreciaba el valor del método constructivo; pero no cayó en sus estrecheces. Como historiador de la literatura poseía más conocimientos que Taine y veía más claramente las cosas. Trató con más ahinco que su antecesor de explicar la historia de la literatura por sí misma. Evitó recurrir a vagos conceptos generales, tales como la raza y el medio.

Brunetière se servía también de expresiones que recordaban las ciencias naturales. Su fraseología hace pensar en Darwin: concebía la literatura como un conjunto de géneros diferentes que se desarrollan uno al lado del otro, se combaten, se reemplazan o se rechazan. No debe darse a esta metáfora más valor del que tiene (los géneros naturales que se multiplican directamente, no pueden compararse con

estériles abstracciones sin vida orgánica): pero no se negará que se trata de una fórmula felizmente elegida. El medio literario, al que Taine no negaba en principio importancia (lo colocaba dentro de la noción de momento), pero que utilizaba muy poco, puede ser definido gracias a este punto de vista con más precisión que antes. Pone así de relieve el hecho de que los documentos literarios no son únicamente testimonios históricos o psicológicos, sino que están sometidos a leyes propias, a leyes artísticas. Finalmente ella impide al historiador reducir a una fórmula el desarrollo de la literatura: si la evolución se cumple de tal manera que diferentes géneros se cruzan y se reemplazan, se excluye de antemano la hipótesis de que, en medio de las numerosas combinaciones posibles, una sola es considerada necesaria.

Ante todo Brunetière se coloca en la situación de separar de la personalidad del artista su derecho histórico. Taine casi no había estudiado la relación existente entre el individuo y la tradición artística. Brunetière hizo de esto el punto de partida de sus estudios. Trató de determinar detalladamente la influencia de las obras anteriormente escritas sobre los continuadores y de precisar hasta qué punto la intervención de grandes artistas provocaba cambios. No olvidó que el historiador de la literatura no debe referirse a la obra aislada como tal, sino a la historia de la literatura.

Las obras que es preciso tratar más ampliamente no son las que, por razones subjetivas, tienen más valor para la crítica, sino aquellas en las que se puede probar su influencia en la producción ulterior de obras sin las que habría una verdadera laguna en la continuidad litraria. El historiador de la literatura tiene como función principal buscar la filiación y la geneología de las creaciones artísticas. Hay que reconocer que esta tarea no ha sido mejor realizada en ninguna parte hasta ahora, que en los libros consagrados por Brunetière a la historia de la literatura francesa: *L'évolution des genres dans l'histoire de la littérature française; Évolution de la critique* 1890. *Les époques du teâtre français* 1892; la *Évol. de la poésie lyrique française* 1894. Dejó sin terminar la *Histoire de la littérature française clássique* de la que sólo el primer volumen —que abarca hasta el siglo XVI— apareció en la vida del autor. Fué continuada de acuerdo con las notas del curso de Brunetière; el tercer volumen, que trata del siglo XVIII, apareció en 1913. Cf. además el *Manuel d' histoire de la littérature française* 1897. Necrología de Ch. Rébelliau en la *Revue hist.* 93 (1907) 311 ss. Giraud en *Les maîtres de l'heure,* 1911.

8. SOREL

Brunetière se había formado en los trabajos de historia literaria de Taine. Completó y corrigió al mismo tiempo, el método estrecho de la *Historia de la literatura inglesa.* En una relación análoga con el Taine

historiador político estaba el hermano mayor de Brunetière, Albert Sorel. Nació el 1842 en Honfleur, en 1866 ocupó el ministerio de Relaciones Exteriores, en 1872 fué profesor de historia en París, en 1898 en la Escuela militar de Saint-Cyr, en 1894 fué miembro de la Academia Francesa, murió en 1906 en París. Escribió la parte de la historia de la revolución que Taine había dejado de lado, la historia de la política exterior de Francia durante la revolución, con lo que mostró que muchos de los reproches dirigidos por Taine contra la revolución no eran fundados o, por lo menos, eran muy exagerados. La política expansionista de la revolución no fué un aborto del diletantismo doctrinario, sino la continuación natural de esfuerzos anteriores. Su obra principal, es *L'Europe et la Révolution française,* 1895 a 1904, un Índice de la cual fué publicado por Émile-Albert Sorel, 1911. Mencionaremos además: *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande* 1875. *La question d' Orient an XVIII*[9] *siècle* 1878. *Montesquieu* 1887. Cf. los artículos biográficos de su hijo Émile-Albert Sorel en la *Revue de París* 1912, febrero y marzo; en la *Revue des Deux-mondes Études politiques* 907.

VII

LA HISTORIA OBJETO DE PLACER ARTÍSTICO

1. CONSIDERACIONES GENERALES

La tendencia estética. Se conoce el notable renacimiento religioso que comienza con el Romanticismo y que tuvo a Chateaubriand como su portavoz. Era una escuela que no defendía la antigua fe por razones religiosas ni teológicas, sino que llamaba en su favor a las emociones artísticas y románticas. Demostraba el cristianismo declarándolo bello y fecundo para las artes. No se informaba de su verdad o utilidad, sino de su valor estético.

La historiografía había recibido de esta nueva doctrina múltiples incitaciones. Pero el principio estético sólo es fecundo en la segunda parte de los proyectos historiográficos del Romanticismo.

Los historiadores que aplicaron a los hechos la doctrina de la impresión artística como criterio histórico, procedieron, como toda la nueva generación, de una manera más realista que los románticos. Consideraban también los movimientos intelectuales, los fenómenos de la civilización en el pasado, ante todo como temas de gozo estético. Pero no sacaron como conclusión que, porque una ciencia era bella, debía ser también verdadera. Tenían disposiciones más pesimistas. Sabían que la belleza es a menudo adquirida a expensas de la fuerza y de la utilidad.

Su amor iba hacia lo bello, reconociendo plenamente su poca importancia histórica y política.

Los jefes de esta escuela estaban muy poco relacionados con la escuela política realista nacida después de 1848. No se opusieron a ella por razones científicas; le reconocieron su lugar. Mas comprendieron su estrechez; los bienes espirituales que constituían las sustancia de su vida estaban en su oposición demasiado descuidados por los historiadores políticos y sociológicos. La historiografía de Sybel estaba por otra parte orientada, según ellos, hacia la acción pública. Sentían un vivo interés por los acontecimientos políticos, como por todo lo humano. Más no experimentaban ningún deseo de intervenir por sus obras históricas en la historia de los Estados.

Los historiadores de la escuela estética abordaron evidentemente la historia con espíritu más independiente que los representantes de otras escuelas. No defendían una tendencia ni tampoco una teoría científica. No buscaban en la historia los datos sobre los problemas angustiosos del presente ni restringían arbitrariamente el dominio de sus investigaciones. Se dedicaban con placer a sus estudios históricos como diletantes en el viejo y buen sentido de la palabra. No tenían una idea elevada del valor científico de la historia. Pero sin embargo apreciaban con vivo interés los conocimientos históricos, la curiosidad histórica. Los fenómenos complicados, únicos en su género, que los aficionados a los sistemas habían descuidado o interpretado mal, eran los que más los atraían. ¿No es lo extraordinario lo que proporciona mejor rendimiento en el arte?

Estrechez de su juicio.

Los representantes de esta tendencia habían querido evitar encerrar su juicio histórico en estrechas fórmulas políticas o morales: no es menos cierto que también ellos consideraban los fenómenos históricos con una medida determinada. Lo único que los diferenciaba de los demás historiadores es que la prosperidad de los Estados y de las instituciones les era indiferente en sí misma y partían del sentimiento de felicidad del individuo. Digamos mejor, partiendo de su propio y personal sentimiento de felicidad.

Profesaban un epicureismo intelectual. ¿Podrían vivir en una atmósfera espiritual y artística y seguir libremente sus pensamientos? La constitución del organismo político les era indiferente. Es característico que ni Renán ni Burckhardt se hayan opuesto a la democracia por razones políticas y militares, sino por el temor de que las instituciones democráticas acarrearan una vulgaridad universal y pusieran fin a la cultura intelectual practicada por sí misma. Era preferible una seguridad defectuosa en el Estado, y en la Iglesia el predominio de opiniones obstrusas, que una solidez sin espíritu. Renán, por ejemplo, hacía a las aspiraciones de los unitarios norteamericanos, la objeción de que en el mundo de Channing uno se moría de tedio; que en su Estado moral ideal el

genio sería inútil y el gran arte imposible. ¿Qué es lo que "la Escocia puritana del siglo XVII, que representa poco más o menos el sueño de los unitarios", podía ofrecer a la humanidad, en comparación con la Italia del Renacimiento, que "es ciertamente el país donde el ideal de Channing ha sido menos practicado"? (*Études d'histoire religieuse* 7ª ed. [1864], 393).

Como se ve, el valor artístico de una civilización es decisivo para juzgarla. No sólo se consideran las creaciones artísticas que ella produce directamente o inspira. Es preciso que la época tenga un sello artístico y pueda despertar en el observador impresiones poéticas; que deje un lugar para los nobles placeres espirituales y para las virtudes heroicas que están fuera de la prosaica moral de la burguesía. En este punto los historiadores estetas se separaban absolutamente de los iluministas. Tenían de común con ellos (especialmente con el epicúreo Voltaire) la preferencia por los grandes siglos del arte (por ejemplo el de los Médicis). Pero no compartían su simpatía por el Estado racional y burocráticamente organizado y sobre todo habían aprendido del Romanticismo que pueden existir, además de las creaciones artísticas, otras cosas bellas. Una moral elevada aunque falta de razón, una mitología poética aunque falsa, pueden ser (por lo menos para aquel que no crea en ellas) el objeto tanto de un placer artístico como de una obra poética. Placer mayor quizá: la estética del siglo XIX valora más las creaciones espontáneas, repentinas que las que surgen de un cálculo reflexivo; la religión y la moral son tanto más susceptibles de belleza cuanto menos aspiran conscientemente a ello.

Se comprende que los estetas hayan tenido un gusto particular por las personalidades creadoras. Eran demasiado escépticos frente a las teorías de la filosofía de la historia para predicar el culto de los héroes. Conocían demasiado bien al mundo para creer en la influencia predominante de un reducido núcleo de individuos. Pero experimentaban mayor satisfacción artística al contemplar los personajes aislados en su libre actividad, que en seguir en su trabajo penoso y menudo a los escribas anónimos. Los tiranos italianos del siglo XV, que creaban sus efímeros Estados como obras de arte, les atraían más que los burócratas franceses de la Edad Media, que erigieron con un áspero y secular trabajo el andamiaje de la monarquía francesa. No es por azar que los historiadores estetas trataron preferentemente, no siempre con exclusividad, los períodos en que se origina un movimiento.

Su actitud frente a la moral. Con frecuencia se desprecia en estos últimos tiempos la consideración estética sobre la moral que caracteriza a la escuela de que nos ocupamos. Se le reprocha una preferencia por los personajes que están más allá del bien o del mal. Particularmente se ha afirmado esto de Bruckhardt, que sólo puede mirar, parecería, con los ojos de Nietzche. Es una idea falsa.

Es cierto que Renán y Burckhardt abandonaron la regla filistea de la respetabilidad burguesa, y trataron con indulgencia las faltas morales de las naturalezas artísticas. Pero no tenían ninguna simpatía por la fuerza bruta; un gran criminal como César Borgia sólo producía horror a Burckhardt. Habla del "colmo de su perversidad" (*Kultur der Renaissance,* 2ª ed. 92) y hace esta acotación: "La manera como aísla César a su padre nos hace temblar de horror (*ibid.,* 90). No es al superhombre violento al que colocan en lo alto, sino a la virtud heroica que se niega a sí misma. De ahí también su simpatía por lo viejo, lo auténticamente cristiano, como por ejemplo el monaquismo. Sólo se diferenciaban de los liberales en que rechazaban sus criterios chatos y utilitarios. En 1842 escribía Burckhardt: "Para mí la historia todavía es, en gran parte, poesía"; y algo más tarde: "Jesús ejerce sobre mi alma una impresión purificadora porque es la personalidad más bella de la historia universal". (Cartas a Beyschlag de los años 1842 y 1844, publicadas en *Willibald Beyschlag, ein Gedenkblatt. Von K. H. Pahnke,* 1905, p. 45 ss.).

Un ejemplo del poder de sugestión de ciertos juicios, como el de Nietzche, es el hecho de que, tras la aparición de las *Reflexiones sobre la historia universal* de Burckhardt, hasta los conocedores se asombraron de la tendencia de éste a moralizar, y que un historiador tan vinculado a Burckhardt como H. Gelzer pudiera hablar de su admiración teórica por los hombres violentos (*Ausgewählte kleine Schriften* [1907] 348 s.). ¡Y el mismo Gelzer, algunas páginas antes (327 ss.), había realzado "el poderoso elemento ético de Burckhardt".

2. RENÁN

Ernest RENÁN nació el 1823 en Tréguier, Bretaña, destinado inicialmente a la carrera eclesiástica, salió en 1845 del seminario de San Sulpicio de París, se dedicó a los estudios científicos, especialmente orientalistas; viajó como miembro de expediciones científicas a Italia en 1849 y a Siria en 1860 (Cf. *Mission de Fhénicie,* 1874); en 1856 fué designado miembro de la Academia de Inscripciones, en 1861 profesor de lenguas hebraica, caldea y siríaca en el Colegio de Francia; en 1863 fué destituído a raíz de la publicación de su *Vie de Jésus,* recuperando su cátedra en 1871; elegido en 1873 para la Academia Francesa, murió el 1892 en París. Lo estudiamos aquí por dos obras principalmente: *Les origines du Christianisme,* 1863 a 1880, e *Histoire du peuple d'Israel,* 1888 a 1894. Sus numerosos escritos menores no tienen nada particularmente nuevo (*Averroès e l'averroïsme,* 1852; diversas colecciones de ensayos: *Études d'histoire religieuse* 1857, etc.).

Sobre Renán hay que consultar, ante todo, la autobiografía: *Souvenirs d'enfance et de jeneusse,* 1883 (muy imperfectamente continuada en las *Feuilles détachées* 1892). Luego los *Cahiers de jeunesse (1854-1856)* 1906 y Ernest y Henriette Renán *Lettres intimes,* 1896.

R. Ledrain, *Renán, sa vie et son œuvre* 1892; Desportes y Bournand, *E. Renán,* 1892; G. Monod, *Renán, Taine, Michelet,* 1894; G. Séailles, *E. Renán, essai de biographie psychologique,* 1895; el abate de Hulst, *E. Renán,* 1894 (4ª ed.); Mme. James Darmesteter, *La vie de E. Renán,* 1898; W. Barry, *E. Renán,* 1905; G. So-

rel, *Le système historique de Renán* (1909, con bibliografía, tesis para la Facultad de Derecho de la Universidad de París); H. Parigot, *Renán, l'egoïsme intellectual,* 1910.

El más grande y genial representante de la escuela esteticista fué Ernesto Renán. Nadie como él trató la historia con tanta finura, talento asimilativo y universalidad de pensamiento, ni encontró en ella tanto placer estético. Ningún otro promovió menos la cuestión de la verdad y de la utilidad para apreciar las épocas y países del pasado: dejaba libre camino a toda creencia con tal que ella pareciera sincera y surgiera espontáneamente del corazón y de la imaginación.

Renán sólo rechazaba aquello que le parecía interiormente falso, como el catolicismo romántico y artificial de Chateaubriand. Por el contrario, miraba con una cálida simpatía toda religiosidad original. Valoraba altamente la moral idealista del cristianismo; le parecía hermoso que éste colocara otros bienes por encima de la vida y del bienestar exterior, y pidiera a los hombres sacrificios con fines espirituales. Pero afirmaba también resueltamente que sus premisas dogmáticas e históricas eran insostenibles.

La posición que había adoptado era igualmente incomprensible para el creyente y para el librepensador de la antigua escuela. Para él la religión no es un objeto de culto ni un motivo de risa, sino una materia que proporciona al sabio la ocasión de interesantes investigaciones psicológicas. El historiador puede considerarla con benevolencia sin comprometerse a favor o en contra. ¿Tiene la verdad tanta importancia? Hay en definitiva una verdad en semejante materia como lo creen las gentes piadosas, los liberales y los volterianos? Esta verdad ¿no es tan multiforme como para aceptar buenamente toda tendencia —por más extraño que sea el fin perseguido— que quizás levante una punta del velo que no ha sido nunca develado hasta ahora? ¿No es posible abordarlo con la ayuda del método científico? Sólo en su juventud hubiera respondido Renán a estas preguntas con un sí. Más tarde abandonó su fe dogmática en el futuro de la ciencia. Para la religión y el arte la "verdad" puede ser captada intuitivamente. Y aún cuando lo creado por la religión no hubiera sido más que un sueño ¡la humanidad hubiera realizado un hermoso sueño!

De los dogmas establecidos por el Romanticismo en filosofía de la historia, Renán retuvo uno solo; la tesis sobre las cualidades invariables de la raza. Quizá como consecuencia de sus estudios filológicos. Cuando uno se ocupa de las familias lingüísticas y de los documentos literarios nacionales, se tiende también a trazar fronteras precisas entre familias de pueblos. Por lo demás evitaba voluntariamente los juicios perentorios. Su expresión es lo que los franceses designan con una palabra intraducible *ondoyante.* Una eterna sonrisa, mitad bondadosa, mitad escéptica. Toda opinión es relativamente verdadera. El error y la verdad sólo se distinguen por matices. ¡Cómo había de permitirse el historiador

censurar agriamente, separar las ovejas de los carneros, las opiniones útiles y verdaderas de las falsas!

Ese diletantismo permitió a Renán reconstruir el pasado tan integralmente y con tanta vida como ningún otro historiador. La mayor parte de éstos experimentaban fuertes antipatías contra ciertos fenómenos históricos y sólo estaban cómodos en un terreno particular. Niebuhr fracasó cuando quiso describir la evolución del Estado agrario de Roma como imperio del mundo; Ranke marchaba a pasos inciertos cuando dejaba los círculos de los diplomáticos y prelados y daba con el pueblo. Renán se movía tan seguro en la civilización de gran ciudad de la Roma de un Nerón, como en el círculo del discípulo de los rabinos, San Pablo. Describía al mundo con tanta competencia y amor, como las luchas interiores de los mismos cristianos. ¡Con qué finura, con qué sentido impecable del matiz está dada cada pincelada! ¡Cómo el detalle no hace olvidar jamás el conjunto! ¡Con qué amor, quizá demasiado indulgente para las opiniones fanáticas, trataba Renán de filiar la importancia histórica de los acontecimientos! Qué felices son, en general, las analogías sacadas de la vida moderna, de las que a menudo se le reprochó su familiaridad irrespetuosa, que recordaba a Voltaire (él se defendió en el Prefacio del tercer volumen de la *Historia del pueblo de Israel*)! ¡Qué vivos colores tienen sus cuadros de ambiente!

Renán tocaba un punto débil de sus antecesores, los historiadores de la Escuela de Tubinga, que él veneraba como sabios y críticos, al reprocharles el juzgar a los primeros cristianos con el criterio de un profesor de una pequeña ciudad alemana. Estaba en su derecho al formular esta crítica, pues ningún historiador se consideró culpable de las construcciones eruditas extrañas al mundo real. Fué el primero en transformar la historia eclesiástica; de una historia de las ideas dogmáticas o teológicas hizo una historia de la vida religiosa.

A diferencia de la mayor parte de los investigadores franceses de su generación, Renán debe a sus estudios de filológo y de orientalista, el haber conocido a fondo el método filológico y crítico. No siempre lo aplicó con éxito: cuando se aparta de las tesis de Tubinga, raramente cae del buen lado; su tentativa de rehabilitar el evangelio de Juan como fuente histórica, no podría considerarse más que como una regresión. Pero las faltas que cometió en el uso del método no deben hacernos olvidar que lo aceptaba, en principio, en toda extensión. En fin, es preciso reconocerlo, para los acontecimientos sobre los que poseemos una tradición tan fragmentaria como sobre la historia de Israel o los orígenes del cristianismo, todo historiador deseoso de redondear su exposición está obligado a recurrir a riesgosas hipótesis. Renán no trabajaba descuidadamente o con escaso espíritu crítico, como otros investigadores. Pero como los narradores que sólo tienen a su disposición materiales defectuosos, se esforzaba muy a menudo en detenerse en datos que no

habría debido utilizar. En él, el artista estaba demasiado apasionado como para someterse, en caso de fracasar, a una resignación científica.

Renán no tuvo rival como estilista. Nunca vulgar, raramente patético, su expresión se acomoda a cualquier estado de alma. Maneja tanto la fina ironía como el tono cálido de una entusiasta simpatía. En la simple narración tiene tanto éxito como en los sutiles razonamientos de la filosofía de la historia. Nunca sacrifica el hecho a la palabra. Su estilo maravillosamente flexible y melodioso, está siempre al servicio de su pensamiento. Su lenguaje solo es perfecto cuando obedece perfectamente a este pensamiento. Cada idea es expresada hasta en sus últimos matices.

3. BURCKHARDT

Jakob Burckhrdt, nacido en 1818 en Basilea, fué primero teólogo durante poco tiempo, después se dedicó a estudios históricos, especialmente de historia del arte, a excepción de un corto profesorado en el Polytechnikum federal de Zurich (1855-1858), de 1845 a 1893 profesor en la Universidad de Basilea de historia e historia del arte (esta última cátedra la obtuvo solamente después de 1886), murió en 1897 en Basilea. Pertenece a nuestro asunto sobre todo por sus dos obras: *Die Zeit Constantins des Grossen,* 1853 y *Die Cultur der Renaissance in Italien* 1860, (únicamente las dos primeras ediciones pueden ser miradas como auténticas: después de la 3ª; el libro fué corregido por L. Geiger). Luego de su muerte J. Oeri publicó, en gran parte de acuerdo con los cuadernos de curso, *Griechische Kulturgeschichte* (1898 a 1902) y *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (1905, el título se debe al editor; Burckhardt había llamado a ese curso *Über Studium der Geschichte*). Entre sus trabajos sobre historia del arte nombraremos *Geschichte der Renaissance in Italien* 1868 (que forma parte de la publicación comenzada con W. Lübke de la *Geschichte der neueren Baukunst*) y *Bertrāge zur Kunstgeschichte von Italien,* 1898.

Los mejores datos biográficos en los artículos de H. Trog, *Basler Jahrbuch* 1898 y en *Deutscher Nekrolog* de Bettelheim, II, 1898. Sobre el historiador, E. Gothein en *Preussische Jahrbücher* 90 (1897), R. Neumann en la *Deutsche Rundschau,* 1898 marzo, 1907 octubre-noviembre, y en la *Hist. Ztschr.* 85 (1900) 385 ss.; F. Meinecke en *Hist. Ztschr.* 97 (1906), 557 ss.; Andler en la *Revue de Synthèse histórique,* XV y XVIII; W. Göts en la *Histor. Zeitschrift,* XCVIII (1907), 40 ss.; H. Gelzer, *Ausgeswählte kleine Schriften* (1907) 295 ss.; K. Joël, *J. Burckhardt als Geschichtsphilosoph* en *Festschrift zur Feier der 450-jährigen Bestehens der Universität Basel* (1910). Adolfo Philippi, *Begriff der Renaissance* (1912), 54 ss. Cartas de Burckhardt fueron publicadas en diferentes lugares; V. sobre todo el *Basler Jahrbuch* 1910 y 1914. Sus *Briefe an einen Architekten* (Alioth) y el *Briefwechsel mit H. von Geymüller,* ed. E. Neumann, 1913 se refieren principalmente a temas de historia del arte, no aportando nada nuevo al conocimiento del historiador Burckhardt.

Burckhardt era todavía más diletante que Renán. Se resignaba menos fácilmente que el francés a las investigaciones científicas que no tuvieran nada de estético. Estudiaba menos sistemáticamente. Usaba las fuentes menos imparcialmente. No tenía importancia el que descuidara contrapesar sus testimonios mediante los métodos filológico y crítico; era demasiado escéptico para leer a los autores con la ingenuidad de

Janssen o de Freytag. Pero, como Ranke, descartaba las fuentes sin vida. Leía y releía sus autores, y su sensibilidad genial por las curiosidades históricas le hacía descubrir cosas que habían permanecido ocultas a todos los historiadores y a la investigación de los hechos. Pero apenas los estudiaba; no trataba de criticarlos por medio de vestigios directamente a su alcance de la vida pública del pasado, y por actas, monedas, formularios, inscripciones, etc. de crear un cuadro independiente de testimonios de los contemporáneos. No empleaba el método rigurosamente científico más que en su propio dominio, en sus trabajos sobre historia del arte italiano; como historiador de la civilización se apoyaba casi exclusivamente en la tradición literaria.

Por eso Burckhardt triunfaba, no cuando escribía la historia de lo pasado, sino cuando describía la forma en que eran concebidos el Estado y la historia por las gentes de una época y de un país determinados. Los hombres que más le agradaban eran los que como él estaban dispuestos a contemplar como espectadores desinteresados la vida pública y privada de su época y burlarse por medio de glosas espirituales de las sandeces del *forum*. He aquí por qué se encontraba tan a gusto entre griegos e italianos de la época clásica. No trataba de idealizarlos. Mas aspiraba al trato con una sociedad desprovista de prejuicios intelectuales, maliciosa y que hacía de su vida una obra de arte. Y como creía que este ideal había sido alcanzado por el Renacimiento italiano, estaba de acuerdo con su inmoralidad (que por otra parte sentía vivamente). Al parecer no reprochaba a la ciudad griega más que haber restringido con su dominación tiránica la libre sociabilidad de los individuos. No condenaba al Estado griego por razones políticas o militares. sino porque los epicúreos intelectuales como él se hubieran sentido desgraciados allí.

Burckhardt no era especulativo por naturaleza. Se interesaba por los estudios filológicos y teológicos, pero se quedaba en el vestíbulo de ellos; le gustaba recibir instigaciones espirituales, pero no buscaba una solución dogmática. Tan grande era su aptitud para el placer artístico. Al de las artes plásticas, de la poesía, de la música, de la observación moral (en sentido francés, tal como lo practicaba Montaigne), de una fina conversación. De ahí su predilección por la cultura francesa, de ahí su pintura entusiasta de la sociabilidad del Renacimiento italiano, que "descubrió el mundo y el hombre", que "desenvolvió la personalidad". Cuando se habla de su libro se piensa en seguida en ese capítulo de la *Kultur der Renaissance,* colmado de melancólico pesar por el corto esplendor de la época. Los capítulos sobre la historia política y la de las opiniones filosóficas corresponden a otra perspectiva. Al capítulo final, sobre las costumbres y la religión, le falta claridad en los principios: el capítulo de introducción sobre el Estado como obra de arte, capta insuficientemente los problemas políticos de la Italia de entonces.

Las ideas centrales del libro, las tesis de Burckhardt sobre la importancia fundamental del Renacimiento italiano en el desarrollo intelectual del mundo moderno, poseían la fuerza de sugestión propia de los pensamientos profundamente sentidos, en oposición con los principios que sólo son aceptados por la inteligencia. Sus tesis tuvieron importancia, sobre todo en Alemania, en los medios cultos. Puede decirse que creó el paraíso para la religión moderna: para el esteticismo. Lo que lo distingue como historiador es que haya podido hacerlo. Si se hubiéra contentado con analizar científicamente el período de que trata su libro, nunca hubiera producido un efecto semejante. Pero escribía inspirado. No con ciego entusiasmo; está lejos de ser responsable de las exageraciones periodísticas de sus obtusos imitadores. Sin embargo, el lector sentía que el sueño magnífico que él describía, era un trozo de su vida. Y el bosquejo compuesto con un gusto distinguido, parecía el mejor vaso para contener ese sueño de artista.

Un estado paradisíaco no tiene historia; tampoco sabemos cómo nació la civilización del Renacimiento ni cómo se desenvolvió. Burckhardt no da una idea justa de la lenta expansión del humanismo y del Renacimiento. Cuando habla de historiografía humanista pone en un mismo plano fundadores y continuadores, creadores y epígonos. No toca la base material de la cultura italiana. Sólo muy arbitrariamente observa la frontera del lado de la Edad Media; cita como específicamente italianos rasgos típicos de la civilización (francesa) de la Edad Media. No es este el lugar para discutir las tesis de Burckhardt. Pero las investigaciones que inspiró permiten establecer con certeza, que también en Italia, el límite entre la Edad Media y la cultura moderna no es tan fácil de trazar como él creía.

4. GREGOROVIUS

Con la tendencia estética de Renán y de Burckhardt se articula fácilmente la actividad histórica de Ferdinand Gregorovius. Nació en 1821 en Neidenburg, murió en 1891 en Munich. Pero Gregorovius era más pesado, tenía menos agilidad de espíritu que los dos autores nombrados. Era también menos original. No aplicó a la historia consideraciones estéticas precisamente, sino más bien observó con preferencia los acontecimientos históricos que, ocultos por el brillo de una civilización artística, despiertan en el observador moderno ideas poéticas de soslayo.

Era un típico representante de la vieja escuela de viajeros por Italia, loco por el arte antiguo, por las ruinas, por la vida pintoresca del pueblo y a quien le gustaba más llenar su imaginación de cuadros impresionantes que examinar a sangre fría la realidad de los acontecimientos históricos. Su triunfo estaba allí donde el tema le servía, donde los materiales abundantes se ofrecían a descripciones detalladas, y donde el

arte ocupaba un gran lugar en la vida. Fracasaba cuando se contentaba con reproducir sin crítica, las pinturas desprovistas de valor, cuando las buenas fuentes para la historia de la civilización eran raras y hubiera sido necesario recurrir a combinaciones de derecho constitucional o de historia económica. No era tarea suya realizar profundas investigaciones de ese género. Sabía a maravilla escribir como hombre de mundo, es decir, sólo tocaba superficialmente cada tema sin agotar ninguno. Era buen pintor, buen narrador, pero no gran historiador. Su principal obra es: *Geschichte der Stadt Rom im Mittelater,* 1859 a 1871. Siguió más tarde: *Geschichte der Stadt Athen im Mittelalter,* 1889. Mencionaremos además *Lucrezia Borgia* 1874 y *Athenais, Geschichte einer byzantinischen Kayserin,* 1882. Cf. Krumbacher en sus *Populäre Aufsätze,* 1909.

VIII

CONSIDERACIONES FINALES

El desarrollo de la historiografía desde 1870, las consecuencias de la guerra franco-alemana y de las luchas económicas.

No vamos a describir, ni siquiera someramente, el desarrollo de la historiografía contemporánea. La presente obra tiene por objeto, tratar únicamente las tendencias bien definidas; rehusa abordar la obra de los historiadores vivos. Sólo trataremos algunos puntos que distinguen a la historiografía posterior a 1870 de la precedente. Deberemos dejar de lado cosas importantes; sólo podemos captar algunos rasgos, a los cuales no se les ha dado siempre la importancia conveniente.

Dos fenómenos consecutivos de la guerra de 1870 y del desarrollo político realizado después, son de gran evidencia. Uno es la completa derrota del viejo liberalismo. La victoria de Alemania prusiana sobre Francia, del Estado militar y reaccionario sobre su vecino organizado por la democracia moderna, fué un golpe mortal para las jóvenes generaciones del continente europeo primero y después de los países anglo-sajones; un golpe a la fe en la superioridad política de los pueblos liberalmente gobernados. La importancia de la fuerza y disciplina militares, en general de una fuerte organización (sobre la cual, antes de 1870, en el siglo XIX, sólo había llamado la atención Droysen) resultó para los historiadores de todos los países, una verdad común. Aún para los americanos. Es un hecho característico que uno de éstos (que antes habían creído más firmemente que otros en la dogmática liberal), fué el primero en reducir a sistema la doctrina de la importancia histórica mundial de la fuerza naval. Esta tendencia fué respaldada por las ideas darwinianas sobre la lucha por la existencia, que co-

menzaron a gravitar muy decididamente en la historiografía después de 1870.

La otra consecuencia manifiesta del desarrollo que adquirió la historia después de 1870, es la mayor intensidad con que se estudió la historia económica, y la inclinación que se tuvo para explicar por causas económicas, no sólo los cambios políticos sino los movimientos religiosos y de naturaleza especulativa. Esta dirección sólo trae como algo nuevo la escuela que continúa la historiografía prusiana de Droysen y de Sybel. Pero ella generalizó tendencias que no habían existido sino esporádicamente, y opiniones que habían tratado de aparecer junto a la concepción tradicional, fueron reforzadas unilateralmente y declaradas las únicas valederas. Las causas que produjeron ese cambio (la extensión que actualmente han adquirido las luchas económicas en la vida interior y exterior de los Estados, la transformación de los partidos políticos en grupos de intereses económicos, la aparición del comercio mundial en su nueva forma, y la competencia económica entre las naciones, más áspera a causa de ella) son demasiado conocidas para insistir en ellas.

La influencia de la política mundial.

No ocurre lo mismo con otra transformación de las condiciones generales, que se produjo tiempo después de 1870, y sólo ejerció influencia en la historiografía de estos dos últimos decenios. Se trata de la política mundial, de la transformación operada por el hecho de que fuerzas extraeuropeas comenzaron a presentarse ante las naciones europeas, no ya como clientes e inquilinos, sino como contratantes en pie de igualdad. El primer paso se dió cuando las Estados Unidos intervinieron activamente en la política internacional. El segundo paso todavía fué más rico en consecuencias: por un lado, los países del Extremo Oriente —primero el Japón, después con más continuidad y con recursos más abundantes China— transformaron su organización política y militar, hasta ese entonces en concordancia con las condiciones de fuerza de los Estados vecinos, de manera de poder sostener la lucha con las naciones europeas; por otro lado, en África y en Asia el Islam opuso a la propaganda cristiana una resistencia cada vez más enérgica.

En esas condiciones, la historia, no podía mantener por más tiempo su punto de vista centroeuropeo. Lo que la astronomía había realizado desplazando la tierra del centro del sistema solar, lo que la zoología realizó cuando dejó de considerar al hombre como el ser absolutamente perfecto del reino animal, debe hacerlo ahora la historiografía de manera análoga. Es preciso que vuelva a tomar la concepción universalista de la historiografía iluminista, sin caer en sus equivocaciones. Los servicios prestados por Voltaire y sus discípulos como historiadores universales, sucumbieron, un poco por propia culpa, a los ataques del Romanticismo. Los iluministas obedecían demasiado a las tendencias polémicas y trabajaban a menudo con un material insuficiente. Se inclinaban

a no reconocer más que virtudes en las poblaciones exóticas, con la esperanza de conmover así las pretensiones de los apologistas cristianos. Frecuentemente generalizaban observaciones aisladas porque carecían de investigaciones exactas. La historiografía moderna está en mejor posición. Ya no debe combatir a Bossuet. Dispone de un material más rico. No sólo para el presente y para la historia moderna, sino para un lejano pasado. Después que las excavaciones en África y Asia (Babilonia y Egipto) hicieron posible que el historiador se remontara a tiempos de los que sólo se había tenido un conocimiento mítico, la teoría (rigurosamente sostenida por Hegel) que quería monopolizar para Europa y para la civilización de Europa el progreso en la historia perdió su valor, no sólo para el futuro sino para una parte siempre más considerable del pasado. Actualmente ¿quién podría ver todavía en la historia de Babilonia y de Egipto una simple preparación o el primer escalón de la historia europea?

Influencia de las investigaciones etnográficas modernas.

La influencia de la nueva política mundial no se limita a la historiografía política. Era importante, sin duda, que ésta llegara a insertar la historia de las naciones europeas en la historia universal y no en la de una sola parte del mundo; más importante todavía es que la historia de la civilización se viera forzada a no sacar sus nociones exclusivamente del desarrollo de la Europa cristiana moderna. Los viejos historiadores de la civilización raramente habían aportado a la observación de las poblaciones exóticas otro interés que no fuera curiosidad y sólo habían comparado sin crítica las capas cultas de algunos Estados de la Europa occidental, con los hombres pertenecientes a otros círculos culturales. La etnografía moderna, que de simple comparación llegó a ser una ciencia crítica, parece llamada a cambiar todo aquello. Primero por investigaciones imparciales en naciones extraeuropeas; luego por exactos estudios sobre el folklore europeo. Sólo ella proveerá al historiador de los criterios que necesita, con la ayuda de otros medios distintos al de las imaginaciones de un subjetivismo ignorante, si quiere calificar las costumbres y hábitos de normales y anormales, de síntomas de corrupción íntima o de salud juvenil. La historia tradicional de la civilización tiene sobre su conciencia muchos juicios ingenuos. A menudo atribuyó a la naturaleza especial de un pueblo costumbres que no eran más que la expresión de ciertas condiciones económicas; despreció groseramente las fuentes cuyo carácter no comprendía. Pero la falta más grave que haya cometido es, a causa de un conocimiento insuficiente de la vida popular europea y de su ignorancia etnográfica, haber tomado arbitrariamente como signos de degeneración fenómenos que pueden comprobarse en poblaciones naturales con más frecuencia aún en naciones cultas. ¿Quién repetiría hoy las declamaciones de la antigua escuela sobre la corrupción de las cos-

tumbres en la Roma imperial y vería en ellas el signo de un pueblo en decadencia, cuando se han descubierto que las perversidades descriptas por Marcial están infinitamente más extendidas en pueblos primitivos, en pleno vigor juvenil?

La Ilustración se había precipitado demasiado al establecer los tipos sociológicos. Había generalizado excesivamente casos particulares, insuficientemente observados. Sus ideas sobre la igualdad innata de todos los hombres eran insostenibles por la forma simplista en que fueron presentadas. A pesar de ello, la reacción de los románticos hizo más mal que bien. Su postulado de las particularidades nacionales invariables excedía sus propósitos. También aquí los estudios etnográficos profundizados evitaron los extravíos. ¡Cuántas cosas que el Romanticismo tomaba por cualidades de una raza son provocadas, en realidad, por determinadas condiciones sociales o económicas y no son más que el índice de un nivel dado de civilización! Cuanto más se multiplican los ejemplos y las analogías que la historia orientada hacia la sociología puede extraer de la historia de las naciones extraeuropeas, más incierta es la explicación por el *genio de un pueblo*.

Método y forma de la historiografía actual. El método histórico no ha cambiado radicalmente en nuestra época. Solamente adquirió más precisión, en armonía con el vuelo adquirido por la historia económica. La ciencia se ha esforzado en sacar, cada vez con más severidad, las consecuencias de la crítica *epigráfica* de la tradición que procede sobre todo de Mommsen. Las fuentes literarias son descartadas cada vez más y reemplazadas por las inscripciones, actas, documentos, libros de cuentas, etc.; ya se ha expresado la esperanza de que un día será posible, para ciertos capítulos de historia moderna, abandonar completamente las fuentes narrativas, aún las *buenas*. Gran parte de los descubrimientos hechos por la historia en los últimos decenios procede, casi exclusivamente, de la aplicación audaz de este método. Recordemos las investigaciones que se relacionan con la apertura de los archivos del Vaticano, investigaciones que, en más de un aspecto, han ocasionado una revolución completa en la historia eclesiástica de la Edad Media. Solamente entonces resultó fecundo para la historia del método estadístico, indispensable para el estadista moderno que se esfuerza por reemplazar con cálculos exactos las evaluaciones casi siempre tendenciosas de otras épocas.

Naturalmente, todo esto debía tener una repercusión en la forma de la exposición. Cuanto más se desarrolla la historia en sentido social y trata de establecer criterios científicos (sociológicos) en lugar de valoraciones subjetivas, menos puede pensar en luchar con la novela. Seignobos hizo notar, con razón, que actualmente se cumple en la historia la misma transformación que hace cien años en la historia natural. En el siglo XVIII, la zoología formaba parte todavía de las bellas letras;

Buffon realza por igual la historia literaria y la historia natural. Luego hizo una neta separación, ni en detrimento del fondo ni de la forma. Una obra científica que renuncia atraer al gran público por procedimientos de estilo anticientíficos, es decir pensando en el alma, no sólo tiene mayor valor sino que responde mejor a las necesidades artísticas que si perteneciera a ese género bastardo que pretende reunir la diversión y la instrucción. Sólo entonces está el autor en condiciones de satisfacer las exigencias esenciales a las que está sometida la forma de una obra científica: la claridad de la disposición y de la expresión. Su libro puede proporcionar entonces una satisfacción estética, como todo objeto adaptado sin adorno a su fin, como una máquina bien construída. No hay ninguna razón para que la historia no pueda alcanzar ese fin tan bien como las ciencias naturales. No hay razón para que no pueda realizarse una exposición histórica que merezca parangonarse con la *Descendencia del hombre* de Darwin, o la *Lehre von den Tonempfindungen* de Helmholtz. Tanto más cuanto la historiografía posee ya obras que se aproximan a ese fin.

Para terminar se nos permitirá indicar que quizás no es imposible sacar de la presente historia de la historiografía moderna, algunas aplicaciones prácticas para el futuro. Dos observaciones se han repetido tan frecuentemente que casi puede hablarse de una regla.

Una se refiere a las relaciones de la historia con la vida. Se ha reconocido cada vez más que los historiadores no produjeron grandes creaciones sino cuando partían de una fracción, por muy pequeña que fuera, de la realidad exactamente observada. La otra consiste en que una buena parte de los errores históricos han sido provocados por una generalización ilícita de observaciones aisladas. Bajo la impresión de una experiencia unilateral o (más a menudo) de un acontecimiento del pasado muy reciente que absorbía la atención general, los historiadores han creído con frecuencia encontrar en una única fórmula la explicación de todos los hechos históricos. El examen de la historiografía moderna debía probar que todas las fórmulas simples, tanto para la historia de la humanidad como para la historia de la evolución en las ciencias naturales, son inutilizables. Habrían debido darse cuenta de que las necesidades muy diferentes y generalmente contradictorias entre sí de las colectividades humanas, no se dejan reducir arbitrariamente a una sola. Es cierto que los esfuerzos realizados para satisfacer esas necesidades, reaccionan en general unos sobre otros; no se podría imaginar, por ejemplo, una modificación de las condiciones económicas que no produjera a su vez una modificación en la situación religiosa. Esto no quiere decir que los movimientos religiosos puedan explicarse absolutamente por transformaciones económicas. Lo mismo ocurre en todo lo demás. Tampoco se pueden derivar movimientos políticos interiores de fuerzas espirituales (ideas), como reducir las tendencias políticas de un pueblo únicamente a situaciones políticas o económicas. Entre las diferentes ne-

cesidades hay una acción recíproca, pero no gradación orgánica. Su fuerza relativa puede oscilar; varias pueden momentáneamente desaparecer casi completamente. Pero es imposible creer que se pueda derivar de los que son más fuertes, en un momento determinado, los otros.

Para un fructífero estudio de la historia, la primera condición será siempre que el Estado, la Iglesia, el régimen económico le acuerden plena libertad. Desde que la historia se pone al servicio de tendencias de la política militante, pierde su valor científico. Su discípulo no debe, al comenzar sus investigaciones creer haber encontrado la verdad. Es preciso que pueda continuar cualquier camino aún cuando éste parezca conducirlo a resultados cuyas consecuencias fueran peligrosas para la práctica. Y esto no sólo en interés de la ciencia sino también en el de la práctica. La historia como parte de la sociología sólo puede progresar mediante sus propios trabajos. La ciencia del hombre como ser social, so pena de desaparecer, debe tener la libertad de continuar sus problemas sin tener en cuenta oportunismos políticos.

ÍNDICE
DE NOMBRES Y DE ASUNTOS

ÍNDICE DEL TOMO II

LIBRO CUARTO

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ILUSTRACIÓN

LIBRO QUINTO

LA HISTORIOGRAFÍA DEL ROMANTICISMO Y DEL LIBERALISMO

ERRATAS NOTABLES

TOMO I

Pág.	*Línea*	*Dice:*	*Debe leerse:*
109	1	Luciano	Lucano
126	3	Nicolás de Cues	Nicolás de Cusa
208	26	carión	Carion
223	18	Kanipschulte	Kampschulte
233	2	pietizada	poetizada
233	3	p. 276	p. 247
233	6	Bruni	Blondus
285	20 y 31	Carderwood	Calderwood
286	2 y 3	Carderwood	Calderwood
302	13	PALLAVICION	PALLAVICINO
313	12	Ranks	Ranke
343	15	Achry	Achery

TOMO II

Pág.	*Línea*	*Dice:*	*Debe leerse:*
17	6	Bolingbraka	Bolingbroke
25	23	Un gobierno que no tiene cuidado no encuentra gracia a sus ojos.	Un gobierno que no tiene cuidado "de las artes y las ciencias" no encuentra gracia a sus ojos.
80	19	claficicación	clasificación
101	1	describir	descubrir
146	15	I, 1888	I, 188
146	29	hilación	ilación
169	22	malos políticos	males políticos
169	45	Mitfords	Mitford
171	24	Treitscke	Treitschke
188	16	Subbs	Stubbs
188	25	Mitfort	Mitford
230	28	Hässer	Häusser

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 28 DE SETIEMBRE DEL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y TRES, EN LA IMPRENTA LÓPEZ, PERÚ 666, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA